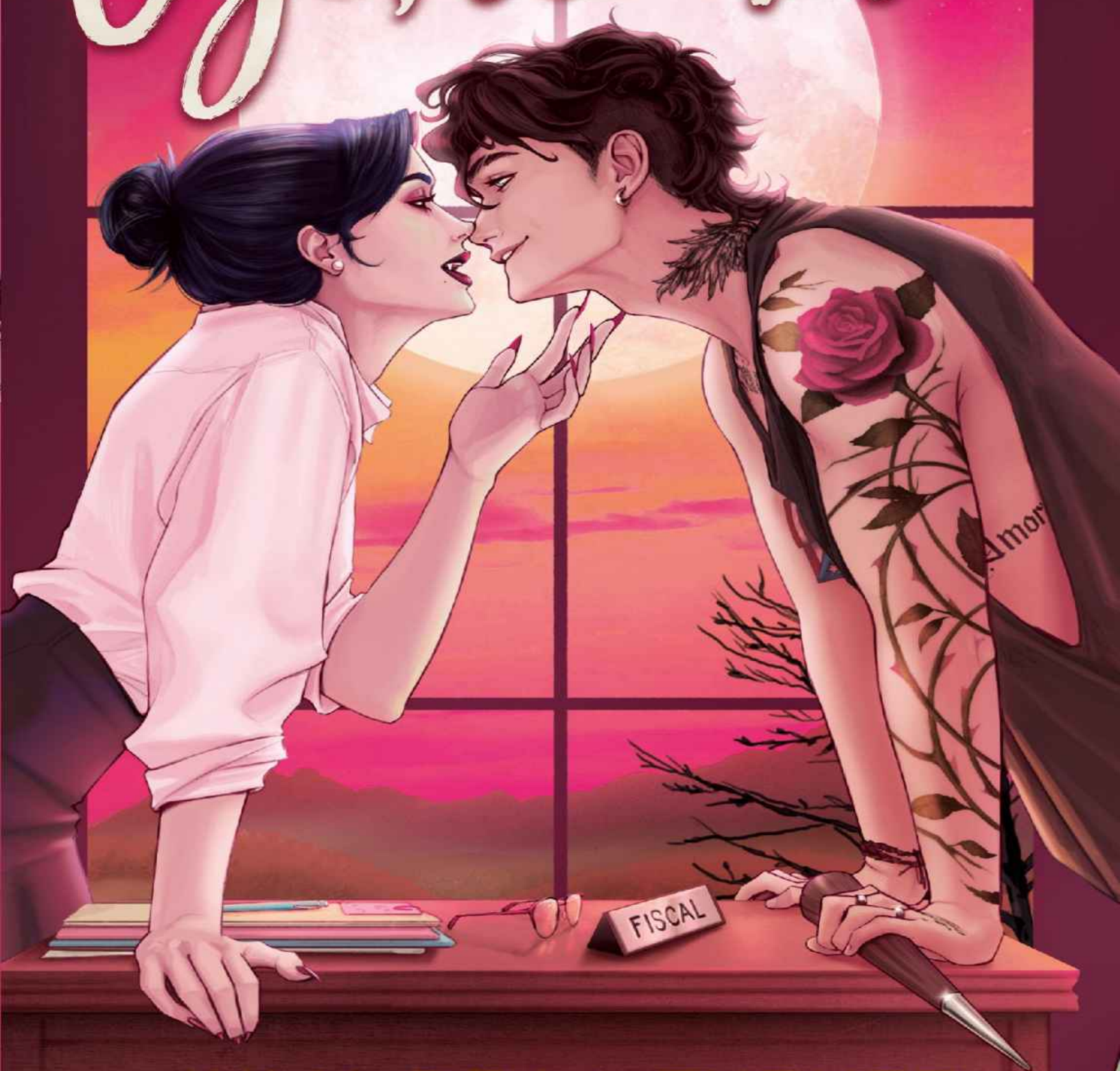


Oye, diablita



JULIA DE LA FUENTE

Oye, diablo

Oye, diablo



JULIA DE LA FUENTE

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.^a edición Septiembre 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2024 *by* Julia de la Fuente

Autora representada por IMC Agencia Literaria S.L.

All Rights Reserved

© 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D — 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-10365-29-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todas aquellas personas
que os habéis sentido
un zapato sin horma.
O una pizza sin patatas¹.

¹. Juro que tiene sentido cuando lees el libro.

Y para Silvia, por todas nuestras
risas compartidas.
Por dar luz a mis días
y apoyo a mis locuras.
El mejor regalo de mi vida.



Conocerte no entraba en mis planes

Está bien *cabrona*². La gata por la que clavo el Jeep en el paso de peatones para dejarla cruzar.

Son las siete de la mañana y, en el asiento del copiloto, mi hermano, que andaba medio sobado, se espabila de golpe con el frenazo. Farfulla algo sin mucho sentido y echa mano a sus armas, listo para encarar cualquier amenaza.

No le hago caso porque la tía buena empieza a andar y yo le regalo toda mi atención. Igual que estoy dispuesto a regalarle el mejor polvo de su vida.

Le doy un repaso de arriba abajo mientras me lamo los labios: tacones de aguja, falda de tubo, americana entallada sobre una camisa clara, moño tirante de un pelo negro que promete ser suave y oler de puta madre, bolso caro tipo ejecutivo y pendientes de perlas, claro; no podían faltar. Sonrío de medio lado, enarco una ceja y resoplo. Las pijitas son mi punto débil. Quizás por eso de que los contrarios se atraen. O porque van de frías y difíciles, pero solo están esperando la chispa adecuada para arder. Y a mí me encanta ser esa chispa.

Como todos los coches gringos, el mío es automático, preparado para arrancar nada más soltar el freno; así que, en el momento en que ella pasa por delante, levanto el pie y le dejo avanzar apenas un palmo antes de volver a clavarlo. Lo justo para asustarla. Da un respingo a un lado y después vuelve el rostro hacia mí con una mueca cabreada. Oh, sí, es preciosa. Con el colorete rosado de niña buena y los labios fruncidos con enfado.

Le dedico una disculpa con la mano extendida a la que puede que mi

sonrisa canalla reste credibilidad.

Retoma el paso y alcanza la acera.

—Déjame adivinar: estás aplastando el freno con la polla y por eso seguimos aquí parados —gruñe mi hermano con fastidio mientras yo repaso ese pedazo de culo bien ceñido por la falda bamboleándose con andares furibundos.

Me giro hacia él con una sonrisa.

—Me congratula que tengas en tan alta estima su tamaño. Has acertado de pleno. Se nota que dedicas tiempo a pensar en ella.

—De eso ya te encargas tú. —Centra la mirada en la carretera con gesto hastiado—. ¿Podemos ir a casa de una vez?

Os presento a Dome.

Domenico Louis si sois mi madre y le estáis regañando en español con un tono que promete una muerte lenta y dolorosa. Me saca cuatro años, pero yo soy más alto y, de largo, el hermano buenorro. A él le dejo lo de ser el sensato y el encargado de arreglar mis cagadas, que tampoco quiero abusar y acaparar todas las virtudes.

Ha sacado de la familia de mamá la piel oscura y los rasgos mulatos. Tiene las espaldas más anchas que un armario y el hijoputa está fuerte como un toro.

Yo soy Hudson, y mi segundo nombre me lo llevaré a la tumba. Saqué la piel pálida de papá, sobre la que destacan de muerte mis tatuajes. Por todo el cuerpo. Tan oscuros como mi pelo. En contraste con mis ojos azules, con los que he perfeccionado la técnica de hacerte sentir que te estoy desnudando. Sin manos.

Aun así, mamá y un humilde servidor siempre bromeamos con que la sangre latina me la quedé toda yo porque, como veis, mi hermano es el alma de la fiesta.

En su defensa, debo reconocer que llevamos toda la noche en vela y muchas millas en pocos días.

La *girlla*³ sigue caminando calle arriba. Coloco el coche a su altura y lo

hago avanzar a su ritmo, escoltándola. Me pongo las gafas de sol, subo la música al volumen que una vez Dome calificó de «obscenamente inadecuado» y abro la ventanilla para regalarle mejores vistas del monumento que soy mientras conduzco con la derecha y acompaño la canción con la izquierda y los hombros.

Vente, vacila un poquito.

Ella me mira con incredulidad.

Me bajo las gafas lo justo para guiñarle un ojo.

*Que, aunque yo me haga el loquito,
me encanta 'y lo sabe'.*

Me flipa cómo reverberan los bajos en este coche. Me muevo a su son.

Y si está 'loca, loquita mía.

No ha dejado de caminar mientras me sostiene los vistazos que le echo con las cejas alzadas, gritándome lo estúpido que soy. Oh, sí, ya gritará de verdad.

Yo sé quién eres realmente.

Y no lo que ellos saben.

Bajo la ventanilla tintada de atrás para que mi pastora belga malinois, la perra más guapa del mundo, también pueda darle un repaso. Es mi nena y tiene un gusto impecable.

Esa mami me tiene loco;

Ya casi no cojo playa contando lunares.

Le he enseñado a menear la cabeza adelante y atrás al ritmo de la música, así que lo hace, con su cara seria de perro cazador, las orejas tiesas y el hocico oscuro. Los dos la observamos con idéntico movimiento de cuello y a ella se le escapa un atisbo de carcajada.

Objetivo conseguido. Sin duda, no se va a olvidar del buenorro con tatuajes y su perro bailongo.

Es hora de dejarla con ganas de más.

Me despido llevándome dos dedos a la frente en un saludo militar antes de acelerar y continuar la marcha.

—Eres gilipollas. Lo sabes, ¿no? —anota mi hermano.

La respuesta es que sí. Es parte de mi encanto.

Pero estoy demasiado ocupado observando por el retrovisor un culito meneándose sobre unos tacones como para contestar.

Nuestra llegada a Maytown, en el sur de Pensilvania, empieza bien.

La verdad es que conocerte no entraba en mis planes.

2. Está bien buena.

3. Chica. De *girl*, «chica» en inglés.



Estirpe salvaje

Si esto fuese una peli, tras mi entrada triunfal, la cámara se alejaría para mostrar mi coche dejando atrás el pueblo hasta internarnos en el bosque que lo circunda.

Y al abrir el plano aéreo...

Un cuerpo putrefacto atado con cadenas de plata al techo de mi Jeep Renegade. Pum. Como un enorme cagarro de pájaro con problemas de cloaca.

Rezonga un poco cuando Dome y yo lo bajamos para llevárselo a papá al cobertizo que ha montado en el jardín trasero de nuestra nueva casa, oculta entre los árboles. Aunque tampoco se resiste mucho. Seguramente sea por lo de llevar un gancho de plata atravesándole el cuello.

Postre nos sigue, ladrándole que no se le ocurra pasarse ni un pelo, y, cuando lo tiramos al suelo, lo vigila sin dejar de apuntarle con el morro y las orejas tiesas. La cosa intenta gruñirle y mi pie le separa la cabeza del cuerpo al pateársela. Ups.

Dome me mira con fastidio.

—Tío, que lo trajimos vivo por algo. Para esto le habríamos metido un tiro entre las cejas y acabábamos antes.

Me encojo de hombros.

—A mi nena no le gruñe nadie.

Sabe bailar.

Y también traerme la cerveza del frigo.

¿Que por qué había un ser medio muerto atado en mi baca mientras yo flirteaba? La respuesta corta es que no iba a echarlo en el maletero porque a

Jeepito se le respeta. Que él no sabe bailar, pero nos metemos juntos por donde haga falta y no voy a permitir que apeste de por vida.

La respuesta larga es que esto es a lo que la familia Murray-Velásquez lleva dedicándose durante incontables y orgullosas generaciones. Somos buscadores, guerreros de la Alianza, cazadores de criaturas que pertenecen a la oscuridad; no muertos principalmente, *no-mu* para los colegas.

Y yo no me esfuerzo ni un poquito en disimularlo paseando un cuerpo cadavérico en mi coche por mitad del pueblo al que acabamos de mudarnos. Dome prefiere la discreción, pero a él no le va conducir. Así que mi Jeepito, mis normas. Se llama «Jeepito» porque es el modelo pequeño. No impone tanto como el grandote, pero es ideal para toda misión y escenario.

A papá no parece importarle que el bicho acabe de perder misteriosa e inexplicablemente la cabeza cuando dobla los dos metros que mide para quedarse de cuclillas junto a él antes de reajustarse las gafas con interés, como si no fuese consciente de lo mal que huele.

Es un guardián, la palabra elegante que la Alianza emplea para llamarte «friki empollón». Lee muchas enciclopedias y sabe conjuros en latín; conjuros buenos que fueron legados por figuras angélicas, no de esos otros que usan los brujos a los que damos caza, aunque suenen igual. La verdad es que los guardianes son figuras tan temidas como cotizadas dentro de nuestra comunidad.

—Un latmur —asiente para sí mismo.

Os traduzco: una cosa asquerosa y lanuda tamaño persona pequeña, no muy rápida ni muy inteligente, que estaba masacrando el ganado. Mi hermano y yo se lo oímos a un lugareño borracho cuando paramos a repostar de camino aquí y decidimos desviarnos. En realidad parece el hijo que tendrías si te tirases a una oveja en fase terminal por necrosis. Que, oye, yo no juzgo los gustos sexuales de cada cual.

Mamá nos tiene prohibido meter cosas muertas en casa, así que solemos destinar un espacio en la zona trasera del terreno, fuera de las protecciones telúricas con las que aseguramos nuestros hogares, para que papá pueda

hacer sus investigaciones sin que la cosa investigada en cuestión se carbonice.

Saca una de sus espátulas afiladas, corta un trozo de carne negra y lo examina con atención, muy cerca de su cara. Reprimo una mueca. Asqueroso, en serio.

Retraído, pálido ceniciento con pecas anaranjadas por toda la piel, pelo de zanahoria y la nariz siempre metida en estas mierdas. Yo lo quiero, pero de verdad que no sé cómo pudo ligarse a mamá, una morenaza buenorra, de las mejores cazadoras de su generación, con la lengua afilada y más mala hostia que un licántropo hambriento; y encima latina. Es que podría haber tenido a quien quisiera. Y dominar el mundo, eso también.

Papá tiene que ser un semental en la cama. No cabe otra explicación. Lo cual tendría sentido, dadas mis dotes innatas.

Orgulloso descendiente de *highlanders* escoceses, se gasta buenas espaldas y brazacos, con lo que su cuerpo forma un triángulo invertido que va estrechándose hasta su cintura. Resulta gracioso verlos juntos porque mamá apenas supera el metro y medio, y tiene de culona lo que le falta de altura. Él es todo sobrias líneas rectas, mesurado y tranquilo; ella, nerviosas curvas a punto de lanzarse a tu cuello.

Dome se agacha al lado de papá para fingir interés en lo que tenga que explicarle sobre la hermana fea de la oveja Dolly, como el buen hijo pelota que es.

Yo paso. Mato sin hacer preguntas.

Ducho a Postre con la manguera mientras juguetea con el agua, intentando atrapar el chorro a mordiscos, y después exploramos juntos nuestra nueva casa. Está *padrísima*. De estilo moderno de estos con espacios diáfanos y mucha luz, suelo de tarima oscura, paredes de cristal y escaleras voladas. La Alianza se lo monta a lo grande.

Las criaturas oscuras tienden a concentrarse en ciertos lugares específicos, como si algo en ellos las atrajera. Zonas malditas que mi padre os explicaría que se deben a líneas telúricas para intelectuales. Nosotros

simplemente las conocemos como «puertas del infierno»; lo que es un nombre figurado... la mayoría de las veces.

Maytown es uno de esos núcleos. Y papá dirá lo que quiera, pero a mí me basta haberlo cruzado al amanecer para preguntarme si no tendrá algo que ver con cómo las casas de rejas negras, tejados en pico y vieja madera hecha de crujidos parecen juzgarte al pasar, con sus puertas convertidas en bocas abiertas en un grito mudo y sus ventanas en ojos de cuya mirada no puedes escapar; con cómo el río Susquehanna culebrea sigiloso cubierto por la niebla, cercando la población como una boa se enrosca poco a poco en torno a su presa hasta asfixiarla; con cómo los árboles del bosque que lo guardan se inclinan sobre ti, ocultando la luz y el cielo, inalcanzables, inmóviles y, sin embargo, tan vivos.

En otras ocasiones hemos trabajado en grandes núcleos urbanos. Ruidosos, caóticos, de esos donde la multitud te convierte en anónimo, donde todo el mundo va con prisas y nadie se mete en tus problemas. Y en esa soledad que se crea, rodeados de tanta gente, es donde las criaturas atacan, rápidas como un navajazo.

Pero Maytown no es así. Pequeño, antiguo, detenido en el tiempo. Congelado como sus temperaturas tan cerca de la frontera con Canadá. Aquí hay otro tipo de soledad. Más anciana. Gris, escurridiza, sigilosa. Un frío persistente que se cuela en los huesos y ya no los abandona hasta pudrirlos.

Aquí no hay navajazos; aquí es una gota de sangre que cae detrás de otra. Clac. Clac. Clac. Poco a poco, sin prisa. Casi con delicadeza, acunándote. Hasta que te drena. El tipo de soledad que pone a prueba tu cordura.

Maytown huele a morada de criaturas siniestras. Un buen cazador puede sentirlo en la piel. Lo notas. Te eriza el vello. Y el mío lleva de punta desde que hemos llegado. Una llama de adrenalina en la boca del estómago lista para explotar. Una atracción fatal a la que no nos podemos resistir.

Si estos lugares atraen a los *no-mu*, a nosotros también. Su llamada nos palpita en las venas.

Sin embargo, aunque Maytown lleva registrado por la Alianza como zona caliente desde hace siglos, ha estado sin cubrir en las últimas décadas. No siempre hay suficientes buscadores. Por eso nos han enviado a nosotros.

Para que le demos caña.



Tinta en la piel

Mamá está gozándolo dándole una buena tunda al saco en nuestra nueva sala de entrenamiento.

—¡Ya llegaron mis niños! —Sonríe al verme.

Se seca el sudor y me abraza. Puesto que soy casi tan alto como papá, me llega por la cintura.

Tostada, tiene la piel más clara que Dome y sus rasgos son más latinos que mulatos. Aunque sí sacó de su padre lo que ella llama su «pelo de negra», que lleva recogido en trencitas hasta la cadera.

Tengo veintiocho años y Dome treinta y dos, pero insiste en llamarnos sus niños «hasta que una criatura del averno me arranque las entrañas», palabras literales; a veces es un poco melodramática.

O hasta que le demos nietos.

Por lo que a mí respecta, prefiero que la criatura del averno me arranque las entrañas a mí. Y como la familia está para apoyarte cuando más lo necesitas, Dome intenta tranquilizarme respecto al tema de la descendencia diciéndome que, si mis espermatozoides gozan de mi mismo grado de desarrollo intelectual, seguramente seré estéril. Algo relacionado con darse de cabezazos contra las paredes vaginales en lugar de avanzar recto.

Le ofrezco a mamá el maletín con su máquina y ella se quita los guantes de boxeo antes de agarrarlo. Vamos hasta la isla de la cocina y extendiendo mi brazo izquierdo. En el hombro, bien a la vista gracias a mi camiseta abierta por los lados, llevo tatuada una rosa. Igual que en el resto de mi cuerpo, solo tinta negra. Su tallo descende enroscado hasta la muñeca y, con precisión profesional, mi madre pone en marcha la aguja y le añade una

espina. Una muerte más. Un nuevo triunfo.

Un collar o una pulsera de abalorios, adornos en una trenza, muescas en un amuleto de madera... todos los cazadores exhiben de una u otra forma su recuento. Yo lo llevo en la piel.

La idea se la copié a ella. Le encantan los tatuajes. Mientras que yo jamás me he atrevido con la cara, mamá lleva una D entrelazada con una L en la sien izquierda y una H con una A en la derecha. Por Dome y por mí. Las iniciales de nuestro primer y segundo nombre. Los nudillos de su mano derecha, los que usa para mandarte a dormir de un puñetazo, deletrean «Frank», una letra en cada uno; el nombre de mi padre. Y a lo largo de la columna vertebral luce una raspa dorsal de serpiente marina a la que le añade una nueva espina por cada muerte.

Sí, lo sé: mi madre tiene pinta de expresidiaria. Porque encima le gusta vestir con chándal ancho y botas duras.

Mi hermano lleva una raspa igual a la suya aunque mucho más pequeña en el antebrazo izquierdo. Su único tatuaje. Para contabilizar las muertes, también. Por el momento me gana. Yo soy de enzarzarme en la pelea; él, de acabarla con un disparo. Total, que yo me lo curro y él se lleva la victoria. Cosas de hermanos mayores abusones.

Pero, bueno, la oveja satánica decapitada acaba de sumarme un punto.

Me envuelvo la zona recién tatuada con papel film y me voy a la ducha, que ya toca. Al terminar, admiro en el espejo mi figura de infarto con los músculos bien marcados, aunque sin el volumen de Dome, y me revuelvo el pelo castaño oscuro, corto por los laterales y lo suficientemente largo en el centro para darle un toque despeinado.

Voy al cuarto del piso de arriba; el amplio con ventanales junto al que se han agenciado mis padres. Dome está sentado en la cama de matrimonio con el ordenador en su regazo. Es un cerebritito de la informática y echa horas como programador *freelance*. Diría que es casi un insulto que un buscador tenga otro trabajo si no fuese porque sé cuánto le mola. A veces me da miedo preguntarle si lo preferiría; si de haber tenido la oportunidad

de elegir en lugar de nacer marcado por el destino de nuestra familia... Es uno de esos interrogantes que no puedes formular en voz alta.

—Es mi cuarto —me informa cuando me estiro sobre el colchón, ignorando su presencia.

—Eso sería si tú fueses yo. Y siento despertarte de la ensoñación, pero no.

—Me lo he pedido.

—Y yo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Aprovecho que se ha girado a echarme un vistazo para soltarme la toalla de la cadera y mostrarme como Dios me trajo al mundo, pero con más tinta.

—Puñetas, Hud, tápate.

Me meneo el rabo.

—Es normal que su descomunal tamaño te acompleje, pero no tendrías que verlo si te largases de *mi* cuarto.

—¡Que es mío, *mamao*⁴!

—Mira, Domenico Louis —hablo con parsimonia sin dejar de darle vueltas al asunto como si fuese la hélice de un helicóptero para ponerlo nervioso—, esto es lo que va a ocurrir: voy a hacerme un tremendo pajote, en *mi* cama, en *mi* cuarto, antes de sobarme. Puedes ser testigo de ello o no. Tú eliges.

—No intentes...

Lo interrumpo mientras me acaricio lo que viene a ser la punta del cipote.

—Tres... —cuento muy despacio.

—No vas a... —Pero se levanta de la cama.

—Dos...

—¡Hudson!

Mi mano desciende para situarse en posición, bien entrenada.

—¡No, joder! —exclama frustrado. Cierra el portátil con rabia y agarra su mochila, a los pies de la cama—. ¡Eres un guarro y un pendejo abusón!

Sale cabreado y vuelve a entrar para lanzarme una zapatilla.

—Capullo —escupe sin mirar y se pira.

—No olvides cerrar la puerta —le pido con mi mejor sonrisa.

La verdad es que me da un poco de pena el pobre. Ambos sabemos que, si les va con el cuento, mamá no se pondrá de su parte porque soy su favorito y papá pasa de meterse en nuestras movidas. Pero se me olvida en cuanto pienso en las cositas que podría hacerle a la pijilla del paso de cebra.

Cuando me despierto, tengo a Postre acurrucada a mi lado con la cabeza sobre mi pecho y he dormido tantas horas que no sé ni en qué año estamos.

[4.](#) Imbécil.



Las alas del arcángel

—¡Voy contigo! —Dejo la taza de mi desayuno en el fregadero, agarro una camiseta por el camino y corro detrás de mi padre.

A mamá no se le da bien la diplomacia, mucho menos si consiste en hablar con gente trajeada en despachos elegantes. Por eso, papá se encarga de las presentaciones oficiales. No es ni de lejos como ir a cazar monstruos, pero como a mí lo que no se me da bien es estarme quietecito metido en casa, me ofrezco a acompañarlo.

Lleva una carpeta con documentos de esos superserios para las autoridades locales, exhortándolas a que hagan oídos sordos cuando a la gente le dé por decir que nos han visto por ahí acarreando cadáveres y esas cosas. Es básicamente un «No os metáis en nuestros asuntos» firmado por papá Estado.

La verdad es que mola ser un asesino a sueldo con licencia para pasarte por el forro la legalidad. Si un zombi no devora tu cerebro, claro, como le ocurrió al tío Jack. O una mantícora se come tu pierna, como la del abuelo Hudson. Sin olvidar el ojo que perdió la tía abuela Rosita por el zarpazo de un hombre lobo. No os fieis del diminutivo. Esa mujer podría tumbaros en cuestión de segundos. Tanto en una ronda de chupitos de tequila como en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Como veis, cachitos de mis ancestros se esparcen con orgullo por los Estados Unidos y parte de América Central. Pero si consigues mantenerte entero y no se te lleva Pateco⁵, la verdad es que mi trabajo me flipa.

Papá se gira en la puerta y le dedica un vistazo severo a Postre, que ya corre tras de mí. Después me mira.

—El propósito de este encuentro es encauzar nuestra relación con las autoridades del lugar de la forma más cordial posible. No empezar montando un espectáculo.

—Lo que no va a ocurrir —aseguro.

Pero él apenas me deja acabar:

—Lo que va a ocurrir cuando te empeñes en entrar con la perra en brazos porque no la dejan pasar.

Bufo. De acuerdo, a mí tampoco me gusta la gente trajeada que prohíbe el paso a los perros a sus despachos elegantes, pero le hago un gesto a Postre con la cabeza para indicarle que esta vez se queda. Papá asiente.

—Ya tenemos bastante contigo —murmura dándose la vuelta para ponerse en marcha, tras echarle un vistazo a mi atuendo de vaqueros rasgados y camiseta gris oscuro abierta por los laterales que deja al descubierto mi torso tatuado. No es la que llevaba ayer; es que todas son del mismo estilo—. Podrías comprarte ropa que no haya servido de desayuno a un vermis.

Traducción: un gusano enorme y voraz que se alimenta de carroña. En realidad los vermis son bien majotes porque se dejan matar sin excesivo esfuerzo y suelen indicar que hay presencia de no muertos en los cementerios donde aparecen, dado que las larvas nacen en su carne. Ya veis, la higiene no es una virtud entre los *no-mu*.



La oficina del fiscal se encuentra en un inmueble señorial con el suelo y las paredes de mármol brillante y unos cómodos sillones de piel en los que una amable mujer rubia y bajita de unos cincuenta años nos invita a sentarnos.

—Enseguida les atenderá.

Mi padre se coloca con su robusta espalda bien erguida. Yo intento imitarlo. De verdad que lo hago. Demostrándole que puedo ser un chico formal.

Tengo éxito durante... unos diez parpadeos. Después, mi ser se deja

escurrir, hundiéndose en el sillón hasta su postura natural en lo que mi padre denomina «usar la espalda de trasero».

Medio minuto después, él continúa tan tranquilo, mientras que yo estoy meneando los pies y silbando al tiempo que miro al techo y me crujo los nudillos.

Hasta que mis oídos registran el sonido de unos tacones acercándose con esa cadencia lenta y segura que indica contoneo de caderas. Me enderezo en una microdécima de segundo. Soy un cazador bien entrenado. Mis armas: una sonrisa canalla y el toque mágico de echarme el pelo hacia un lado.

La dueña de los tacones aparece con un andar firme, un moño del que escapa un único mechón oscuro y ondulado que se retira con inocencia y los labios rojos, ligeramente entreabiertos, pidiendo ser mordidos.

Oh, joder. Me lamo la sonrisa hambrienta. Es la pijilla de ayer, con su ropita de secretaria sexi, y mirarla es una delicia.

Se detiene para cruzar unas palabras con un hombre trajeado que le entrega unos papeles y continúa su camino mientras los ojea.

Me inclino hacia delante con los codos sobre las rodillas para llamar su atención cuando pasa frente a mí.

—*Conejita*. —La saludo con mi mejor sonrisa de medio lado y repaso ocular de arriba abajo.

Ella no lo sabe, pero ayer hicimos de todo en mi cama, así que las confianzas están justificadas. Además, aunque mi padre me dé una sutil patadita, lo he dicho en español. No puede ofenderse si no me entiende.

Se detiene y ahora son sus ojos los que me escanean: las pulseras de cuero trenzado, los anillos de plata en ambas manos, el aro de la oreja izquierda y los tatuajes, de un negro tan oscuro que parecen brillar sobre mi piel clara. Uno de mis favoritos es el del arcángel Miguel, que, según mi madre, nos guía en nuestra lucha contra las criaturas de la oscuridad. Situado entre mis omóplatos, sus alas extendidas —que parecen más de demonio que de ángel, la verdad— me abrazan los laterales del cuello; sus puntas tan solo separadas por la nuez desnuda. Un collar incompleto que

suele llamar la atención.

A ella tampoco le pasa desapercibido. Le sonrío y mira a mi padre como la gente mira a los dueños que no recogen los *ñordos* de sus perros.

—Las vistas de criminales son mañana.

Le habla a él, pero su mueca de «hasta tu mera existencia me molesta y no voy a ocultarlo» es solo para mí.

La tengo en el bote.

—Hemos venido a hablar con tu jefe —intervengo, remarcando la palabra «jefe» para rebajarle un poquito esos aires de superioridad—. Pero si nos trajeras un café sería todo un detalle, encanto.

Mmm, huele a cereza negra; nuevo dato registrado para mis fantasías. Ya veis, me tomo muy en serio la verosimilitud de mis recreaciones. Soy un artista entregado a su obra.

Tensa los labios en un «Voy a fingir que me ha hecho gracia mientras te dejo claro que no» y abre la puerta que queda frente a nosotros para meterse dentro y volver a cerrárnosla.

Lo dicho: en el bote.

La mujer rubia reaparece.

—Ya pueden pasar.

Así que entramos en el despacho del fiscal. Alargado, de iluminación tenue y forrado de madera. Y quien está sentada tras el escritorio es... ella.

Acepto su sonrisa triunfal ante mi sorpresa. Me la he ganado por machista.

Mi padre se aclara la garganta y toma asiento, aparentando que la incomodidad no es tan palpable que podría clavarle la estaca de emergencia que llevo oculta.

Me crujo los nudillos y ocupo el otro sitio disponible.

—Buenos días. Es para nosotros un placer que nos conceda parte de su tiempo.

Papá le tiende la carpeta y ella nos estudia con desconfianza antes de tomarla. No puedo evitarlo y una sonrisita canalla marca de la casa se me

escapa. Porque la situación me divierte. Y porque está cañón y su rollito altivo me pone que flipas y me encantaría follármela sobre este mismo escritorio. En este preciso instante.

El ligero alzamiento de ceja que me dedica en respuesta sin alterar su gesto serio no me quita precisamente las ganas.

Pasa las hojas con rapidez sin molestarse siquiera en fingir leerlas.

Creo que no ayudo al mirarla como si fuese mi dulce favorito, con los codos apoyados sobre las rodillas para quedar inclinado hacia ella.

Cierra la carpeta.

—Sus servicios no son requeridos aquí.

Hasta donde yo sé, no se especifican «nuestros servicios». Allí tan solo se indica que somos un grupo de operaciones especiales y tenemos vía libre. Pero este es un sitio pequeño y no estimará necesaria la ayuda de forasteros para garantizar la seguridad de sus ciudadanos. Y, si vio la oveja putrefacta sobre mi Jeepito, pensará que se trataba de una res vieja para el crematorio...

—Me temo que decidir eso no le compete a usted. —Papá habla con firmeza, sin perder la compostura y descubro en la seguridad de su voz el secreto de que le pusiese a mamá lo suficiente como para elegirlo.

Ella le sostiene la mirada.

—Este pueblo ha estado libre de altercados desde mi llegada. Cotejen los registros. Aquí no hay nada que pueda ser de su interés. —Empuja sobre la mesa la carpeta hacia nosotros, invitándonos a irnos con ella al infierno.

Papá no acepta la invitación. En vez de ello, relaja la postura, abre las manos y le sonríe con amabilidad.

—Mire, no queremos causar problemas. —Está usando su tono de coleguilla de cuando Dome y yo íbamos al instituto e intentaba hacernos entrar en razón por las buenas con mucho más tiento que las *guantás* que nos soltaba mamá—. No dudo de que tanto usted como los agentes de la zona sepan hacer su trabajo con sobrada eficacia, pero todo será mucho más cómodo para ambos si...

Al parecer, la fiscal pasa de hacer coleguillas nuevos y lo interrumpe:

—Aquello que sea que vienen buscando no lo encontrarán aquí. —Se pone en pie, se alisa la falda y nos vuelve a invitar a irnos al infierno con un gesto de la mano en dirección a la puerta—. Hemos terminado.

Papá también se levanta y le dedica un asentimiento de cabeza como el caballero educado que es.

—Claro.

Su predisposición para colaborar parece ablandarla porque destensa los hombros y habla con una cierta cordialidad teñida de cansancio:

—Les aconsejo probar en otro lugar que satisfaga mejor sus necesidades.

Papá asiente de nuevo, aunque no dice nada, y entonces ambos me miran. Porque sigo aquí con mi culo pegado a la silla.

Me apresuro a incorporarme, golpeo con las rodillas el escritorio —¿he mencionado ya que mido uno noventa y dos?— y el portalápices desparrama su contenido.

Intento atrapar los bolis fugitivos que ruedan sobre la mesa y nuestras manos se encuentran. No me da tiempo a apreciar si su piel es suave porque tenía tantas ganas de rozarla que la descarga de adrenalina es inmediata. La entrepierna se me encabrita cual salvaje pequeño poni porque también quiere rozarla. Esperad; quiero retirar la palabra «pequeño» referida a cualquier parte de mi anatomía, especialmente a esa.

Sí me fijo en que lleva las uñas pintadas del color de las cerezas en su punto justo de maduración para ser mordidas. Haced caso al experto: una mujer con las uñas rojo oscuro es material altamente inflamable.

Cuando levanto la mirada, su cara está muy cerca de la mía y no me molesto en disimular ni un poquito mientras observo cada uno de sus rasgos con deleite y detenimiento. Es preciosa. No en plan dulce niña bonita, sino con los rasgos duros y afilados por el rencor. Tiene un lunar bajo el ojo izquierdo, como una lágrima que mi pulgar se muere por secar. Y otro cerca de los labios. Los labios en los que mis ojos se quedan clavados mientras me muerdo los míos. Hay tantas cosas que podría hacer con esa boquita...

Su mirada reclama la mía al entornar los párpados para hacerme saber cuánto disfrutaría echándole mi cadáver a una jauría de mantícoras. Le sonrío sin apartarme y, lejos de retirar la mano, acaricio sus dedos con el dorso de los míos como si ni siquiera me diese cuenta.

¿Es un mal momento para pedirle que me haga un hueco en su apretada agenda de señorita importante para un revolcón?

—Ya me encargo yo —asevera cortante, alejando mis dedos como si espantase una mosca. Y entonces me sonrío. Con filo—. Pero si me trajeras un café sería todo un detalle, encanto.

[5.](#) Expresión puertorriqueña para decir «morirse».



Polvo en las sábanas

—Me pido ir yo siempre que haya que visitar su despacho —proclamo con la mano levantada nada más volver a casa, al tiempo que me impulso sobre el respaldo del sofá para saltarlo y dejarme caer en él.

Dome separa la nariz de la pantalla de su ordenador y me dedica un vistazo.

—¿Tiene revistas porno en la sala de espera para que se entretengan los niños?

Le sonrío.

—Tiene un polvazo.

Su cara sorprendida merece la pena.

—¿El fiscal?

Mi sonrisa se ensancha.

—La fiscal. —Me relamo los labios al recordarla—. La tengo en el bote. ¡Mat⁶! —Subo la voz para que me oiga desde la cocina abierta al salón donde está preparando unas quesadillas—. Tendrías que haberle echado un ojo.

Nunca habla de otros hombres, dispuesta a fingir que para ella solo existe su marido, pero con las mujeres no se corta en demostrar que tiene tan buen gusto como yo.

Se gira apenas para mirarme.

—¿Entonces ha ido bien?

—Bueno... —Postre acaba de subirse sobre mí y le rasco tras las orejas.

A ver, bien, lo que se dice bien... Pero mi bragueta y yo nos negamos a calificar el encuentro de negativo.

Antes de que pueda contestar, papá se la lleva aparte para comentarle algo con voz queda y Postre yergue las orejas cuando yo me incorporo, alerta. No es propio de esta familia andarse con secretitos.

El sonido de mi hermano crujiéndose el cuello me distrae. Se masajea las cervicales sin despegar la mirada del ordenador.

—Eh, *compay*⁷. —Reclamo su atención—. He pensado que deberías quedarte el cuarto grande de arriba.

Porque es luminoso y con un amplio escritorio que yo no voy a usar, mientras que esta mañana lo he visto a él encorvado sobre su portátil en la cama de la habitación de abajo, estrecha y sin espacio para trabajar. Lo único que Postre y yo necesitamos es campo para correr y tierra sobre la que entrenar. Dormir podemos hacerlo en cualquier sitio.

—¿Me tomas el pelo? —Me mira con fastidio.

Me encojo de hombros.

—No.

Dome resopla.

—Ahora tendré que cambiar las sábanas.

¿Veis? Por esto no le hago favores: no sabe ser agradecido. No pienso sujetar al próximo bicho que intente comérselo.

[6.](#) Mamá.

[7.](#) Compadre.



Tradiciones familiares

Hay familias que juegan al Monopoly, otras insultan juntas al equipo rival frente a la TV y algunas hacen barbacoas los domingos. Nosotros... vamos de cementerios.

Lo sé. Raro de cojones. La familia unida dándose un paseo por el camposanto de la ciudad nada más llegar. Y es que encima lo hacemos como quien anda por su casa. Dome va comiendo una bolsa de Cheetos, porque la Providencia no se cortó a la hora de darle más hambre que tentáculos al Kraken; yo le tiro un palo a Postre para que me lo traiga, incansable en sus idas y venidas; mamá camina mirando a ambos lados con cara de mala hostia, su chándal rojo de quinquillera y sus calcetines blancos asomando por fuera sobre unas duras botas negras; y papá es un hombre de dos metros con brillante pelo naranja que se agacha cada poco a examinar el suelo y las lápidas mientras se recoloca las gafas y murmura para sí. No sé cuál es el más personaje de todos.

Por no hablar del curioso arcoíris que formamos. Dome mulato, mamá morena, yo pálido y papá zanahoria.

Por si os lo preguntáis, Postre es rubia con la parte inferior de las patas, su preciosa carita y las orejas de punta negras. Es la perrita más guapa de todos los Estados Unidos y estoy dispuesto a pegarle un balazo de plata auténtica al que diga lo contrario.

Por suerte, el cementerio no parece ser el lugar de reunión predilecto para nuestros nuevos vecinos a la hora a la que empieza a caer el sol y no hay nadie que nos preste atención mientras reconocemos el terreno e investigamos a qué podríamos enfrentarnos.

Nada interesante por el momento. Vacío, callado, extrañamente... muerto.

Ni lápidas levantadas ni arañazos sobre las piedras ni manchas oscuras de sangre ni pisadas sobre el musgo o huesos fuera de su sitio. Para ser un cementerio tan viejo, parece recién aseado. Empiezo a estar decepcionado y aburrido. Ningún rastro de actividad paranormal. Aunque papá insiste en que hay cagadas de vermis, el gusano ese que te avisa de los no muertos.

Nos reunimos a su alrededor mientras disecciona mierdas que solo él distingue de lo que a mí me parece tierra. Está intrigado porque son escasas y pertenecen a diferentes lapsos temporales, lo que resulta insólito para unos animales que surgen como una plaga, se reproducen rápido y no se van por las buenas. Como si saliesen, alguien los exterminase, volvieran a aparecer y así sucesivamente.

Ya está toqueteando con sus espatulitas. Suelto el aire con desidia; o empezamos a matar cosas o yo me largo.

Un graznido nos sobresalta. Levantamos la cabeza. Sobre un ciprés, un cuervo ha clavado los ojos en nosotros. Otro vuela hasta posarse junto a él. Tienen el pecho blanco; no son cuervos.

—Augures —musita mi madre.

Papá asiente y mis dedos se enroscan alrededor de la estaca que llevo escondida. Sonrío.

—Vampiros.

Y esto comienza a ponerse interesante.



Almas aladas

Los vampiros son, de lejos, nuestros clientes más interesantes. Por la respiración contenida, los latidos atronadores y las manos hormigueándote mientras los aguardas, mientras intuyes que están pero no puedes verlos. Los sientes. Por el escalofrío en la columna, porque la estaca arde contra tu cuerpo, porque eres un cazador y naciste marcado para saberlo. Por la ligereza con la que al fin aparecen de súbito cuando menos te lo esperas. Por cómo te miran, prometiéndote la muerte. Por el ruido que hacen al crepitar cuando los matas tú.

Si hay augures, significa que rondan cerca. Su presencia los atrae con un magnetismo instintivo, igual que a nosotros. La tía abuela Rosita me contó una vez, mientras me desplumaba al mus, que los augures son las almas de los cazadores que murieron en combate. Aladas y fúnebres, siguen acudiendo a la llamada que palpita en nuestras venas, y así nos avisan a los que fuimos sus hermanos.

Pero resulta que luego picotean los cadáveres drenados que los vampiros dejan a su paso. Así que, si de verdad son nuestras almas, supongo que las criaturas de la oscuridad ganan y consiguen arrastrarnos consigo.

Un filósofo alemán⁸ dijo que el ser humano es un ser para la muerte, la única de todas las posibilidades dadas que sabe que cumplirá. *Sein-zum-Tode*. Los cazadores lo llevamos grabado en el corazón. Lo respiramos en el primer aliento. Vivimos tan rodeados por la muerte que se ha vuelto nuestra compañera. Lo hemos convertido en nuestro lema.

Sein-zum-Tode es lo que proclamamos con orgullo al morir.

Por eso, en lugar de sentir miedo al divisar a los augures, Dome y yo

compartimos un breve vistazo antes de empujarnos y echar a correr. Postre nos sigue entre ladridos. Vamos saltando de tumba en tumba, buscando alguna que tenga la tapa rota, forzada. Revisamos también los candados de los panteones y los nichos, apartándonos con empujones, entregados a la competición de ser el primero en descubrir dónde se levantarán los no muertos cuando desaparezca ese sol que carboniza su piel y los sumerge en el letargo.

«La verdadera seriedad es cómica»², porque cuando sabes que tu vida acabará rápido, con la dentellada de un hombre lobo, la mordedura de un zombi o la picadura de una arpía, la conviertes en un juego para esquivar la locura.

Terminamos jadeantes tras haber recorrido todo el cementerio. Ninguno ha ganado. No hay pistas. Alguien las ha ocultado.

Porque dejadme que os diga una cosa: los cementerios tan viejos como este son caóticos, quejumbrosos, descascarillados. Que todo esté en su sitio significa que el caos acecha sigiloso.

Obtengo la confirmación cuando, alertados por la forma brusca en la que nos detenemos de regreso junto a nuestros padres, los augures echan a volar. Y no hay dos. Hay toda una bandada que ensombrece el cielo, lúgubre velo de muerte.

Al seguirlos con la mirada, la veo.

[8.](#) Heidegger.

[9.](#) Cita literal de Nicanor Parra, poeta chileno.



Saltaría tumbas por ti

En realidad, creo que, un segundo antes de verla, la siento. Porque la brisa se levanta y huele a cereza negra, por el hormigueo en la piel.

En la colina que vigila el cementerio, hay una chica descalza sentada en la hierba salvaje, con un libro en su regazo. Y las chicas que leen, así como solitarias y distraídas, uff, diez puntos más en la escala de «cómo de cachondo pones a Hudson» que redacté cuando estaba en el instituto de la Alianza en Puerto Rico y colgué tras la puerta de mi cuarto. Uno debe tener sus principios siempre presentes.

Viste una falda azul marino suelta, salpicada con diminutas flores blancas; mismo color que su top sin tirantes. A su espalda, los últimos rayos del atardecer dibujan el contorno de sus hombros rectos bajo la chaquetita vaquera que lleva echada por encima y derraman sombras sobre sus clavículas, al tiempo que le arrancan brillos cobrizos a su pelo negro, recogido en un moño bajo y desordenado. Todo un pastelito de dulce nata y cacao.

Y yo me lo quiero comer entero.

Ignorando su libro abierto, ella también me mira a mí. La pijita del paso de cebra, la fiscal a la que no le caigo bien. Porque la tengo coladita por mis huesos y eso le molesta. Sus labios apretados y sus ojos desafiantes me lo dejan claro. Ni pizca de gracia le hago.

Y no hay nada más estimulante que un reto.

Antes de pasar al siguiente, claro. Aunque eso no se lo diremos por el momento. Que llega un punto en el que los retos dejan de serlo y yo, bueno, soy un cazador.

Mamá también fue así antes de papá. A veces, cuando yo era más joven e ingenuo, me preguntaba quién sería mi Frank, la persona que me tatuaría en la piel, la que elegiría por encima de todas las demás. Para siempre. Ahora he aceptado que no todos tenemos el mismo destino. Hay caballos que nacieron para no ser domados.

Sí para brincar atolondrados y felices. Por eso salto la verja que circunda el camposanto y subo corriendo la colina hasta plantarme delante de la pijilla. Me echo el pelo hacia atrás mientras me concedo una pausa para recuperar el aliento y le sonrío con suficiencia.

—¿Andas siguiéndome?

Me dedica un vistazo de arriba abajo con fingido desinterés. ¡Ja!, que se lo cree ella. Sin duda, se lo está gozando de lo lindo porque contemplarme es toda una delicia para los sentidos. Y gratis.

—No soy yo quien viene resollando —apunta—. Ni quien se ha mudado, casi me atropella, se planta en mi despacho y ahora irrumpe en mi sitio de lectura habitual.

—Oh, así que llevas una detallada lista de todas las veces que me has visto. ¿También las escribes en tu diario? ¿En rosa y con corazones?

—Más bien en negro sobre un muñeco de vudú.

—*Nah*, las chicas como tú le tienen miedo a esas cosas —desdén la posibilidad con un gesto de la mano.

—¿Las chicas como yo? —Entorna los ojos.

—Delicaditas y repipis.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Utilizo su mismo tonito.

Señala con la barbilla a mi familia.

—¿Qué? ¿Disfrutando del nuevo vecindario?

Se han reunido para hablar muy juntos mientras Postre olfatea por ahí. Nos observan sin disimulo, lo que me corta bastante el rollo. Ella les sostiene la mirada, seria. Cierra el libro con fuerza, se calza las sandalias que se había quitado para hundir los pies en la hierba y se pone en pie.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais?

—Quizás te buscaba a ti.

Me mira como si le acabase de lanzar una declaración de guerra.



Sueño de sombras y luna

Al final no hemos encontrado ninguna pista. Cuando la noche cae, nuestros padres se van a hacer la ronda por el pueblo, por si detectan cualquier cosa sospechosa. Solemos rotar las parejas y hoy les ha tocado a ellos.

Pero yo soy un buscador nocturno y mi cuerpo no va a aceptar irse a la cama tan temprano. Me pongo mi uniforme: un conjunto de ropa negra ligera y cómoda con refuerzos en las zonas importantes, como las articulaciones o el pecho, las botas y el armamento básico.

—Salgo a correr con la perra —informo a Dome que, oh, sorpresa, está con su ordenador. Llamadme loco, pero creo que ni siquiera busca contenido para pajearse con él. Ya, yo tampoco lo entiendo.

Levanta la mirada de la pantalla para echarme un ojo crítico.

—Lleva cuidado, ¿eh? Todavía no controlamos el terreno.

—Relájate, no me alejaré. Y voy con Postre.

—Ya sabes, cualquier cosa...

Le doy dos toquecitos al busca que llevo enganchado a la cadera y ambos asentimos.

Nos han proporcionado una casa a las afueras, a unos ocho minutos en coche del pueblo, cerca del bosque que arropa al río. Mi nena y yo trotamos por la arboleda mientras la bruma se alza, intentando ocultar la luna. Reconozco la fascinación que la noche ejerce sobre mí; hechos el uno para el otro, fluye en mis venas. Mi aliento se funde con la brisa fresca, mis ojos encuentran belleza en los brillos y las sombras, y mis latidos se acompañan con el crujido de las hojas bajo mis pies y los sonidos de los animales nocturnos. Esta es mi canción de cuna.

La tía Rosita dice que el mundo está hecho de equilibrios, que cada luz proyecta una sombra de su misma intensidad.

Sí, compartimos mucho tiempo durante largas partidas al mus porque de pequeño tenía la ilusoria certeza de que, si jugaba lo suficiente, terminaría ganándole. ¿*Spoiler*? Perdí una fortuna y mi orgullo por ser un tauro empecinado.

Con una dudosa generosidad hacia el niño que estaba dejando *pelao* sin un ápice de misericordia y que, al fin y al cabo, era de su misma sangre, me regalaba perlas metafísicas cuando el aguardiente, que bebía con el pulso firme de un francotirador, comenzaba a brillarle en los ojos.

«Los dioses lanzaron una moneda», afirmaba —aunque para monedas las que me sustraía sin piedad para hacerlas desaparecer en su bolsillo con la rapidez de una urraca—, «en el anverso ellas, las criaturas de la oscuridad; en el reverso, nosotros, destinados a equilibrar la balanza. La sombra de las sombras».

Unidos por la espalda, como la cara y la cruz.

Quizás por eso todo ocurre a la vez. El cosquilleo en la parte baja de mi columna, el borboteo del agua, el movimiento apenas vislumbrado por el rabillo del ojo y el ladrido de Postre. Mi salto hacia un lado, instintivo, y el aguijón clavándose en la tierra justo donde estaba mi pierna.

Me echo al suelo y ruedo para evitar el segundo ataque. Saco uno de los machetes extensibles. La mayoría de nuestras armas son así: ligeros cilindros de fibra de carbono con un botón para desplegarlas.

Me deslizo y sesgo el aguijón, que se ha clavado en la tierra al apartarme de su trayectoria, evitando mancharme con la sangre venenosa. La hiporagne suelta un siseo y emerge del río por completo. Una enorme araña acuática. Solo la mitad de sus patas terminan en aguijón. Las usa para trincar y paralizar a sus presas antes de llevárselas a la boca circular con varias hileras de dientes que tiene bajo esa cabeza calva sembrada de ojos vidriosos, acostumbrados a observar escondidos entre las algas.

Añadid a la descripción que es muy rápida; dato que recuerdo esquivando

otro ataque por los pelos.

¿Me ha llamado ella hasta aquí o he sido yo quien la ha llamado? Quizás se trata de la suma de los dos, por esa atracción fatal de la que habla tía Rosita. Caminamos sin buscarnos sabiendo que caminamos para encontrarnos.

Es de Cortázar¹⁰. Aunque no lo parezca, de vez en cuando me da por leer.

Salto, me agacho e intento rodar bajo la hiporagne para cortarle las patas.

Postre le está mordiendo con saña una de las que no tiene aguijón. Otra de las que sí se dirige hacia ella y yo me lanzo a interceptarla.

El problema de enfrentarte a un bicho con muchos ojos es que puede atacar varios objetivos a la vez. Consigo parar el aguijón que iba a por Postre usando el machete como escudo porque no tengo buen ángulo de corte, pero no soy lo suficientemente rápido para evitar del todo el que viene a por mí. Me pilla en pleno giro y resbala por mi cadera, rasgándose el cinturón con las armas —que cae al suelo— y la ropa, arañándose la piel. Aprieto los dientes cuando noto la quemazón justo antes de amputarle el miembro.

Voy a por los siguientes, esquivando y dando tajos, hasta que el cosquilleo en mis piernas se vuelve pesadez. Dejo de sentirlas y caigo de rodillas.

Mierda.

Os daré un consejo: si vais a permitir que un bicho os inyecte su veneno paralizante, aseguraos de matarlo antes de que haga efecto. Para mi desgracia, este todavía no está muerto.

Gimo por el esfuerzo cuando uso los brazos para intentar apoyarme. Las manos me hormiguan. Todo va muy rápido fuera y muy lento en mi cabeza. Tremendo pedo.

Oigo los ladridos de Postre amortiguados, como desde debajo del agua. Que ahí es donde voy a acabar yo cuando la hiporagne me enganche y tire de mí hacia su escondite.

No sé por qué, me hace gracia y la sonrisa se me tensa.

Ah, mira, mover los labios sí. Aunque tal vez solo lo he imaginado, porque lo cierto es que no sé si los siento. ¿De normal los siento? Intento sacar la lengua para palparlos y se me queda doblada a medio camino en la boca entreabierta. Genial, al menos moriré con una mueca de pedorreta en la cara para mi asesino.

Recuerdo que este fue el primer monstruo que intenté matar; una hiporagne. Nuestros padres la habían descubierto y me llevaron al caer el sol con un arma en cada una de mis sudorosas manos. Tenía siete años y, al ver esa cosa tan fea emerger del pantano, me quedé paralizado. Sin necesidad del veneno. Dome salió de entre los árboles; nos había seguido. Me hizo a un lado y acabó con ella antes de darle la oportunidad de dañarme. Tenía once años y la cara manchada de una sangre que no era sangre, amarilla y espesa. Fue su primera caza. Su primera marca en la piel. Ahora me planteo si siempre fue su prueba y no la mía. Era un muchacho demasiado reflexivo y quizá nuestros padres sabían que no atacaría él primero, que necesitaría una motivación extra que avivase su rabia.

Dome. Le digo a mis dedos que deben llamarlo. El busca todavía está enganchado en la cinturilla de mi pantalón. Todo el brazo me hormiguea cuando intento ponerlo en movimiento.

«Venga, venga».

El bicho es más rápido. Un aguijón viene directo a mi pecho.

Quiero gritar porque sé que Postre va a ponerse en medio, ordenarle que se quede quieta. Pero sigo teniendo la maldita lengua atorada.

Un brillo de plata sobre mi cabeza y la pata cae cercenada. Muchas gracias, Dome, por regalarme un buen chorrizo en plena cara de su asquerosa hemolinfa de mierda; porque morir limpio y sin una mueca de payaso está sobrevalorado.

Me obligo a no cerrar los ojos y voy recolectando detalles.

Esa es mi lanza. Ha salido de uno de los cilindros extensibles que llevaba en el cinturón. Alguien la maneja con maestría, baila con ella sobre su cabeza y contra el monstruo.

Dome nunca ha sido tan elegante en sus movimientos. Ni tiene ese culito respingón embutido en unas mallas negras. Ni la forma de unas tetas bajo la camiseta térmica. Ni una coleta de largo pelo oscuro que se balancea acompañando su danza con la araña bajo la luna.

Joder. Esto es mil veces mejor que Dome. Que haya tetas de por medio siempre hace todo mejor. Por eso Postre tiene diez. Aunque no la veo de esa forma, claro.

Mientras reposo la cara contra la tierra con una mueca adormecida pensando en tetas, me digo que si hubiese un Frank para mí, sería algo así. Ya sabéis, la persona que tomarías de la mano y le presentarías con orgullo a tu madre con pinta de expresidaria. Con una madre no se juega y le prometí que solo lo haría una vez en mi vida; lo de plantarle una mujer delante y decirle «Mira, es ella. Por favor, no le partas la cara».

Dome lo ha intentado un par de veces. No lo de que no le partiera la cara, lo de enamorarse.

Yo siempre he creído que no iba conmigo. Pero, si lo hiciera, si me decidiera a elegir a alguien por encima del resto, sería a este sueño de negro y plata. A la cazadora letal, decidida y elegante que salta, vuela, corta y trincha como si estuviese trazando una coreografía bajo la luna con los dientes apretados.

La chica que sería capaz de matarme.

¿Quién mejor para guardar tu corazón?

Cierro los ojos. Puede que ya esté muerto y la esté imaginando mientras la hiporagne me arrastra sobre el lodo. Quizás por eso noto la cara húmeda.

Oigo un chillido. Cuando miro, Postre me está lamiendo para que despierte —de ahí la humedad—, y el monstruo se hunde en las aguas, arrastrado por la corriente, al tiempo que la cazadora le extrae mi lanza del pecho después de atravesárselo.

Se gira hacia mí, fiera y cabreada, con el astro de las criaturas nocturnas vistiendo sus rasgos de sombras y plata.

Su expresión me dice que voy a ser el siguiente al que trinche. Quizás sea

porque sigo sacándole la lengua como un rollito en mi boca de marioneta.
Sin duda, no es la mejor forma de dar las gracias.

Se pasa el antebrazo por los labios con rudeza, limpiándose cualquier rastro de sudor, y arroja la lanza frente a mí.

—Gran trabajo, cazador —se burla.

Me mira y sé que estoy soñando. Un sueño de sombras y plata.

Cuando abro los ojos, ya no está.

[10.](#) «Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos», cita de su obra *Rayuela*.



Si lo soñé

—¿*Qué tú hace*'? —Dome me mira con extrañeza. Cuando no está papá presente siempre hablamos entre nosotros en puertorriqueño.

Una vez recuperado el dominio de mi cuerpo, he entrado muy rápido en casa para que no viese que llevaba la ropa desgarrada y acabo de darme una buena ducha tras limpiarme la herida.

Ahora, con el pelo todavía húmedo y la toalla anudada a la cintura, revuelvo con urgencia obsesiva entre los libros de papá.

—No vas a encontrar pornografía ahí. Lo sabes, ¿no? Bueno, a no ser que ahora te vayan las fantasías con gusanos peludos y zombis putrefactos. — Hace una pausa recapacitando para sí mismo—. Que con lo pervertido que eres no me extrañaría. —Levanta las manos—. Prefiero no enterarme. Me abro.

Lo fulmino con la mirada. Esto es serio. Por suerte, desde su posición no puede ver el arañazo de mi cadera.

—¿El veneno de las hiporagnes puede inducirte alucinaciones además de paralizarte? —pregunto sin dejar de pasar hojas y comprobar índices.

Dome se frota la barbilla.

—Depende. —Me detengo para dedicarle toda mi atención—. ¿Cómo de *mamao* ibas?

Bufo exasperado con un gesto de «Vete a vacilar a la vecina que no tenemos» y él se ríe.

—Hasta donde yo sé, no —contesta ya sin bromas—. ¿Por qué?

Porque he soñado con ella. Y era mi Frank.

Porque cuando he despertado estaba solo.

Porque quizás yo he matado a la araña antes de sucumbir a su narcótico y he imaginado el resto.

Porque mi lanza estaba desplegada frente a mí, pero he podido ser yo quien la usara.

Porque ella me ha mirado y juro que he encontrado el reverso de mi moneda.

Pero tenía su cara. Por eso sé que soñaba.

—Nada. —Sacudo la cabeza.

Me contesta con un sonido de asentimiento que viene a ser un «No te lo crees ni tú, pero lo dejaré pasar porque no estoy seguro de querer saberlo».

Cierro otra enciclopedia, frustrado. La mitad de estos libros están en latín. Y la otra mitad, en gaélico. Papá es un verdadero friki. Un friki muy molesto.

—Necesito una copa.



La camarera me echa vistazos mientras bebo apoyado de medio lado contra la barra del único bar que hay en este pueblo. Y yo la observo de vuelta sin disimulo.

Es bajita, curvilínea y con los rizos teñidos de rojo. Me sonríe, se toquetea el pelo y cada vez pasa un poquito más cerca, rozándome sin querer... evitarlo.

Hasta que en una ocasión en la que se inclina sobre la barra para dejar al otro lado los vasos vacíos que trae en la bandeja, me sitúo a su espalda y le retiro el pelo hacia atrás, acariciándole el hombro sin querer... evitarlo.

—Si te lo recogieras no tendrías que tocártelo tanto —le susurro cerca del oído.

Se da la vuelta, en absoluto incómoda, y sus tetas se aprietan contra mi pecho. Ya sabéis, sin querer.

—A lo mejor me gusta.

—¿Tocarte? —Se lo vuelvo a retirar, rozándole en esta ocasión el cuello,

y bajo la voz para tener una excusa con la que agacharme hacia ella—. ¿O que otros lo hagan?

Sonríe. El *pub*, ambientado con una luz tenue, estrechas mesas de madera, un lugar despejado para bailar, un par de billares y una diana de dardos, no está muy concurrido. Lo que no me extraña con la horrible música que suena.

Saco mi móvil.

—Conéctame al *bluetooth* del altavoz, anda, para que se escuche algo de verdad.

Me mira con sorna al tiempo que pasa por debajo de la barra para cubrir al compañero que acaba de salir a echarse un pitillo.

—¿Y qué va a ser ese algo de verdad?

—Tan solo la mejor música latina, *mamita*. —Eso último en español, con mi irresistible acento Velásquez.

Le muestro la cara interna del bíceps donde llevo tatuada la bandera de Puerto Rico y aprovecho para presumir de músculos.

Se ríe y me mira de arriba abajo. A mi piel blanca y mis ojos claros; a la herencia escocesa que me llega desde la otra rama.

Estoy tan cansado de oír lo que viene a continuación que lo formulo en mi mente al mismo tiempo que ella:

—No pareces latino.

Antes, ese comentario se ganaba un puñetazo; ahora he aprendido a encajarlo mejor. Le doy un trago a mi copa y le dedico un guiño.

—Hasta que me veas mover las caderas.

Vuelve a reírse con ese tonillo agudo de las mujeres que viene a decir «Eres el tío más gracioso del mundo; bienvenido a mi cama».

Me tiende la mano para que le deje mi celular y yo se lo desbloqueo. Lo conecta y lo primero que suena es una bachata. De lujo. Siempre es buena opción para empezar a caldear el ambiente.

Cuando me lo devuelve, hay un número en la pantalla esperando a que guarde el nuevo contacto.

—Me llamo Mariam y quizás deberías reservarme un baile. —Me guiña un ojo—. Cuando termine en el almacén, eso sí. Que me toca ordenar el último pedido antes de que mi jefe se ponga a ladrar. —Hace una mueca de hastío y desaparece por la puerta trasera.

Sonrío al echarme otro trago, valorando si debería seguirla o esperar a que salga cuando oigo la entrada del local abrirse y, antes de girarme, lo sé. Por la tensión que me contrae el estómago y el olor a cereza negra.

Nuestros ojos se encuentran a la vez.

La fiscal acaba de entrar. Con los tacones, el pelo recogido y su abrigo pijo de fieltro. Debajo, ajustada falda de tubo y camisa semitransparente sobre un sujetador de encaje negro. Oh, joder.

Saluda a un grupo al que ignoro al dirigirme hacia ella. Que no me haya soltado la mirada, aunque sea con esa cara de desear mi muerte, creo que me da derecho a hacerlo. La agarro del codo antes de que se siente. Se libera en un movimiento brusco y me empuja con una mano en el pecho para alejarnos de sus amigos antes de enfrentarme con gesto hosco.

Yo contrarresto con mi mejor sonrisa.

—Acabas de llegar y está sonando mi música; diría que ahora eres tú quien me persigue. —No muda un ápice su gesto y yo vuelvo a sonreírle, abriendo los brazos—. Baila conmigo.

Al fin y al cabo, resulta que nos hemos colocado en mitad de la pista vacía. Fluyo con la melodía, luciéndome con un par de pasos juguetones solo para su deleite.

Cruza los brazos sobre el pecho y enarca una ceja. La incredulidad de su gesto me espeta un «Estás de broma».

—Venga, ¿qué pasa? ¿No quieres que descubra que tienes las caderas tiesas como el palo de una escoba de ir siempre tan estirada?

Le arranco una sonrisa condescendiente.

—No soy como tú.

—¿Irresistiblemente sexi? —pruebo sin dejar de bambolearme—. No hay que compararse con la élite, pero tampoco estás mal, mujer.

—No. —Sigue tan seria como en su despacho—. El tipo de persona de la que puedes conseguir que haga lo que quieres con el clásico «No hay huevos».

Me acerco para susurrarle mientras bailo pegado a ella.

—¿Y de ti cómo se consigue que cumplas lo que deseo?

—Un «por favor» en lugar de dar órdenes no estaría mal para empezar.

Dejo que una carcajada ronronee en mi garganta antes de echarle un vistazo socarrón y volver a inclinarme hacia ella. Es alta, de forma que apenas tengo que agacharme, lo que mis lumbares agradecen.

—Así que me quieres de rodillas. —Rozo su oreja con mis labios—. Eso se puede arreglar.

—¿Cortándote las piernas?

Me río.

—Contigo no hay quien se ponga romántico.

Como ha destensado los brazos, aprovecho para tomarle las manos y hacerle dar media vuelta. Acomodo mi pecho a su espalda y la invito a contonearse siguiendo el ritmo de la bachata que está terminando. Diría que, aunque noto todo su cuerpo rígido y en tensión, más o menos se deja.

Comienza a sonar *Fiel*, el remix de Wisin, Jhay Cortez y Anuel Aa; todo voces boricuas¹¹, apuntaré con orgullo. Sujeta contra mi pecho, bajo mis manos por sus costados hasta posarlas en sus caderas para guiarlas. Con el rostro en el hueco de su hombro, huelo su pelo y su perfume a cereza negra me envuelve. Como su dueña, dulce pero afilado. Su mejilla roza la mía y, por un momento, cierro los ojos, sacudido por un fogonazo.

Joder, espero que también se esté poniendo cachonda, porque yo voy a cien. Sin despegar un ápice mi pecho, retiro el resto del cuerpo un poco hacia atrás. Me parece pronto para restregarle contra el trasero la erección que comienza a despertar. Tal vez intente cercenarme el miembro de raíz.

—*Nadie lo hace como tú lo sabe' hacer. Ese cuerpito no e' mío, pero yo le soy fiel* —le canto la letra con voz ronca cerquita del cuello, que espero erizar con mi aliento cálido—. *Cuando te dé hambre no' podemos' comer.*

La sigo guiando y, aunque sin relajarse del todo, empiezo a notarla más suave. Se acopla a mis movimientos y a la música y juraría que atisbo una ligera sonrisa.

—Vamos, reconoce al menos que soy divertido.

Solo puedo mirarle los labios cuando se gira y quedan próximos a los míos.

—Un divertido grano en el culo.

Me río en silencio.

—Eres peleona, ¿eh?

—¿Y no es eso lo que te encanta?

—Sí. —Vuelvo a girarla para pegar su espalda a mí, muevo la cintura y, ahora sí, dejo que lo note un poquito apretándose contra su trasero. Suelta un jadeo, abriendo los ojos, y yo la ciño más fuerte—. La verdad es que sí.

Se ha quedado algo rígida. Ella. Lo mío ya sabemos los dos que lo está. Así que la suelto y exagero mis pasos para hacer un poco el payaso y relajar el ambiente al tiempo que canturreo:

—*¿Cómo se siente? ¿Cómo se siente?* —Después le tomo de nuevo las manos—. *No necesito nada, solo necesito un roce, tú me conoce*’.

Apago mis ganas de comerle los labios con un beso en su cuello. Cierro los ojos y se me escapa un ligero mordisquito al final.

Cuando levanto los párpados, su expresión es difícil de desentrañar. ¿Sorprendida? ¿Indecisa? ¿Dudosa? Creo que está... desconfiada.

Bueno, imagino que una pijilla como ella no se restriega todos los días contra un tío tatuado de los pies a la cabeza.

Le sonrío.

—¿Qué pasa? ¿No entiendes español? —Hago un gesto hacia arriba, como si quisiera señalar la música.

—De hecho, sí —replica muy digna. ¡Ja!, para que luego diga que no es de las que se pican. Después tuerce el gesto como una niña contrariada—. Y te aseguro que esto no lo es.

Vamos, que con su correcto español de academia cara no se está

enterando una mierda. Me río.

—Cariño, déjame que te diga que este es el español de verdad, el de acento puertorriqueño. —Me inclino de nuevo hacia ella porque la distancia me sobra y las excusas para rozarla se me ocurren a miles—. Que es la segunda cosa más sexi que vas a escuchar en tu vida.

—¿Y cuál es la primera?

Sonrí de medio lado y los ojos me brillan hambrientos. Me muerdo los labios antes de buscar su oído y recorrerlo con suavidad.

—Tus gemidos cuando yo te los provoqué.

Lo sé, soy un hacha en esto; siempre con la réplica perfecta preparada. Podéis aplaudir si queréis.

Da un paso hacia atrás y me evalúa.

—¿Es una amenaza, cazador?

—Es una promesa, *conejita*.

Me está mirando como si quisiera desentrañarme, como si necesitase leer mis verdaderas intenciones. A ver, soy un tío, ella está cañón, le he restregado la entrepierna contra el culo y no tengo pinta de ser de los que sacan un anillo; creo que estoy siendo bastante obvio. Que aquí la única duda es si tiene la casa libre o nos buscamos un hotel.

La canción cambia y yo ni siquiera me doy cuenta porque sus ojos siguen capturando los míos. Serios, reflexivos, como si buscasen alcanzar una verdad más allá. Recuerdo esos mismos ojos bajo la luna, envueltos en sombras y, por un instante, yo también me quedo quieto.

El arañazo en la cadera me escuece.

«¿Eras tú?».

Pero no puede ser. Porque no hay más cazadores en la zona; lo sabríamos. Porque ella es una niña pija con un despacho elegante, no una luchadora. Porque estaba arreglándose para salir con sus amigos, no matando monstruos en la oscuridad.

Porque sería demasiado perfecto.

Por eso sé que yo maté a la hiporagne y después la imaginé. A ella. Por

culpa del veneno y mis últimas fantasías.

Me miro el brazo. Si yo la maté, ¿por qué no tengo una nueva espina? A falta de mi madre, lo normal habría sido pedírselo a Dome en cuanto llegué.

Como son demasiadas incógnitas, me limito a tirar de su mano. Esta vez con cuidado, casi con timidez, y volver a bailar al ritmo más pausado y tierno de Cultura Profética con su *Ilegal*:

Tener tus ojos debe ser ilegal.

Me acompaña y nos acompasamos casi sin pensar.

Y más si cuando miras solo inspiras a pecar.

Apenas le prestamos atención a nuestros cuerpos porque estamos muy ocupados interrogándonos con la mirada, como si mantuviésemos un pulso en silencio.

Esos dotes que sí sabes cómo usar para matar

Quiero preguntarle si lo soñé. Si la soñé. Si la imaginé vestida de bruma y plata.

«¿Eras tú? ¿Estabas ahí?».

Te has armado de forma perfecta

para hacerme agonizar.

Quiero preguntarle si es la chica que podría matarme.

Porque, si lo es, creo que estoy dispuesto a dejarme.

[11.](#) Puertorriqueñas.



Arde a mi contacto

Por su parte, sus ojos me plantean otros interrogantes. Leo su recelo y, de golpe, ubico su mirada. Me sacude como una bofetada: es la misma que tienen los perros de los refugios en los que llevo años colaborando aquí y allá. Los perros cambian, sus historias también, pero las miradas no.

El miedo con el que se apartan de tu mano; las ganas de confiar en tu cariño y el terror a hacerlo al mismo tiempo. Siempre en guardia.

Una mirada maltratada que te pregunta si volverá a salir herido.

¡Por todas las estacas bendecidas!

La acerco y le acaricio la mejilla con cariño. Dejo ahí mi mano, sosteniendo su rostro. Mi pulgar juguetea con la línea de su mandíbula.

Pego mi frente a la suya cuando le prometo en un susurro:

—No voy a hacerte daño.

Alza la mirada hacia mí, con ganas de poder creerme. Tiene los labios entreabiertos.

—¿Puedo besarte? —suplico, desesperado por recorrer hasta el último centímetro de su piel.

Sonríe, burlona.

—No te pega pedir permiso.

—Oh, pero creí que te gustaba que te pidieran las cosas por favor —me burlo yo también—. Aunque... tienes razón. No me pega.

Y me lanzo a por sus labios. Si quiere, tiene espacio para apartarse y manos para darme un bofetón.

No lo hace. Así que primero la rozo apenas para probar su sabor y su textura. Acaricio su labio inferior con los míos, tentándola. Y, como su boca

está suave y húmeda, receptiva, vuelvo a por más. Mucho más. Saboreándola en pequeños besos hasta que mi lengua tantea sus labios antes de encontrarse con la suya.

Joder, besarla es metal fundido recorriéndome las venas, erizándome la piel. Juraría que me está chorreando la polla. La aprieto contra mí, gruño y me olvido de la delicadeza cuando mi boca ruega por bebérsela entera.

Si la cama se nos da como besarnos, esto va a ser la hostia.

Ella da un paso atrás y echa un vistazo con disimulo a los lados.

—Esta gente me conoce.

Claro, la fiscal de despacho elegante tiene una reputación que mantener y no puede andar dándose el lote por ahí con el primer macarra tatuado de turno.

Sonrío y la guío hacia una puerta en un lateral con un cartel de prohibido el paso que ignoro sin remordimientos. Cede sin problemas cuando la empujo con la espalda para no dejar de mirarla a ella. Duda unos segundos, volviendo a morderse el labio. Le dedico un gesto de pícara complicidad y tiro de la mano que no le he soltado en ningún momento.

Finalmente, me sigue.

Parece que pretenden hacer una ampliación, quizás una sala para fiestas privadas, porque entramos en una estancia con plásticos cubriendo el suelo, una escalera por acá, botes de pintura por allá y el inconfundible olor a barniz que las ventanas abiertas intentan borrar, dejando el lugar frío e iluminado tan solo por el resplandor lejano de las farolas.

No analizo mucho más los detalles; en cuanto la puerta se cierra, la aprieto contra mí en la oscuridad y vuelvo a besarla.

Todo el cuerpo me cosquillea, su olor inunda mi nariz. Estar con ella es electrificante, un escalofrío recorriéndome la espalda

Espera. Un segundo. Me detengo.

Oh, joder.

Porque excitante y placentero, sí, pero este es el escalofrío que conozco tan bien, el de estar encerrado con tu peor enemigo entre las sombras.

Porque su proximidad me quema y aviva todos mis sentidos.

Porque antes me ha llamado «cazador». Y seguro que esa palabra no aparecía en los papeles que le llevamos.

Porque siempre sé que está ahí un segundo antes de verla.

Igual que lo sé en este preciso instante, un segundo antes de que la mano que ya se dirigía hacia allí se pose sobre su cuello y el anillo de plata que llevo en el anular haga chisporrotear su piel como si le hubiese apoyado un mechero.

Gime y se aparta de mi contacto. Me mira y me encuentra rígido, observándome todavía el anillo como si quisiera encontrar otra explicación.

La mano que sujetaba su cadera la suelta, cayendo inerte a mi costado.

Ella alza los dedos para intentar tocarme, pero algo en mi gesto, que se ha vuelto duro, la disuade de hacerlo.

Da un paso atrás.

—Creí que podías olerme.

Suena casi a disculpa. Eso era lo que sus ojos me preguntaban: «¿Sabes lo que soy? ¿No vas a hacerme daño?».

Y aunque le he prometido que no, agarro la estaca que llevo en el bolsillo de la chupa. Retrocede dos pasos más.

La habitación está llena de su esencia; la percibo en el aire entre nosotros, tenso, inflamable. Mis sentidos responden a su magnetismo. Todo es tan evidente de golpe...

«Creí que podías olerme».

Sí. Lo hice. Cuando pasó por delante de mi coche y no tuve más remedio que quedarme mirándola. Cuando apareció por el pasillo de su oficina y supe que era ella sin verla. Cuando el viento del cementerio me trajo su perfume. Cuando ha entrado en el *pub*.

La he olido todas y cada una de las veces, pero me ha confundido su máscara.

Saco la estaca y miro su rostro. Ese que parece humano. Precioso, real. El rostro de un sueño de bruma y luna. El sueño de encontrar mi mitad.

Supongo que ella lo es. Pero no mi mitad buena, sino la otra, la sombra de la que hablaba tía Rosita, la que debo aniquilar; el anverso malvado de mi moneda.

La rabia me enciende por arrebatarme un sueño en el que nunca llegué a creer y alzo el arma. Tiene un cómodo mango de madera y punta de plata.

Adopta una posición de ataque propia de la lucha cuerpo a cuerpo, con los puños listos. No saca garras ni tentáculos ni agujones venenosos y, por un segundo, dudo si me habré equivocado.

Pero no puede ser. Noto su presencia palpar en el aire. Está ahí, emanando de su cuerpo como el ojo de un huracán. Ahora que me he dado cuenta, es imposible no sentirla. Es poderosa y debo moverme si no quiero dejarme atrapar. Otra vez.

Nuestras miradas se enfrentan, midiéndose, evaluándose. Trazamos un círculo, despacio, sopesando cada paso, orbitando el uno en torno al otro.

Ninguno lanza el primer golpe, porque la miro y sus ojos parecen humanos.

De la nada, una gruesa cadena con eslabones de plata rodea su cuello. Se le clava, haciendo humear su piel. Echa la garganta hacia atrás, con un alarido que suena como mil espectros liberándose al desatancar la puerta de una catacumba. Y, ahora sí, los colmillos, letales y sedientos, brillan en su boca abierta.

Vampiro.



Sein-zum-Tode

Doy un paso atrás por la impresión. Paralizado como cuando la hiporagne surgió ante mí con siete años.

Porque su cuerpo estaba caliente contra el mío.

Y, bueno, también porque le he metido la lengua ahí dentro. En esa boca provista de dos afilados colmillos que emite sonidos antinaturales.

Mi madre, que es quien la tiene sujeta del cuello tras colarse por una de las ventanas, le suelta dos derechazos seguidos con un puño americano de plata recubriendo sus nudillos cuando intenta girarse hacia ella para morderle.

—*Diabla* —le escupe y vuelve a zurrarle sin aflojar el agarre del cuello.

Le abre la ceja y el pómulo.

Ella sisea y se revuelve, intentando liberarse.

Un proyectil corta el aire a mi espalda. Ni siquiera era consciente de que papá y Dome también están aquí. El segundo bloquea la puerta para que nadie entre, alertado por el alboroto; el primero sujeta la ballesta con la que acaba de dispararle una saeta de madera de palosanto, recogida en los bosques sagrados de la Amazonia. Le apuntaba al corazón, pero le acierta justo donde termina el esternón. La vampiresa jadea y cae al suelo con ayuda de una patada de mamá al hueco de la rodilla.

Con ella a su espalda y sin soltar la cadena que crepita contra su cuello, papá y Dome se colocan a los flancos, apuntándole con sus armas, y yo me quedo ahí en medio, inmóvil. La tenemos rodeada y ella lo sabe. Nos observa y su mirada acepta la derrota. Una única lágrima de sangre se escurre por su mejilla.

Yergue la espalda con dignidad, la vista al frente y la barbilla en alto. Nos dedica un último vistazo desafiante, rencoroso y decidido.

—*Sein-zum-Tode* —escapa de su garganta estrangulada.

«Nacida para morir»; la despedida de los cazadores. ¿Lo dice para burlarse de nosotros? ¿De mí?

Un destino ante el que se presenta con solemnidad. Antes de que su sonrisa se torne cruel e irónica al mirarme.

—Deberías hacerlo tú, cazador. —Su mirada se burla al recorrer la rosa de mi brazo antes de posarse en el de Dome—. Tienes menos espinas que tu hermano.

Alzo mi estaca y doy un paso al frente. Aturdido, en piloto automático.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Me retan con desprecio a terminar la tarea. Fiera, letal, orgullosa. Mis dedos aprietan con más fuerza la estaca. Le devuelvo la mirada con rabia.

Porque lo es. La chica que podría matarme.

Pero no utilizaría un arma, le bastarían sus colmillos. Y por eso la odio. La pesadilla que devoró un sueño que no he llegado a tener.

Mamá le da un tirón a la cadena y, mientras su presa se va hacia atrás, la rodea con agilidad para ponerse delante a la vez que despliega un machete de filo serrado y se lo clava en el corazón con un movimiento limpio, brutal y preciso.

Ella se sujeta al mango que sobresale de su cuerpo, los ojos muy abiertos, desenfocados. Su carne chisporrotea al contacto de la plata. Un hilo de sangre le gotea por la comisura de los labios. Los abre y la vida de la que carece escapa por ellos.

Mamá extrae su arma y la vampiresa se desploma en el suelo. Inerte. Muerta. La mirada vacía. Los colmillos todavía asomando.

—Demasiado lento. —Mi madre me lanza el machete con enfado, diciéndome que me toca limpiarlo y que no me atraviesa a mí también con él solo por compasiva misericordia.

Yo agacho la cabeza y trago saliva, avergonzado.

Pero agachar la cabeza significa enfrentarme al cadáver que tengo a mis pies.

¿Quieres matar a un vampiro? Atraviésale el corazón y se hará un montón de cenizas.

Sin embargo...

—¿Por qué no se deshace? —Mamá la rodea, estudiándola con inquietud. Le da un toquecito con el pie para comprobar que está muerta—. *Diabla* —masculla y escupe a un lado antes de santiguarse. Porque atea como ella sola, pero su cadenita de la Virgen de la Divina Providencia, patrona de Puerto Rico, siempre. La frota y se la lleva a los labios para besarla.

—Quizás hace poco que se transformó —elucubra Dome—. Por eso tarda más en consumirse. Quizás por eso también lo del sol...

No suena muy convencido. Papá no dice nada, porque cuando no está seguro de tener una verdad que ofrecer prefiere callar.

—Ya, pues aquí no podemos dejarla —responde mamá y la mira con rabia—. «Joder, la puta fiscal tenía que ser».

El español es mi idioma de ligar y el suyo de maldecir al infierno y al cielo hasta que no quede nadie a quien ofender. Está contrariada porque acabamos de apuñalar a la autoridad que normalmente tendría que encargarse de cubrirnos en estos casos. Y por «estos casos» me refiero a cuando nos pillan asesinando a alguien así de casualidad. Lo normal un día cualquiera por la noche, vaya.



La mononeurona

Terminamos echándola al maletero del todoterreno de mi padre tras escabullirnos por las ventanas que ellos han usado para entrar. Nadie habla durante el trayecto. Yo me miro las manos.

«La vi a la luz del sol», me empeño en repetirme.

¿Cómo podía saber...?

Dome me hace dar un respingo de una colleja y me revuelve el pelo.

—Venga, *bro*, no estés así porque mamá haya empalado a tu ligue antes que tú. —Se ríe—. Ya pegarás el perrillo¹² mañana. Pero intenta *chichártela*¹³ sin colmillos. —Se está descojonando él solo y a mí me encantaría estrangularlo ahora mismo.

Desde el asiento del copiloto, mi madre se gira para mirarme con dureza.

—Te he criado para ser más inteligente que esto, Hudson Armando.

Hala, a la mierda lo de llevarme mi segundo nombre a la tumba.

Me muerdo los carrillos por dentro con rabia y desvío la mirada por la ventanilla.

—Oh, vamos —interviene mi «queridísimo» hermano—. Que levante la mano quien a estas alturas de la película no supiera todavía que Hudson es un *añoñao*¹⁴ con su única neurona colgándole entre las piernas. —Me palmea los hombros como si intentara reconfortarme—. La pobre solo tiene un ojo y a veces se confunde. Es normal, tranquilo. Si es que la sobreexplotas.

Lo aparto de mí con un empujón.

—No es mi culpa que tú no mojes, Dominico Soplapote¹⁵.

—Al menos no meto la polla donde debería meter la estaca. —Y vuelve a

descojonarse.

—No la metes, a secas.

—*Ya dejen esa bayoya*¹⁶ —nos reprende mamá, que no está para bromas.

—Pero ¿tiene o no tiene un polvazo? —Intento buscar apoyo en su bisexualidad, que suele ser mi mejor aliada.

Su gesto adusto me reprende al mismo tiempo que yo me recuerdo que «tenía», no «tiene». Trago saliva y se me esfuman las ganas de bromear. Aunque esto es lo normal en nuestra casa: relativizar la sangre y la muerte con la que convivimos a diario. Es nuestro mecanismo para que su peso no nos aplaste.

—No me entonan los engendros de ultratumba —contesta con desprecio y yo vuelvo a mirar por la ventanilla. La oscuridad nos traga al abandonar el núcleo urbano.

—Venga, venga, no seamos tan duros con Hudson. —Vuelve a intervenir mi hermano y juro que ahora mismo su voz encabeza mi *ranking* de sonidos más odiados—. Es un buen cazador. —Me palmea la espalda—. Y tenía clara su presa... Solo se ha equivocado en la forma en la que quería ensartarla.

Resoplo. No, si no va a parar con el temita.

—Podrías... podrías ponerle un capuchón de plata a tu... a tu... —La risa apenas le deja hablar—. Nuevo método patentado por la Alianza: intromisión directa en la guarida de tu enemigo.

—¡La vi a plena luz del día, ¿vale?! —Me revuelvo.

—Sí. Tu padre también la vio y lo supo al instante —me reprende mamá, volviendo a girarse para clavarme su mirada de rajar sanguijuelas no muertas.

Yo observo a papá, centrado en conducir. Es un hombre de pocas palabras.

—¿De eso iba vuestra charlita por lo bajini cuando volvimos de su despacho?

—Y gracias a eso estás vivo —responde mamá ante mi tono

inriminatorio—. Podría haberte bebido entero si no intervenimos.

—Espera. ¿Me estabais espiando?

Ninguno contesta y yo me froto la cara.

—De puta madre. —Me giro hacia mi hermano—. ¿Les has avisado tú de que salía y me habéis seguido todos? —Callan—. ¿Lo planeasteis en el cementerio?

—No sabíamos a qué nos enfrentábamos, pero sí que tenía poder. Se notaba. —Mamá se encoge de hombros—. Resultaba más fácil si la teníamos distraída.

—Ya, cojonudo. —Hemos llegado y abandono el coche cuando todavía no se ha detenido del todo—. Usar al *mamao*¹⁷ mononeuronal de Hudson como cebo. —Me giro para sostenerle la mirada a mi padre—. Como con la hiporagne hace años, ¿no?

Doy un portazo y me dirijo con paso airado hacia la casa. No tengo nada más que decirles, aparte de que son unos capullos, y todavía les guardo algo de respeto.

Ah, y que odio mi segundo nombre, eso también se lo podría decir.



—Ey, Hud. —Dome asoma por la puerta de mi cuarto, donde estoy tirado en la cama con la cabeza de Postre sobre mi pecho mientras le acaricio el lomo con el gesto todavía enfurruñado. Le dedico un vistazo de pocos amigos, pero parece que se ha dejado fuera las ganas de meterse conmigo—. Si te sirve de algo, yo les dije que no me parecía buena idea.

Se frota el puente de la nariz, cansado, y resopla con la mirada gacha antes de volver a poner los ojos en mí.

—A veces, yo también desearía que papá y mamá fuesen más padres que cazadores.

Su tono me hace preguntarme si, a sus treinta y dos años y viviendo con ellos, puede sentirse huérfano. Basta mirarlo para saber que sí.

Asiento. Entiendo a qué se refiere aunque a mí nunca me haya afectado

como a él. Soy un soldado criado por soldados. Dome es algo más.

En lo referente a lo de estar viviendo con nuestros padres a nuestra edad, es lo normal entre los buscadores: familias grandes que tienden a aglomerarse, no a separarse. La manada unida sobrevive mejor. La mansión de los Velásquez es increíble, llena de primos, tíos y abuelos, todos revueltos. De hecho, no sé muy bien por qué nosotros vamos más a nuestro aire. Es atípico un núcleo de buscadores tan reducido. Supongo que no solo a Dome le falta algo.

—Eres un buen cazador, Hud. —Me devuelve al presente mi hermano—. Todos la cagamos de vez en cuando.

—Gracias. —No nos dedicamos muchos cumplidos, así que, cuando lo hacemos, significan mucho. Una sonrisa divertida tira de mis comisuras—. ¿Crees que soy buen cazador aunque sea mononeuronal?

Se ríe.

—Una mononeurona tuerta y colgandera —matiza—. Claro, piénsalo, para ser un mermado intelectual te defiendes bastante bien. Eres todo un ejemplo de superación que inspirará a las nuevas generaciones.

—¿De buscadores?

—No, de mermados intelectuales.

—Bueno, la mayoría de bichos a los que nos enfrentamos también suelen serlo.

—¿Ves? Por eso os entendéis tan bien.

Compartimos una última mueca burlona como despedida.

—Oye, Dome. —Lo detengo antes de que se marche.

—¿Sí, hermanito?

—¿Tú tampoco soportas tu segundo nombre?

Se frota la cara y suspira.

—Yo no soporto ninguno de los dos.

Y razón no le falta al pobre.

[12.](#) Tener sexo.

[13.](#) Tirártela.

[14.](#) Niño consentido.

[15.](#) Imbécil.

[16.](#) Que se callen.

[17.](#) Estúpido.



La pesadilla que olvidas

La casa se queda en silencio y yo intento descansar. Pero ella está ahí. Tras mis párpados cerrados. Bailando bajo la luna con la lanza, después con los colmillos desplegados. Salvándome. Atacándome. Besándome. Mordiéndome. Su mano convertida en garra me estrangula y sus ojos se clavan en mí. Unos ojos que parecen humanos.

Me despierto sobresaltado, aunque no me he llegado a dormir del todo.

Acaricio el pelaje de Postre procurando calmarme, concentrado en el latido de su corazón contra mi cuerpo.

Tengo una sensación que no puedo sacudirme de encima: su presencia. Envolviéndome, asfixiándome. Está aquí. En esta casa.

Intranquilo, salgo de la cama y mis pies se deslizan descalzos por el suelo. Sin encender luz alguna y sin hacer ruido, me dirijo a la sala acorazada en la que guardamos el armamento y donde hemos dejado su cuerpo para ver si mañana amanece carbonizado o tenemos que ponernos originales.

Con entusiasmo de científico ante el descubrimiento del siglo bien camuflado bajo su sobrio autodomínio de orgulloso *highlander*, papá le ha extraído una muestra de carne del brazo para estudiarlo y también le ha rascado los colmillos con un bastoncillo para obtener una muestra de su veneno o su saliva o lo que sea. Imagino que va a pasarse los próximos días muy entretenido buscando una explicación a por qué un vampiro podía deambular a pleno sol, y me da que no le importaría retrasar un tiempo lo de deshacernos del cadáver.

Las teclas del panel se iluminan en verde cuando introduzco la clave de

seguridad. Entrecierro los ojos, acostumbrados a las sombras. El pitido suena demasiado alto en el silencio. Cuando termina, acompañado del clic de la cerradura al abrirse, el sonido de mi respiración y la presión de mi pulso en la garganta lo reemplazan.

Empujo la puerta. La luz de la luna casi llena que entra por los ventanales del pasillo se derrama tras de mí y se refleja en unos ojos. Abiertos. Despiertos.

Y yo casi vomito el corazón del infartito que me da.

Acto seguido, me felicito por haber bajado en gayumbos.

Bravo, a la guarida del monstruo sin más arma que..., bueno, que la mononeurona. Al final Dome iba a acertar con eso de que debería haberle puesto un capuchón de plata bien puntiagudo. Puñetas, odio que tenga razón.

En un acto reflejo debido al susto, golpeo el interruptor y enciendo la luz.

Maravilloso, Hudson, por si no podía verlo antes, que imagino que sí, ahora ella también sabe que solo vas en bóxer. ¿Alguna otra brillante idea para la noche de hoy?

Posiblemente mi última noche sobre la faz de la tierra.

Porque ella está aquí: la vampiresa a la que acabamos de agasajar con la mejor hospitalidad cortesía de la familia Murray-Velásquez.

Parece débil; por las heridas y por las protecciones telúricas que cubren nuestro hogar y deben de estar intentando expulsarla. Se ha arrancado las saetas y tiene la ropa rasgada y manchada de sangre. Me mira como un animal acorralado. El animal más peligroso de todos.

Con los colmillos al descubierto, me apunta con una lanza que agarra de nuestro arsenal de armas. Levanto las manos y retrocedo. No ataca. Tan solo avanza, obligándome a mí a recular hasta que salimos de la cámara. Ya no puedo dejarla encerrada.

Mi mente no logra elaborar pensamiento alguno.

Debería estar muerta; le atravesamos el corazón.

Tan solo puedo sostenerle la mirada mientras me obliga a ir cediéndole

terreno pasillo atrás, caminando de espaldas al tiempo que ella lo hace tambaleante, con una mano sosteniendo el arma y la otra dejando un rastro de sangre en la pared que usa para apoyarse.

—Estoy sedienta —gruñe y se toca como si le ardiese la garganta, donde luce la marca de la cadena de plata que ya empieza a sanar.

Trago saliva. Claro que lo está. Ha muerto, ha vuelto a resucitar y ha perdido mucha sangre por el camino. Y ahora tiene delante un metro noventa de venas y arterias bien fresquitas y a la vista.

Sin dejar de vigilar esos colmillos, palpo detrás de mí con mucha sutileza hasta que mis dedos se cierran en torno a un jarrón. Hemos llegado a la sala de estar.

Su atención se desvía hacia un vaso con agua sobre la isla de la cocina. Usando la lanza a modo de bastón con el que se sostiene algo torpe todavía, se abalanza sobre él y se lo echa al gizonte como si pretendiera rivalizar con tía Rosita por el puesto a la mejor bebedora de tequila del mundo. Una bebedora con síndrome de abstinencia, a juzgar por el ansia de su gesto... que pasa de la desesperación a la decepción según baja el vaso muy despacio. Diría que no le ha hecho mucho efecto. Tuerce los labios en una mueca irónica.

—A veces... todavía me despierto y... por un instante... lo olvido. — Habla para sí con la voz astillada y la mirada perdida—. Como si solo hubiese sido una pesadilla.

Su puño hace estallar el vaso. Los cristales caen a sus pies. Le recuerdo que estoy aquí al contener la respiración.

Suelta un siseo y, cuando parpadeo, se ha plantado frente a mí y me empuja contra la pared, acorralándome.

De la impresión, se me cae el jarrón. De plástico, ni siquiera hace ruido, tan solo rebota contra el suelo sin más. Seamos sinceros, no le habría hecho ni cosquillas con él. Quizás si hubiese sido un jarrón más grande y no esa cosita escuchimizada de adorno minimalista... Para que luego digan que el tamaño no importa.

Los colmillos asoman letales en su boca y sus pupilas, oscuras, dilatadas y hambrientas, recorren hipnotizadas el mapa de mis venas.

De normal me daría una palmadita interna por que una mujer me mire con semejante deseo, pero ahora mismo tan solo me gustaría llevar encima algo más que tinta con la que cubrirme.

Apoya en mi cuello la mano con la que no sostiene la lanza y doy un respingo. Lo hace con tanta suavidad que casi parece una caricia tímida. Pasea su pulgar sobre mi piel, los ojos perdidos en el latir de mi pulso, y se acerca aún más con los labios entreabiertos.

—Hueles bien —gime en un susurro con esa misma carita extasiada con la que te piden que no pares.

Vuelvo a tragar saliva.

La camisa rasgada se le ha escurrido por el hombro y puedo ver el tirante de su sujetador de encaje negro sobre el trazado de su clavícula, adornada con dos lunares.

Vale, diría que de repente estoy excitado. Es culpa del cuello, que lo tengo sensible. No por ella, no os vayáis a pensar. Porque es una no-muerta y yo debería ayudarla amablemente a dejar de serlo.

Como estimo que no es la mejor situación en la que ofrecer toda mi sangre concentrada en cierto punto de mi anatomía que me gustaría mantener intacto, pienso en papá y las ridículas gafitas redondas tamaño XS que se pone cuando entra en modo estudioso, que es la imagen más antimorbo que existe.

Su mano desciende por mi pecho, erizándome el vello afeitado. Sus uñas rojas me hacen cosquillas. Primero sobre el *Sein-zum-Tode* que, curvado a modo de collar, luzco de una clavícula a otra. Después, sobre las constelaciones a la altura del corazón: Leo por mamá, Capricornio por papá y Virgo por Dome; porque ellos son las estrellas que guían mi alma, la luz entre las sombras.

Deja la palma abierta ahí y de repente me empuja, haciéndome trastabillar al tiempo que suelta un chillido, como si estuviese ardiendo.

Siento la brisa nocturna de golpe. Ella ha desaparecido y la puerta principal se ha quedado de par en par. Me asomo. ¿Para atraparla? ¿Para detenerla?

Oteo la oscuridad. Se ha fundido con las sombras.

Siento un contacto húmedo en mi pantorrilla y me giro de golpe, en guardia. Es Postre, tocándome con su naricilla. Me ha echado de menos en la cama y ha venido a buscarme. Desde la entrada, los dos escudriñamos el jardín.

A mi lado, la huella de una mano ensangrentada sobre la pared de cristal. Lo único que queda de la vampiresa.



Inquietud

A la mañana siguiente, mamá se está paseando como un león rabioso delante de la cámara acorazada. Abierta y... con cero unidades de seres vampíricos en su interior. Papá mantiene la mandíbula apretada, que es la mayor externalización de emociones que le vais a ver.

—Debimos haberla *botado*¹⁸ al fondo del río —opina ella y, acto seguido, blasfema hasta no dejarse a nadie en el cielo sin su ración de mierda. Menuda boca se gasta esta mujer.

—Y entonces no sabríamos que no ha funcionado —tercia papá.

—Pero no puede... no puede... —Domenico se está frotando la cara, intranquilo, casi acojonado, diría—. No puede no estar muerta. —Entra en fase de negación—. Es un vampiro. Le atravesamos el corazón. —Se asoma a la sala e intenta sonreír con esperanza—. Quizás tan solo se ha disuelto en cenizas.

Pero las cenizas no están ahí. No hay ningún resto de carbonización, y los muertos no suelen quedarse a limpiar después.

Ah, y luego tenemos el detallazo de una mano ensangrentada decorando todo el largo de nuestro pasillo hasta su última huella junto a la puerta de salida.

Yo me curo en salud manteniendo la boquita cerrada, apoyado contra la pared con los brazos cruzados y cara de circunstancias. No quiero ser el mononeuronal que admita que la dejó escapar. No fue a propósito, de verdad.

Postre tampoco se chiva. Es buena cómplice. Aunque me robe los calcetines usados cuando la dejo sola en casa en clara señal de protesta.

—Nos habría matado —insiste Dome—. Si estuviese viva, nos habría matado a todos.

Nos miramos entre nosotros; no tenemos marcas en el cuello.

«Hueles bien».

Papá me observa y yo aparto la mirada con un carraspeo. Si va a decir algo... el gruñido exasperado de mamá se le adelanta.

Camina con decisión asesina hasta la sala de estar y nosotros la seguimos. Agarra el teléfono y hojea la lista de contactos que la Alianza nos proporcionó. Marca y espera con impaciencia. Cuando lo suelte, el inalámbrico tendrá la forma de sus dedos impresa si es que no lo revienta antes.

—Despacho de la fiscalía del condado, ¿en qué puedo ayudarle? —Se oye una voz sonriente que le atribuiría a la mujer rubia y menuda que nos atendió ayer.

—¿Está ella? —ladra mamá y puedo oír a su interlocutora parpadear desde aquí.

—Perdone. —Intenta recuperarse con amabilidad—. ¿Se refiere...?

—La fiscal. —Mamá no está para cortesías—. ¿Está ahí?

—S-sí, señora, pero... —Ha logrado intimidarla hasta por teléfono.

—Pásamela —exige—. Soy familia.

Claro, la típica familia que te recibe afilando el puñal. Todo el mundo la tiene.

Suena con tanta convicción —y debe de haberla acojonado hasta tal punto — que, en vez de colgarnos, la buena mujer transfiere la llamada.

Uno. Dos. Tres toques.

—¿Diga?

Es su voz. Contenemos la respiración.

Todos menos mamá:

—*Diabla* —escupe con tanto veneno que me maravilla que su saliva no queme el aparato—. ¿Sigues no-muerta?

Suena más a ruda constatación que a pregunta.

Y ella... ella... se ríe. No una risa triunfal ni de villana, sino una risa clara y genuina. El descaro de mi madre le ha hecho gracia de verdad. Descubiertas todas las cartas, tampoco es que ahora pudiésemos andarnos con muchas sutilezas.

—Lo siento. —Se disculpa por su falta de colaboración a nuestro regocijo sin perder su tono divertido.

Yo lo que siento es que, tras la nohecita de ayer, lo primero en su lista de prioridades haya sido ir a trabajar. Madrugar para presentarte en la *ofi* después de que te asesinen la noche anterior... Eso es dedicación y lo demás son tonterías. Las bajas por apuñalamiento son para blandengues.

Mamá gruñe y le cuelga. Se gira hacia nosotros.

—Pues no está muerta.

Ya, gracias, Sherlock.

Pero la mueca irónica de «No me digas» nos la guardamos para nosotros al tiempo que los tres cabeceamos en señal afirmativa, agradeciéndole valiosísima información tan pertinente. Ninguno quiere ser el blanco de ese enfado de toro bravo que le reluce afilado en los ojos. Hasta Postre asiente con el culo apretado. Supongo que infundirles a tus hijos más miedo que cualquier monstruo con el que vayan a tener que enfrentarse ahí fuera es una buena táctica para criar a un par de cazadores intrépidos.

El problema que anida en la tensión que compartimos y que ninguno verbaliza es que no vamos a sorprenderla una segunda vez. Ya han gastado la baza de usar al mononeuronal de cebo. Y, aunque lo lográsemos, no sabríamos cómo matarla después.

Mamá bufa y resume lo que todos estamos pensando:

—*Esto es un arroz con culo*¹⁹.

Por eso se sucede un día extraño con su respectiva noche igual de extraña: papá refuerza las protecciones de la casa; vamos más armados que nunca incluso para mear; nos movemos en todo momento de dos en dos: a la compra, a echar gasolina. Hasta en el baño. Siempre a la vista de otro miembro de la familia. No hablamos mucho, como si el ruido fuese a

delatarnos. Al caer el sol, no hacemos la ronda. A nadie se le ocurre sugerirlo. Simplemente nos reunimos en la sala de estar y esperamos. Esperamos que ella aparezca para sentenciarnos.

Los vampiros no pueden entrar sin ser invitados, pero ella puede hacer muchas cosas que los de su especie no. Quizás esta sea tan solo una más en la lista. Por no hablar de que nosotros ya la metimos dentro de nuestro hogar, aunque estuviese medio fiambre; tal vez eso cuente como invitación. Los *no-mu* nunca juegan limpio.

Nos miramos los unos a los otros y siento que estamos memorizando nuestros rasgos para cuando llegue el monstruo que no sabemos cómo matar y los destruya para siempre.

Los minutos corren lentos, convirtiéndose en horas, y Dome pone la tele de fondo para intentar alejar el nerviosismo que zumba incesante.

No ocurre nada y amanecemos cansados, doloridos por haber pasado la noche en los sofás cabeceando por turnos y malhumorados.

La puñetera incertidumbre va a acabar con nosotros. Sabemos que estamos muertos; el problema es no saber cuándo.

Está jugando con nuestras mentes, crispándonos los nervios para alargar la agonía.

Mamá paga su frustración con el saco de boxeo y temo que vaya a arrancarlo del anclaje del techo. Pero no es ella quien me preocupa. Es papá.

Ejemplo de imperturbabilidad absoluta, el hombre de firme acero, el de la calma infinita capaz de transmitírtela con su sola presencia, el de las palabras pausadas siempre precisas, el de las miradas que te prometen que todo está bien, que él te sostendrá si es demasiado peso para ti. Él, hasta ahora dueño y señor de sus emociones, tiene miedo. Se le nota.

Y eso es lo que a mí me acojona.

Si no es capaz de esconderlo, es que no ha encontrado respuesta en esos libros en cuya consulta se ha enfrascado. Estamos al borde del abismo.

Y a mí no se me da bien lo de quedarme quietecito esperando a que me

empujen.

Por eso, hago lo que un buen mononeuronal haría.

[18.](#) Tirado.

[19.](#) Expresión puertorriqueña para expresar que se está en un lío. Esta humilde autora tampoco entiende por qué.



Yo te vi morir

—Me voy a la protectora —aviso con decisión. Suelo dedicar gran parte de mi tiempo libre a prestar ayuda en los refugios de animales más cercanos a donde nos va tocando vivir, así que a nadie va a extrañarle mi arrebato.

Con Postre a la zaga, me calo una gorra de béisbol y pillo una manzana del frutero por el camino. Aparentar despreocupación es el primer paso.

Papá levanta la nariz de los libros que tiene desplegados en la mesa de la cocina y me observa con gesto calculador. Dome ha ido a jaquear el sistema informático de la policía para meterse en su base de datos y pinchar las comunicaciones; así estaremos al día de todo. Mamá lo ha acompañado. Por lo que solo quedamos papá y yo, y sé que odia que lo distraigan de sus investigaciones; más aún si van de encontrar cómo acabar con nuestra mortal amenaza.

No le doy tiempo a pensárselo:

—Postre viene conmigo. —Es una cazadora más—. Y voy bien armado. —Me subo la camiseta para que lo vea—. Estaré en todo momento a la vista de la gente. Es un recinto abierto en mitad del pueblo; no me parece un lugar inteligente para atacar. —No es mentira si «en mitad del pueblo» significa «a las afueras en un edificio cochambroso». Suele ocurrir; las ayudas públicas no dan para grandes alegrías. Muerdo mi manzana y sonrío, dando el tema por zanjado—. Llevaré la localización encendida.

—Un wasap cada media hora, Hudson —me advierte.

—A sus órdenes.

En cuanto cierro la puerta a mi espalda, salgo cagando leches hasta el coche antes de que pueda arrepentirse.



Lo aparco frente a un supermercado y dejo mi busca dentro por si, en caso de ojear mi localización, me hacen el favor de pensar que se me han antojado unas Oreo y un Redbull. Cruzo la calle y me dirijo con paso firme al señorial edificio de mármol y puertas acristaladas.

El segurata me detiene en la entrada.

—Perros no.

Babas de licántropo, creo que esa es mi frase más odiada. Ni que los humanos fuésemos mejores. Vamos a ver, que Postre merece la pena mil veces más que yo.

La mujer que le estaba dando conversación levanta la cabeza tras aplastar su cigarrillo ya consumido y parpadea al reconocermé.

—Oh, vaya, hola. —Es la rubia simpática.

Igual que la primera vez, la mirada se le va a los tatuajes y el pendiente, pero luego me sonrío como esa abuela que te quiere aunque no te entienda y que rezonga para sí «Cosas de esta juventud» al tiempo que te ofrece la porción de tarta más grande.

En serio, me cae bien. Más cuando se agacha hacia Postre.

—¿Y a quién tenemos aquí? —le habla como a un bebé.

Veó mi oportunidad.

—¿Me la cuidas un momento, por favor?

Antes de que responda, le planto en la mano la pelota de goma que estaba estrujando para desestresarme.

—Se la puedes tirar. Es muy buena atrapándola al bote. Ponla a prueba. Gracias.

Me interno en el edificio sin darle opción a rechistar; así la tendré ocupada mientras visito el despacho de su jefa, hacia el que yo solito me acompaño y me doy paso. La sala de espera no está hecha para mí.

El aplomo con el que entro —fiero cazador que no se amedrenta ante amenaza alguna— se me tambalea un poco cuando la señorita fiscal decide

estar tan sexi que solo mirarla ya te da una bofetada. Anda ocupada al ordenador y se ha puesto unas gafas de pasta roja a juego con su rollo de secretaria buscona.

¿Aliado número uno del calentamiento global? Ella.

¿Veis? Existe una interminable lista de razones por las que debería estar esposada.

Veneno de mantícora, esa no era la imagen que necesitaba ahora mismo.

No me estoy ayudando a pensar con la estaca correcta.

Creyendo quizás que soy su ayudante, tarda unos segundos en desatender la pantalla. Al mirarme, alza una ceja con cierta expresión de sorprendida ironía rodeándole la boquita entreabierta. Virgencita de la Divina Providencia, patrona de Puerto Rico, dame fuerzas. Me recoloco el pantalón con disimulo porque algo está moviéndose fuera de su sitio sin mi permiso y agradezco llevar una camiseta ancha y larga. Es que las gafitas ya han sido demasiado.

Aprieto los puños con rabia. Está jugando conmigo. Igual que juega con nuestro miedo.

Lleva haciéndolo desde que llegué a este pueblo. Con su bamboleo de caderas y su carita de inocencia diciéndome que creía que podía olerla. Con ese extraño sueño que metió en mi cabeza y después me arrebató. Con sus ojos clavados en mi mente obligándome a abrirle la cámara acorazada y permitirle escapar. Los mismos que he estado recordando estos días una y otra vez, sedientos, preguntándome por qué no me mordió.

Lo sé: para ponerme de los nervios. Para crisparnos a todos con esa ausencia que no hace más que anunciar su llegada.

Porque su mirada sigue llamándome, igual que esa noche, volviéndome loco.

Cierro la puerta con fuerza y avanzo, cargado de determinación.

—¿Vas a matar a mi familia?

Se quita las gafas y se masajea el puente de la nariz con un suspiro hastiado. Después, arma una mueca de desprecio. Flatulencia de zombi

indigesto, cuánto la odio. Mi polla está de acuerdo, por eso no se queda quieta.

Se toca el cuello que le asfixiamos con una cadena de plata. Como recuerdo de sus quemaduras, tan solo la piel enrojecida.

—No acostumbro a pagar con la misma moneda.

No, claro que no, porque nosotros fuimos rápidos y ella no lo será.

Le sostengo la mirada con las aletas de la nariz dilatadas por el enfado. Grave error. Porque el aire huele a ese embrujo de cereza negra, como un canto de sirena que me dice «Aquí está el peligro, ven a por él. Tómallo, lo estás deseando». La atracción letal que palpita entre ambos, la órbita de dos planetas gemelos condenados a colisionar de la que no podemos escapar, porque ella es esa otra mitad que debo extirpar de mí.

Su mano sigue en su garganta. Lo leo: «Tu madre será la primera».

Me apoyo con rabia sobre el escritorio.

—No te atrevas a acercarte a ellos.

Se pone en pie e imita mi postura para inclinarse hacia mí, sosteniéndome la mirada.

—¿O si no qué, cazador? —Tan cerca que podría besarla. Trago saliva—. ¿Me atravesarás el corazón? —Saca morritos, como si me compadeciera—. Porque te funcionó de maravilla la primera vez, ¿no?

Retrocedo, incapaz de encontrar ningún argumento a mi favor. Igual que Dome, entro en fase de negación:

—Yo te vi morir.

Lo afirmo con rotundidad, como si eso pudiese hacerlo real. Miro su pecho, donde mi madre le clavó la hoja de plata.

Rodeo la mesa para plantarme frente a ella y le abro los botones de la camisa con brusquedad. Aparto la tela de encaje de su sujetador, lila hoy. Tiene una fea quemadura allí donde la atravesamos. Nada más. Pronto se le habrá curado.

—Yo te vi morir —insisto, ahora en un susurro mientras acaricio la herida con el pulgar, como si buscase comprenderla, leer en su relieve la verdad.

—Siento decepcionarte.

Enfrento sus ojos. Me ha rodeado la muñeca, pero no aparta mi mano. Joder, su tacto no debería ser cálido.

O quizás soy yo el que está caliente. A mil revoluciones cuando mis dedos escurren un poco más abajo, dentro de su sujetador, y su pezón se endurece contra mis yemas.

Gruño y, en un movimiento brusco, la empujo contra la pared. Mi mano derecha sigue en su pecho, porque, por alguna inexplicable razón, no se ha querido mover de ahí; mientras, uso el brazo izquierdo bajo su garganta para bloquearle el cuello. Así mantengo a raya los colmillos que acaba de desplegar. Me los muestra, acompañados de ese sonido gutural que hacen los vampiros, similar a un bufido de gato. Le presiono un poco más fuerte el gaznate en respuesta. Mi mano derecha todavía agarrándole la teta sin pudor porque ha decidido que ya se queda ahí a vivir, que vuelva mañana a buscarla si eso.

Me encuentro con sus ojos oscuros y aprieto los labios con rabia porque, bueno, porque desean besarla. ¡Y habrá que decirles que no! Sería demasiado estúpido incluso para un mononeuronal como yo.

En lugar de ello, le pellizco el pezón que sigue duro bajo mi palma, áspera por el trabajo en el gimnasio y las armas.

—¿Me has hechizado?

Se lo increpo muy cerca de la cara. Quiero que me escupa que sí, que hay una razón para ser un imbécil más allá de ser un imbécil.

—Te hechizas tú solo, cazador. —Me dedica su muequita irónica marca de la casa.

Vamos, que suscribe lo de que soy un imbécil sin ayuda de nadie.

Vuelvo a gruñir y pego mi cuerpo contra el suyo, lo que no resulta buena idea porque dejo en evidencia que su pezón no es lo único duro en estos momentos. Lo nota y enarca una ceja con aire de superioridad, como diciendo «¿Lo ves?». Se permite una sonrisita ufana y todo.

Para distraer la atención de mí, le doy un toque a uno de sus colmillos con

la uña del dedo corazón.

—¿Esto es por mi sangre?

«Hueles bien».

—Sí. —Otra sonrisa divertida que me anuncia que a continuación va a burlarse de mí—: Por tu sangre concentrada en un solo punto ahora mismo.

Mueve la cadera, dejando patente que sí, que mi erección está ahí saludándola encantada, deseosa de presentarle sus más sinceros respetos. Joder con la mononeurona. Fuertecito retraso se gasta.

Frunzo el ceño con fastidio y ella... ella... La muy cabrona se está aguantando la risa. Se le escapa un amago de carcajada que hace vibrar su pecho. Lo camufla pasándose la lengua por los dientes, juguetona.

Veréis, lo último que espera un cazador cuando tiene a una criatura de la noche acorralada contra la pared por el cuello es que se le ría en la cara.

Sin liberarle la garganta, mi otra mano le suelta la teta para levantarle la falda y darse un garbeo entre sus piernas, sobre las braguitas. Al encontrarlas incriminatoriamente mojadas, soy yo quien se permite una mueca arrogante.

—A esto sabemos jugar los dos...

Mírala, ya no se ríe. Su expresión se ha vuelto seria, con la boca entreabierta y la mirada oscura.

Al tiempo que cuelo el índice dentro de su ropa interior y lo paseo entre la humedad de sus pliegues, me inclino para susurrarle al oído:

—*Diabla*.

Quizás porque me hace gracia cómo la llama mi madre en español; quizás porque necesito recordarme a mí mismo con quién estoy. Una asesina sanguinaria. El enemigo. Por una u otra razón, sin duda le pega más que «conejita».

Debería apartarme, debería alejarme de aquí. Pero mi dedo decide hundirse en ella, acariciando la suavidad de sus paredes. Ahoga un jadeo y yo me muerdo los labios, condenado. La miro a los ojos y sé que de este jardín no voy a salir sin morder la manzana.

Saco la estaca de madera que llevo escondida; el resto de armas las he tenido que dejar en el coche para pasar el detector de metales de la entrada. Se la muestro.

—Como intentes morderme, te la clavo.

Tal vez no la mate, pero tampoco le hará gracia, digo yo. Y esto es lo que se llama cortejar a una dama, claro que sí.

Eleva los ojos al cielo, burlándose de mí e invocando paciencia.

—No me interesa la comida basura. —Me dedica una mueca torcida.

—Ah, ¿ya no te huelo bien? —La pico, presionando el bulto de mi pantalón contra sus braguitas. Psss, ¿qué se ha creído?, con lo bueno que estoy por fuera tengo que ser todo un manjar por dentro.

Me froto en círculos. Sus piernas tiemblan y su cuerpo se arquea, pidiéndome más. Pero como acaba de llamarme «comida basura», me separo para hacerla rabiar.

Ella me regala uno de sus bufiditos retrayendo los labios para enseñarme los colmillos y voy a negar que me resulta un poco sexi.

Me desabrocha el pantalón, que se escurre unos centímetros por mis caderas, y me reta con la mirada.

—¿Vas a hacerlo o eres de los que solo amenazan, cazador? Porque tengo unos cuantos asuntos que atender esta mañana.

¿Recordáis cuando dijo que no era la clase de persona a la que se la convence de hacer algo con el típico «No hay huevos»? Pues yo sí lo soy. Pero ni siquiera es por eso. Es porque le tengo tantas ganas que el rabo se me va a arrancar del cuerpo para ir a buscarla él solito si no me pongo yo a ello de una vez.

Me paso la estaca a la otra mano, con cuyo brazo la sigo reteniendo del cuello contra la pared y que no voy a mover de ahí, porque mononeuronal sí, pero temerario no. Con la que me queda libre, la aúpo del culo para que me rodee la cintura con las piernas. Aprovecho para estrujárselo un poco y disfrutar de mis dedos en su carne antes de sacarme la erección de los calzoncillos y apartarle las braguitas a un lado. Gruño de puro deleite

cuando la penetro. Despacio, sintiendo cómo me va dando paso, cálida, húmeda y suave, hasta rodearme entero. Cuando termino de entrar, cierro los ojos un segundo y me quedo ahí. Por la Virgen de la Divina Providencia, patrona de Puerto Rico, voy a correrme ya mismo. De hecho, me parece sentir unas gotitas luchando por salir.

Ella contrae los músculos para apretarme la polla y me recuerda que está aquí y que seguramente espere algo más de mi rendimiento. Abro los ojos y me encuentro con los suyos. Negros. Negros como abismos. Sus colmillos siguen desplegados. Enemiga mortal. Amenaza de mi familia. Pesadilla de nuestras noches.

Vuelvo a aferrar su culo contra mí, clavándole las yemas, y entro y salgo. Entro y salgo. Con fuerza, con desesperación, con rabia. Por ser todo lo que odio y lo único que deseo. Nos sostenemos la mirada con los dientes apretados, prometiéndonos la muerte mientras su cuerpo se arquea, jadeando uno contra el otro.

Suelto su trasero para apartarle el sujetador y dejar que asome el pecho que antes le he agarrado y lo apreso con deleite. Se queja ante mi falta de delicadeza y en respuesta la embisto hasta el fondo. Gime y se abre un poco más, pidiéndome que repita sin parar.

Con la mirada fija en sus pupilas, que siguen mis movimientos, me inclino para lamerle el pecho y le mordisqueo el pezón al tiempo que le acaricio en círculos el clítoris hinchado. Resopla muy bajito y se echa hacia atrás, rendida a mí. Cómo me gusta verla así. Se resiste a cerrar los ojos, vigilándome. Le sonrío, pagado de mí mismo, sintiéndome ganador de la batalla que sea que estamos librando.

—Te tengo toda, *diabla* —susurro contra su piel, aspirando su aroma.

Después juego con mi lengua sobre su pezón y, sin dejar de mirarla, se lo chupo justo cuando alcanza el orgasmo, gimiendo y apretando los dientes, resistiéndose a entregarme esa victoria. Acto seguido voy yo, con su vagina ciñéndose a mí como si no quisiera dejarme ir nunca.

Jadeamos, nos observamos. La suelto y retrocedo un par de pasos. Nos

recolocamos la ropa y volvemos a estudiarnos.

Vísceras de zombi en el parabrisas, esto no está bien. De todas las gilipolleces que he podido hacer en mi vida, esta encabeza el *ranking*. Al final sí he metido la polla donde tenía que meter la estaca.

Sigo con ella en la mano. La estaca, no lo otro, que ya se ha quedado tranquilito después de la que ha liado. La diablo me analiza con recelo cuando aprieto el arma más fuerte. Entorna los párpados y sisea.

A ver, imagino que ahora no puedo atacarla; estaría un poco feo.

—No te acerques a nosotros. —Me decanto por amenazarla y salgo del despacho sin ofrecerle la espalda en ningún momento.



El besito de la resurrección

Recojo a Postre en la puerta y me despido de la señora amable antes de caminar hacia el coche con el culo más apretado que si tuviese cagalera, sin dejar de darle vueltas a lo que acabo de hacer.

«Joder, joder, joder».

En el manual del buen buscador se les olvidó anotar en primerísimo lugar «No pasarte por la piedra a tu presa potencialmente mortífera». Pero, claro, no pensaron que una indicación así fuese a resultar necesaria porque existe algo llamado «sentido común» —cuya ración correspondiente, al parecer, no me asignaron al nacer— y otra cosa llamada «lealtad a los tuyos» que jamás pensé que me fallaría.

Espera, ¿y si sus fluidos son venenosos? Que acabo de meter a mi mejor soldado en el interior de una cosa no muerta de ultratumba. ¿Se me gangrenará como una morcilla putrefacta antes de caérseme?

Hostia puta.

Echo a correr hasta mi Jeepito rezando todas las oraciones que no me sé. Le abro la puerta del copiloto a Postre y me precipito en el asiento del conductor para bajarme a toda prisa los vaqueros.

Una anciana sale del comercio que tengo enfrente y, sí, mucho bastón para andar pero lo que es la vista debe de funcionarle perfectamente porque me mira muy mal tras pillarme sobándome el rabo moribundo.

Debería haberme metido en la fila de atrás, que lleva los cristales tintados, pero estamos ante una emergencia, joder.

La ignoro para centrarme en lo que tengo entre manos.

«Esto es importante, señora».

Lo estudio bien por todos los lados. Agotado en combate pero sano y salvo. Parece.

—No te mueras, por favor. —Le suplico, acariciándole con el pulgar su cabecita, suave y rosada—. Que eres lo que más quiero, *bro*.

Sigo palpándolo y, como no noto nada raro, suspiro medio aliviado.

—Prometo cuidarte y valorarte más a partir de ahora. No volveré a meterte en cavidades de la muerte.

Me beso los dedos para después posarlos en la frentecita de mi fiel gladiador. El besito de la resurrección.



Esquivada esa bala, al menos por el momento, mando un wasap para informar de que todo va bien —a la espera de ver si no se me cae la polla a cachos en las próximas veinticuatro horas— y, ahora sí, me encamino a la protectora de animales. Me apunto como voluntario en el turno de las mañanas y me explican el funcionamiento del lugar. Como siempre, me enamoro de cada perro que sale a recibirme, maldigo por lo bajo a los hijos de puta que les han hecho acabar ahí y me llevo medio bien con los gatos. Ayudo a limpiar, a cepillar y a cambiar los vendajes a los que les toca y juego con todos acompañado de Postre, que está acostumbrada a hacer nuevas amistades y proclamarse la reina del cotarro nada más llegar.

Coincido con la camarera del otro día; a la que no le diremos que la había borrado de mi mente por completo. Es también voluntaria y me recuerda que todavía le debo un baile —por suerte, el almacén la tuvo lo suficientemente ocupada como para no ser testigo de lo movidita que fue mi noche—. Y su nombre. Detallazo que agradezco infinito aunque finjo que era del todo innecesario. Coquetear con ella, que me sigue el juego con una sonrisa, y estar con los peludos me ayuda a despejarme y regreso a casa un par de horas después con el gesto radiante. Vale, sí, también porque he echado un polvazo y, cuando la preocupación remite, me permito celebrarlo y dejarme engatusar por el agradable cosquilleo de mi cuerpo.

Hasta que les veo la cara a ellos. A mi familia.

Dome ha conseguido infiltrarse en la red de la policía. Han encontrado el cadáver de una adolescente asesinada en el bosque la misma noche que nosotros dejamos escapar a una vampiresa hambrienta y enfurecida.

Corrección: que *yo* dejé escapar.

«Estoy sedienta».

La culpabilidad me cae encima como un abrigo de hierro, frío y pesado; me oprime los pulmones.

Después me viene una arcada. Porque me la he tirado mientras la sangre caliente de esa muchacha inocente todavía corría por sus venas. Y no he hecho nada. Nada. Un par de amenazas vacías.

¿Era el calor de esa pobre cría el que sentía bajo su piel? Apuesto a que así es como alimenta su disfraz, ese que me engaña y me confunde.

Entonces llega la rabia. Y juro que voy a matarla.



Matar o morir

Los adolescentes no son espabilados. Y que lo diga yo ya tiene delito. O sea, que son tontísimos. Nivel no sé cómo no nos extinguimos como especie antes de la mayoría de edad.

Dome se ha encargado de seguir en redes sociales a todos los habitantes del pueblo y las cuentas oficiales de organismos y medios de comunicación. Aún no ha trascendido la información del cadáver hallado, así que las niñas de Maytown solo saben que llevan dos días sin noticias de su amiga —cuyo nombre ahora no recuerdo— y, como se creen muy mayores porque tienen entre quince y dieciséis años, han pensado que lo mejor sería salir a buscarla al bosque por si estuviese perdida.

Se han organizado por Instagram mediante un *hashtag* cutre. Y por «organizar» quiero decir envalentonado unas a otras sin ningún plan preciso más que la hora de quedada para ir a perderse entre la maleza de noche.

En serio, viven en un puto imán para las criaturas oscuras; deberían ser más listos. O al menos más cobardes. Pero, en fin, tampoco me voy a poner yo a dar lecciones de prudencia.

Creo que en realidad no son conscientes. Se piensan que es un juego, una noche de diversión en el bosque, asustándose unos a otros y demostrando su valentía.

Y, mientras, se lo ponen muy fácil a ella.

Porque otro volverá a desaparecer. Le clavará los colmillos en el cuello, se colgará de él como un parásito, sorbiendo hasta que no quede nada. Y entonces lo abandonará. Sin remordimientos. Sin mirar atrás. A por el siguiente. Porque así es como actúan los monstruos. Y yo me dedico a

cazarlos.

Se juntan al atardecer. Se saludan. Ríen con nerviosismo. No falta el que lleva alcohol, porque toda ocasión es buena para ello. Después se internan entre los árboles.

Dándoles algo de ventaja para no alertar de nuestra presencia antes de tiempo, los seguimos. Nos dispersamos igual que han hecho ellos, con los localizadores activados y los pinganillos encendidos. Así podremos escucharnos.

¿El plan? Conseguir que ningún humano muera esta noche. Para eso existimos, para proteger sus vidas.

Dome se queda en el coche, alerta a cualquier señal para poder presentarse con rapidez donde se requieran refuerzos y armamento pesado. Debería hacerlo yo; soy el conductor más hábil. Pero necesito encontrarla el primero. Necesito matarla. Sacudirme la culpa de encima y hacer las cosas bien de una vez.

Intercambio una última mirada con mi padre antes de perdernos de vista. Nos deseamos suerte.

«*Aut neca aut necare*», dibujan nuestros labios. Nuestro grito de guerra. «Matar o morir». Lo llevo tatuado en el tríceps derecho. Y debajo, en el codo, una serpiente que, al doblarlo, parece abrir la boca y enseñarte los colmillos, dispuesta a devorarte.

Como voy a hacer esta noche con mi presa, aunque no sea yo el de los dientes afilados.

Postre me sigue, fiel. Compruebo que mis armas están en su sitio y apago mi linterna antes de dejar que la maleza y la oscuridad me engullan. Cierro los ojos y aspiro el aire. Sé que mis pasos me llevarán hasta ella. Las dos caras de una misma moneda. Perdernos para encontrarnos. El metal fundido del que ambos fuimos moldeados busca imantado su contrario.

Acallo mis pisadas sobre la hojarasca. El viento silba entre las copas más altas y arrastra el susurro del río. ¿Cuántos monstruos más bajo sus aguas? Acompaso mi respiración a los latidos de mi corazón.

Si no tuviese miedo cada vez que salgo a cazar sería un estúpido. Un estúpido muerto. El miedo es un escudo que te protege y un arma afilada cuando lo azuzas lo suficiente.

El escalofrío recorriéndome la espalda, mi vello erizado. Cierro los ojos y huelo su aroma a cereza negra. Vibra en el aire como un presagio de muerte.

Hay un claro entre los árboles, iluminado por la luna. Aparece al otro lado tras la corteza de un abedul. Cautelosa; también sabe que estoy aquí.

Me dejo ver. A mi lado, Postre gruñe. Tan solo una advertencia. Le deja claro que, si sus intenciones no son buenas, lo lamentará. Nos evaluamos con la mirada. Viste ropa negra de deporte ajustada. El pelo en una coleta.

Recuerdo mi sueño. El que ella me arrebató como le arrebató la vida a esa chiquilla inocente. Porque yo lo permití. No cometeré el mismo error de nuevo.

Silencio el comunicador para que mi familia no se percate de mi respiración agitada por la lucha; esta guerra es solo mía.

Aprieto el tubo de metal y mi haladie se despliega: dos cortantes hojas de doble filo, letales como estacas. La empuñadura en medio, lo suficientemente ancha como para agarrarla con ambas manos a la vez de ser necesario.

Doy un paso al frente, con la decisión y el odio envenenándome la mirada. Algo brilla en la suya al observar el arma. Tan solo un segundo. Antes de que pueda reconocerlo, lo ha escondido tras un gesto adusto.

Camino en su dirección con rapidez, sin ofrecerle tiempo a engatusarme. Despliega colmillos y garras; me bufa con el labio retraído. Yo también le enseño los dientes al gruñir antes de lanzarle la primera estocada. La esquiva, me gana la espalda y espera ahí, paciente, a que me dé la vuelta para volver a eludir mi ataque con pasmosa facilidad.

Es ágil de reflejos y se divierte toreándome un par de veces más antes de acompañar una de sus fintas con un barrido a mis pies que me hace caer al suelo.

Suelto el aire al impactar de espaldas. Joder. Lamento el penoso

espectáculo que le estoy ofreciendo a Postre, que nos observa vigilante, con las orejas en punta y un gruñido bajo vibrando en su garganta, lista para cuando necesite su ayuda. En mi defensa diré que la mayoría de criaturas con las que peleo no saben esquivar. Tan solo devuelven el ataque de frente, cada choque más fuerte que el anterior, que es lo que me gustaría que ella me concediese el favor de hacer en lugar de ponerse en modo *kunoichi*²⁰, bailando a mi alrededor como el maldito humo.

Me levanto furioso y vuelvo a la carga, harto de sus jueguecitos. Quiero que dé la cara.

Y esta vez lo hace.

Aprieta el tubo y la lanza de plata que nos robó se despliega. Su asta es de fibra de carbono y con ella para el golpe de mi haladie, formando una equis por encima de la cual nuestras miradas se enfrentan. Sé que la mía llamea.

—Has matado a una chiquilla de dieciséis años.

Me enseña los colmillos con un siseo y me empuja hacia atrás con una patada en el pecho.

La lanza hiende el aire en mi busca. Me aparto y ataco de nuevo. Detiene mis golpes maniobrando con maestría con el arma, que vuela entre sus manos. Esto no se enseña en la escuela de vampiros. Os lo aseguro; me he enfrentado ya a unos cuantos. Arañan mucho y muerden rápido; esas son todas las ofensivas que conocen.

Por eso, aunque compartimos la misma rabia cuando entrechocamos una y otra vez, esquivándonos y buscándonos, sé que no se está empleando a fondo, que solo juega conmigo.

Oigo a mi familia por el pinganillo decir que por el momento no ven nada. Si no doy señales de vida pronto, vendrán a por mí.

La agarro, me desequilibra con una llave y caigo hacia atrás de manera muy poco elegante con ella encima. Antes de que pueda morderme, como no hay distancia suficiente para usar las cuchillas sin clavármelas yo también, le arreo un puñetazo en la cara con la protección de plata que me cubre los nudillos y aprovecho para hacernos rodar y quedar encima.

Vuelvo a golpearla y, apresándola bajo mi peso, me incorporo. Alzo mi haladie en vertical con ambas manos, la punta de una de las hojas justo sobre su pecho. Es hora de probar si sobrevive a dos estacazos seguidos en el corazón.

La miro a los ojos. Negros.

Y humanos.

Por un segundo me pregunto cómo verá los míos. ¿Son también humanos o solo los de su asesino?

Un escalofrío en la espalda me alerta. Oímos un crujido. Postre ladra enloquecida. Entre los árboles aparece un lobo humanoide de casi dos metros erguido sobre sus patas traseras. Nos mira con voracidad, con un fulgor desquiciado. Avanza con la lengua fuera. Mi arma emite un brillo de plata bajo la luna. Se detiene. Reconoce el metal y huye.

—¡Tropa! —Dome reclama nuestra atención por los pinganillos—. Acabo de acceder al informe forense. La chica no fue desangrada, sino mutilada, roída por fieras salvajes. Estoy viendo las fotos. Esto parece...

—Hombre lobo —me adelanto, activando mi comunicador al tiempo que me incorporo.

Acciono el arma para que vuelva a meterse en el tubo y echo a correr tras él.

El grito de algún adolescente resuena entre los árboles en otra dirección. Me freno, dudando hacia dónde dirigirme.

—¡Lo tengo! —Mi madre.

Se oye un primer disparo. Después otros tres. Y chillidos asustados.

—Está huyendo —informa.

—Voy para allá —contesta mi padre, que ya debe de estar comprobando su localización.

—Creo que hay dos —aporto y decido ir a por el que he visto mientras ellos se encargan del otro.

Postre me sigue, pegada a los talones. Volvemos a atisbarlo, pero escapa echado a cuatro patas y lo perdemos de vista.

Escucho un aullido. Demasiado lejos. Lo que confirma mi teoría. Tiene que ser el otro, que llama a su compañero. Cuando finalmente acepto que se me ha escurrido el mío, deshago mis pasos para ir al encuentro de mis padres. A ver si con el suyo tenemos más suerte.

—Vamos a intentar empujarlo hacia el extremo del bosque —informa mi madre por el transmisor. Disparos de nuevo—. A campo abierto, lejos de los críos.

—En marcha. —Se escucha el motor de Dome rugir—. A ver si podemos acorralarlo.

Me cruzo con un grupo de chiquillos histéricos en dirección contraria. Entre dos ayudan a uno que llora y cojea. Me interpongo en su camino para examinarlo. Tiene un buen zarpazo en el gemelo, pero nada más; no le ha mordido. Los dejo continuar.

Confiando en que mi familia tenga la situación más o menos controlada, me quedo en la retaguardia, cubriendo la huida de los chavales. Peino la zona con Postre para asegurarnos de que no queda ninguno. Una vez confirmamos que se han marchado todos, toca ir a por nuestra presa.

[20.](#) Mujer ninja.



Una sola pregunta

Siguiendo la geolocalización de mi familia, aparecemos en el cementerio, al otro lado del bosque. Acaban de acorralar al lobo contra la tapia del fondo. Viéndose atrapado, aúlla y presenta batalla. Mamá está recargando su pistola. Dome pelea con puñales y papá apunta con su ballesta. Corro para unirme a mi hermano justo cuando nuestra presa lo derriba de un zarpazo en el pecho que le raja el chaleco protector. Choca conmigo y ambos caemos al tiempo que salta por encima de nosotros.

Embiste a mi madre, que se engancha de su cuello y le clava una navaja en el denso pelaje de la espalda antes de que la lance al suelo. Después se da impulso sobre una lápida y salta lejos de nuestro alcance.

Una de las flechas de mi padre le acierta en una pata delantera pero no lo detiene. Se nos va a escapar.

Un silbido corta el aire y el lobo aúlla de dolor cuando una lanza se le clava de pleno en uno de los cuartos traseros, tumbándolo. Mientras se arrastra lastimero, nuestras miradas siguen la misma dirección que la suya. Una figura se abre paso entre la bruma que reptaba sobre las tumbas. Con calma. Segura. Dueña del lugar.

La luna ilumina su rostro.

—*Diabla* —escupe mi madre como siempre en español al tiempo que tragamos saliva y tensamos los músculos. Luchar contra ambos a la vez no va a ser tarea fácil. Aferramos nuestras armas con aplomo.

Sin embargo, ella no nos presta atención ninguna. Se la dedica en exclusiva al licántropo a sus pies. Le arranca la lanza y él emite otro aullido que pone los pelos de punta antes de mostrarse acechante con el lomo

erizado y la lengua babeándole entre los dientes afilados.

—Tan solo te haré una pregunta —le dice la diabla con el arma apoyada en el suelo a modo de báculo, firme como su postura recta. Ni sus colmillos ni sus garras asoman—. Beth Davis.

Eso es. Beth. Así se llamaba la chica.

—Dieciséis años cumplidos en marzo, alumna del instituto Donegal, la segunda mejor clasificada del equipo de natación. En una semana y media volvía a competir. Dos hermanos pequeños, un perro que la adora y una abuela malhumorada que también y por eso siempre le hace su bizcocho favorito, el de zanahoria, cuando va a visitarla los domingos y pasean juntas después de misa. Quería ser maestra y quedarse en el pueblo, cerca de su familia. —Se pone de cuclillas y clava en él la mirada—. Pero tú la mataste. ¿Por qué?

El lobo se yergue sobre dos patas y sonríe con una terrorífica mueca llena de dientes. Se acerca y su descomunal envergadura se cierne sobre ella. Su ácido aliento con tufo a carne muerta debe de golpearle la cara cuando habla:

—Porque olía bien. Y tú...—Vuelve a sonreír y se adelanta, amenazante, para olfatear el aire a su alrededor con satisfacción. Estoy seguro de que va a añadir algo del estilo «También hueles muy bien» cuando sus ojos se abren con sorpresa. Recula un par de pasos—. No eres humana.

Vaya, al señor lobo no le gustan las presas que juegan en su misma liga.

Esta en concreto no ha variado en nada ni su pose ni su gesto cuando sentencia:

—Respuesta incorrecta.

Deja caer la lanza y salta rápida como la más letal de las víboras a su cuello con un siseo espeluznante. Ahora sí, garras y colmillos desplegados.

Ambas criaturas se enzarzan en una brutal pelea. Monstruosa, llena de zarpazos que abren surcos en la piel y dientes que desgarran la carne. Viéndola, confirmo que conmigo solo jugaba. Y que me habría destrozado si hubiese querido.

—Esto... ¿Qué se supone que hacemos nosotros ahora? —Dome está confuso, cambiando a cada segundo la dirección de su fusil para apuntar a uno y a otro alternativamente. La picha tan hecha un lío como su cañón. Los cuatro nos mantenemos a una distancia prudencial—. Si ya se zurren entre ellos, ¿cuál es nuestro papel aquí?

—Dejar que se destrocen —tercia mi madre. Avanza y carga una bala en la recámara de su pistola—. Y rematarlos después.

Dispara y la vampiresa se vuelve para bufarle con rabia cuando le acierta en el brazo con el que lanzaba un nuevo ataque, las uñas por delante. Su contrincante aprovecha la distracción para hundirle los dientes en el hombro y ella grita de esa forma gutural, escalofriante y demasiado silenciosa que tienen los vampiros.

Los colmillos brillan en su boca abierta por el dolor, la garganta arqueada hacia atrás. Aprovecha para clavárselos de vuelta y la sangre corre oscura sobre el pelaje del lobo.

Imagino que en ese agarre mutuo él lleva las de perder, pues puede acabar desangrado a gran velocidad. Debe de llegar a la misma conclusión, porque la suelta para intentar alejarla de sí.

El segundo lobo, más pequeño, aparece en escena y ella se arquea cuando le clava las garras en la espalda a traición.

Mientras está ocupada con él, quizás por justicia distributiva, ahora es papá quien le atraviesa el gástrico con una flecha al primer lobo, el grande, antes de que ataque de nuevo. La vampiresa se libra del otro con una llave y, aprovechando que el primero se tambalea hacia atrás totalmente expuesto, cae sobre él con las garras por delante y le arranca el corazón. De un solo zarpazo.

—Creo que no necesitas esto.

Gotea en su puño.

Fiel al «rematarlos después», mamá le apunta con la pistola. Antes de que pueda disparar, su objetivo salta en el aire, le propina una patada en la mano, atrapa el arma que sale despedida y se gira justo a tiempo de meterle

una bala de plata en medio de las cejas al segundo lobo, que ya se le echaba encima. El cañón directamente apoyado contra su frente. La sangre rocía la tierra a su espalda y él se desploma.

Un silencio incómodo. Muy incómodo. Solo quedamos nosotros. ¿Y ahora qué?

Mamá recula porque la vampiresa tiene una pistola en la mano. Dome y papá, también con armas de largo alcance, se apresuran a cubrirla por los flancos. Una vez más, los cuatro en formación de media luna frente a ella. Con Postre de refuerzo en esta ocasión.

La sangre se escurre desde sus colmillos por su barbilla y su cuello. También empapa la mano con la que sujeta la pistola y segundos antes sostenía un corazón. Nos mira llena de rabia. Letal.

Dome carga y apunta. Veloz e inalcanzable como el humo, ella agarra el fusil con la mano libre, desviándolo al cielo, donde se pierde la bala. Después se lo arrebató, lanzándolo hacia atrás de una patada en el pecho que lo deja sin aliento sobre el suelo.

De acuerdo, ahora tiene dos armas semiautomáticas de repetición. Muchos puntos a su favor, pocos para los Murray-Velásquez.

Despliego de nuevo mi espada doble y maldigo decantarme siempre por armas de combate cuerpo a cuerpo en lugar de las de gatillo. Por esto Dome tiene más espinas que yo, porque el mamón dispara mientras yo sudo la gota gorda.

Mamá saca su estaca y da un paso al frente por más que su oponente luzca dos cañones. Papá la frena con una mano en su hombro porque al menos uno de los dos conoce la palabra «prudencia» en este matrimonio.

La chupasangre nos dedica una mirada de pura ira con gesto amenazante. Los colmillos a la vista, manchados bajo sus labios retraídos. Se permite unos segundos en los que parece realizar un esfuerzo titánico para no saltar sobre nosotros y arrancarnos la cabeza y termina por centrar los ojos en Dome, que sigue en el suelo. Muda su expresión en desprecio absoluto.

—Bravo, buscadores. Por vuestra culpa Beth está muerta. Si me hubieseis

dejado encargarme de hacer *vuestros* deberes sin vuestra molesta interferencia, jamás habría ocurrido. Largaos antes de que se me agote la paciencia.

Nos dedica otro vistazo lleno de asco y nos rodea para marcharse por donde ha venido con nuestro fusil a la espalda y la pistola a la cadera.

—*Diabla* —sisea mi madre.

Pero cuando hace intención de ir tras ella, papá vuelve a retenerla.

—Suficiente por esta noche. —Señala con la barbilla los dos cadáveres de los que nos toca encargarnos, porque la señorita fiscal mucho pim pam pum, pero como que pasa de limpiar después, y mamá rezonga antes de dirigirse hacia ellos.

Dome la sigue.

—Voy al coche a por las cuerdas —indico antes de echar a correr sin darles tiempo a detenerme.

Porque no necesitamos ninguna cuerda.

Y porque no voy al coche.

Me interno en la arboleda más allá del cementerio y distingo su figura entre las sombras gracias a la luna.

—¡Oye, *diabla*!

Me lanza una mueca por encima del hombro con cara de pocos amigos. Recordemos que hace un rato estaba intentando matarla. Después de empotrarla contra la pared de su despacho. Lo que imagino que, en la escala de capullismo, se sitúa incluso por encima de huir de la cama sin despedirte y no volver a dar señales de vida.

La alcanzo a la carrera y me echo el pelo hacia atrás al tiempo que recupero el aliento y me armo de un aplomo que no siento para regalarle una despreocupada sonrisa canalla. Menos mal que la tengo bien aprendida y me sale sola.

—Me debes dos espinas. —Le muestro el tallo de rosa de mi brazo izquierdo—. Debo superar a mi hermano, ¿recuerdas? Tenía a esos lobos a punto antes de que llegaras.

—Claro —se burla—. A punto de hacerse una chupa con tu pellejo tatuado, dices, ¿no?

—Bueno, me temo que ya nunca lo sabremos. Por tu culpa.

Termina de girarse para quedar de frente a mí y me agarra el brazo.

—Te los cedo.

Sin dejar de mirarme a los ojos, me hunde la uña del pulgar en la carne para marcarme una espina y después otra, siguiendo el patrón. Aguanto el dolor manteniéndole el duelo visual. Sin duda, la cicatriz quedará. Se ha encargado de hincar bien la cabrona.

Lo que me hace recordar sus uñas en mi cuello esta mañana, algo más delicadas, mientras se corría con mi polla dentro.

Sin soltar sus pupilas de las mías, alza mi brazo y desliza por él la lengua para atrapar la sangre que se escurre por él. Aparto la mirada de golpe porque eso acaba de ponérmela dura y no debería. Inspiro con fuerza y me muerdo los labios.

—Sí, sigues oliendo bien. —Y se relame antes de soltarme.

Joder. Mi madre acierta al llamarla *diabla*, porque el infierno entero arde en su mirada.

La sujeto con brusquedad. Creo que para amenazarla o zarandearla y espetarle que sus trucos no ejercen poder sobre mí. O para asegurarme de que no vuelve a probar mi sangre nunca más. Pero solo consigo tenerla más cerca. Huele a cereza negra y lleva los labios manchados de sangre, rojos y húmedos... Ya no sé qué iba a hacer o decir.

Me limito a observarla rabioso, respirando con fuerza. Sus ojos entrelazados con los míos. Y siento el impulso corrosivo de devorar su boca. La boca más peligrosa sobre la faz de la tierra, la boca que tengo prohibida.

—Hudson. —La voz de mi madre me perfora el tímpano y doy un respingo, seguro de que va a asesinarme aquí mismo.

Luego constato que seguimos estando solos. La vampiresa, yo... y el corazón que casi vomito. Ha sido el pinganillo.

—Hudson, ¿dónde estás? —Mi hermano ahora.

Aprieto el botón para contestar.

—Enseguida voy.

Después lo suelto para que no nos oigan. Aunque no nos decimos nada. Tan solo la miro. El pulso todavía me va a mil por hora.

Me fijo en los arañazos y mordiscos de sus hombros.

—Llevas... la ropa destrozada. Y sucia.

Asiente. Imagino que ya se había dado cuenta ella solita, crac.

—Deberías quitártela. —Que con su rollito pijo no le pega eso de ir cubierta de mugre—. Si necesitas ayuda...

Sí, es mi mononeurona hablando por mí.

Quizás se encuentra demasiado dolorida como para hacerlo sola y, ante todo, hay que ser un caballero.

Enarca una ceja.

El pinganillo vuelve a sonar con mi hermano y mi padre hablándome a la vez. Apago sus voces.

—Creo que te esperan, cazador.

Se da la vuelta. Agarro su mano antes de que se marche.

—Dame cuarenta y cinco minutos —le pido—. Te invito a tomar algo. Y te ayudo con lo de la ropa.

Claro que sí, machote, no se te ha notado nada la desesperación.

—Pero sangre no —aclaro al caer en un detalle importante—. Lo de tomar algo... Solo alcohol. No voy a... No vas a...

—Ya —corta mi excelsa verborrea.

—Solo alcohol —zanjo—. Y sexo.

Eso, Hudson, tú a lo importante. No sea que no haya captado que tienes más ganas de empotrarla que pelos en los huevos.

—Si quieres. —Y ahora intento arreglarlo.

Joder, estoy sembrado.

Pero a la diablo deben de gustarle las cosas claras y directas cuando me contesta:

—En la carretera Colebrook hacia Rheems, a cinco yardas del pueblo. Hay un hotel. Cuarenta y cinco minutos —me advierte, porque no va a esperarme ni uno más.

Se desvanece al tiempo que Postre y mi hermano aparecen.

—¿Eres imbécil o qué? —me espeta él, empujándome por el pecho—. Que no estamos como para jugar al escondite. Vente a arrimar el hombro con los chuchos muertos, capullo. Ya tendrás tiempo de *jalártela*²¹ en mitad del bosque tú solito después.

[21.](#) Masturbarse.



¿Vamos?

Hay una larga lista de razones por las que no debería haber venido.

Pero, al parecer, mi polla es más larga todavía. Porque, tras cerrar los ojos y exhalar con fuerza, abro la puerta y salgo de Jeepito, aparcado frente al hotel.

La gravilla cruje bajo mis pies cuando camino hacia la entrada. La brisa nocturna es fresca y me eriza el vello de los brazos bajo la chupa de cuero. Toqueteo la estaca de madera que llevo en el bolsillo.

Barbas de gnomo, esto es una muy mala idea.

Pienso en dar media vuelta y largarme. Giro la cabeza para lanzarle un vistazo a mi coche, como si necesitara comprobar que no ha desaparecido. Siento el escalofrío recorriendo mi columna y, cuando vuelvo a mirar al frente, la diabla está ahí. Me observa. Ahora no puedo quedar como un cobarde.

Me acerco con la mandíbula tensa. Intercambiamos una mirada, serios los dos, y echamos a caminar hombro con hombro sin mediar palabra. Empujo la puerta, donde un cartel nos da la bienvenida, y le cedo el paso. El tacón de sus botas altas repiquetea en el vestíbulo, iluminado de forma tenue.

Un pasillo a nuestra derecha desemboca en un coqueto bar con música ambiente.

Carraspeo y señalo en su dirección.

—¿Quieres que te invite a una copa?

—¿Vas a ofrecerme una interesante conversación?

Su tono deja claro lo mucho que lo duda.

En fin, dado que más que romper el hielo, aquí necesitaríamos perforar un

casquete polar con una taladradora industrial, supongo que nos lo podemos ahorrar. Sacudo la cabeza y ella asiente.

—Lo suponía. Tú pagas la habitación.

Y sus pasos vuelven a taconear cuando me deja solo.

Me dirijo al mostrador con los huevos encogidos. Sinceramente, no creo que así vayan a funcionar.

Por eso pido una llave y un chupito del alcohol más fuerte que tengan. Me lo bebo de una y, cuando termina de abrasarme la garganta, repito con un segundo.

Suelto el aire, cuadro los hombros y voy al ascensor. Cuando se abre, ella aparece a mi lado. Entramos, pulso el tres y, de repente, estamos encerrados en un metro cuadrado con un suave hilo musical y una ligera luz anaranjada.

No me atrevo a mirarla mientras su cercanía me quema. Desvío los ojos hacia el espejo y me topo con los suyos.

—Te reflejas —constato.

Y eso rompe las normas de todo cuanto he conocido.

—Sí.

Vaya, la que quería una conversación interesante.

—¿Por eso no pudimos matarte?

Enarca una ceja con una mueca divertida.

—¿Siempre eres tan hábil ligando?

Me arranca una pequeña risa. De acuerdo, minipunto para ella.

—Es una situación algo nueva para mí. —Bajo la mirada al tiempo que me echo el pelo hacia atrás y me masajeo la nuca. Se me han calentado las orejas.

—¿Que ella sea más peligrosa que tú, chico tatuado?

Me giro para encararla y ahora, además de estar encerrados juntos, la tengo a escasos centímetros de mí. Observo sus labios; tienen la forma perfecta y quiero morderlos hasta borrarles el color granate oscuro con el que se los ha pintado. Le pongo una mano en el cuello, en la línea de la

mandíbula. Le acaricio la piel con el pulgar, que planea cerca de la comisura de su boca. Deja caer los párpados y me digo que en este preciso instante no parece peligrosa, no el tipo de peligro que uno querría evitar.

La recuerdo luchando en el bosque, bailando con la lanza bajo la luna.

—¿Mataste tú a la hiporagne? —susurro con mi pulgar trazando su labio.

Mi sueño de plata y bruma.

Eleva los ojos para enfrentar los míos.

—¿Quién si no? —Ella también susurra.

—Ah, bueno... —Vuelvo a rascarme la nuca, abochornado—. Pensé que quizás la había matado yo, pero no podía recordarlo.

Su gesto es de genuina admiración.

—Guau, te lo tienes realmente creído, ¿no? —Admiración por mi mayúscula estupidez—. Te encontré literalmente con esta expresión. —Imita mi mueca con la lengua atorada entre los dientes en un gesto bobalicón y le pido a la Virgen de la Divina Providencia por favor y por todos sus angelitos queridos que yo no pareciese tan soberanamente gilipollas—. Y su aguijón estaba a punto de ensartarte. ¿En qué momento creías que pudiste levantarte, matarla y después volver a echarle un ratito sobre el barro con cara de pánfilo?

Me hace reír.

—A ver... —intento defenderme.

Pero ella no me deja:

—Que quizás me equivoco y era tu técnica hipersecreta para tenerla justo donde querías y estabas a punto de, no sé, pulverizarla con un letal ataque de risa.

Suelto otra carcajada y después intento ponerme serio.

—Vale, yo... —No, no hay nada que pueda salvar mi dignidad. La miro—. Entonces fuiste tú. De verdad. No lo soñé.

—Es obvio que si no hubo una escena final de sexo apoteósico no se trataba de una ensoñación tuya, no.

—Bueno. —Me cierno sobre ella con gesto canalla, arrinconándola contra

la pared con mi brazo extendido apoyado junto a su cabeza—. Esto tampoco lo estoy soñando.

Lejos de amedrentarse, alza el rostro para enfrentarme. Sus labios peligrosamente cerca de los míos. Tanto que cada milímetro que nos separa me quema, anticipándome a su tacto.

—¿Estás seguro? Porque si eres capaz de creerte que mataste a la hiporagne...

Me arranca una sonrisa divertida al tiempo que su boquita me tienta. Supongo que es la combinación perfecta. La agarro de la cintura, me inclino...

Y me freno justo antes de besarla.

Porque, aunque las ganas me hormiguean, pienso en sus colmillos, en el monstruo que habita bajo su piel.

Lo lee en mis ojos. Desvía los suyos, se abraza los hombros y se hace a un lado para apartarse de mí.

Y en esta corta distancia abierta se escucha la bofetada que no le he dado.

Me aclaro la garganta al tiempo que me digo que no debo sentirme mal por ser precavido. Ella es lo que es. Tiene que entender que no quiera besarla, ¿no?

La puerta se abre.

—Estás a tiempo de irte, cazador.

No me mira. El casquete polar vuelve a separarnos, tan gélido como su voz.

—Tú también.

—Sí.

Ninguno de los dos nos movemos, encarando un pasillo vacío sin cruzar un vistazo con el otro.

La puerta comienza a cerrarse. Pongo la mano para detenerla en el último segundo.

—¿Vamos? —sugiero.

Y no sé si estamos igual de locos o igual de desesperados, porque asiente

de forma apenas perceptible y caminamos en silencio hasta la habitación, con nuestros pasos ahogados por la moqueta. Juntos pero sin rozarnos.



Sin colmillos

Entro y ella no me sigue. Me giro para mirarla. Se ha quedado en la puerta. Me pregunto si va a echarse atrás. Nos observamos durante unos segundos. Carraspeo. Esto se está volviendo incómodo.

Si va a largarse que lo haga ya, ¿no?

Me hace una mueca que traduzco por un «Eres imbécil». Otra vez.

Le devuelvo un encogimiento que significa «¿Qué?». Que sí, que tiene toda la razón, pero así de forma gratuita...

Eleva los ojos al cielo.

—Tienes que invitarme a pasar. ¿Recuerdas? —La pregunta va con retintín.

—¿En serio? —Me río—. ¿No puedes entrar?

No responde y yo me vuelvo a reír.

—¿De verdad? Mira, si es muy fácil. —Meneo la mano fuera y dentro de la habitación, muy cerca de su cara—. ¿Ves? —Otra carcajada—. No me digas que a la señorita «Yo maté a la hiporagne» le puede un marquito de madera.

Sigo moneando con la mano a través de lo que para ella es una frontera. Aun a riesgo de que me la arranque y me deje con un muñón al aire.

Se gira para marcarse un «Me piro, vampiro»..., si pilláis mi sutil ironía.

La sujeto del brazo.

—Vale, vale. Es solo que... te reflejas en los espejos y atravesarte el corazón no te mató, pero ¿no puedes cruzar una puerta?

Su mirada me deja claro que si espero una respuesta puedo hacerlo sentado.

—Al hotel has entrado —señalo.

—Había un cartel que decía literalmente «Bienvenidos». Y tú me has invitado al abrirme la puerta y cederme el paso.

—Vaya, así que aprovechándote de mi caballerosidad...

—De la que resulta obvio que no vas sobrado. Habría sido todo un detalle que me cedieses el paso aquí también.

—Entiendo...

—Bueno, ¿qué? —resopla.

Apoyado contra el marco, me froto la barbilla, sintiéndome poderoso. Sonríe y la estudio de arriba abajo. Se ha vuelto a poner una falda, pero no veo medias. Supongo que porque el frío no tiene poder sobre ella.

—Quiero las bragas. —Extiendo mi palma.

La evalúa y después a mí, con una expresión que me pregunta si de verdad soy tan infantil como parece.

La respuesta es un rotundo «sí».

Se lo confirmo sonriéndole y animándola a cumplir mi petición con el mismo gesto avaro que hacía tía Rosita de «Trae *pa'ca* los cuartos» con la mano a la espera de su cobro.

Puede que sí se esté planteando lo de dejarme la muñeca viuda.

Pone los ojos en blanco, resopla y se baja el tanga sin que yo logre atisbar nada tras la falda. Tras invitarlo a escurrir piernas abajo contoneando las caderas, lo recoge y lo deposita en mi mano.

Lo examino con satisfacción. Es de encaje, de un granate oscuro. Elegante y sexi. Como ella. Asiento complacido a la vez que mi mononeurona colgandera también lo hace. La noche empieza a mejorar.

—¿Y bien? —Se impacienta, cruzando los brazos sobre el pecho, gesto que inspira mi siguiente idea. Vuelvo a sonreír.

—Ahora el sujetador.

—Vale, me largo.

Se gira y echa a andar. Salgo a su zaga.

—De acuerdo, de acuerdo. —Tiro de ella pegada a mí de regreso a la

habitación. Al parecer, ver su tanguita era todo cuanto necesitaba para despedir cualquier reparo—. Entra. —Más que a invitación, suena a ansiosa súplica al tiempo que la arrastro dentro.

Ha debido de funcionar porque está aquí. Conmigo. Y la estaca retráctil se me empieza a desplegar entre las piernas más que lista para clavarse en territorio enemigo.

Cierro la puerta con el pie y la arrincono contra la pared para encargarme yo mismo de desabrocharle la camisa e ir a por ese sujetador. De repente no me vale despacio. Estoy sediento de su piel y gimo de puro placer, entornando los párpados cuando le agarro las tetas y mis pulgares recorren sus pezones.

Los aprieto y vuelvo a gemir, mordiéndome el labio. Están duros para mí y eso me pone a mí todavía más duro.

Exhalo todo el aire y la aprieto un poco más contra la pared con mi cuerpo, introduciendo una de mis piernas entre las suyas para frotarla con mi muslo. Recuerdo que no lleva ropa interior y eso es otra chispa más para la hoguera en la que ya ardo.

Atrapo uno de sus pechos con la boca. Lo chupo y lamo su contorno. Joder, voy a correrme en los calzoncillos. De ahí paso a su cuello, recorriéndolo con mi lengua mientras ella jadea. Asciendo buscando su boca con esas mismas ganas dementes que se me han quedado insatisfechas tanto en el bosque como en el ascensor.

Pero cuando mis labios están apenas rozando los suyos, entreabiertos a mi espera, me detengo.

Me detengo porque soy incapaz de olvidar que tiene dos putos colmillos ahí escondidos. Dos putos colmillos con los que desangra personas y que yo debería arrancarle y quemar en ácido de plata.

Doy un paso atrás y ambos nos miramos. La estaca de emergencia que siempre llevo enganchada en la cintura del pantalón me arde.

Debería matarla. Una parte de mí quiere hacerlo.

Pero, al mismo tiempo, mis manos siguen agarrando sus tetas como si

fuesen a naufragar sin ellas. Y mi polla me pide rabiosa penetrarla, penetrarla y penetrarla, como si no conociese otro hogar.

Sigo mirándola y decido que la odio. Odio esos putos colmillos por los que no voy a besarla. Y odio desearlo tanto. Odio que sea todo lo que podría querer y todo lo que detesto a la vez.

La recuerdo lamiendo la sangre de mi brazo y me obligo a sentir asco.

—Sin colmillos —le gruño como advertencia.

Asiente.

—Sin estacas.

Asiento.

La conduzco hasta la encimera de la pequeña cocina que tiene la habitación y le indico que se apoye en ella con las manos, inclinándose ligeramente mientras yo quedo a su espalda. Para que no pueda mordirme. Para no mirarla a la cara. Para dejarle claro que la odio aunque mi cuerpo busque fundirse con el suyo.

Me desabrocho el cinturón y la bragueta y le levanto la falda. La agarro del pelo al tiempo que introduzco mi mano de canto entre sus piernas, rozándola, sintiéndola. La punta de mis dedos juguetea con sus pliegues y ella se estremece y me los aprieta.

La mononeurona se me sacude ansiosa y, como no puedo arriesgarme a perder el único tejido cerebral del que dispongo, le concedo el alivio por el que clama y me introduzco en ella con una exclamación de puro deleite. Joder, joder, joder. Me estoy derritiendo entre sus paredes como si estuviese hecho de mantequilla.

Le sujeto las caderas, pegándome bien su culo, y doy rienda suelta a las mías para explorarla y tomarla como me pide cada terminación nerviosa de mi ser al tiempo que nuestros gemidos se acompañan.

De repente mis manos están por todo su cuerpo. Como si no les bastase. Como si quisieran multiplicarse para abarcarla entera.

Le aprieto el trasero, le agarro las tetas, le acaricio entre las piernas para que tiemble y me estruje el pene dentro de ella y se corra una y otra vez,

detestando cada sonido que emite con la misma intensidad con la que consigue excitarme más y más. Las tenues luces del exterior que se cuelan por la ventana se reflejan en sus colmillos, desplegados en esa boquita que abre con cada embestida.

Cuando empiezo a sudar, me quito la camiseta. Ella se deshace de su camisa y del sujetador desabrochado y mi pecho se pega a su espalda. Nos movemos al unísono mientras la estrecho como si la quisiera fundir con mi carne. Y así, impregnado de su piel, de su olor, de su cuerpo contra el mío, alcanzo el orgasmo al mismo tiempo que la estimo con los dedos para que ella también lo haga de nuevo. Más fuerte que antes. Quizás porque ahora puede sentir cómo me derramo entero en su interior, con rabia y sin control.

Permanecemos tal y como hemos terminado, el uno contra el otro, mientras recupero la respiración.

Después la suelto. Pasadas las ganas y la euforia. Porque su contacto me quema igual que a ella la plata.

Pienso en el arcángel San Miguel tatuado en mi nuca, con sus alas abrigando mi cuello, patrón de los cazadores. En el *Sein-zum-Tode* anclado en mi pecho, nuestro lema. En la constelación de estrellas sobre mi corazón, mi familia. Juramentos de tinta. La esencia de todo lo que soy.

Me froto el rostro. Agarro mi ropa y me visto con rapidez. Sin mirarla. No quiero verla. No quiero que siga aquí. No quiero desearla.

—Esto no cambia nada —aseguro sin ser capaz de levantar los ojos.

«Te mataré» es lo que significa. «Cuando tenga la oportunidad, te mataré».

Y, con esa promesa silenciosa, me marchó.



Usar la boquita pa' cagar

—Pero ¿tú no follaste anoche? —Dome me mira cabreado después de atizarle por segunda vez bastante más fuerte de lo que debería para estar entrenando.

Por un momento me quedo pálido. Todo el cuerpo en tensión. ¿Lo saben?

—Te faltó tiempo para largarte cuando acabamos con los chuchos del cementerio y no te llevaste a Postre —responde mi hermano a la muda interrogación de mi gesto—. Únicamente te la dejas cuando hay otra perrita de por medio.

Se cruje el cuello con despreocupación y rota los hombros antes de volver a ponerse en posición de pelea.

—Así que no sé por qué te gastas este humor de gremlin *mojao* hoy. Suele ser fácil tener al niño contento.

Ataco de nuevo sin dejar traslucir mi alivio. Sabe que estuve con alguien, lo que no le extraña en absoluto. Pero no con *quién*.

Como lo he cabreado lo suficiente, termina empleándose a fondo. Me lanza de bruces contra el tatami sin ningún miramiento y me aplasta bajo su peso con una llave de hombro. Y luego tarda algo más de lo necesario en soltar mi articulación tras amenazar con descoyuntarla.

—Ya entiendo. Al final la gata pasó de ti y te tocó volverte con el rabo entre las piernas —prueba sin quitarse todavía de encima, obligándome a respirar el olor a pies sudados de la lona—. Por eso estás más gilipollas de lo habitual.

No digo nada porque tiene razón. Si por «más gilipollas de lo habitual» entendemos «Ayer me tiré a nuestra enemiga mortal y no sé cómo sentirme

al respecto».

Mi ánimo tan solo mejora ligeramente cuando me paso por la protectora de animales después de comer. La camarera de rizados pelirrojos y generosa talla de sujetador que ha ganado puntos porque le molan los perros tanto como a mí está yéndose y, con una coqueta caída de párpados, me anuncia que terminará pronto su turno de tarde en el *pub* y me invita a pasarme para tomarnos algo y arreglar lo de ese baile que le debo.

Me parece un plan cojonudo. Una agradable velada con una tía buena que *no* tiene colmillos.

Con suerte, me ayudará a sacarme de la cabeza a la que sí. Y a barrer mis malos humos. Que bastante tenemos en casa con que mamá ande de los nervios por no haber empalado todavía a la diablo.

Pero hoy ya no quiero pensar más en ella. Para eso he venido, me recuerdo al empujar la puerta del local en el que he quedado con la pelirroja y...

Todas mis esperanzas a la basura.

Mis ojos se dirigen como imanes, como si ya supiesen dónde encontrarla antes incluso de verla: sentada en un taburete junto a la barra. No está sola. La acompaña un tío que, por el corte de pelo militar y la pose de gallito con el pecho hinchado y la espalda recta como si llevase un palo metido por el culo, es poli sin duda. Me apuesto el huevo izquierdo.

¿No podía permitirse una camisa de su talla el señor madero? Que le va a estallar un botón, joder. No es que esté mazadísimo y me dé envidia, ¿eh? Que conste. Es que lleva los músculos oprimidos como morcillas con neopreno.

Despreocupada con eso de que pueda dejarla tuerta cuando le salte un botón directo al ojo, ella es todo sonrisas melosas y gestos amables mientras lo escucha y asiente. Mira la diablo, qué angelical cuando quiere. Al parecer, él sí le ofrece una «interesante conversación». Pues sobre cómo elegir la talla adecuada de ropa no será, ¿verdad, colega?

Ella vuelve a llevar una de sus falditas de tubo ajustadas, el pelo recogido

en un moño y pendientes caros. En esta ocasión, su camisa es de un escurridizo satén rosa que grita «Follemos ahora mismo», porque es la misma tela que se usa para los saltos de cama.

Me está poniendo malito a mí, que acabo de entrar, pues me sé de otra cosa que su amigo debe de llevar también como una morcilla con neopreno. La porra escondida donde yo te diga.

Aprovecho que él se disculpa un momento para ir al baño —a aliviársela seguro— y me inclino junto a la barra a su espalda como quien no quiere la cosa. Chasqueo la lengua con reprobación y la diabla me dedica un vistazo molesto por encima del hombro antes de poner los ojos en blanco en ese gesto suyo que ya sé leer en todas sus vertientes.

«¿Otra vez tú?», dice en esta ocasión.

Meneo la cabeza.

—Hay que ver. Ayer uno, hoy otro... —Vuelvo a chascar la lengua—. ¿No tienes autocontrol?

—¡Ey, has venido! —Unas manos se me echan al cuello. Mariam tira de mí y me besa la mejilla, rociándome con el olor a acondicionador de plátano de su pelo.

Le devuelvo la sonrisa.

—Claro, *conejita*.

Y la diabla vuelve a poner los ojos en blanco porque sí; he reutilizado el apelativo a propósito y me enorgullece pensar que pueda estar mínimamente celosa. Quizás por eso le aprieto a Mariam con cariño el moflete, rociado de pecas anaranjadas.

—Enseguida acabo y estoy contigo —me dice—. ¿Qué te pongo mientras?

Pido una pinta de barril y, cuando se aleja para servírmela, la diabla copia mi chasquido de lengua meneando la cabeza con reprobación.

—¿Quién es ahora el que va saltando de flor en flor? Te preguntaría si es que no tienes autocontrol, pero ambos sabemos que no. *Conejito*.

¿Tan fácil soy de calar?

Luego recuerdo que ayer lo hicimos dos veces —una en su despacho y otra en el hotel— en contra de todos mis principios. No es que le haya puesto muy difícil adivinarlo.

Pienso algo ingenioso con lo que contrarrestar. Ella es más rápida:

—En mi defensa: mi última cita intentó atravesarme el corazón en mitad del bosque.

—La mía tenía los dientes algo afilados —contraataco.

—Te entiendo. —Observa el botellín en su mano, que ambos sabemos que solo es una tapadera, como si lo que fuese a decir a continuación la aburriese—. El mío tenía la polla ridículamente pequeña, como el meñique de un recién nacido.

—Eso no es... Eso no es... —boqueo, rojo de indignación.

No le hagáis ni caso. Además de chupasangre, trolera.

—Ah, y es un llorón. Un niño de mamá.

Mariam deja mi cerveza entre ambos al tiempo que nos estudia.

—¿Os conocéis?

El ligue de la diabla acaba de regresar y le echa un brazo posesivo por encima de los hombros con la misma pregunta en la cara.

—No —responde ella, dispuesta a darme de nuevo la espalda y poner fin a nuestro encuentro.

—Sí —respondo yo al mismo tiempo.

Me mira, molesta por la contradicción.

Le dedico una fingida sonrisa angelical y le paso el brazo ahuecando el del otro hasta empujarlo fuera. La atraigo hacia mí de frente a Mariam, como si se la presentase.

—Es mi prima. Mi prima *mayor* —recalco eso último—. Mucho mayor.

—¿Mayor? —El *soplapote*²² al que intencionadamente he dejado a nuestras espaldas no capta el mensaje y eleva una ceja con cierta incredulidad, porque aquí la amiga no aparenta más de veintiocho. Pero esa es solo otra de sus mentiras.

Le sonrío mientras pienso «Dispárate en un pie y lárgate de aquí,

*mamao*²³». Estos tipejos se pasean por ahí hinchados como un pavo real con su pistolita y su uniforme dos tallas menos de la que les correspondería mientras nosotros hacemos el trabajo duro de verdad en la sombra.

—Sí, sí, *mayor*. —Me recreo en la palabra y le doy un apretón a mi «prima»—. ¿Por qué no compartes con todos nosotros tu edad, eh? —Suelto una risita.

Como no contesta, me dirijo a su acompañante:

—Ya sabes que las mujeres siempre mienten en esto. Deberías pedirle el carnet. Eres poli, ¿no?

Se aclara la garganta.

—Sí, lo soy.

—Ya, gran servicio a nuestro país. —Le doy unas palmadas en el pecho que acaba de sacar, a ver si con suerte le desvío una costilla—. Insisto, deberías pedirle el carnet. Venga, que lo veamos todos.

—Lo siento. —Levanta las manos—. He venido sin uniforme. Nada de trabajo esta noche. —Intenta hacerse el gracioso.

Mariam pierde los puntos que le han dado los perros al reírle la ocurrencia.

—¿Pues sabes lo que sí podrías hacer? —retomo la palabra—. Regalarle un bonito collar a mi prima. Se lo merece, ¿verdad? —Le doy un pellizco camuflado como una carantoña—. Una cadenita de plata. Pero de la buena, ¿eh? Le chifla la plata. Te la chingas seguro.

El poli se atraganta con su cerveza y tiene que retirarse para no escupirnos encima. ¡Ja!, seguro que es de los que se mean fuera. Anótate eso, diablo. Que luego hay que pasar la fregona.

Aunque, pensándolo mejor, no creo que tenga baño en su ataúd.

Se vuelve hacia él con una mueca de disculpa, ignorando que acaba de verlo regurgitar la cerveza como si se estuviese corriendo por la boca en lugar de por donde corresponde.

—No le hagas caso, soy alérgica a la plata.

—Uy, sí, no veas —apostillo—. Le arde la piel.

Me lanza una miradita de soslayo como si al que quisiera ver arder fuese a mí. Ambos sabemos que eso no va a detenerme:

—Oh, pero sin duda lo que más te gustará de ella es su sonrisa. —La agarro de la barbilla con mis dedos en pinza para apretarle los labios hasta hacerle poner morros de pez y que nos enseñe su preciosa dentadura—. Mírala, tan radiante. Casi parece que podría... morderte. ¿Eh? —Le doy al madero measuelos un codazo que busca amistosamente su hígado—. Ten cuidado con que no se despierte en mitad de la noche con hambre. No vaya a hincarte el diente.

Los tres me están observando con la cara de incómoda compasión que pones ante los desvaríos de un abuelete senil que te aborda en mitad de la calle.

—Y mirad qué tipín. —La señalo de arriba abajo antes de volverme hacia Mariam—. Deberías preguntarle por su dieta.

Sé que acabo de usar la boquita *pa'* cagar, que diría mi madre, en el mismo instante en el que censura mi comentario con una mirada seria y el gesto agriado, cruzándose de brazos.

—No necesito hacer ninguna dieta.

La diablo sonrío y el cachitas *petao*, que seguro que se huele la mano después de rascarse los huevos, camufla su risa con una tos.

—Y ella tampoco —añade Mariam.

—No, no, yo no... —Me apresuro a intentar arreglarlo y no quedar como un capullo.

La diablo alza el botellín hacia ella, celebrando su comentario.

—Bien dicho, hermana. —Después me mira a mí—. Y no te preocupes, *primito*. Siempre me aseguro de que mi alimentación sea rica en hierro.

Y me guiña un ojo antes de alejarse con su ligue, al que espero que le absorba todo «el hierro» por imbécil. Aunque irá con regusto a esteroides, seguro.

Siento un poco de tensión al quedarme a solas con Mariam, así que vuelvo a abrir la boca...

—Estás estupenda.

... *pa'* cagar.

—Ya lo sé. No necesito que ningún tío me lo diga.

Y se va a atender a otro cliente.

Yo me froto la cara y resoplo. Mis dotes de ligoteo pisoteadas por la diabla.

Le echo un vistazo por el rabillo del ojo, la veo reírse con el otro, que se inclina mucho hacia ella, y me digo que lo que siento no son celos, sino mi deber de alejar de la amenaza letal de sus colmillos a un indefenso humano, que no está ni la mitad de bueno que yo, así como dato.

—¿Quieres que te traiga unos prismáticos?

Mariam me hace dar un respingo y me llevo una mano al corazón al tiempo que me giro para fingir que no estaba espiando. Sus brazos cruzados y su ceño fruncido no se lo tragan.

Tiro de mi mejor sonrisa y de mi repasito de arriba abajo derritebragas.

—No. Esta noche solo quiero mirarte a ti. Y espero que estés lo suficientemente cerca como para no necesitarlos.

Su gesto se ablanda y se le escapa una sonrisilla. Va hasta el control de sonido y *La bachata* de Manuel Turizo comienza a sonar. Regresa mordiéndose el labio.

—Música latina, ¿no?

De acuerdo, se lo está currando. Me lamo la sonrisa y alargo mi mano por encima de la barra para ofrecérsela.

—Baila conmigo.

[22.](#) Gilipollas.

[23.](#) Estúpido.



Baila conmigo

Concluido su turno, se quita el delantal negro que llevan todos los camareros a juego y toma mi mano complacida. La guío entre mis brazos para que empiece a moverse y mi diversión dura lo que tardo en ver por encima de su escaso metro sesenta que el poli le come la oreja a la diablo pegado a su espalda, haciéndole cosquillas en el cuello con su aliento hasta que consigue que acepte bailar con él.

Mariam nos hace girar y yo me apresuro a completar la vuelta para volver a tener visibilidad directa de esos dos. Ya sabéis, por mi trabajo como cazador que debe velar por la seguridad de los humanos. Por nada más.

Aliento de zombi putrefacto, están bailando muy juntitos, con miraditas y sonrisas. Me están arruinando la canción, y mira que es un temazo.

—¡Ay!

Mariam se queja cuando la piso. La rabia y la vergüenza me arden en la sangre boricua²⁴ que acabo de deshorrar. Yo jamás piso a mi pareja de baile ni meneo las caderas sin hacer arder la pista. Vuelvo a controlar la situación dirigiéndola con cierta rigidez.

Les echo otro vistazo. Joder, es que el pavo ese ni siquiera sabe seguir el ritmo. Va totalmente desacompasado y la arrastra consigo sin gracia ninguna. Ella sabe hacerlo mucho mejor; conmigo lo hizo.

De verdad, esto es un ultraje a los ojos y a la bachata; a su música, su historia y su sensualidad. Un sacrilegio imperdonable. Insultante.

Arrastro conmigo a una sorprendida Mariam al ir para allá.

—Tío, ¿de qué vas? —Los separo metiéndome en medio—. No se hace así. Eso no es bailar.

Creo que por un instante todos piensan que voy a atizarle de lo enfadado que se me ve. Esto solo hay una forma de arreglarlo:

—Mira. —Le pongo la mano de Mariam en la suya y agarro a la diablo para pegarla a mí—. Cópame.

«Inútil» me dejo por añadir.

—Uno, dos, tres, pica. —Marco el ritmo al tiempo que exagero mis pasos para que el panoli me siga—. Un, dos, tres, pica. —Asiento con la cabeza cuando lo logra—. Ahora una vuelta —aviso cuando ya lo domina, evidenciando con amplitud cada movimiento que hago para indicarle un giro a la diablo.

Lo sigo guiando unos cuantos acordes más.

—Venga, bien —acepto con un resoplido y los ojos al cielo.

Cuando descienden, se encuentran con los suyos. Los ojos negros de la diablo, que me observa con una ceja enarcada, burlona.

Le devuelvo el gesto preguntándole que si ser un excelente profesor de baile no entraba en la larga lista de virtudes que me atribuye.

Se ríe. Yo también.

Le brilla la mirada.

Mi pulgar acaricia el dorso de su mano. La acerco más a mí. Me gusta sentir su piel y me gusta sentir su cuerpo. Le regalo mis mejores pasos, fluyendo con la música mientras se deja guiar con soltura.

Intento ponérselo un poquito difícil y le pido giros y figuras más complicadas sin darle demasiadas pistas.

Volvemos a quedar de frente. Su ceja se enarca de nuevo con suficiencia, pidiéndome que le reconozca que ha estado a la altura. Se lo concedo con una sonrisa que termina imitando. Esto se nos da bien.

La sujeto bien pegadita sin soltarnos la mirada. La mirada que podría arrastrarme al infierno. Por eso ardemos con la música. Dos llamas ondeando a su compás.

Fingimos que no nos damos cuenta de que la canción termina y la enlazamos con la siguiente. Y otra más.

Que vuelve a terminar, pero yo no la quiero dejar ir. Nos quedamos tal y como estamos: juntos, observándonos, con el pecho acelerado, esperando a que la música se reanude.

—Yo me marchó ya.

La realidad reaparece con la voz de Mariam.

—Eh, sí, voy a acompañarla —interviene el otro, rascándose la nuca con cierta incomodidad.

Espera un segundo por si la chica que tengo agarrada le pide que se quede. No lo hace. Así que él le da un apretón en el brazo y se inclina para besarle la mejilla.

—Nos vemos otro día.

«No si puedo evitarlo», pienso, obviamente por su seguridad, mientras fulmino su espalda tiesa.

Le sostiene la puerta a Mariam y desaparecen de nuestra vista cuando se cierra.

—Yo también debería irme.

Mi pareja de baile se suelta.

—¿Qué? ¡No!

Se dirige hacia su abrigo y voy tras ella.

—Baila conmigo —le pido. Una nueva canción está empezando.

En sus ojos se ha perdido toda complicidad cuando me enfrentan cortantes de odio.

—La última vez acabé con una cadena al cuello y un machete atravesándome el corazón.

—Bueno, pero luego te he compensado atravesándote de una forma más agradable. —Adopto un gesto de angelical inocencia.

Como argumento: una mierda. Eso me dice su cara con una mueca antes de darme de nuevo la espalda sin molestarse si quiera en contestar.

—No. Espera, espera. —Venga, seguro que puedo hacerlo mejor. Me interpongo en su camino—. Si te sirve de algo, no lo sabía. Lo de que acabarías con un machete y todo eso. No intentaba cazarte. La primera vez.

Me dedica un vistazo por encima del hombro. No termina de creerme.

—Te lo prometo. No...

«No sabía lo que eras».

«Aunque debí haberlo hecho».

«No pretendía hacerte daño».

«Aunque debería haber sido mi único propósito».

«Esa noche tan solo quería...».

«Aunque no debería».

Sacudo la cabeza para interrumpirme a mí mismo debatiendo con mi mononeurona. Menos mal que solo tengo una. En suficientes líos me mete ya ella sola.

—No era una trampa —termino al fin—. O, si lo fue, caímos los dos. Yo tampoco sabía que mi familia aparecería.

Me observa con los brazos cruzados. Creo que decide que soy sincero, lo que no significa que le caiga bien.

—¿Y qué tal llevas que te usen como cebo?

Bajo la mirada.

—Estoy... perdonádoselo.

Mi humillación parece hacerle gracia. Me dejo contagiar y compartimos una microsonrisa.

Acto seguido soy consciente de quién es ella y quién soy yo y ya no estoy tan seguro de querer volver a tomar su mano.

¡Que es un jodido vampiro! He visto la sangre correr por sus garras y sus colmillos.

Un vampiro que yo debería matar.

—¿Vas a disculparte? —Corta mis pensamientos.

—¿Por espantarte la cita?

«No». Rotundamente no.

Porque le he salvado la vida al humano.

¿Verdad?

—Por equivocarte de monstruo.

Pienso en los hombres lobo. En que le espeté haber acabado con una chiquilla de dieciséis años.

—No la mataste tú.

Se permite una miradita de «¿Has llegado tú solito a esa conclusión o te han ayudado?».

—Bueno, pudiste decírmelo. —Le echo en cara, porque uno también tiene su orgullo de cazador.

Ella bufa con sorna.

—¿Y me habrías creído?

Guardo silencio.

—Ya. Lo que yo pensaba.

Y me choca el hombro al pasar de largo para ir a por su abrigo y marcharse.

No se gira a mirarme ni una sola vez. Cuando la puerta se cierra tras su culito, vuelvo a reparar en la música. La canción está terminando y por el vacío que me oprime el estómago comprendo que me habría gustado bailarla con ella.

Por la ventana, veo que el señor apretado justo regresa tras acompañar a Mariam hasta su coche. Se encuentran, le sonríe y ambos se marchan juntos. Lo que siento *no* es envidia.

[24](#). Puertorriqueña.



Muffins de cosquillas

—Mira quién está aquí. —La rubia simpática se agacha hacia Postre cuando nos ve llegar a la mañana siguiente a las puertas del edificio elegante.

Por suerte, vuelve a estar fumando fuera y mi nena trota en su dirección con un ladrido alegre cuando la anima a acercarse dándose palmadas contra los muslos.

—¿Quieres? —Le muestro el paquete de papel con *muffins* de arándanos recién horneados que traigo y la mujer toma uno con gusto—. Vengo a...

Señalo con la barbilla hacia el interior y ella me indica con un gesto de la mano que no necesito decir más.

—Sí, sí. —Se le escapa una sonrisita.

Ahora señalo a Postre.

—¿Te importa...?

De nuevo, un gesto de la mano anticipándose a mis palabras.

—Ve. —Y vuelve a sonreír con cierta picardía. Después menea la cabeza—. Esa niña está demasiado sola. Se merece un buen chico.

—Yo no...

Quiero decirle que no es eso, para nada. Y que yo no la llamaría «niña» con ese tonito maternal y protector. Que su «niña» tiene los dientes bien creciditos, señora.

Y que no sé dónde me ve a mí lo de «buen chico», si en los tatuajes desde los pies hasta el cuello o en los anillos de plata.

En fin, que tiene un ojo para calar a la gente más cegato que un vampiro a pleno sol. Pero ella me silencia con la mano una vez más y asiente.

—Ya, ya.

Decido aprovechar su cooperación y entro sin más demora.

El de seguridad hace una mueca de estar algo harto de mí cuando deposito mis pertenencias en la cinta del escáner y mi pendiente y mis anillos vuelven a hacer sonar el arco que debo cruzar. Resopla al verse obligado, igual que en las ocasiones anteriores, a ponerse en pie y pasarme el detector de metales manual para comprobar que no llevo nada escondido.

Nada que pite, claro; porque las armas ya las he dejado en el coche y la estaca de madera no la detectan sus aparatejos.

Recupero mi paquete de *muffins* y voy hasta su despacho.

La diabla pone los ojos en blanco y lanza un bufido hastiado cuando me ve. Hoy no está de humor. No la juzgo.

—Mira, buscador ahora te la meto ahora te amenazo, algunos sí nos tomamos en serio lo de hacer nuestro trabajo. Así que si no te importa...

—Sí, sí. —Levanto las manos. En una sujeto un café y en la otra la bollería—. Vengo en son de paz.

Su famosa ceja enarcada con suspicacia me evalúa. Deposito mis ofrendas en la mesa.

—Te he traído un café de vainilla con espuma bien calentito y *muffins* de arándanos recién horneados. —Sé que a las mujeres les pirran.

Me retiro unos pasos todavía con las manos alzadas, a la espera.

Ella contempla mis presentes y después a mí. No dice nada.

—Tenías razón. —Esas palabras me cuestan más que arrancarme un colmillo de hombre lobo de los intestinos—. Yo... he venido a disculparme.

—Carraspeo incómodo y me observo la punta de los pies—. Por... ya sabes... acusarte y eso.

Y por ser un capullo. Aunque no lo digo.

También he venido porque me habría gustado que bailase conmigo en lugar de marcharse con otro. Y quizás quiera hacer algo para que la próxima vez sea así. Aunque eso tampoco lo digo.

—Y me has traído... comida. Para disculparte.

—Sí. —Parpadeo, intentando encontrar la razón del reproche en su tono

ante semejante demostración de arrepentimiento. La comida siempre es bien. Como buen tauro amante de los placeres terrenales que soy, ocupa el segundo puesto detrás del sexo en mi *ranking* de cosas por las que esta vida merece la pena—. Me pediste un café, ¿recuerdas? —Busco su complicidad con una sonrisa—. Por eso he pensado que sería gracioso...

—Comida —insiste. Ahora con sus dos cejas elevadas espetándome que soy estúpido.

Las miro alternativamente. A ella y a la bollería. Y entonces caigo.

—Oh, joder. —Me llevo una mano a la frente. Vale, sí que soy estúpido—. No comes *muffins*, ¿verdad?

—No.

—Y del café ya ni hablamos —intento hacerme el gracioso para desviar la atención de mi cagada monumental.

—¿Sabes? —Se quita sus gafitas de secretaria sexi—. Realmente no sé si te estás quedando conmigo o...

—No. —Doy un paso adelante—. Soy así de idiota. —Resoplo—. Cien por cien.

Porque, obviamente, ni los carbohidratos ni la cafeína entran en su dieta. Esa que le dije a Mariam que debería copiarle. Algo limitado iba a quedar su menú, la verdad.

—Pero te juro que el café este de vainilla está rico, ¿eh?

—Tendré que creerte. —Su rostro serio le otorga un cero patatero a mi intento de arreglarlo.

Me rasco la nuca.

—Vaya mierda —resoplo para mí. Después le sonrío—. Disculparme no es lo mío, ¿eh?

—No.

Vale, ahí ha habido un pelín de sonrisita ínfima.

—En fin, que lo siento. Soy un poco capullo.

Y me habría encantado que la noche anterior acabase de una forma distinta. Imagino que por eso he seguido el impulso de venir hasta aquí para

dejarme en evidencia. La culpa la tiene una bachata incompleta. Maldita música y maldita sangre boricua²⁵. Si fuese un *highlander* como papá, estas cosas no me pasarían. Tan solo talaría árboles con hachas sin filo y lucharía contra osos salvajes bajo la ventisca con mis manos desnudas sin mudar un ápice mi gesto.

Eleva los ojos al cielo invocando paciencia y desdeñando mi sinceridad por innecesaria.

—No tienes que darme explicaciones, buscador.

—¿No? —Vuelvo a rascarme la nuca.

—Esto es lo que es. Hay atracción y los dos la disfrutamos circunstancialmente hasta que nos veamos obligados a matarnos. —Se encoge de hombros—. Es sencillo de entender. Tú te debes a los tuyos y yo a mí misma. Una tregua no significa el fin de la guerra. Ni tampoco que tengamos que llevarnos bien.

—Vale, guau.

Creo que he abierto mucho los ojos. Porque, de nuevo... Guau. Por fin una mujer que entiende de qué va la película sin montarme un pollo por no ser el príncipe azul que ha querido pensarse que seré después del hechizo mágico de pasar por sus sábanas. Un sapo siempre será un sapo. Deberían saber lo que compran. Y ella lo hace.

—Genial. —Sonríe—. En serio. —De verdad, es una tranquilidad tremenda—. Me alegro de que estemos de acuerdo.

Joder, estoy tan feliz y aliviado que me dan ganas de besarla, pero eso no entra en nuestro acuerdo.

—Sí. —Se pone de nuevo las gafas y redirige su atención a la pantalla. Teclea un par de palabras—. Saber que eres idiota integral lo facilita sobremanera.

Vale, se acabaron las ganas de besarla.

—Vaya, gracias.

—De nada. —Me sonrío con falsa modestia.

—Ya, pues me voy a beber tu café de delicioso sabor vainilla. —Lo

agarro y le doy un trago con los ojos clavados en los suyos—. Ummm, con espumita y canela.

Me quemo la lengua, pero me hago el duro y por más que abraza sigo tragando sin apartar la mirada. Así me escalde el paladar.

«Muérete de envidia, chupasangre».

Acabo con una sonora exhalación complacida y me limpio los labios con el dorso de la mano.

—Sí, señor.

Ella vuelve a hacer girar los ojos y se pone en pie para guardar en la estantería de enfrente la carpeta que acaba de cerrar.

—¿Satisfecho con tu apabullante demostración de superioridad? —se burla al pasar por mi lado.

—Mucho.

Deja los papeles y se apoya contra el mueble para mirarme con un gesto que...

—¿Eres consciente de que tienes un montón de muecas llenas de matices y subidas de cejas para insultarme sin necesidad de palabras?

—Oh, también puedo usar esto.

Y, sí, señores: me hace una peineta.

Lo encajo con una carcajada incrédula. ¿De verdad?

—¿Acabas de sacarme el dedo? —En mi lista de las cosas más surrealistas que podrían ocurrirme... Vampiresa faltona a las seis en punto.

—¡Ah! —Finge espantarse—. ¡No me digas! No me he dado cuenta.

No, si encima me vacila.

Avanzo amenazante hacia ella.

—Sabes que eso está feísimo, ¿no? Señorita trabajo en un despacho elegante y voy de buenecita aunque de buena no tenga ni un pelo. —No dejo de acortar la distancia hasta apoyar los brazos a ambos lados de su cuerpo, cercándola contra la estantería. Agacho la cabeza para mirarla a los ojos—. Que yo a los de tu especie me los meriendo, *diabla*.

—Uy, sí. Ya lo he visto. Temblando estoy. —Me devuelve la mirada

alzando la barbilla, desafiante—. Ups, vaya, otra vez.

Y me saca no uno, sino los dos dedos corazón. En.... toda... la... puta... cara.

—Vale. A la hoguera contigo. —La agarro de la cintura y me la echo al hombro—. Te lo has ganado. Una con mucho palosanto y estacas por doquier.

—Bájame, estúpido. —Patalea y me golpea la espalda con los puños. Pero sé que puede hacerlo mejor. Mil veces mejor—. Que en cualquier momento va a entrar alguien importante.

Así que por eso no quiere ponerse en modo *kunoichi* tumbándome en el suelo con una llave de las suyas, porque está en su despacho elegante, lleva su faldita de pija y tiene una apariencia que mantener.

—Ah, ¿que yo no soy importante? —finjo ofenderme mientras camino hasta la puerta—. Entonces, quizás, deberíamos cerrar.

Y echo el pestillo con la mano que no tengo aferrada a su trasero sobre mi hombro, que esa está ahí muy felizmente ocupada.

—Se te podría haber ocurrido antes —me recrimina.

—¿Por qué? —La dejo escurrir de regreso al suelo entre mis manos y las mantengo en sus costados para que no se me escape—. ¿Eh, *diabla*? ¿Qué tenías pensado hacer conmigo?

Le aprieto un poco y veo que se encoge. Parpadeo con sorpresa y mi sonrisita ladeada de estar pensando maldades aparece.

—¿Tienes cosquillas, *diabla*?

—No.

Pero da un pasito atrás y aprieta los labios. Así descubro tres cosas:

Está mintiendo.

No es muy buena haciéndolo.

Y...

—Tienes cosquillas. —Afirmo malicioso y ella recula. En realidad, tiene sentido, dado que sé por experiencia que otras zonas de su cuerpo también son sensibles.

—No.

La puerta contra la que la tengo arrinconada no le ofrece mucho margen de escapatoria. La ataco sin piedad y se retuerce entre gemiditos que, sumados al roce con su cuerpo y el magnetismo de su olor, van directos a llamar a mi mononeurona para preguntarle si quiere salir a jugar. Su respuesta es «siempre sí».

¿Veis? Si es que me la provocan a la pobre, que hoy venía tranquilita.

—A lo mejor te apetece replantearte eso de que soy un idiota integral — sugiero sin dejar de hostigarla.

Niega con la cabeza con los labios bien apretados.

—¿De verdad? Quizás hasta te apetezca pensar en algunas de mis maravillosas virtudes para proclamarlas en voz alta.

Detiene su forcejeo de golpe y alza la cabeza con los ojos muy abiertos. Y en ese preciso instante soy consciente. De mi cuerpo contra el suyo y de que está notando lo que yo también estoy notando.

Suelta una risita y traza un círculo con la cintura para dejar en evidencia la erección que le estoy clavando. Me sonrío traviesa.

—Me temo que tú solo tienes una virtud.

—¿Sí? Pues hoy no la voy a compartir contigo. —Me aparto, muy digno yo, y ella vuelve a reírse—. Que no te la has ganado.

Se pone seria, con una amenaza de fuego en su mirada, y tira de mi camiseta para volver a atraerme hacia sí.

—¿Seguro?

[25.](#) Puertorriqueña.



Gangrena en la única zona que importa

Su mano libre me acaricia la prueba del delito antes de agarrarla con decisión. Me encanta que sea tan directa como yo. Porque, si de mí podría decirse que estoy un poco —poquitísimo— enfermo, aquí la moza no se queda atrás.

Y con la otra vuelve a tirar de mi camiseta y atrapa mi boca en un beso húmedo y hambriento. Me quedo paralizado y su lengua me hace cosquillas en el paladar al lamerlo.

—Ummm, pero si sabes a café de vainilla, con espumita y canela —se burla.

Hasta que se da cuenta de que me he quedado rígido. Me suelta. Carraspeo y doy un paso atrás.

—No... no hagas eso.

Besarme. Porque su boca tiene colmillos y se alimenta de sangre inocente, la sangre de todas esas personas a las que es mi misión proteger.

Aparta la mirada y aprieta los labios.

—Ya.

Se pasa las manos por la ropa para alisarla y sacudir al suelo cualquier huella de mi contacto. De nuevo, la fiscal impertérrita y profesional. Hace amago de regresar a su escritorio y la agarro del brazo. Quiero decir algo.

Se detiene y juraría que en la mirada que me dedica hay una chispa de esperanza. De que tenga la solución para arreglar la distancia que he sembrado.

No se me ocurre nada. Así que termino por soltar el aire. Mis dedos pierden presión y ella se los quita de encima.

—Cierra al salir.

Asiento y me muerdo los carrillos por dentro con una sensación amarga en el estómago.

Abandono el despacho y, tal y como me ha pedido, tiro de la puerta a mi espalda. Despacio, para no molestarla; que ya bastante por saco he dado hoy.

Todavía con el pomo en la mano, resoplo. Vuelvo a verme solo en un bar mientras suena una canción que me gustaría haber bailado con ella.

Aferrándome a un impulso suicida, abro la puerta, la cierro tras de mí y echo el pestillo.

—Oye, *diabla*. —Está de pie junto a la estantería de carpetas y camino hacia ella con decisión—. ¿Uno rapidito? Prometo no soltar ninguna gilipollez.

Levanta los ojos al cielo y sonrío. Vale, tomaremos eso por un «sí».

La alzo en brazos y la siento sobre el escritorio.

—Me encanta que estemos igual de colgados.

Antes de que se lo piense mucho, mis labios ya están bajando por su cuello.

Se ríe y enreda los dedos en mi pelo, haciéndome cosquillas con las uñas en la nuca. Le abro los primeros botones de la camisa para llegar a su pecho e introducir la lengua por el borde de su sujetador, que hoy es negro.

Virgencita de la Divina Providencia, patrona de Puerto Rico, me vuelven loco todos sus modelitos de lencería.

—Tienes un armario muy surtido en el ataúd en el que vives, ¿no? ¿Qué es, tamaño matrimonial?

—Has prometido no soltar sandeces, ¿recuerdas?

—Cierto. —Así que retorno a mi tarea en silencio.

Resulta que el sujetador en cuestión es de los que se abrochan delante.

—¡Joder, me encanta! —exclamo complacido cuando, con un clic que suena a música celestial, se abre y me regala una maravillosa panorámica de sus pechos completamente a mi merced.

Mi boca y mis manos se lanzan con un gemido de placer para morder, lamer, acariciar y apretar. Jadea y eso me aviva las ganas todavía más. La invito a inclinarse hacia atrás.

—No le tienes mucho aprecio a estos bolis, ¿verdad? —Barro fuera de la mesa el mismo portalápices que ya tiré una vez y hago sitio para tumbarla.

Con una mano le aprisiono las muñecas por encima de su cabeza. La otra le sube la falda para escurrirse dentro de sus medias mientras sigo devorando su piel a mis anchas, ávido de ella.

Estaca bendita, quiero comérmela entera.

Gime en respuesta a la caricia de mis dedos y alza las caderas pidiéndome más. Y no sé en qué momento le bajo las medias, me arrodillo sobre la moqueta de su despacho y..., bueno, ya os he dicho que estaba deseando comérmela entera.

¿El café de vainilla con espumita y canela? Nada que envidiarle. Porque encuentro mi manjar preferido cuando mi lengua recorre sus pliegues y mis labios se empapan de ella.

Me recreo en saborearla, cada vez más excitado. Se aferra a los bordes de la mesa y una sacudida la estremece de arriba abajo, contrayéndose en mi boca. Antes de que el orgasmo la abandone, me desabrocho y me introduzco en su interior para sentir cómo se aprieta con fuerza.

Una delicia sus paredes húmedas aferrándose a mí, como si no quisieran soltarme nunca. Me muevo rápido, incapaz de contenerme más, tomándola entera. Los dos jadeamos y ella sigue temblando en un orgasmo que no termina de marcharse hasta que vuelve a alcanzar un pico de placer y a mí se me escapa todo cuando la veo contraerse y entreabrir esa boquita de labios cereza.

Dejo caer la cabeza hacia atrás con los ojos entornados. Tomo aire. Ha sido brutal.

—¿Qué? Seguimos llevándonos mal, ¿no? —exhalo con fuerza.

—Desde luego.

Sonrío y me retiro el sudor de la frente.

—Vale. Genial. —Me inclino y le beso el trocito de abdomen que su camisa a medio desabrochar deja al descubierto. Inhalo su olor sintiendo el tacto de su piel—. Es un placer odiarte.

Su risa reverbera en mis labios. Me aparto y le ofrezco una mano para ayudarla a incorporarse. Nos recolocamos la ropa en silencio.

—Esto, oye... —Observo a mi *compay* agotado en la palma de mi mano—. No se me caerá... ¿verdad?

Me mira y parpadea, alzando las cejas.

—Sí, ya sabes, por... —«Introducirlo en cavidades de la muerte»—. ¿No serás venenosa ahí abajo?

Un veneno jodidamente adictivo. Eso explicaría muchas cosas.

—De hecho, ahora que lo preguntas, sí. —Con total indiferencia, busca en su bolso, saca un espejo de mano y se retoca los labios—. Se te gangrenará, se te pudrirá y después se te caerá a cachitos. —Cierra el espejito de golpe y me dedica una sonrisa—. A lo mejor así te queda sangre disponible para regarte el cerebro.

—No, en serio. —Me lo guardo en los calzoncillos para protegerlo de todo mal—. No bromees con esto, que es importante.

Se sienta en su silla y se coloca de nuevo las gafas. Me mira por encima de la montura.

—Lárgate, buscador.



Pax tecum

—Mira quién sí folló anoche, ¿eh? —Dome recompone la postura de ataque tras intercambiar unos cuantos golpes en la sala de entrenamiento mientras cae la tarde—. Ya tenemos al niño contento.

Sonríó con suficiencia y me chuleo un poco.

—Esta misma mañana.

Dome pone los ojos en blanco.

—Espero que no haya sido con un perro. —Lo dice porque, según la versión oficial, hoy tan solo he visitado la protectora. Me temo que, si supiese la verdad, preferiría al perro—. Mejor no me lo cuentes.

Y me lanza una nueva ofensiva.

—Niños. —Mamá nos interrumpe. Indica con la cabeza las escaleras—. Al salón, ya.

Nuestro centro de operaciones.

Papá ha desplegado uno de sus juguetitos de medición de energías oscuras en la mesa.

—Hay actividad paranormal en el cementerio.

Mi hermano y yo intercambiamos una sonrisa. Llega la acción.



¿Habéis visto alguna vez las varillas que utilizan los zahoríes para buscar agua subterránea? Mi padre las usa para encontrar *no-mu*. Entona un cántico en latín, entrecierra los ojos y deja que un par de finos alambres guíen sus dos metros de *highlander* por el cementerio.

Los demás lo seguimos, que para eso somos una familia unida: cuando

uno de nosotros se pone a hacer el poseído, lo secundamos en lugar de burlarnos.

Nos internamos en una de las partes más antiguas del cementerio. No donde los grandes panteones señoriales custodiados por estatuas de ángeles justicieros, sino en un rincón al fondo en el que cruces anónimas y maltrechas se hacinan sobre la tierra negra.

Desvío la mirada hacia la zona rica, hacia los mausoleos grandes y espaciosos donde podría caber todo un armario de lencería fina y me pregunto si...

—Allí.

Papá se detiene a una distancia prudencial de nuestro objetivo. La noche comienza a fagocitar toda luz del cielo y, armados para la guerra, formamos un semicírculo. Nuestras miradas clavadas en una sencilla lápida de piedra que apenas llega al metro de largo.

«Veronica Shallow
Pax tecum».

Esa es toda la información. Debajo de la inscripción, una corona de margaritas frescas.

—Eso no ha venido volando. —Dome señala las flores con su fusil.

—*Pax tecum* —musita mi padre.

«La paz esté contigo». Es un deseo. La paz te encuentre. Una súplica. La usamos para aquellos cazadores que, por desgracia, han muerto convertidos en uno de ellos.

En ocasiones ocurre. La muerte más difícil de asumir para nosotros. La muerte de la que los propios familiares y amigos deben encargarse.

La mordedura de un hombre lobo bajo la luna llena, el contagio de un zombi, la conversión en vampiro... Y, después, el arma de plata de tu hermano, de tu madre, de tu marido. Una muerte sin gloria. Sin las vestiduras ni los emblemas de la Alianza, porque ya no eres uno de los nuestros. Pero, aun así, una última esperanza, *pax tecum*, que tu espíritu no

haya sido corrompido; que si algo queda de él, la luz lo halle y la paz lo bese. Que logres el descanso.

No obstante, si lo que sea que hay ahí abajo hubiese sido un buscador en vida, quien grabó eso en su tumba se habría encargado de que estuviese muerto y bien muerto y, según las varillas de papá, no lo está.

Postre olfatea con las orejas tiesas. Nuestras botas oscuras apelmazan la tierra al afianzar la posición. El metal de las armas reluce bajo la luna. Preparados para lo que tenga que venir.

Un graznido nos sobresalta. Un augur se posa sobre la verja. Vuelve a graznar, ahuecándose las plumas y enseñándonos orgulloso su pecho blanco. Otro augur se acomoda a su lado.

Cuando dejamos de observarlos y devolvemos la mirada al suelo, ella está aquí.

—*Diabla* —masculla mi madre.

De inmediato, adoptamos una postura de ataque. En mi caso... algo más forzada de lo habitual, como si me hubiesen metido una buena estaca por el culo. Porque a ver qué hago yo ahora con la vampiresa que me he follado esta mañana, pero posiblemente haya venido a matar a mi familia. La vampiresa que tiene colmillos en la boca, pero cosquillas en los costados.

¿Veis? Por esto no hay que mezclar la clientela de una y otra estaca.

Nos sonrío sin ganas.

—Aquí no hay nada para vosotros esta noche, buscadores.

—Pues yo veo una presa bien grande. —Mamá carga su pistola y le apunta.

Papá se mueve para quedar más cerca de su mujer, listo para el contrataque, listo para defenderla. Yo activo mi arma y las dos hojas de plata de mi haladie se despliegan.

Porque, si hay que elegir, tengo claro cuál es mi bando.

Ella resopla con desidia, sin apartar los ojos de mi madre.

—Empiezo a aburrirme de esto.

Mamá dispara.

Su objetivo hace ese truquito suyo de desaparecer y volver a aparecer un segundo después, evitando la bala. Se saca la pistola que nos robó y le apunta de vuelta.

—¿Quieres jugar a ver quién se desangra primero? —No parece que le sobre la paciencia—. Vuelve a dispararme y lo comprobaremos.

Damos un paso atrás. Sabemos esquivar mordeduras, sortear arañosos y devolver golpes, pero no paramos balas. Ni nuestras protecciones sirven contra ellas, porque las criaturas de la noche no usan armas. Ese es nuestro terreno y el gesto malhumorado de mamá deja muy claro que no le hace ni puta gracia que se lo estén pisando. Esto es intrusismo laboral.

Con todo, mi madre parece dispuesta a aceptar el duelo cuando carga de nuevo.

De repente, la tierra tiembla, sacudida por un gemido de ultratumba que resuena en el cementerio y nos eriza el vello. Postre comienza a ladrar rabiosa. Mamá apunta al suelo, que se estremece bajo nuestros pies.

—¡No disparéis! —ordena la diabla.

Una grieta se abre junto a la lápida. La arena suelta comienza a escurrir por ella.

Mi hermano siembra la zona con su fusil de repetición. Hasta que la vampiresa se lo arranca de las manos y lo lanza a él al suelo de una patada.

—He dicho que no disparéis. —Le enseña los colmillos con un bufido muy pero que muy cabreado. Sus manos se han curvado en garras que brillan afiladas bajo la luna.

Dome se arrastra fuera de su alcance, hacia la hendidura abierta en el suelo, donde una mano putrefacta emerge, seguida de un grito lastimero.

¿Ha sonado a «mamá» o solo me lo ha parecido a mí? Como si la tierra llorase implorando cobijo.

Los dedos aferran la pernera de mi hermano al tiempo que un rostro cadavérico sale a la superficie. Ahora sí, lo oigo a la perfección a pesar de lo quejumbroso de su tono roto:

—¿Mamá?

Dome grita y le lanza una patada a la cara. Con un crujido, la columna se le disloca y la cabeza le queda colgando hacia atrás.

Silencio.

Un, dos, tres segundos.

Hasta que la criatura brama y salta a por mi hermano abriendo y cerrando la mandíbula de su calavera, que todavía le cae hacia atrás, con trozos de piel, carne agusanada y hueso podrido entremezclados. Es pequeña, pura rabia, y se mueve muy rápido. En el forcejeo con Dome, en el que Postre ha sido la primera en lanzarse en su ayuda, vuelve a colocarse la cabeza y le muerde un hombro al tiempo que mi perra le tira con sus fuertes mandíbulas de lo que queda de una de sus piernas.

Voy en su ayuda y aparto a la criatura de una patada en pleno costado. Me sitúo entre ella y mi hermano, ofreciéndole tiempo para que se ponga en pie mientras lo cubro. Postre escupe el peroné astillado que le ha arrancado y se coloca junto a mí, lista para el contrataque.

Pero la mejor defensa es una buena ofensiva. Así que enarbolo mi arma contra el *no-mu* cadavérico...

... y la diablo se interpone en mi camino.

Agarra con ambas manos el mango central de mi haladie y apenas tengo tiempo de cruzar mis ojos con los suyos antes de que me plante un rodillazo en las costillas que me dobla de dolor. El siguiente me lo llevo en la cara y oigo crujir mi nariz al tiempo que me arrebató el arma.

Se aparta y hace girar las cuchillas en el aire, trazando un círculo de filos letales que obliga a retroceder a mi familia.

—Atrás. —Nos amenaza con una de sus puntas.

El otro monstruo la rebasa a la carrera, a cuatro patas a pesar de tener forma humana.

—Veronica —llama ella con autoridad—. Veronica.

El cadáver a medio descomponer se detiene y ladea la cabeza con expresión perdida.

—Ronie. —Utiliza ahora un tono dulce al tiempo que se agacha hasta

quedar de cuclillas—. Ronie, soy yo.

El ser se vuelve hacia ella.

—¿Mamá? —gimotea—. He tenido una pesadilla.

Y con esas últimas palabras vuelve a descontrolarse. Le grazna al cielo y araña el suelo.

—¡Mamá!

Cuando baja de nuevo el rostro, tiene una mirada desquiciada y sedienta de violencia en el único ojo que le queda en su cuenca, clavado en nosotros.

—Ronie. —La diabla reclama su atención. Guarda el arma y se acerca despacio—. Ronie, preciosa.

Bueno, a ver..., preciosa, preciosa...

Tiene cuatro pelos grises mal puestos en un cráneo del que puedo apreciar el hueso amarillento entre parches de piel, por no hablar del destrozo de cara putrefacta que me lleva. No es que yo la vea muy bien mientras me aprieto la nariz para que me deje de sangrar y no sé cómo andará el canon de belleza entre los no muertos —que a lo mejor la mandíbula vista y el medio pómulos agusanado es el último grito—; pero, vaya, exagerar un poquito sí me parece.

Y que gracias por romperme la nariz, ¿eh?

Porque mucho «preciosa» al bicho este, pero a mí que me zurzan. Eso es que no la tengo tan satisfecha con mis servicios como pensaba.

No parece importarle el tufo nauseabundo a muerte que desprende la criatura y que aun con la nariz descoyuntada soy capaz de percibir, cuando llega a su lado y le acaricia la calva huesuda y el hueco de la mejilla.

—Ronie...

Su único ojo parpadea y la enfoca.

—¿Señorita Miller?

Ella asiente y el cadáver se agarra a su muñeca con expresión desvalida.

—¿Dónde está mamá? He tenido un sueño muy feo.

Conforme se va calmando y su postura se vuelve más humana, comprobamos que se trata de una niña. O de lo que en su día lo fue. Lleva

un vestido marrón harapiento y va descalza.

—Tranquila, ya pasó. —La acoge contra su pecho—. Tu madre se ha ido a lavar la ropa. En un rato volverá; no te preocupes.

—¿Al río? —Se sorbe un gusano que acaba de aparecerle del brazo y lo mastica.

La diabla asiente.

—¿Quieres que la esperemos jugando? Mira lo que te he traído.

Le ofrece una muñeca y la niña la agarra con ilusión.

—¡Qué bonita! ¡Voy a llevarla a recoger flores! —Y se interna con ella en el cementerio.

Mamá hace ademán de seguirla. La diabla le sale al paso y le muestra los colmillos con un gruñido mientras se retan con la mirada.

—Una ghoul. —Papá está estudiando con interés la figura que se aleja—. Un alma en pena.

La diabla asiente.

—Tenía seis años cuando abusaron de ella y la dejaron morir en la cuneta de un camino. No recibió despedida ni sepultura.

—Y ahora regresa para clamar venganza por las muertes violentas como fue la suya —completa mi padre.

Ella vuelve a asentir y le echa un vistazo.

—Llevaba mucho tiempo dormida desde la última vez. El asesinato de Beth y el de los hombres lobo en el cementerio han vuelto a despertarla.

—Y nosotros la dormiremos para siempre. —Mamá se descuelga el fusil del hombro. La vampiresa la detiene del brazo—. No me toques, *diabla* —sisea mi madre sacudiéndose su contacto antes de escupir al suelo.

—Es inofensiva —replica, ignorándola.

—No es eso lo que tengo entendido de los ghouls.

—Ni lo que hemos visto —interviene Dome, tocándose el hombro donde le ha desgarrado las protecciones de un mordisco.

Se encoge de hombros con indiferencia:

—Os he dicho que no atacarais. —Después se pone seria y sus ojos nos

fulminan uno por uno—. Murió con seis años. De una forma atroz. No permitiré que la asesinen de nuevo. —Finalmente clava la mirada en mi padre—. Yo me encargo de apaciguarla. No dará problemas.

Papá asiente casi imperceptiblemente. La vampiresa le dedica una breve inclinación de cabeza. Parece que han sellado un pacto silencioso.

—¿Le pusiste tú la lápida? —pregunta él. En serio, la curiosidad le puede a este señor. Siempre he sospechado que, si un día el rey del infierno se presentara ante él, en lugar de sus armas le sacaría una libreta con dudas irresolubles para hacerle una entrevista. Ahora tengo la confirmación. Y mucho se está mordiendo la lengua para no interrogarla directamente acerca de cómo podríamos matarla y de por qué el sol no le afecta.

Ella asiente.

—Un lugar en el que pueda descansar.

«Y donde, tal vez, la paz logre alcanzarla», pienso, pues eso es lo que reza su epitafio.

Silencio.

—Ya habéis visto todo el miedo que es capaz de dar. Buscaos presas a vuestra altura, cazadores. —Se marcha tras la ghoul, aunque en el último segundo se gira para dedicarnos una advertencia por encima del hombro—: Si la tocáis, responderéis ante mí. No os avisaré dos veces.



Soledad en la mirada

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —Mamá golpea en el pecho a su marido cuando nos quedamos solos.

Él resopla y le toma la mano para dejarla apoyada contra su esternón.

—Ya la has visto: es una niña...

—Es un ghoul —le corta—. Y nosotros somos buscadores, no miembros de una ONG.

—Somos una familia —replica con dureza mi padre—. Y todavía no sé cómo matarla.

Señala con la barbilla a la vampiresa que se ha agachado para observar lo que la *no-mu* en versión infantil le muestra con sus manos carcomidas.

—Si el precio para que no venga a por las personas que quiero hasta que estemos preparados es permitir que una niña agusanada juegue en el cementerio, estoy dispuesto a pagarlo.

Suena directo y seguro, pero puedo leer entre líneas el miedo y la impotencia. Un cabeza de familia acostumbrado a saberlo todo que se ha quedado sin respuestas ante la única pregunta que importa: cómo proteger a los suyos.

—No comprendo por qué, pero nos está dando tiempo. No la cabreemos y podremos aprovecharlo a nuestro favor. Cuando llegue el momento. —Esta última frase contiene la promesa de que tendrá la cabeza de vampiresa que pide, pero debe ser paciente primero.

—Podríamos encerrarla y clavarle una estaca en el pecho tras otra. —Los ojos de mi madre permanecen fijos en su espalda con sed asesina.

—Claro. No se me ocurre nada mejor que alojar en casa a una vampiresa

cada vez más cabreada y con la habilidad de burlar nuestras protecciones.

Por el momento se han quedado con la hipótesis de que quizás tenga poderes capaces de manipular el sistema eléctrico de nuestra cámara acorazada. No seré yo quien los disuada de creerlo.

Mamá bufa contrariada ante sus argumentos irrefutables.

—Déjalo estar, Isabel, por favor. —La atrae hacia sí—. Por los niños.

Ejem, que me parece bien que tengan en consideración mi posible muerte, pero niños, niños, tampoco, ¿eh?

Mamá aprieta los dientes y los puños, pero asiente. Papá le da un beso en la cabeza.

—Gracias.

—Pero vigilarémos. —Cruza los brazos bajo el pecho—. Si alguna de las dos da problemas, las liquido.

Papá se ríe, porque supongo que después de tantos años sigue enamorado de su cabezonería.

—Me parece correcto.

Así que el resto de la noche nos dedicamos a merodear por la zona a una distancia prudencial sin quitarles el ojo de encima —o el cañón en el caso de mi madre— a esas dos, que no hacen absolutamente nada interesante. Lo que convierte a esta en la cacería más soporífera de la historia.

¿De verdad es tanto pedir que algún bicho de ultratumba intente matarme o comerse alguna parte vital de mi cuerpo?

Quizás este sea su maléfico plan maestro: empujarnos al suicidio por puro aburrimiento.

Papá investiga alrededor de la tumba de la que ha salido la ghoul. Confirma un nido de vermis y para allá que va Dome con una pala.

Genial, ahora nuestro trabajo de cazadores se ha reducido a aplastar gusanos y vigilar a una niña cadavérica que busca caracoles que sorber. La Alianza se reiría en nuestra cara.



La noche siguiente no es mucho mejor. Dome y yo descansamos mientras papá y mamá vigilan en el cementerio. Sin novedades.

A la siguiente, invertimos los papeles.

Al cabo de unas horas en las que lo más interesante que ocurre es que la niña cadáver ha cazado una rata para zampársela en dos mordiscos, yo ya no sé qué más canciones tararear y Dome... Dome se está comiendo un cable.

No de forma literal, que en su caso sería posible. Es una expresión boricua para decir que se está aburriendo hasta el infinito.

Así que, finalmente, se rinde, se sienta sobre una lápida, saca su portátil y se pone a hacer sus cosas de informático. Creo que ahora está jaqueando el registro médico para tener acceso a cualquier información sobre heridas o dolencias misteriosas.

Yo me canso de tirarle un palo medio podrido a Postre por trigésimo quinta vez y nos vamos a dar una vuelta para estirar las piernas. Vagamos entre las tumbas en silencio, oliendo la humedad en la brisa nocturna y dejando escapar el vaho de mi aliento. Siempre me ha gustado la noche. Su quietud. Su abrazo de soledad y lejanía. Esa pausa en el tiempo en la que solo tú pareces existir.

Con un ojo puesto en el rincón donde la diabla se entretiene con la niña, atento a cualquier ruido que evidencie movimiento, me escabullo hacia la zona de los mausoleos y compruebo cada cancela y cada puerta buscando la pista de un entrar y salir. El acceso a su guarida y sus secretos.

Nada.

Decepcionado aunque no desanimado, desisto... por el momento.

Regresamos dando un rodeo. En una tumba como cualquier otra, algo llama mi atención. Una nota clara entre la oscuridad.

Nos acercamos.

Es un crisantemo. Sus pétalos blancos capturan la escasa luz del entorno.

Lo recojo. Está fresco.

Al devolverlo, el apellido llama mi atención:

«Miller».

Mi cerebro quiere avisarme de algo.

Un rótulo dorado en la puerta de un despacho elegante.

«¿Señorita Miller?». La pregunta de una ghoul recién despertada.

Vuelvo a fijarme en la inscripción.

«Angela Miller

1935-1970

Que tu luz nos guíe en las sombras».

Compruebo la tapa. El cemento es rígido. Imposible levantarla. No hay grietas ni tierra removida alrededor.

Nos damos otra vuelta, leyendo con atención. No hay más Miller en la zona. Lo cual es raro, dado que no suelen enterrarte lejos de tu familia.

Regresamos antes de que Dome se ponga nervioso, aunque estando con su ordenador... dudo que nos eche en falta.

Nuestras dos *no-mu* han trazado sobre la tierra una rayuela y se entretienen saltando en ella. Nos llegan sus voces divertidas y Postre meneala cola y me ladra entre brincos, pidiéndome permiso para unirse.

Me agacho para acariciarla y niego.

—No, chica. No son... amigas.

Les lanzo un vistazo por encima del hombro y mi mirada se encuentra con la de la diablo. Nos la sostenemos unos segundos.

«¿Angela Miller?».

Después la aparto.

Vuelvo a negar y me incorporo.

—No lo son.

Regresamos junto a Dome, que sigue tecleando. Lo que os decía: ni medio pelo de preocupación por su querido hermanito pequeño —aunque dos palmos más alto, información relevante.

Postre se acurruca sobre una lápida y yo me tumbo con la cabeza encima de su lomo. Estoy medio adormilado mientras observo las estrellas titilar en lo alto cuando la exclamación de mi hermano me sobresalta:

—¡Pedo de licántropo!

—¿Qué?! —Me incorporo con rapidez y echo mano a mis armas.

—Me estoy quedando sin batería.

—¿En serio? —Lo fulmino con la mirada, intentando recuperar mi ritmo cardíaco.

—Sí, joder. —Parece bastante contrariado.

Resoplo.

—Anda, vete a casa.

—¿Qué dices?

—Sí. —Las señalo con la barbilla—. No han hecho absolutamente nada en toda la noche y no queda mucho para que amanezca. Postre y yo nos encargamos. —Palmeo a mi chica.

—¿Seguro?

Cabeceo.

—Lárgate a hacer tus cosas de friki tecnológico. No es que nosotros tengamos mucho más con lo que ocuparnos.

—Chévere. —No tarda ni medio segundo en recoger y ponerse en pie—. Gracias, *compay*. Cualquier cosa... —Le da un toquecito a su busca y yo asiento—. Me llevo la moto, así si me necesitas estoy en un chasquido.

—Dale. —Lo despido con la mano.

La diabla lo escucha irse y alza la mirada hacia mí. Nos miramos. La niña vuelve a reclamar su atención.

Me dedico a observarlas mientras juegan y de vez en cuando nuestros ojos se encuentran. ¿Ha hecho esto en cada ocasión que ha despertado? ¿Entretenerla una noche tras otra para que no cause estragos? ¿Desde cuándo? ¿Cuántos años lleva vagando entre tumbas?

Ni la luna ni el silencio me han respondido cuando sé que la noche agoniza porque la ghoull regresa a su guarida.

—Oye, *diabla*. —Le doy alcance con el coche mientras se interna solitaria en el bosque que circunda el cementerio. Una altiva figura de negro y plata, como en mi sueño.

He bajado la ventanilla y ella espera a que llegue a su altura.

Recuerdo las palabras de la simpática mujer rubia: «Esa niña está demasiado sola».

Y, bajo la luz de la luna, recortada entre los árboles, la veo: hastiada, endurecida y, sí, también sola. La suya es esa soledad añeja que deja huella en la mirada y encallece el alma. Si es que la tiene.

¿Es por eso por lo que se acuesta con un capullo como yo?

Porque por mi parte está muy claro: me tiene loquito y por eso la busco. Pero ¿por qué se deja ella encontrar? Teniendo en cuenta que tampoco es que yo sea un donjuán ganándome sus atenciones.

—Bonita nariz —me saluda con sorna cuando detengo el coche a su lado.

—Sí, gracias por eso. —Me la toco, amoratada, hinchada y con un par de grapas adhesivas blancas—. Si mi belleza te apabullaba solo tenías que decirlo.

—Yo te veo así mucho más mono. —Me sonrío y sus colmillos brillan al tiempo que se acerca. Creo que intenta intimidarme.

Que, a ver, un poquito sí le está funcionando.

Me aclaro la garganta y jugueteo nervioso con mis propios dedos.

—Estaba pensando que deberías darme tu número.

Alza una ceja.

Yo también me he sorprendido. Mi madre va a hacerse bolsitas aromáticas con mi escroto cuando se entere de esto. Y utilizará mis testículos despellejados para jugar al ping-pong.

—Así no tendría que interrumpirte en tu trabajo —me obligo a continuar.

Que llevamos dos días sin vernos a solas y no es que lo esté echando en falta para nada, ¿eh? Ni que me haya apetecido mientras me tiraba toda la noche mirándola. Solo por si acaso me surge la necesidad... en otro momento muy alejado del ahora.

—Para, ya sabes... —Paseo los dedos por el borde la ventanilla con la mirada gacha—. Por si...

—¿Una emergencia? —sugiere, alzando en esta ocasión ambas cejas,

divertida con el tono rojo chillón que deben de mostrar en este mismo instante mis orejas. Lo que sin duda ha de tenerlas acojonadas, dado que estamos tratando con un vampiro.

—¡Sí, eso! Una emergencia. Una que requiera la mediación de la fiscal.

—Ya.

Caigo en un detalle.

—Esto... tú... Tienes móvil, ¿no?

Que no sé yo si estos inventos modernos están muy extendidos en el mundo de ultratumba.

Sus cejas vuelven a curvarse para decirme cuán magnificante estiman mi imbecilidad.

—Soy la persona más importante del condado. —Me recuerda—. Tengo móvil.

Tiro del Hudson canalla que ante nada se acobarda para inclinarme hacia ella sobre la ventanilla del coche y sonreírle.

—Pues dámelo.

Mi interpretación le hace gracia. Ya os dije nada más verla que le iban los malotes. Y, contra todo pronóstico, me hace caso y me apresuro a copiar los números que me dicta demasiado rápido tan solo para disfrutar con mi apuro.

—Buenas noches, cazador. —Se despide al terminar y retoma su camino.

Yo tecleo con rapidez y ella se detiene. Saca un teléfono que —mira sí que tiene— del bolsillo en la pernera de sus mallas y lo comprueba, se gira y lo alza hacia mí.

—¿Qué es esto?

Le he enviado el emoji del fueguito.

—¿Una llamada de emergencia? —Y mi mejor cara de niño bueno—. Fiscal.



Nuestro destino en las estrellas

Doy un respingo cuando aparece de golpe junto a mi ventanilla, rostro contra rostro, y deja que la luna baile sobre sus colmillos.

—¿Sabes a lo que estás jugando, cazador? —sisea.

En la fila de atrás, Postre, que estaba dormitando, se pone alerta e intenta asomarse por el hueco entre los dos asientos delanteros. Le pongo una mano en la cabeza para calmarla y finjo no tener los cojones encogidos hasta su mínima expresión.

—Estamos en mitad del bosque de madrugada —continúa. Me olfatea cerca del cuello. Me lame la piel, allí donde mi pulso late disparado. Despacio. Después me susurra, con sus labios acariciándome la oreja—: Podría beberte entero.

Vale, me está excitando un poquito. Un poquito muchito. Porque al parecer toda mi sangre está deseando ser suya y ya se concentra ella solita en un único punto.

—Sí, sí. —Me esfuerzo en sonreírle con tranquilidad, dejándole claro que sé que va de farol. Porque espero por mi putísima vida que vaya de farol—. ¿Por qué no entras aquí y me demuestras lo mala que eres?

Al menos, mi Jeepito está lleno de refuerzos de plata y armas, por si la cosa se pone fea. Es el lugar más seguro para hacer tonterías. Mucho más que su oficina, la verdad.

Se aparta con una mueca divertida para dejarme espacio y yo me apeo. Abro la puerta trasera y le indico a Postre que baje.

—Vamos, bonita, hora de darse un paseo.

Sale de un salto. Tras de mí está la diabla y la perra se detiene, olfatea y la

estudia sin acercarse, con las orejas tiesas.

Ella se acuclilla y le muestra las palmas extendidas.

—Hola. —Como si se tratase de una persona más, no le habla con el tono infantil que la gente suele emplear para dirigirse a los animales. Y espera paciente.

—No te la vas a camelar —le adelanto—. Tiene un gusto exquisito.

Pero, tras darle varias vueltas con el lomo erizado y la cola entre las piernas, soltando gruñidos y alguna tentativa de ladrido sin que la vampiresa mude en nada su gesto ni su ofrecimiento con las manos tendidas, Postre termina acercándose a olerle los dedos muy muy despacio, lista para recular en cualquier momento.

Ella se deja olisquear y, al no encontrar nada peligroso, finalmente Postre le permite acariciarla y hasta lanza un ladridito complacido cuando le rasca la cabeza.

La diabla me sonrío con suficiencia.

Yo resoplo.

—Tiene un gusto pésimo.

—Sí, por eso te aguanta como dueño.

—*Compay* —corrijo—. Somos compañeros de aventuras.

Se incorpora y yo le palmeo el lomo a Postre.

—¡Venga, ve! —La animo a corretear a su aire.

Este es el único tipo de aventura que no compartimos. En fin, ya me conoce. Son los términos de nuestro perfecto acuerdo matrimonial.

—Después de usted, señorita —invito a entrar a la diabla con un gesto. Mejor no ofrecerle la espalda, por si acaso.

Cuando cierro la puerta tras de mí al seguirla, nuestros cuerpos ya se están buscando en la oscuridad. Le muerdo el cuello, gime.

—La verdad es que tu ropa apesta. —Quizás porque se ha pasado la noche jugando con una niña muerta.

Así que se la quito rápido. Unas mallas y una camiseta de deporte de manga larga, ambas negras. Y bajo la ventanilla para tirarlas fuera sin

miramientos.

Me tenso cuando intenta besarme el pecho y ascender hacia el cuello. La aparto de mí y opto por tumbarla sobre la fila de asientos, sujetarle la garganta con un mano para que no se mueva mucho y encargarme yo del resto.

Le beso los pechos y le acaricio el abdomen antes de colocarme encima. La punta de mi pene lo tiene claro y se apoya contra su apertura con impaciencia, humedeciéndose de ella. Saboreo por unos instantes la sensación de frotarme arriba y abajo, prometiéndonos lo que vendrá después.

La penetro apenas un poquito, tan solo para tentarla, y exhalo de puro placer. Siento que goteo en su misma entrada, reclamándola. Sin poder resistirlo más, me pongo un preservativo y me introduzco muy despacio, apretando los dientes y disfrutando de cada centímetro conquistado.

Cuando llego al final, me recreo trazando un círculo con las caderas, notando mis testículos acariciar su trasero. Y, aunque salgo igual de despacio, la siguiente vez embisto de golpe.

Se arquea hacia atrás con los párpados entornados y un gemido de placer. Sus colmillos brillan con los últimos rayos de luna que entran por el cristal delantero.

Contemplo la silueta de su cuerpo perfilada entre las sombras. Un segundo. Mis manos cobijan sus pechos y vuelve a gemir y arquearse cuando le tiro de los pezones.

A partir de ahí, pierdo el control y la reclamo una y otra vez como si viviese, respirase y latiese para estar dentro de ella. Juego con mis movimientos para oírla correrse dos veces, notando cómo me aprieta y me obliga a morderme los labios para no ir yo detrás. No resisto el tercero. Su cuerpo me arranca mi propio orgasmo y jadeo por la intensidad de este, sintiendo que le entrego mi alma entera.

Después me tomo un tiempo para recuperarme, agotado y rendido.

—Mira, ¿ves? Hoy con protección —le muestro el preservativo cuando

logro apartarme. Ya os he dicho que Jeepito está bien equipado.

Se ríe. El sonido reverbera en el reducido espacio que estamos compartiendo en penumbras. De alguna forma, suena más íntimo que el otro día en su despacho. Y yo pienso en lo extraño de su risa. No por la risa en sí, sino por el hecho de que se ría. De que pueda hacerlo. De que lo haga conmigo. Casi parece humana. Cálida. Alcanzable.

—¿Protección contra venenosas cavidades de la muerte?

—¿Lo dije en voz alta? Lo de las cavidades. —De nuevo, mis orejas rojas.

—Me temo que sí.

Para cambiar de tema, la señalo con la barbilla.

—Eso tienes que guardártelo con el *pistolo*²⁶ de tres al cuarto ese, ¿eh? — Por el que sigo sin sentir ni una pizca de envidia. Ni es rencor contra su persona el no haber ido a comprobar como buen cazador que soy si sigue vivo o ha sufrido daños después de irse de noche con una vampiresa.

Me estoy refiriendo a sus colmillos y ella lo sabe. Me he dado cuenta de que siempre que nos acostamos terminan apareciendo.

Se encoge de hombros y aparta la mirada. No quiere hablar del tema.

Vuelvo a preguntarme si esa es la razón por la que me elige a mí. Porque conmigo no necesita reprimirse en ese sentido. Sin esconderse y sin mentiras. Los dos sabemos quién es el otro.

O quizás no se reprime tanto...

—¿Los muerdes? A los hombres. Cuando te acuestas con ellos.

Me sostiene un segundo la mirada. Después vuelve a encogerse de hombros.

—Si ellos me lo piden.

—¡Qué considerada! —ironizo. Dudo mucho que sea un servicio que nadie solicite en plena posesión de sus facultades.

¿Entonces el madero también le ha visto los colmillos? Me hace sentir molesto que no sea nuestro secreto.

¿Él le ha pedido que le muerda? Algo punzante y pegajoso se enrosca en

mi estómago.

La observo. A ella, a su desnudez, a sus colmillos. Niego con la cabeza y decido cambiar de conversación y de pensamientos.

Tras devolver el preservativo a su envoltorio, me pongo los calzoncillos y retiro la cortinilla del techo panorámico. El cielo nocturno se muestra sobre nosotros, rosado en la lejanía por las primeras luces del amanecer.

—No es por dejarte mal, pero tú me citaste en un motel de carretera. Yo te he traído a un hotel de mil estrellas.

Se vuelve a reír.

—De acuerdo, minipunto para ti.

—¿Solo un minipunto? —me indigno.

Me ignora. Se da la vuelta para quedar sentada al borde de la fila trasera y apoyar la espalda en el asiento del conductor, la cabeza echada hacia atrás y la mirada perdida en el firmamento.

Sus colmillos ya no asoman. Guarda silencio, ensimismada, y yo veo las constelaciones reflejadas en la profundidad de sus ojos negros. La luz naciente perfila el vello de su cuerpo desnudo y el contorno de sus pechos. Me pregunto cuánta humanidad se puede fingir.

—¿Crees que nuestro destino está escrito ahí arriba? —le planteo, quizás para desviar mi mente de ella. Me acuerdo de mis tatuajes sobre el corazón con las constelaciones de los miembros de mi familia.

—Hubo un tiempo en el que lo creí. Que mi destino estaba escrito. Que tenía una meta esperándome y yo la alcanzaría.

—¿Y qué pasó?

Guarda silencio. Joder, es preciosa.

—No fui lo suficientemente buena —susurra cuando ya me he convencido de que no va a volver a hablar—. Fallé. Caí. Me dijeron que era la mejor... y no lo fui. Lo decepcioné.

Extiende la mano y roza los tatuajes diseminados por mi torso. Se detiene en uno sobre las costillas que ahora luce un bonito fondo morado, cortesía de su rodillazo.

—Gracias por eso también.

Sonríe ante mi sarcasmo.

—*Amore* —lee lo que pone en letras góticas.

—Es italiano.

—Amor. —Me demuestra que lo ha entendido. Alza esa ceja que usa para burlarse de mí—. ¿No me digas que ahora va a resultar que eres un romántico?

—No. Era un adolescente y por un momento de ingenua locura quise confiar en que, tal vez, yo también podría...

«Encontrar a mi Frank».

—... enamorarme —concluyo.

—¿De alguien que no fueses tú, dices? —Blande el machete y yo lo acepto con gusto. Sonrío.

—De alguien capaz de estar a mi altura.

Se le escapa una carcajada.

—Sobrestimas la capacidad de la naturaleza para replicar la más absoluta cantidad de estupidez jamás contenida en un cuerpo humano.

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí. —«Por eso sigo aquí».

—¿Y qué pasó? —copia mi interrogante.

—¿No lo ves? —Me señalo el tatuaje amoratado—. Tú me has roto el amor.

Y quizás haya demasiada verdad en esa afirmación, pero la ignora al reírse y se agacha para buscar su ropa interior.

—Supongo que hay sueños que no están hechos para todo el mundo. —Hablo más conmigo mismo que con ella—. Y zapatos que no encajan en ninguna horma.

«Como yo».

Abre la puerta para ir a por el resto de su ropa y yo la detengo.

—Anda, no te pongas eso.

No hasta que le dé un buen lavado.

Rebusco en el maletero y saco una muda de la ropa de caza que llevo para emergencias.

—Toma.

Duda un instante, mirándome a mí y a las prendas que le ofrezco. ¿Puede considerarse un regalo?

Ella acepta en silencio. Cuando está vestida, sale del coche, la sigo y le silbo a Postre, que reaparece feliz a la carrera y vuelve a ocupar su sitio en la fila trasera.

Ninguno de los dos se despide. Me pongo al volante. Al arrancar, la observo quedarse atrás por el retrovisor. Con la mirada fija en mi dirección, siento que ella también me mira. Hasta que los árboles la ocultan.

Por más que mis ojos insistan en buscarla en la lejanía, solo encuentran su ausencia.

[26.](#) Policía no muy hábil.



Tu protegida

Por la tarde, después de entrenar y hasta que llegue la hora de la ronda nocturna, voy a buscar a Dome para que me entretenga, como compete a sus funciones de hermano mayor.

Sorpresa, sorpresa, lo encuentro sentado a su escritorio con el ordenador. Me tiro en su cama y Postre viene detrás. La acaricio mientras miro el techo hasta que Dome se digna a quitarse los cascos y prestarme atención:

—*¿Qué es la qué?*²⁷

Me encojo de hombros.

—Tan solo pensaba.

Sus cejas amenazan con fusionarse.

—Pero ¿sabes hacer eso?

Ignoro su pulla y sigo pasando la mano por la suave cabeza de Postre con la mirada perdida.

—*Compay* —lo llamo medio minuto después.

—¿Hum?

—¿Por qué crees que te elige una persona?

Hace girar su silla para mirarme de golpe, con incredulidad.

—No me digas que estás *enchulao*²⁸. Ya me daba a mí que andabas raro con eso de pensar... ¿Te encuentras mal? ¿Necesitas un médico?

—No, *mamao*²⁹. —Chasco la lengua—. Me refería a sexualmente.

—Sí, eso ya te va más.

—Alguien que podría tener muchas más opciones y a quien posiblemente ni siquiera le caes bien porque tampoco has hecho ningún mérito para ello. ¿Por qué querría aun así...?

Que no es que yo esté preguntando para tener más posibilidades de desbancar a cierto policía con los músculos congestionados respecto al cual, por supuesto, no me siento ligeramente inseguro por no tener tanto volumen; la sensación de inferioridad que siempre me ha golpeado un poco al compararme con mi hermano. Él sí necesita una doble XL para meter sus brazacos y esos pectorales que podrían espachurrar nueces a base de presión de canalillo.

—Bueno —resopla—, aceptamos el trato que creemos merecer. Si crees que no mereces más que desprecio... Aunque sea inconscientemente. Que no eres digna de amor... Por eso los capullos como tú triunfáis.

Lo miro interrogante. No sé si lo sigo. Vuelve a resoplar.

—Por falta de autoestima —aclara—. Y porque algunas mujeres tienen complejo de madre. En tu caso eso también aplica.

—Ya, y no tendrá que ver con que soy bien cabrón³⁰ en la cama, ¿no? —Me definiendo.

—Tú has preguntado. Si prefieres tus respuestas a las mías... —Va a ponerse los cascos de nuevo.

—No. —Lo detengo—. Venga, sigue contándome.

Tercer resoplido.

—A ver... No puedo decirte por qué te elige alguien en concreto. Pero en mi caso, yo buscaría a la persona con quien pudiese ser yo mismo al cien por cien. Aquella que no me hiciese sentir raro por mis rarezas ni tonto por mis tontunas. Ni malo ni culpable por mis defectos. La que te da esa libertad y esa tranquilidad de ser tú mismo sabiendo que no te juzga y que te sigue queriendo, o deseándote en tu caso, aun cuando ya conoce todo lo malo. Todo lo sucio y lo roto. —Toquetea algunas teclas de su portátil sin llegar a hacer nada con ellas—. No me apetece tener que fingir. Cansa.

—Ey. —Me incorporo sobre un codo para echarle un vistazo—. Para ser un *weirdo*³¹ de la informática no se te da mal esto de juntar palabras.

Sonríe de medio lado, sin alegría.

—Ser un *weirdo* te da mucho tiempo para dialogar con tus propios

pensamientos, supongo.

Después juguetea con su silla, haciéndola girar. Tiene la mirada distante y sé que está rumiando algo, así que aguardo con paciencia. Dome funciona mejor sin presión, sentándote a su lado en silencio para que sepa que te tiene ahí cuando al fin se vea preparado para hablar.

—Por eso ando suelto³² —desembucha al fin.

—¿Por ser un *weirdo*?

—Por ser un buscador entre humanos corrientes. No quiero tener que mentir, ¿entiendes? Ni ocultar lo que soy. Pero tampoco arrojaría a este mundo de sombras a un hombre al que amase y ser el causante de sus pesadillas. Nuestra vida... no es fácil de asimilar.

Vuelve a abofetearme la sensación de que él no la habría elegido de haber tenido opción. Al tiempo que me doy cuenta de que se siente solo. Y esa es otra razón importante por la que no termina de gustarle ser un cazador. Le echa la culpa.

—Cuando me enamore será de otro buscador —concluye. Por desgracia para él, no abundan por la zona.

—Entonces... ¿Elegimos a quien nos permite ser nosotros mismos? —Quiero asegurarme de haber entendido bien.

Dome se encoge de hombros.

—Sí, quizás.

—Oye, eres bi. ¿Por qué has hablado solo en masculino todo el rato? ¿O es genérico? —Por si me he perdido algo.

Dome sonríe.

—Me atraen los dos, pero en lo sentimental... Me veo más compartiendo mi vida con un hombre que con una mujer.

—¿Eso es ser bisexual pero homorromántico?

—Ey. —Me da una palmadita en la pierna, gratamente sorprendido—. Veo que el heterobásico ha hecho sus deberes.

Vuelvo a encogerme de hombros, aunque por dentro me estoy poniendo una medallita al buen hermano pequeño con muchas ovaciones y aplausos.

Conseguir su aprobación es como un triple salto mortal.

—Me gusta entenderte, *compay*. Y leo más de lo que te crees.

—¿En Forocoches?

Pongo los ojos en blanco, porque, bueno... quizás sí.

—No revelaré mis fuentes —protejo mi dignidad.

Por suerte, él está a lo suyo:

—No sé por qué somos buscadores tan solitarios, yendo siempre por libre. —Suen a reproche—. Es raro. Normalmente, los nuestros son mucho más gregarios...

—¡¡Frank!! —Mamá acaba de entrar en casa dando voces—. ¡Ven a ver a lo que se dedica tu protegida!



A una media hora caminando de nuestro hogar, en la linde de una solitaria y lúgubre carretera secundaria circundada por el bosque, hay un viejo poste de madera del que pende por dos cadenas oxidadas un letrero de metal donde el nombre de Maytown puede intuirse bajo la herrumbre y el musgo.

Y en él, una chica. Empalada.

Mamá la ha encontrado mientras corría y para acá que hemos venido todos.

La sangre no gotea porque a su cuerpo no le quedaba cuando lo clavaron ahí. En su cuello, una marca inconfundible.

—Joder —se me escapa.

Papá se resiste:

—Demasiado obvio —musita—. ¿Por qué haría algo así?

Mamá se exaspera:

—¡Porque es lo que hacen los de su especie! ¡Son criaturas de la oscuridad! ¡Asesinos despiadados! No necesita más motivos.

—También son inteligentes —tercia él—. Y esto no lo es.

—¡Una demostración de fuerza! Eso es lo que es. Porque le permitimos que haga y deshaga como le viene en gana.

—Se encuentra cerca de nuestro hogar —reflexiona Dome—. Y quería que nos marchásemos. ¿Por eso está en el cartel que marca la salida? ¿Es una invitación a largarnos? ¿Una amenaza?

—Una petición de que la ensarte con mi estaca —concluye mamá, haciendo sonar el cargador de su pistola—. Y esta vez no vas a detenerme. —Señala a papá con un dedo acusador—. Nosotros hemos dejado que esto ocurra.

Él asiente y todos miramos al cielo. Siendo ya primeros de octubre, pronto reinarán las tinieblas y, para cuando lleguen, estaremos preparados.



En esta ocasión no hay lugar a dudas: el cadáver ha sido mordido, drenado y asesinado por un vampiro.

Recuerdo la rabia que me acompañó en el bosque cuando la creí responsable del crimen de los hombres lobo. Me gustaría invocar ese sentimiento de nuevo. Lo preferiría a esta especie de dolor gris, plomizo y silencioso que me oprime el pecho. Sabe a decepción y se siente en las articulaciones como un cansancio que agarrota.

Porque lo sabía. Siempre lo he sabido. Y aun así...

La recuerdo con la mirada iluminada por las estrellas. Y quiero preguntarle por qué.

No debería hacerlo y no debería doler.

Supongo que es lo mejor. Acabar con esto de una vez.

Por eso, tan solo una serena determinación endurece mi gesto y acalla los rítmicos latidos de mi corazón cuando nos plantamos en el cementerio con las primeras sombras de la noche y me adelanto hacia ella mientras espera el despertar de su protegida. Mi haladie desenvainada.

Nuestros ojos se encuentran y sé que lo lee en ellos, en el vacío de mi expresión, antes de recorrer con la mirada el filo de mi arma y a mi familia tras de mí, rodeándola.

Aprieta la mandíbula y estrecha los párpados con desconfianza. Esa es

toda la emoción que se permite mostrar. La indiferencia de quien ya sabía que esto llegaría. Esta... ¿traición?

¿Por su parte o por la nuestra?

Pero ¿es que acaso puede sentir algo más que indiferencia? Es un monstruo desprovisto de corazón.

—¿Habéis encontrado ya una forma de matarme?

Diría que suena hastiada.

—La adivinaremos —responde mi madre—. Y, si no, disfrutaré clavándote una estaca de plata en el pecho todos los días de mi vida.

—Cada cual tiene sus *hobbies*. —Se encoge de hombros antes de adoptar una postura defensiva, con la tumba de Veronica Shallow a su espalda.

—El pequeño monstruo va detrás de ti, por cierto —anuncia mi madre con satisfacción.

Ella le bufa, mostrándole los colmillos.

Mamá carga su arma.

—Haberlo pensado antes de dejarnos una chica muerta de regalo. Cadáver por cadáver.

Y dispara.

La vampiresa lo esquivo. Y también a Dome, que se ha lanzado con dos cuchillos uña de gato. Le deja pasar, ganándole la espalda al apartarse de su trayectoria y aumenta la distancia con una patada en el trasero. Acto seguido, se gira hacia mi madre.

—¿Una chica muerta?

—No te hagas la inocente conmigo.

Y va a por ella con sus puños americanos con cuchillas en los nudillos por delante porque, al parecer, esta noche necesita acción de la buena. Se enzarzan en un intercambio de ofensivas, esquivas y gruñidos.

Su cercanía y la de Dome, que se une a la pelea, invalidan la ballesta de papá, atento a su oportunidad de intervenir. Y yo, bueno..., no sé, creo que estoy desubicado. Quiero atravesarle el corazón mirándola a los ojos. Para que sepa lo que ha hecho. Para que se tope con los pedazos rotos y

astillados del sueño que me arrebató. Como si eso pudiera importarle.

Tengo que ser yo. Y, al mismo tiempo, no me muevo.

La lucha se desarrolla con rapidez. Mamá le raja la mejilla. Ella consigue inmovilizarla con un brazo doblado de tal forma que amenaza con sacarle el hombro al más mínimo gesto. Da un paso atrás con mi madre como escudo, cubriéndose con su cuerpo y los colmillos peligrosamente cerca de su cuello.

Mira la tumba de Veronica. La tierra comienza a removerse. No le sobra el tiempo y su mirada nos deja claro que no va a andarse con tonterías.

—¿Dónde? —le exige a mi padre, clavando en él la mirada con su mujer a un solo movimiento de ser dislocada y a otro de ser mordida.

—En el letrero de bienvenida por la carretera secundaria.

—¿Junto al bosque?

Papá asiente.

La expresión le cambia. Cierra los ojos un nanosegundo y musita algo para sí. Mamá se revuelve y ella la controla, arrancándole un gemido de dolor.

Cuando nos mira de nuevo, la decisión endurece sus pupilas.

—¿Queréis cazar un vampiro?

[27.](#) ¿Qué pasa?

[28.](#) Enamorado.

[29.](#) Tonto.

[30.](#) Muy bueno.

[31.](#) Bicho raro.

[32.](#) Soltero.



Fantasmas del pasado

—¿Puedes sellarlo, guardián? —La vampiresa se gira hacia mi padre tras cerrar la puerta del mausoleo en el que le ha indicado a Ronie que debe quedarse entretenida con un juego de madera que le ha traído.

—¿No era inofensiva? —se burla mi madre.

—Cuando no se aburre.

Papá le pide que se aparte con una mano sobre su hombro que nos hace contener a todos el aliento y aplica un hechizo de lacrado que suele ponerles a las criaturas oscuras más difícil la salida.

Mamá ha negociado los términos del acuerdo: Dome se va a quedar aquí vigilando a la ghoul como rehén mientras el resto nos dejamos conducir hacia, al parecer, otro vampiro necesitado de nuestras estacas. Si mi hermano oye cualquier cosa extraña a través de los pinganillos o uno de nosotros da la orden, se la carga sin miramientos.

Sin duda, el camino más rápido que se le ha ocurrido a mamá para quitarse de en medio a la niña demoniaca primero y reanudar las hostilidades con la diabla después, porque está convencida de que esto es un engaño.

—Me dejaréis hablar con él —fija la vampiresa sus condiciones—. Una vez termine, es todo vuestro.

—¿Y por qué íbamos a hacer eso? —Mamá no ve claro lo de esperar.

—Porque vais a usarme de cebo. Es vuestro *modus operandi*, ¿no? —Y sé que su sonrisa afilada se burla de mí. Luego se pone seria de nuevo—. Aparecerá cuando yo me muestre. Centrará su atención en mí y vosotros podréis tomar posiciones y comprobar si trae compañía. —Se vuelve hacia

papá—. Medid bien vuestras fuerzas, buscadores, porque no intervendré.

—¿Y eso debería suponernos una desventaja? —se muestra irónica mi madre.

La diabla la ignora para dirigirse a papá.

—Recordad que debéis esperar a que yo me marche. Lo que pase después será asunto vuestro.



Por supuesto, ninguno le ofrece llevarla en nuestro coche. No parece importarle cuando nos pega un susto de muerte subiéndose a la estribera de un salto al ponernos en marcha. Y ahí se queda agarrada al techo hasta que nos aproximamos al supuesto punto de encuentro y se baja de otro salto antes de echar a andar para llevarnos la delantera. En menos de un segundo, la hemos perdido de vista.

Aparcamos y recorremos el resto del trayecto en silencio para no delatarnos. Le he pedido a Postre que se quede cuidando de Dome. No quiero que esté solo y ella detecta mejor que nadie las amenazas sorpresa. Así que somos nosotros tres en la penumbra del bosque... y una más que segura encerrona.

Nos detenemos a cierta distancia del poste de la carretera, escondidos tras la maleza. Papá, el señor de los libros y los hechizos en latín, saca una *tablet* de última generación. Un puntito geolocalizado en el mapa se enciende y nos llega el sonido:

—Vaya, vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí. —Una voz masculina desconocida, afilada y melosa—. Cuánto tiempo.

—William. —Esa voz sí la conocemos. En mi caso, mejor de lo que voy a admitir ante mis padres—. Creo que me has llamado.

—¡Le has puesto un micrófono rastreador cuando la has tocado! —Celebro la astucia de mi padre en un susurro. Su gesto de antes palmeándole el hombro posee ahora mucho más sentido.

Él asiente y saca sus prismáticos de visión nocturna. Yo lo imito mientras

mamá permanece con los ojos vigilantes a nuestro entorno más cercano para evitar imprevistos.

A través de las lentes, observo a los interlocutores, algo esquinados desde nuestra perspectiva. De ella veo sobre todo la espalda. De él, un abrigo largo y oscuro de felpa, estilo antiguo, y parte de la cara. Junta las manos en un pretendido gesto angelical de niño complacido.

—Oh, ¿has recibido mi mensaje? No sabía si tendría que ponerme creativo para hacerte salir.

«¿Hacerte salir?».

Intercambio una mirada con mi madre. ¿De dónde? No es que se esconda mucho precisamente.

Me fijo en que él permanece en todo momento a un paso del poste que señala el comienzo del pueblo. Un paso fuera de Maytown.

—Supe que mi chica te gustaría —continúa—. Veintitantos años. —Une las manos con candidez—. Tan joven... Con todos esos sueños... Quizás estaba destinada incluso a ser la mejor en algo, ¿no crees? La mejor de los suyos. Su orgullo. Tal vez te suena esa historia.

—¿Qué quieres? —Deja claro que no tiene tiempo para tonterías.

Él le demuestra que sí tiene tiempo que perder —porque al fin y al cabo para algo se es un vampiro con mucha eternidad por delante— encogiéndose de hombros con fingida inocencia.

—Oh. —Se examina las uñas—. Jacquie notó un apagón en tu conexión. Como si, ya sabes... —sonríe y vuelve a encogerse—, hubieses muerto.

Vale, creo que eso fue culpa nuestra. ¿Y quién cojones es Jacquie? Suena a diminutivo entre coleguitas de Jack.

Hace un puchero. Sus ademanes sobreactuados ponen nervioso a cualquiera.

—Le diste un disgusto muy grande. Ya le dije que bruja mala nunca muere. —Amplía su sonrisa e inclina la cabeza como si fuese a compartir una confesión—: No dos veces al menos, ¿verdad, mi pobre niña?

Ella no contesta y él chasca la lengua.

—Una lástima. —Después suspira—. En fin. Me ha enviado para asegurarme de que todo está correcto y que sigues... perteneciéndole. —La luna brilla en sus colmillos cuando sonrío con toda la boca—. Eres su putita preferida.

De acuerdo, el tal Jack tiene mi estaca jurada. La de verdad. Por ser un vampiro, ¿eh? No por ninguna otra razón.

—Y tú su chico de los recados. —La diabla rompe su silencio—. ¿Qué se siente al estar por debajo en el escalafón?

Al teatrero se le pasan las ganas de guasa. Se enerva y da un paso amenazante, enseñándole los colmillos.

—Yo soy libre y tú una esclava. No lo olvides, victoria.

—No lo pareces.

—Tan solo busco mi propia conveniencia; no te equivoques.

—No lo dudo.

Se sostienen la mirada por un instante en silencio. Oigo a mamá cambiar el peso de un pie a otro. Se está impacientando. Sus armas le piden acción.

Por el contrario, imagino que papá está más feliz que un zombi en una charcutería analizando la interacción entre dos seres de la oscuridad tan escurridizos como estos. Solemos tener poco tiempo para la observación entre cuchillada, esquivas, disparos y decapitación.

El tal William abre los brazos para abarcar el lugar.

—Aquí fue donde nos despedimos, ¿recuerdas?

Ella no contesta y eso parece irritarlo, pues su tono toma un cariz incriminatorio:

—O, más bien —deja caer los brazos—, donde tú me echaste. —Da un paso hacia delante—. Fue un truquito sucio el tuyo.

La actitud de la diabla se tensa, lista para sacar las uñas. Él intenta sacudirse de encima todo rastro de hostilidad y le sonrío.

—Cualquiera esperaría que me tuvieses un poquito más de aprecio. Antes éramos amigos. —Da otro paso para añadir en actitud confidencial—: Más que amigos.

Su tonillo lascivo me hace apretar los dientes. Mis dedos rodean la estaca que llevo en el cinturón.

Joder con la diabla; al final va a ser peor que yo y todo. Diría que estamos hechos el uno para el otro, pero sería mentira. Porque ella es un monstruo y yo su cazador.

—Todavía podríamos serlo...

Se acerca. No sé si estoy preparado para verlos enrollarse. Ahora es mi cuerpo el que se tensa. ¿Cuándo se supone que podíamos intervenir?

Al avanzar, traspasa la línea marcada por el poste. Oímos algo similar a un chasquido y al instante retrocede con una mueca de dolor. Sacude la mano en el aire como si se la hubiese quemado.

—Ya ves que sigues sin ser bienvenido. —La diabla se mantiene serena y yo le dedico un aplauso mental por regalarme años de vida al no comerse la boca aquí mismo con el amigo.

Él le gruñe, enseñándole los colmillos, y ella responde de la misma forma. Se observan con actitud combativa.

—Jacquie te tiene demasiado malcriada. Te deja que vayas por ahí creyéndote ama y señora cuando no eres más que su perra.

—Si eso era todo lo que tenías que contarme... —Se gira para marcharse.

Y sé que, al hacerlo, su brazo ha salido más allá de la línea marcada cuando el tal William aprovecha para agarrarla y atraerla hacia sí. Ella se revuelve y lo ataca al instante. Pero, antes de llegar a rozarlo, se detiene como si hubiese chocado con un escudo invisible. Él sonríe complacido y saca de debajo de su abrigo un medallón.

—Un regalito de Jacquie.

Se lo acerca mientras ella todavía le está gruñendo con la mano convertida en una garra lista para acariciarle la carne y la diabla cae de rodillas sobre el asfalto con un gemido.

—Sí, quizás esto te enseñe los modales que te faltan.

Le cruza la cara de un zarpazo.

—Arrodillada estás mucho mejor.

Le tira del pelo para inclinarle la cabeza hacia atrás y le clava los colmillos en el cuello.

Cuando quiero darme cuenta, estoy corriendo entre los árboles. Salto la cuneta y le incrusto en la frente una de las hojas de mi haladie a William, lo que le obliga a soltar su presa con un graznido. La plata hace arder su carne y sus ojos me miran envenenados de rabia.

Extraigo mi arma y la sangre oscura le gotea espesa por el rostro. Esta herida dista mucho de resultarle mortal. Por suerte, porque voy a disfrutarlo.

Me enseña su dentadura en todo su esplendor y se lanza a por mí, pero ya lo estoy esperando. ¿Veis? Por fin un vampiro de verdad que ataca como manda su manual: colmillos por delante. Por no hablar de su piel macilenta, algo grisácea, que recuerda a una polilla vieja y fea. En serio, no entiendo por qué la diablo se lo tiró.

Lo esquivo y el filo de mi haladie busca su cuello en un tajo certero. Se mueve a tiempo y se le hunde entre las escápulas. De nuevo el maravilloso chisporroteo de la plata haciendo su trabajo seguido de su exclamación infernal.

Tiro de mi arma para interponerla entre ambos cuando se me echa encima con su velocidad endiablada. Empujo con el mango contra su garganta intentando que su mordisco no logre alcanzarme. Aprieto los dientes y los músculos para no retroceder ante su empuje.

Descubro que la diablo ha desaparecido.

Nos lo avisó: no intervendría.

Un disparo. El vampiro se gira y descubre a mi madre plantada en la carretera, pistola en ristre, aunque no nos ha apuntado con ella por riesgo a darme a mí.

Detrás, aparece papá.

El vampiro sisea y recula. Se topa conmigo. Le sonrío.

Sus ojos buscan frenéticos una posible salida.

—¡Victoria! —Se aferra al medallón que lleva—. ¡¡Victoria!!

—Y derrota también. —Le contesto por cortesía. No se vaya a quedar el pobre hablando solo con el silencio. Y cargo de nuevo contra él.

Me enseña los dientes con un bufido, pero termina por echar a correr en retirada. Se interna en el bosque al otro lado de la carretera. Voy tras él.

—¡Hudson! —Mi madre me llama.

No me detengo. No seré el más inteligente de esta familia, pero sí soy el más rápido.

Corro tras el borrón grisáceo que es mi presa. Con dos heridas de plata no va a lograr su truquito de desvanecerse en el aire y, por suerte, eso de la velocidad meteórica solo les sirve para desplazamientos puntuales y no pueden sostenerla mucho tiempo. Que aun así tampoco son fáciles de atrapar, pero al menos hay una oportunidad.

Aprieto el ritmo exprimiendo las piernas al máximo y, con un alarido de puro esfuerzo, logro enganchar su abrigo con mis dedos. Los dos caemos hacia delante.

Rodamos por la tierra. Se deshace del abrigo que todavía agarro para echármelo encima y todo se vuelve negro. Lo aparto con rapidez a la espera de ser atacado. Con el corazón en la boca, arrodillado sobre la hojarasca, contemplo los árboles. Sin rastro de nada más.

Hasta que un siseo lo anuncia un segundo antes de ver sus ojos y sus colmillos brillar cerniéndose sobre mí. Tengo el margen justo para desplegar mi haladie de nuevo. La interpongo entre ambos y el impacto me hace caer de espaldas con él encima. Sus dientes muy cerca de mí. Forcejamos. Le propino un rodillazo y consigo hacernos girar para invertir la posición a la vez que él me arrebató el arma y la lanza fuera de mi alcance. Le suelto dos derechazos directos a la mandíbula sin importarme que mis nudillos sangren.

Me agarra del cuello como una tenaza y siento que me falta el aire al tiempo que me tumba contra el suelo. El golpe en la cabeza me reverbera por toda la columna. Sin soltarme, situándose sobre mí, sonrío.

Se agacha con placer y rabia para morderme.

Y yo le clavo mi estaca en el pecho. Por fin, un vampiro de movimientos previsibles.

Abre mucho los ojos. Intenta retirarse, lo engancho de los hombros y aprieto más fuerte, hundiéndosela hasta el fondo. Ya sabéis: como a mí me gusta.

Una sustancia viscosa se escurre sobre mi puño cerrado. Su sangre oscura, espesa y podrida.

Se sacude en un espasmo y yo lo empujo a un lado. Cae inerte, la mirada perdida en las estrellas que nos juzgan entre las copas de los árboles. Mis padres aparecen justo para verlo descomponerse en cenizas.

Nos oigo soltar el aire al tiempo y soy consciente de que estábamos a un segundo vampiro inmune a las estacas de perder los nervios.

Se me escapa una risita aliviada y, todavía arrodillado, echo hacia atrás la cabeza con los brazos abiertos para empaparme de la noche mientras recupero el aliento. Mi madre me ayuda a ponerme en pie. Toma mi barbilla y me gira la cara hacia ambos lados, evaluándome. No hay marcas en mi cuello.

Solo entonces me retira el pelo sudado de la frente y me sonrío orgullosa.

—Bien hecho.

Tomo sus codos y le sonrío de vuelta. No es una madre muy cariñosa, así que estos segundos en los que nos sostenemos la mirada agarrados lo significan todo.

Me suelta y se agacha para recoger el medallón que llevaba el vampiro. Lo alza victoriosa.

—Esto funciona contra la *diabla*.



Una nueva espina

Oye, *diabla*

Tengo algo para ti

Acabo de ducharme después de liquidar a uno de nuestros mejores clientes. La satisfacción me burbujea todavía en las venas. No todas las noches se da caza a un vampiro, os lo aseguro. Mucho menos en solitario.

Nada más hacerse con el medallón, mamá ha querido rastrear a la diabla con el micro que le había puesto papá, a ver si la pillábamos con la guardia baja o descubríamos dónde se oculta. Para su desazón, hemos encontrado el geolocalizador abandonado junto al poste de la discordia, lo que nos ha hecho ser conscientes de que probablemente ella lo supo todo el tiempo y se lo quitó una vez acabó su trato con nosotros.

Huir del mal genio de mi madre es ahora mismo la mejor opción.

Esta noche no estoy de humor, cazador

Te prometo que esto te va a gustar 😊

No es mi polla

Se lo aclaro por si acaso; que eso ya sabemos que le gusta. Posiblemente, la única razón por la que los Murray-Velásquez seguimos con vida después de lo que le hemos tocado las narices. ¡Ja!, para que luego Dome se burle. Mi mononeurona es ahora mismo el sostén de esta familia, trabajando duro y en la sombra por su supervivencia. Sabía que algún día mi mejor virtud

me traería grandes alegrías, por eso me he dedicado con tanto ahínco a su ejercitación y perfeccionamiento.

Imaginarme la ceja elevada de la diabla llamándome «idiota» si pudiese escucharme me invita a cortar mi diálogo interno.

Al final quedamos en el hotel de la otra vez. Pido la misma habitación y subo. Ella aparece entre las ramas del árbol cercano a la ventana. Nos miramos a través del cristal. Cazador y presa. Pero ¿cuál es cuál en este juego?

La luna es testigo cuando deslizo la hoja corredera y saco mi mano para ofrecérsela.

—Bienvenida.

Ella la toma y la ayudo a entrar en silencio. Nos observamos. En la línea izquierda de su mandíbula, pálidas cicatrices muestran dónde le han arañado las cuchillas de plata de mi madre al comienzo de la noche. La parte derecha de su rostro la surca en rojo el zarpazo de su compañero. Fiera guerrera marcada.

—Así que tu amiguito y tú... —Lo dejo en el aire.

—¿Qué? —Me obliga a continuar solo para chincharme con una ceja alzada con guasa.

—Erais... amantes. —Se me atraganta un poco.

—Al parecer tengo buen ojo para los capullos.

Y me hace un guiño; la muy capulla ella también.

—Eh, eh, a mí no me compares con ese.

—Oh, ¿prefieres que te compare con el poli? —Finge inocencia—. Te faltan un par de tallas para eso, ¿no? Vi que te cayó bien.

Niego con cierta incredulidad.

—No me está gustando este juego.

Se ríe y después hace un puchero para fingir compadecerse de mí.

—No abras tumbas demasiado oscuras para ti, cazador.

Bufo y aparto la mirada. Las orejas me arden de rabia.

Y mi pregunta se repite: ¿por qué yo? ¿Qué le haría elegirme? Elegirme

por encima de todos los demás.

Me aclaro la garganta, moviendo mis manos con nerviosismo.

—¿Y qué hay del tal Jack ese?

Ahora es ella quien aparta los ojos de golpe. Aprieta la mandíbula.

—Has dicho que tenías una buena razón para hacerme venir.

—Sí.

Le muestro el anillo de oro que he rescatado del montón de cenizas en el que se ha convertido mi cliente de esta noche y se lo muestro en mi palma extendida. Hace amago de agarrarlo. Sus dedos reculan temerosos mientras lo observa como si no terminara de creérselo. Finalmente lo toma. Se lo pone en la punta del dedo índice y le da vueltas, asimilando la noticia con la mirada perdida en su movimiento circular.

Una sonrisa se abre paso en su expresión.

—¿Entonces está...?

Me remango para enseñarle con orgullo la rosa de mi brazo, allí donde el papel film cubre una nueva espina. Una un poco más grande que las otras porque la presa lo merece.

Sus pupilas recorren la prueba de mi hazaña con una satisfacción casi lasciva que me pone un poquito. Un hormigueo conectado directamente con mi entrepierna cuando sus yemas acarician mi piel recorriendo el tallo tatuado.

Cierra los ojos y aprieta el anillo en su puño. Un suspiro que termina convertido en risa.

Abre la ventana y lo lanza a la noche.

—¡Púdrete en el infierno!

Vuelve a cerrar con un gesto de satisfacción tranquilidad en el rostro.

—Vaya, gracias por preguntar si quería quedármelo antes de...

—¡Oh, cállate!

Me agarra de la pechera y me besa con ganas. Cuando me recupero de la impresión, intento apartarme. Voy a decir algo, imagino que relacionado con sus colmillos y con que los mantenga alejados de mí, acompañándolo

con un gesto de la mano. Ella me la aparta como si fuese un insecto molesto y vuelve a tirar de mi camiseta.

—Deja de ser imbécil.

Y tras esta profunda declaración de cariño, me besa de nuevo con sus dedos enredándose en mi pelo.

—Hoy te has ganado que te enseñe cómo se hacen las cosas de verdad.

Creo que me resisto como medio segundo antes de jadear bajo la presión hambrienta de su boca y destensar por completo mi cuerpo, rindiéndome a ella.

Lo había olvidado. Desde aquella noche en el *pub* en la que supe que su destino y el mío no estaban hechos para sobrevivir a la vez. La noche en que su piel ardió bajo mi contacto.

Había olvidado que la diabla besa bien cabrón. Que su tacto y su sabor me empalman al instante. Que es como beber fuego fundido, con la adrenalina de comprobar si logro seguir viviendo para contarlo mientras todo mi cuerpo se consume.

Gruño y la aprisiono contra la pared con mis dedos hundidos en su melena. Gemimos y nos besamos como si nuestras bocas quisieran contarse la historia del mundo con la fuerza de sus pasiones, sus guerras y sus cataclismos.

Me aparto para contemplarla un segundo. La luz de la luna y de las farolas lejanas perfilan las líneas de su rostro y las cicatrices que lo marcan esta noche, peligrosa mujer tigre. Sus labios brillan húmedos y no me resisto a volver a hundirme en ellos con el cuerpo enfebrecido.

Joder, la verdad es que sí he sido un imbécil renunciando a esto.

Froto mi erección entre sus piernas. Su gritito de deseo me reverbera en el paladar y me sabe delicioso. Quiero más. Quiero oírla gemir toda la madrugada.

Sus manos sueltan mi cinturón. Las mías se escurren bajo su camiseta, apretando cada palmo de su carne mientras ascienden, arrugándola hasta quitársela. Me arrebató también la mía. Me deleito jugueteando con sus

tetas y besando su cuello al tiempo que ella me desabrocha el pantalón. Me deshago de él mientras la guío hacia la cama sin soltarla en ningún momento, con nuestras bocas encontrándose a cada paso.

Voy a situarme encima empujándola con mi cuerpo para que se recueste cuando me pone la mano en el pecho y sonrío antes de colocarse a horcajadas sobre mí.

—He dicho que hoy te voy a enseñar cómo se hace.

Me río y elevo los ojos al cielo, porque, bueno, nadie puede igualar al maestro. Pero si le hace ilusión intentarlo...

Levanto las manos para indicarle que soy todo suyo. Después las cruzo bajo la cabeza y me quedo tumbado, divertido y a la expectativa.

Me saca los calzoncillos. Mientras le hace travesuras a mi *compay*, con su pulgar humedeciéndose con el líquido que asoma en su punta para después trazar deliciosos círculos sobre ella, su lengua asciende por mis abdominales, el esternón y la garganta hasta morderme la barbilla. Se desliza por la línea de mi mandíbula y se enrosca en mi oreja, erizándome la piel.

—Voy a borrarle esa expresión de chulito —susurra.

Y la risa se me atraganta cuando noto el tacto frío de sus colmillos contra mi lóbulo. Me quedo muy quieto. Los pasea por mi cuello antes de sustituirlos por su nariz y de nuevo su lengua. La amenaza sigue ahí y los testículos se me aprietan de miedo y deseo a la vez. Debería apartarla de mí, pero su jueguecito me está poniendo demasiado.

Mis dedos le acarician el interior del muslo de forma ascendente hasta toparse con su tanga, colarse dentro y sumergirse en ella, arrancándole un gemidito contra mi garganta que me cosquillea en la piel, ya de por sí estimulada.

Siento sus ganas húmedas resbalarme entre las yemas y me excito todavía más. Acompaso el movimiento de mis dedos al mismo ritmo con el que su mano me frota.

Sus labios me rozan, deteniéndose junto a la yugular, la boca entreabierta.

Jadea y siento cuánto lo desea. Y, por un segundo, cierro los ojos y dejo que suceda.

Pero no ocurre nada y yo vuelvo a abrirlos.

Se ha alejado. Se quita la ropa interior y se coloca encima de mí. No sé si alguna vez en mi vida he estado más duro y ya solo con sentir cómo su abertura se sitúa sobre mi punta me hace dar una sacudida, ansioso.

Mordiéndose el labio y con los ojos trabados con los míos, oscuros y retadores, se desliza hacia abajo, abriéndome camino dentro de su cuerpo. Mis manos arrugan las sábanas al apretarlas en un puño al tiempo que todos los músculos se me tensan y subo las caderas para hundirme más profundo, necesitado de ella, sediento de ella.

Cuando no queda espacio posible entre los dos, se detiene y, al contraer las paredes, me arranca un gemido. Me sonrío de medio lado y sé que esta noche me va a torturar a gusto.

Me introduce su tanga arrugado en la boca.

—Para que no te oigan gemir como una perrita en todo Maytown, cazador.

Y, si existen los dioses ahí arriba, juro que se paran a mirar cuando comienza a moverse; porque si alguien ha convertido el sexo en arte, culto y religión es la diablo sobre mí.

Joder, tenía que haberle dejado hacer conmigo lo que quisiera desde el día cero.

Después de oírla alcanzar el tercer orgasmo, exploto como si fuese la primera vez que me corro en toda mi vida. Brutal.

Me sonrío y me retira el tanga de la boca para que pueda recuperar la respiración.

Todavía con una agradable descarga recorriéndome, me muerdo los labios y le clavo los dedos en las caderas para retenerla bien pegada.

—La próxima vez que vayas a follarte a cualquier otro, acuérdate de que estás toda llena de mí —farfullo, borracho de placer, porque por supuesto que no estoy nada escocido con la lista de amantes que le hemos

descubierto esta noche.

Se ríe, me da una palmadita en la cara y me pone morritos, fingiendo compadecerse de mí.

—Así que además de posesivo, celoso. ¿Alguna otra virtud que quieras añadir?

No me encuentro en plena posesión de mis facultades para contestar y suelto un ruidito rendido y absurdo.

Vuelve a reírse y, todavía conmigo dentro, retoma sus movimientos. Porque al final va a resultar que la que no tiene hartura es ella.

Al principio no noto nada, pero consigue que vuelva a empalmarme y regalarse dos orgasmos más a mi costa antes de que me corra por segunda vez.

Satisfecha, ahora sí, se tiende al lado de mi cuerpo exhausto. Sus dedos se pasean sobre los tatuajes de mi pecho, que se hincha con cada respiración. Los detengo al entrelazarlos con los míos.

—Oye, *diabla*, eres una *caballota*³³, ¿eh?

Supongo que ha captado el mensaje cuando se ríe. Me apoya la cabeza en el hombro y nos quedamos en silencio. Fuera ha comenzado a llover al tiempo que los primeros rayos del sol se cuelan perezosos por la ventana.

Le sonrío juguetón y la estrecho contra mí. Mis palabras se ahogan en sus pechos cuando se los mordisqueo:

—Entonces, ¿cuántos examantes dices que tengo que cazarte a la semana para que me folles así?

Su carcajada la sacude contra mi cuerpo.

Ha guardado los colmillos y la miro a los ojos antes de besarla. Y entre besos y caricias, mi *compay*, esforzado soldado, se presenta de nuevo listo para la batalla. Bien amarradita entre mis brazos como la tengo, se lo hago despacio, con mi rostro casi pegado al suyo, mirándola, rozando nuestros labios y una de mis manos sin soltarse de la suya.

A ratos siento un cosquilleo raro, otros no noto mucho. La erección va y viene, pero consigo arrancarle un orgasmo tranquilo que expulsa con una

exhalación prolongada, echando el cuello hacia atrás con los ojos cerrados, y mi pene aún logra obsequiarle a esa vagina que tanto nos gusta con unas cuantas gotas. Y seré un posesivo de mierda como ha dicho, pero me pone que se quede bien impregnada de mí.

Jadeo al sacarlo y le doy unas palmaditas mentales por su buen desempeño. Hoy ha rendido como el gran guerrero que es ante su batalla más dura.

Nos quedamos así, abrazados piel con piel, envueltos en el amanecer. Susurros de caricias suaves y lentas. Hormigueos de placer. Me pierdo en su mirada, dos pozos oscuros por los que no puedo evitar precipitarme.

—¿Cómo te llamas? —pregunto en voz baja contra su boca después de frotar su nariz con la mía.

En el silencio oigo mi respiración.

Sus labios acarician los míos, apenas un roce, con una sola palabra que bebo de su aliento:

—Colette.

«Colette», un eco en mis venas. Mis dedos todavía agarran los suyos. Los aprieto ligeramente. «Colette».

Cierro los párpados y le beso la punta de la nariz. Sonrío. «Colette».

Mi lengua dibuja cada letra sin emitir sonido alguno, con la boca cerrada con firmeza, como si no quisiera dejarlo escapar. No todavía. El regusto de todas las sílabas que conforman su nombre vibrando en mi paladar.

«Colette». Sabe a magdalenas de cosquillas en un despacho elegante inundado por la risa. A constelaciones reflejadas en las pupilas en la intimidad de la desnudez bajo la luna.

—Pero... ¿el otro no te ha llamado «Victoria»? —recuerdo.

Emite un ruidito negativo y me devuelve la pelota:

—¿Y tú?

Su pregunta me hace abrir los ojos.

Me observa, a la espera.

La respuesta se me atasca.

Las cosquillas y las constelaciones se marchitan para dejar paso a dos colmillos manchados de sangre, a sus garras destrozando la carne. La garganta de mi madre amenazada por sus dientes. El humo de su piel cuando la plata la roza. Las cicatrices de su rostro borrándose hasta desaparecer.

Con ellas, lo que una vez pudo ser.

Un sueño de plata y oscuridad.

Añicos de rabia y soledad.

Carraspeo y me incorporo para alejarme.

—H —contesto con sequedad.

Y me giro para no verla cuando sus pupilas se contraen, asimilando el golpe, y asiente dolida.

Se viste en silencio y abre la ventana. La brisa de tormenta que azota los árboles se cuela entre nosotros.

—Buenas noches, cazador.

El sonido de la lluvia llena su ausencia cuando salta fuera. El olor a tierra empapada se abraza a la huella de su aroma a cereza negra, que flota entre las sábanas y mi piel.

Abro y cierro las manos. Vacías. «Colette».

Su intimidad pagada con desconfianza.

Me atrevo a alzar la mirada para que corra tras el horizonte por la ventana, como si esa niña rota disfrazada de diabla aún pudiese encontrarla y leerlo en mis ojos:

Que no es por ella, es por mí.

Que he dejado de dudar de ella para hacerlo de mí.

Porque, por un segundo... le habría dejado que lo hiciera.

Porque, por un segundo... he deseado que lo hiciera.

Hundirme los colmillos en la piel.

[33.](#) Que se le da muy bien.



Quiero verte

Después de reducir un vampiro a cenizas, nuestra ansia cazadora parece algo saciada y los ánimos andan más tranquilos.

Aunque lo del micro localizador fallase, mamá está más que contenta por tener en nuestro poder el medallón que parece dañar o, al menos, neutralizar a la diablo. Papá se ha aplicado a su estudio en el laboratorio. Dice que es magia de sangre. Similar a la que la vampiresa debió de usar para expulsar a William de sus dominios.

Por el momento, nuestra mayor amenaza sigue jugando por las noches con la ghoul, ignorándonos mientras rondamos por allí. Así que terminamos haciendo escapadas a los pueblos cercanos para vigilar posibles pistas de actividad *no-mu*. Teniendo Maytwon cerca, con su foco de energía maléfica y dominado ya por una criatura con las que muy pocas querrían medirse y que al parecer no tolera bien las visitas, es normal que pululen otros seres por los alrededores.

Las noches pasan y también los días y el cursor parpadea en la pantalla por cada wasap que no me atrevo a escribirle, terminando siempre por cerrar el chat en blanco y guardarme de nuevo el teléfono.

Porque quiero quedar con ella y no.

Porque su nombre me quema en la lengua, pero el miedo me quema en todo el cuerpo.

Hasta que una madrugada, tras ayudar a papá a encerrar de nuevo en su botella a un genio que iba por ahí dedicándose a convertir el mayor deseo de sus víctimas en su peor pesadilla, me dejo caer por el cementerio acompañado de Dome. Estoy feliz por el trabajo bien hecho y algo cansado

después del enfrentamiento en el que yo servía de distracción y desgaste energético mientras papá formulaba sus latinajos y pintaba círculos de invocación y contención en el suelo.

Quizás por eso me rindo, por esa peligrosa combinación de cansancio y felicidad que me atonta el cerebro.

Están saltando a la rayuela y mi hermano me chista cuando avanzo hacia ellas.

—Hudson, *¿a dónde tú vas?* —me reprende por lo bajo para no alertarlas—. Solo mirar, ¿recuerdas?

Lo tranquilizo con un gesto y sigo acercándome despacio.

Al advertir mi presencia se detienen y la ghoul me gruñe antes de esconderse tras su niñera y observarme muy atenta con su único ojo. Me agacho para quedar a su altura y reprimo las arcadas por su olor nauseabundo.

—¿Puedo jugar yo también? —Le sonrío y le ofrezco una florecilla que he recogido por el camino.

La estudia, desconfiada. Mantengo mi expresión amigable. Le echa un vistazo a la diabla con indecisión. Ella asiente y la niña finalmente se atreve a salir de detrás de su protección y aceptar el regalo.

En su lugar, deja en mi palma un trozo de quijada que espero que lleve mucho tiempo muerta y que no sea una de las partes que le faltan a su rostro.

Supongo que es mi turno, así que me vuelvo hacia las rayas trazadas en la tierra, tiro el hueso y empiezo a saltar. Desde donde está, Dome pone los ojos en blanco y se sienta con su portátil sobre una tumba.

A pesar de cierta tensión que enrarece el ambiente al principio, terminamos jugando los tres con soltura y hasta compartimos una carcajada cuando pierdo el equilibrio y me doy de bruces contra el suelo.

Al sonido de las risas, Postre se une con un ladrido feliz meneando el rabo y me chupa toda la cara para infundirme ánimos. La ghoul se asusta cuando la olisquea, le enseña los dientes podridos y Postre se va.

Al rato, regresa y deja a sus pies el trozo de peroné que le arrancó en su primer encuentro y tenía enterrado vete a saber dónde. La niña lo mira, le sacude la tierra y se lo encaja en su sitio con un chirriante chasquido de huesos. Después sonríe y le palmea la cabeza.

—Perrito.

Postre ladra feliz, le mueve la cola y terminan yéndose juntas a olfatear por ahí, en busca de alguna alimaña que cazar.

La diabla y yo compartimos un gesto entre divertido e incrédulo. Me acerco a ella, que se ha agachado a recoger la quijada, y, antes de que lo haga, mis dedos se cuelan entre los suyos.

Me mira con sorpresa y alza la mirada hacia mi hermano. Lo he dejado a mi espalda a propósito para que no pueda vernos. Sé, además, sin necesidad de comprobarlo, que está pegado a su pantalla.

Disfruto de su tacto al acariciarle la mano. Supongo que lo he echado de menos.

—Colette.

Al fin, su nombre escapa entre mis labios. Susurro tanto tiempo contenido. Suena a plegaria. Sus ojos recorren mi boca como si buscasen desentrañar el secreto de que me haya atrevido a darle forma al sonido.

—Colette. —Y le sonrío. Le doy un apretón—. Quiero verte.

Asiente.

Y aunque pienso que no debería ponérselo tan fácil a capullos como yo, que van y vienen, envueltos en miedos y dudas, mi sonrisa se ensancha. Porque me siento afortunado.



Nos encontramos en mitad del bosque cuando despunta el amanecer. Sin necesidad de buscarnos porque nuestros destinos están conectados, un magnetismo que late en la penumbra y nos indica hacia dónde caminar.

Veó su figura emerger entre los árboles bañada por el polvo dorado de los primeros rayos del sol. Y ella me ve a mí.

No mediamos palabra. Nuestros cuerpos se llaman. La estrecho contra mí y la beso. Es fácil hacerlo. Como si mis labios conociesen de memoria la ruta exacta para perderse en cada rincón de los suyos.

He echado de menos su tacto y su sabor. Me gustaría pensar que ella también el mío.

Por eso nos entregamos el uno al otro ahí mismo, sobre las hojas caídas, húmedas de rocío, y me pregunto si el sexo no fue inventado para nosotros, para que hubiese una manera de saciar estas ganas que arden cuando estamos cerca.

Al terminar, se tiende sobre el suelo. Una ventaja de que el frío no le afecte, supongo. Creo que es la primera vez que la veo con el pelo suelto. Me fascina. Ligeramente ondulado y desordenado, libre, enmarcando sus hombros, su cuello y su rostro. Hundo los dedos en él y, al irme a dormir, de regreso en mi cama, la pienso. Así, con la melena suelta, coronada de otoño y amanecer.

Ceder al sueño es tan dulce como dejarse caer en sus brazos. Porque, en mi imaginación, me sonríe y yo lo hago también.



Razones obvias

—Anoche Hudson se puso a jugar con la ghoul.

Estoy tomándome un desayuno tardío en la isla de la cocina cuando Dome me delata desde el sofá. Por su culpa, me atraganto y la leche me sube por la nariz. Moqueo en un pañuelo tropezones de cereales —en serio, muy desagradable— y lo fulmino con la mirada. Muchas gracias, ¿eh? Para esto, mejor ser hijo único. Los hermanos mayores son una jodienda.

A mi lado, papá apenas levanta los ojos de su libro, junto al que tiene una taza de café ya frío.

—¿Con la ghoul o... con su guardiana?

Suelto un bufidito. Porque a ver si ahora uno no va a poder ponerse a jugar con una niña muerta con olor a podrido sin ningún otro interés más que pasar un buen rato en sana compañía.

Odio que me conozcan tan bien.

La colleja que me suelta mi madre por la espalda no la veo venir. Hale, segunda vez que esnifo Chocapics.

Sin importarle lo más mínimo que me esté ahogando en toses —que ya sería una forma absurda de pasar al otro barrio después de una vida dedicada a la caza de monstruos—, me señala con el dedo de regañar y me promete una muerte lenta y cruel.

Si no me matan antes los cereales obstruyendo mi conducto nasal, claro.

—No se te ocurra acercarte a la *diabla*. ¿Me oyes, Hudson Armando?

—Que noooo, joder.

Y, aunque todavía estoy medio atorado, me inclino muy rápido sobre mi bol para beber de él y ocultar la sonrisita que se me escapa al tiempo que

noto las orejas enrojecer.

—Que soy un adulto responsable.

Dome se ríe tan fuerte que termina también él tosiendo atragantado. No, si al final se nos lleva Pateco juntos y de la manita. ¿Veis? Estas son las consecuencias de chivarse así a lo loco y sin necesidad.

—¿Y tú qué? —Le acierto con una mandarina en el pecho. Para ayudarle caritativamente a expectorar, claro está—. Además, Postre también jugó con la ghoul. Se fueron juntas a escarbar por ahí.

No dicen nada. Nadie en esta familia pone en duda el buen criterio de Postre.

—Tan solo es una niña maldita que necesita amigos para no aburrirse —concluyo.

Mamá gruñe.

—Los *no-mu* no merecen más que la muerte. Esa es toda la compasión que les podemos ofrecer.

Trago saliva y asiento, con la mirada clavada en las vetas claras de la encimera. Esto es lo que somos. Esto es lo que soy. ¿No?

Pero el regusto en mi paladar es amargo. Incluso con los Chocapics ahí bien afanados en darle saborcillo.

Hasta que mi lengua vuelve a dar forma en silencio a su nombre.

«Colette».

El secreto que solo yo conozco.

Y tengo que morderme los carrillos por dentro para no sonreír de nuevo como un memo delante de toda mi familia.

Desde este día comenzamos una especie de rutina. Sin dejar de dedicarle mis ratos libres a la protectora de animales, rastreo y cazo con mi familia por las poblaciones cercanas y, al regresar, si da tiempo, me dejo caer por el cementerio para jugar con Ronie, que demuestra ser justo lo que yo dije: una niña necesitada de amigos. Postre me acompaña y la divierte con sus monerías; tienen una forma animal e instintiva de entenderse. Y Colette le pone coronas de flores para mitigar un poco su olor a huevo podrido.

Intercambio alguna sonrisa fugaz con ella y, en ocasiones, nuestra piel se roza de forma disimulada.

Y luego nos encontramos. De madrugada o al mediodía. O antes de caer la noche y salir a patrullar. O todas las veces. Sin medida y sin hartazgo. Porque, una vez satisfechas, estas ganas no se apagan, sino que crecen y crecen, como las cabezas de la hidra, que cuantas más le cortas más le nacen.

Mi cuerpo clama por la diablo.

Y, de tanto en tanto, cuando estamos juntos, dejo escapar su nombre, saboreándolo. Tan solo por la satisfacción de poder hacerlo. Porque me divierte y me gusta. Porque me fascina ese retazo de intimidad. Y debo poner cara de bobalicón, dado que ella se ríe.



—Pero ¿tú cuántas *chillas*³⁴ te gastas? —me suelta una tarde Dome cuando nos cruzamos por el pasillo después de que regrese a casa satisfecho y sonriente—. A este ritmo tienes el pueblo entero ya quemado.

Me quito la chupa de cuero y me paso la lengua por los dientes al sonreír.

—Solo una.

Dome silba impresionado.

—Mis respetos. Tiene buen aguante. —Luego recapacita—. Espero que sea mayor de edad.

Pongo los ojos en blanco. Luego me da la risa floja, porque vaya si lo es. El problema es más bien cuántos siglos mayor de edad. Me recompongo y vuelvo a presumir:

—Al fin he encontrado una mujer que busca exactamente lo mismo que yo.

—¿Más mujeres?

—Sexo. —Simulo estar escuchando la más celestial de las melodías, como si las notas bien afinadas de esa palabra regalasen mi oído—. A todas horas.

Realmente es tan sublime como suena.

—Sí, definitivamente, cástate con ella.

Me río.

—Eso iría en contra del concepto.

—¿De qué concepto?

—De que los dos queremos únicamente sexo.

—Claro, porque en un matrimonio buscas a alguien que *no* quiera lo mismo que tú, ¿cierto? —Y pasa de largo de camino al baño, negando con la cabeza—. Al menos ya no tengo que preocuparme de que te la *jales*³⁵ sobre una de mis toallas limpias.

Y me cierra la puerta.

Postre ha venido a recibirme al oírme llegar. Nos hemos quedado solos y me está observando. Chasco la lengua.

—No me mires así. Él no lo entiende —le explico—. No voy a casarme con ella.

Por razones obvias, que empiezan en «colmillos» y terminan en «estaca».

[34.](#) Amantes.

[35.](#) Masturbarse.



La línea que no se debe cruzar

—Colette. Colette.

Su nombre se ha convertido en un mantra. Se ríe.

Sin nuevas muertes violentas, Ronie no se levanta con tantas energías y últimamente apenas anda fuera de su tumba unas horas, así que esta noche los dos hemos terminado pronto nuestros deberes.

Hay una quedada de baile latino en un pueblo cercano; le he dicho que podríamos ir a prenderle fuego a la pista y la he recogido en medio de ninguna parte, porque yo no le he confesado cómo me llamo ni ella dónde se oculta.

Se ha puesto un top blanco anudado que muestra su escote y su abdomen y una falda corta y suelta, a diferencia de las de tubo que suele usar. Desde que se ha subido al coche, no he podido parar de echarle vistazos a sus piernas, que se adivinan bajo las medias transparentes, y mi mano derecha se desvía para apretar su muslo una y otra vez.

Su moño también es más bajo y holgado de lo habitual, con algunos mechones ondulados sueltos para enmarcar su rostro.

Está bien *cabrona* con este aspecto desenfadado pero igual de sexi y yo no hago más que mirarla. Tanto que me pide que vigile la carretera o no se hará responsable de mi muerte..., de la que obviamente tendría toda la culpa.

Al final hacemos una parada técnica en nuestro hotel de siempre. Por obligación ineludible de seguridad vial. Hay que ser responsable al volante.

Le tomo la mano al bajarnos del coche y tiro de ella para empezar a besarla antes siquiera de llegar al ascensor.

—Colette. Colette —repito una vez dentro, entre besos.

Ella se ríe.

—Me lo vas a desgastar.

La abrazo por la espalda para que note mi erección.

—¿Te digo lo que me vas a desgastar tú a mí? —le susurro al oído antes de besarle el cuello y arrancarle un gemido. La muy malvada no se ha puesto sujetador y sus pezones adivinándose bajo el top atentan contra mi estabilidad emocional. Se los pellizco por encima de la ropa y su culo choca contra mi *compay* cuando se estremece.

Vale, lo de aguantarse hasta la habitación está sobrevalorado. Le paso la mano de canto entre las nalgas.

—¿Puedo? —vuelvo a susurrarle al tiempo que lamo el lóbulo de su oreja. Desesperado. Necesitado.

Se muerde los labios y asiente.

Echo mi peso contra la pared del fondo del ascensor, doblando un poco las rodillas, la traigo bien pegadita a mí por la cintura, le bajo las medias lo justo y me cuelo bajo su falda.

—Ah... Colette —ahogo un gimoteo contra su garganta conforme sus paredes se abren para mí, húmedas y cálidas. Y yo las rocío con las gotas de semen que se me escapan. Porque cualquiera podría pensar que, a estas alturas, tengo este momento ya superado, pero no.

Ella vuelve a reírse. Hasta que mi mano derecha asciende bajo su top y le aprieta un pecho antes de seguir subiendo para agarrarla del cuello al tiempo que entro más profundamente, sintiendo todo su culo contra mí. Ahora es ella la que gime.

—Ya no te ríes, ¿eh?

Me lamo las yemas de la mano izquierda y jugueteo con ellas entre sus piernas, trazando círculos como sé que le gusta.

Empieza a temblar y yo le doy un mordisquito en el nacimiento del cuello.

—Así, *diabla*.

El ascensor se para antes de llegar a nuestro piso. La puerta se abre y mis manos escapan rápidamente para mostrarse inocentes. Un señor de mantenimiento entra y lo saludamos con la sonrisa más forzada de la historia.

Aunque nos hemos enderezado, seguimos pegados. Y yo dentro de ella. Su falda nos oculta.

Nuestro acompañante nos da la espalda y se centra en su teléfono. Colette me clava las uñas cuando vuelvo a moverme, muy despacio. Yo me aguanto una risita y, sin quitarle un ojo al recién llegado, continúo. Porque la situación me excita y me divierte a partes iguales. No, me excita más que me divierte. Por eso, aunque apenas me mueva, lo estoy notando todo.

Y cuando el hombre se baja, la agarro por la cintura, la hago apoyarse en el espejo que nos devuelve nuestra imagen y doy rienda suelta a las ganas que me arden. Rápido y duro.

Apenas por unos segundos.

—Se me acaba de escapar todo dentro de ti —jadeo echando la cabeza hacia atrás.

Colette se ríe.

—¿Un nuevo récord, cazador?

Sin duda, hoy no puedo alardear de mi aguante.

—Es que me has puesto muchísimo.

Y lo hace todavía más saber que vuelvo a tenerla empapada... ahora que ya hemos descartado la amenaza de gangrena.

A mi *compay* le ha gustado tanto el subidón del ascensor que no quiere colaborar cuando llegamos a la habitación. La deleito con mi erudita habilidad lingüística un par de veces para que se corra y la miro avergonzado y pidiéndole disculpas al confirmar que mi mejor arma sigue sin querer funcionar.

Pero ella sonríe, me da un beso en los labios y tira de mi mano.

—Vamos a bailar.

Que al fin y al cabo ese era el plan.



La noche no podría ir mejor. La música es genial, el ambiente espectacular y la compañía insuperable. Como se trata de un baile social, cambiamos de pareja con frecuencia para aprender y divertirnos con otras personas, pero siempre volvemos. Más pegados que con nadie, porque mis ojos no se sueltan de los suyos.

Colette no para de reírse. Mientras le doy una vuelta, viendo cómo se alza su falda, me pregunto en qué momento dejó de ser la diablo para transformarse en Colette. En qué momento en su boca hay más risas que colmillos. En qué momento he dejado de ponerme mis anillos de plata, desterrados al fondo de un cajón, para poder acariciar su piel a todas horas y no quemarla.

Preguntas que giran con nosotros bajo las luces tenues del local entre acordes de salsa, bachata, cumbia y kizomba.

Se nota que no tiene práctica y no conoce todos los pasos, pero se mueve bien y aprende rápido. Está relajada entre mis manos, confiada, y así es fácil guiarla, ayudándola a lucirse para que brille. Me pone morritos, me reta con la mirada y juguetea coqueta con su melena tal y como ha visto que hacen las bailarinas más expertas.

Consigue que me ría y que la adore y que sienta el pecho lleno, porque se nota que se lo está pasando chévere y yo con ella. Hacemos el tonto, nos picamos el uno al otro, encontramos mil excusas para pegarnos y tocarnos una y otra vez.

Pienso que estoy con la chica más bonita del lugar. Sin necesidad de mirar al resto. Y me doy cuenta de que soy feliz. Mucho. Ahora mismo. Con ella.

Cuando el ambiente comienza a decaer, nos subimos en la fila trasera de mi coche porque seguimos tocándonos, besándonos y riéndonos como dos adolescentes borrachos.

Mis dedos no se cansan de hundirse entre su pelo, que en algún momento

de la noche ha terminado soltándose, y mis ojos de mirarla, como si quisieran grabarla en mi memoria, pulgada a pulgada.

Antes de darme cuenta, nos estamos quitando la ropa. O más bien ella a mí. Yo estoy... extasiado. No sé. Como en una nube. No sabía que la felicidad podía colocarte así.

—¿Tienes ganas? —le pregunto.

Deja de besarme el pecho para asentir, maliciosa.

Así que, agradecido una vez más por los cristales tintados, dejo que me desabroche los pantalones, se acomode encima de mí y simplemente disfruto de verla disfrutar.

—¿Tú qué? —me dice al verme parado.

Me encojo de hombros y niego con una sonrisa.

—Hoy es todo para ti. —Le doy permiso para que goce a su aire—. Úsame como quieras.

No estoy muy entonado, porque sigo vacío desde el ascensor y porque continúo aturdido por tantas sensaciones, pero se las arregla para estimularme lo suficiente como para poder introducirme dentro de ella. Se mueve sobre mi regazo, tocándose y regalándose todo el placer que le apetece. Yo la ayudo con mis caricias y la miro, la miro, la miro. Sus ojos entrecerrados, su cuello inclinado hacia atrás, su gesto complacido... Los colmillos asomando como siempre que está excitada.

—¿Quieres morderme?

Ella gime mientras se clava los dientes en el labio. Después se inclina contra mi cuello. Me huele, acaricia mi piel con la nariz y le da un beso húmedo, lamiéndome.

—Cada vez —jadea con voz torturada antes de apartarse, mordiéndose los labios de nuevo.

Para no morderme a mí.

Las palabras de mi hermano resuenan en algún lugar de mi cabeza diciéndome que elegimos a aquella persona con quien podemos ser nosotros mismos, sin tener que escondernos.

—Hazlo.

Abre mucho los ojos y me mira con expresión de no haberme entendido bien.

—Vamos. —La animo—. Quiero probarlo. Quiero verte disfrutar.

Ya le he dicho que hoy es todo para ella mientras yo sigo en mi extraña nube de felicidad.

—No.

—Que sí. —Dado que se ha detenido, me muevo para invitarla a recuperar el ritmo—. Venga. Dijiste que lo hacías cuando te daban permiso.

Y esta noche yo quiero dárselo todo.

—Pero... —duda.

—Puedes mordirme sin que me pase nada, ¿verdad? Solo un poquito. No voy a transformarme.

Ambos sabemos cómo funciona: para eso necesitaría beber yo también de su sangre y después morir. Aun así, niega con la cabeza.

—Ven aquí.

Tiro de ella para besarla con los dedos enredados en su pelo y balanceo las caderas para volver a darle placer. Su boca responde a la mía y naufragan la una en la otra.

—Colette —gimo contra sus labios.

Me mira a los ojos. Sus pupilas contienen una duda. Le froto la punta de la nariz con la mía y después asiento.

—Hazlo.



Consecuencias

¡Los colmillos!

Abro los ojos sobresaltado. Lo que hace que Postre se yerga atenta. Estamos en mi cama y la luz entra ya a raudales en el cuarto.

Me noto algo espeso. Como si anoche me hubiese emborrachado. Pero hace tiempo que, como cazador, aprendí que no me puedo permitir ese tipo de estupidez. Anoche tan solo estaba borracho de... ella.

Oh, mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me levanto de golpe y tengo que apoyarme contra la pared para que se me pase el mareo. Cuando remite, voy hasta un espejo y me miro el cuello.

Joder.

Porque están ahí.

El recuerdo que me ha despertado.

«Hazlo».

Y ella vuelve a besarme con devoción antes de descender siguiendo la línea de mi mandíbula. Suelto una exclamación cuando siento el pinchazo en el cuello. Me sujeta y cuando su rostro vuelve a emerger ante mis ojos, hay una expresión extasiada en él.

Y mi sangre mancha su boca.

Sus pupilas dilatadas y oscuras.

Entonces acaricié sus labios y ella me sonrió y besó mis dedos antes de llevarlos hasta su pecho y allí los sostuvo bajo los suyos cuando volvió a morderme, sin dejar de moverse sobre mí. Y se corrió con mi sangre en su boca.

Cuando terminó, me sentía mareado y nos quedamos abrazados en la fila trasera del coche, viendo las estrellas. Luego nos despedimos con besos que parecían no tener fin cuando fue ella la que condujo hasta dejarnos a Jeepito y a mí muy cerca de casa. Se apeó y yo terminé de hacer el recorrido hasta el garaje y mi cama.

Apoyo la frente contra el cristal del espejo y mi reflejo se emborrona por culpa de mi aliento. Al menos todavía tengo reflejo.

¿Qué coño he hecho?

Porque, camuflados entre las alas de San Miguel que abrazan mi garganta, el arcángel justiciero, el arcángel cazador, nuestro guía, tengo dos puntitos a medio cicatrizar que prueban mi traición. Algo que no pasará desapercibido a los ojos de ningún buscador. La marca del vampiro. Lo que yo he permitido que ocurriese.

Miro a Postre, que permanece a mi espalda en actitud de espera. La cómplice de mi secreto. Le confieso lo que estoy pensando:

—Esto es un arroz con culo³⁶.



Dome se ríe de mi braga cuando salgo de casa. Les digo que he pillado frío en la garganta, que con estas temperaturas no le extraña a nadie, mientras finjo sorberme un moqueo inexistente.

—Claro, si no anduvieras todo el día con el cipote al aire —se burla mi hermano justo cuando estoy cerrando la puerta.

Papá se ofrece a prepararme una de sus infusiones.

Mejor no haberme cruzado con mamá. Juro que puede oler mi miedo cuando armo alguna; lo lee como si lo llevase escrito en la frente.

Arranco el coche lo más rápido posible. Cuando quiero darme cuenta, ya estoy frente al edificio.

Sé que al guarda de seguridad le caigo peor que una patada en los huevos, pero se obliga a dedicarme algo parecido a una mueca de bienvenida y me abre la puerta.

—La fiscal ha dicho que puede pasar —anuncia mirando a Postre con cara de no saber cuál de los dos le desagrada más.

Parpadeo. Ni siquiera era consciente de que venía detrás. Voy en piloto automático. Sin pensar. Sin sentir. Tan solo con el deseo de acabar.

Asiento y me apresuro a entrar.

De nuevo, antes de ser consciente, ya estoy plantado frente a su despacho, del que la mujer rubia y agradable está saliendo con una pila de papeles.

—Oh. —Me sonrío al verme y deja la puerta sin cerrar, invitándome.

Me guiña un ojo al pasar por mi lado y le acaricia la cabeza a Postre. Si me encontrase en un mejor estado anímico le sonreiría de vuelta, pero no puedo. Mis facciones están tan congeladas como mis emociones. Tan solo avanzar, avanzar.

—Ey. —Colette abre los ojos con sorpresa al vernos. Su expresión se ilumina. Viene hasta mí y me besa en los labios—. ¿Y a quién tenemos aquí? —Se agacha para rascarle a Postre tras las orejas, que menea la cola encantada.

La sonrisa le brilla en los ojos cuando alza el rostro para mirarme. No puedo evitar pensar que es preciosa. Porque si ya lo es estando seria, cuando sonrío hay que inventar un nuevo grado de belleza para describirla. Ese descubrimiento me golpea.

—¿Ocurre algo? —Su expresión pasa de la alegría a la preocupación al fijarse en la mía, en cómo no le ofrezco más que una mueca vacía y acartonada—. ¿Te encuentras mal?

«Sí, Colette. Claro que estoy mal. Todo está mal».

Quizás al final sí que había un hechizo escondido en su nombre. Porque cuando dejó de ser la diabla para ser Colette..., bueno, el delicado equilibrio que habíamos construido se rompió.

—Anoche me mordiste. —No es una pregunta.

Baja la mirada, avergonzada. Después busca la mía como si necesitase aferrarse a ella.

—Tú...

Tú me lo pediste.

Tú me dejaste.

No le doy ocasión a decirlo. La interrumpo antes de que pueda hacerlo de forma tajante:

—Lo sé.

No quiero escucharlo. Soy meridianamente consciente de ello. Es ahí donde radica el problema.

—Yo... —Da un paso hacia mí. Con el arrepentimiento en la cara, con una disculpa preparada.

Intenta tocarme. La aparto, le niego mis ojos, doy un paso atrás.

No *puedo* escucharla. No *puedo* dejar que me acaricie.

Me limito a transmitir el mensaje que he venido a traerle. Lo único que importa. Ahora sí, la miro, con decisión, con rotundidad:

—No vuelvas a acercarte a mí.

Me observa con la boca entreabierta y la expresión dolida. Después cierra los párpados y asiente, asimilando, con los labios apretados. Cuando vuelve a abrir los ojos, se ha recompuesto y me dedica un vistazo altivo. Su mirada afilada y una sonrisa tirante, burlona.

—Por supuesto, cazador.

Tras unos segundos de duelo visual y sin nada más que añadir, tenso la mandíbula y trago saliva.

—Bien.

Y me largo con las manos en los bolsillos y el pecho deshilachado.

Lo peor es que se supone que no debería doler.

[36.](#) Un problemón.



Hermanos y estacas

—¿Te ha *botado*?³⁷

Silencio.

Dome me obliga a salir de la inopia al chasquearme los dedos en la cara.

—¿Eh?

Parpadeo mirándolo para intentar adivinar qué me ha dicho y mi hermano se ríe.

—La *girla* con la que andabas. Que si te ha botado.

—Ah. —Me encojo de hombros, enfurruñado. Nuestros padres nos han mandado reunir en el salón y estamos esperando a que lleguen—. No.

Él vuelve a reírse.

—Ya. Pues llevas una semana apático y gruñón. El mismo tiempo que hace que no te vas por ahí tú solo de *hanguero*³⁸.

Vuelvo a parpadear.

—¿Solo hace una semana?

Tercera carcajada por parte de mi hermano.

—¿Ves como al final sí estabas *enchulao*³⁹?

Le propino un manotazo sin muchas ganas.

—Que no, coño.

Se vuelve a descojonar.

—Ey, relaja. Tan solo has tardado veintiocho años en encontrarte el corazón. No es tan grave.

Mamá hace acto de presencia y ambos nos cuadramos y callamos de inmediato. Secretos de hermanos. Nos escanea con suspicacia ante nuestros gestos de niños buenos que no han roto un plato en su vida porque..., en

fin, la verdad es que hemos roto muchos.

Decide dejarlo correr y se recuesta en su asiento.

—Me gustaba verte feliz, hermanito —bisbisea Dome, inclinándose hacia mí aprovechando que los dos metros de papá se interponen entre nosotros y nuestra madre cuando él también aparece para tomar asiento. Me aprieta la rodilla con una sonrisa.

—Yo no...

No era feliz.

No más que en otras ocasiones, quiero decir.

No por ella.

Solo era sexo. Uno peligroso y brutal que por eso me enganchó fuerte.

No la echo de menos. Tan solo es el síndrome de abstinencia. Nada que no se arregle con un buen revolcón. Con otra. Con cualquiera.

Quiero explicarle todo esto, pero no me deja hacerlo al elevar una ceja con una sonrisita de «¿En serio? Porque no te creo una mierda» típica de hermanos mayores resabidillos que me toca los cojones.

Aprieto los labios y él vuelve a reírse por lo bajini. Siento ganas de pegarle, pero papá comienza a hablar.

De un tiempo a esta parte, sopla un viento gélido que corta la piel de día y aporrea las ventanas de noche impidiéndote dormir, silbando entre tus pesadillas. Se han caído árboles y tejados provocando desagradables accidentes y los pájaros empiezan a aparecer congelados en las calles.

Podríamos llegar a pensar que es un fenómeno propio del sur de Pensilvania a estas alturas del año, pero hay algo antinatural en la forma en la que hiela la sangre y pone los pelos de punta. Una presencia plomiza que se cierne sobre el pueblo. Una huella sombría en el susurro gélido que se vierte en tus oídos y te asegura que la muerte sería mejor que aguantar un día más. Dos personas se han quitado la vida.

Creía que era solo yo, que andaba susceptible. Pero mi familia también lo ha percibido.

—Un anzû —advierte papá.

—Un demonio del aire —capta al vuelo el pelota empollón de Dome. Se frota la barbilla—. Difícil.

Papá asiente.

—Y todavía no hemos sentido su fuerza de pleno. Se acerca hacia aquí, atraído por las energías malignas de este lugar.

—Se alimenta de la rabia no expresada, del dolor de los corazones quebrados.

Pongo los ojos en blanco cuando papá vuelve a asentir al recital de «Me he estudiado mis apuntes porque quiero ser el hijo favorito, pero nunca lo conseguiré» de Dome.

Yo soy más práctico. Despliego una navaja semiautomática y la clavo en la mesa en torno a la cual estamos reunidos.

—¿Y cómo lo matamos?



—Ey. —Dome me retiene cuando se disuelve la reunión—. Tan solo quería decirte que si necesitas desahogarte...

Bufo. Qué pesadito. Que estoy perfectamente. Un chochito se pierde y otro llega. Hay demasiados por explorar como para limitarse a uno solo mucho tiempo.

—No.

—... o que salgamos a *hanguear*⁴⁰ por ahí...

Ahora sí, me giro hacia él con una sonrisa.

—Empieza a interesarme lo que dices.

Dome se ríe.

—No lo dudaba, *compay*.

—Tarde de *panas*⁴¹ —anuncio con entusiasmo e intercambiamos nuestro saludo de colegas que inventamos estando en el instituto.



Por supuesto, acabamos en el *pub* de todas las veces anteriores. Donde la besé, donde su piel ardió, donde me puse celoso al verla acompañada y terminamos la noche bailando. Porque en este maldito pueblo no hay otro lugar al que ir.

Al entrar y no encontrarla respiro aliviado, pero al mismo tiempo siento un puño de ácida desazón contrayéndome el estómago.

Durante el resto de la noche no puedo evitarlo: cada vez que se abre la puerta alzo la cabeza para comprobar quién entra. Después la vuelvo a bajar como un perrito apaleado. No es ella. Y es bueno y malo a la vez. Si mi hermano se da cuenta... no hace comentarios al respecto. Siempre he sospechado que es capaz de leer muchas más cosas de las que reconoce en voz alta.

—*¡Wepa!* —saludo con sorpresa a Mariam cuando pasa por mi lado sirviendo unas copas. Había olvidado que trabaja aquí.

—Hola —me devuelve el saludo y se acerca tras repartir el contenido de su bandeja.

—Este es mi hermano —le presento.

—Mariam. Encantada. —Le tiende la mano. Si la diferencia de tonos de piel le llama la atención, lo disimula bien.

—Igualmente —responde Dome.

Y... un momento de sonrisas incómodas después, decide zanjarlo:

—Bueno —dice por toda despedida antes de regresar al trabajo.

—Oye —le toco el brazo—, cuando acabes, si quieres venirte un rato con nosotros...

Me lanza una mirada evaluadora antes de responder:

—¿Va a unirse tu prima también?

No lo dice muy alto y creo que con el ruido ambiente y la música Dome no llega a escucharlo.

Niego con la cabeza.

—No. Te aseguro que no.

Su gesto se relaja y nos sonrío.

—De acuerdo. Luego os veo. —Y nos guiña un ojo.

—Genial.

Yo también sonrío. Pero al parecer no lo suficiente porque, cuando me topo con la mirada de mi hermano, siento que me está juzgando.

—Adivino que ella no es —comenta como si nada antes de darle otro trago a su botellín.

Aprieto los labios y finjo no haberlo oído.

«Pero podría serlo», me contesto a mí mismo.

Debería serlo.

Porque con ella es fácil. Porque no arde a mi contacto. Porque no amenaza mi lealtad ni mi cordura.

Cumple su palabra y, cuando termina su turno, viene a acompañarnos. Se ríe con mi hermano, la conversación fluye sin problemas y nos lo pasamos de puta madre picándonos a los dardos. La noche, que nuestros padres nos han dado libre dado que nuestro demonio de dedos fríos todavía no ha hecho acto de presencia, transcurre agradable y sin sobresaltos. Sin colmillos, sin riesgos ni traiciones a quien soy.

Dome anuncia que se va a casa.

—Sí, esto... —le echo un vistazo a Mariam, que está haciéndose la distraída para que tome yo la decisión—, voy a quedarme un poco más.

Mi hermano asiente e intercambiamos un apretón por despedida que aprovecha para tirar de mí y hablarme cerca del oído:

—Sabes que lo de que una estaca saca otra estaca y esa mierda no funciona, ¿verdad?

Aparto el rostro. Odio que me haga sentir avergonzado.

—Esta es la única forma de hacer las cosas que conozco.

Me sonrío con paciencia y me palmea el hombro.

—Buena suerte con ello.

Y, tras despedirse de Mariam con un gesto amable, nos deja solos.

Una estaca no sacará otra, pero esta noche, la sonrisa de Mariam y el calor de su cuerpo me ayudan a convencerme de que no la echo de menos.

[37.](#) ¿Te ha dejado?

[38.](#) De farra.

[39.](#) Enamorado.

[40.](#) Salir de fiesta.

[41.](#) Colegas.



Huracán

Dos noches después, estamos en el cementerio luchando contra un remolino hijo de puta, gélido y cabreado.

Sinceramente, esto del anzû se nos ha ido de las manos.

Sabíamos que vendría y papá ha preparado el terreno para intentar condensar su energía lo máximo posible, obligarle mediante invocaciones a hacerse más corpóreo porque..., bueno, luchar contra el viento no es fácil.

A pesar del morro fruncido de mamá y de que seguramente vaya a tenerlo a dos velas lo que le queda de vida, fue a negociar con la diablo. Yo los observé de lejos con la mandíbula apretada mientras hablaban. Le pidió que durante esta noche se llevase a la ghoull para poder usar el cementerio como campo de batalla, bien provisto de símbolos protectores y pentagramas de contención sin interferencias de otras criaturas malélicas.

Ella accedió y no hay rastro de ninguna de las dos. Al parecer, no tiene mayor interés en nuestro demonio. Intercambiamos un vistazo después de su breve entrevista con mi padre y luego nos dio la espalda y se alejó. Tampoco tiene ningún interés en nosotros.

Así que aquí estamos los cinco, la familia Murray-Velásquez y Postre, batiéndonos contra cuchillas de escarcha moviéndose a toda hostia y latigazos de corrientes heladas. Creo que he visto unos ojos de hielo. Muy azules, cortantes, terroríficos. Inalcanzables.

No tiene ni una sola parte lo mínimamente sólida como para clavarle un arma como la Virgen de la Divina Providencia manda. No hay nada a lo que agarrarse. Nada que herir o cortar. Abrigado hasta las cejas, siento que tan solo lucho contra el aire mientras se hunde en nuestra carne, nos arranca el

aliento y, con él, las ganas de vivir.

Desesperante. Y tramposo.

Ah, y el cabrón tiene dientes. Carámbanos rotos y puntiagudos que aparecen, te rajan y se largan.

Lo dicho: tramposo. Invulnerable. Imposible de matar.

No sé en qué momento lo comprendemos. Creo que lo hacemos todos a la vez. No vamos a poder con él. Esto nos viene grande.

Nuestros golpes y nuestra rabia pierden energía. Intercambiamos miradas derrotadas. Con miedo.

Nos hemos metido en la boca del demonio y ahora va a devorarnos.

Lo sabemos. Es una batalla que no vamos a ganar. Nuestros ojos se abrazan los unos a los otros. La perderemos juntos, porque huir no es una opción. Dome, mamá y yo lo tenemos claro.

Papá, no.

Imagino que cree que es su responsabilidad. Imagino que es lo que yo haría en su lugar. Si hubiese encontrado a mi Frank y tuviese mujer e hijos.

Quiere regalarnos tiempo. La oportunidad de escapar. Así que se sitúa en el centro del círculo de invocación y reanuda su cantinela con más fuerza. Usa el gaélico, una lengua con mayor poder para dirigirse a un demonio del hielo que el latín por cuestión de proximidad. Su voz es rotunda y su expresión decidida, pero nosotros lo conocemos demasiado bien y percibimos lo agarrotada que está su espalda y cómo aprieta los dientes mientras el sudor se escurre por su sien a pesar de encontrarnos a temperaturas bajo cero.

Sostiene en sus manos un congelador que tenemos enchufado a un generador instalado en el coche.

Sí, sé que acaba de perder todo el *glamour* de brujo arcaico con eso de ir arrastrando un cable detrás, pero es el mejor contenedor para el anzû que se nos ha ocurrido. Debe ser afín a la naturaleza del demonio para ayudar a que se sienta atraído por él.

Todos nos tensamos al verlo aparecer en escena con el congelador.

Porque, aunque lo sostiene sin dejar de recitar como si contuviese en él la salvación del mundo, sabemos que no hemos debilitado al demonio lo suficiente como para lograr atraparlo. Teníamos que mermar sus fuerzas antes de llegar a este momento.

Se está precipitando.

Lo está distrayendo.

Se está sacrificando.

Funciona de inmediato.

El demonio siente su llamada y lanza un furioso bramido que acuchilla nuestros oídos. Se condensa en un remolino de ráfagas de escarcha que me cortan la poca piel del rostro que el pasamontañas deja al descubierto y me lanzan al suelo con un rabioso pulso de energía gélida que nos expulsa del círculo de invocación.

Postre viene hasta mí ladrando y me toca la cara con su hocico congelado. Parpadeo para limpiarme los cristales de hielo de las pestañas y, entonces, a través de la ventisca que obliga a bajar el rostro, la veo. La garra glaciara que cae sobre mi padre asentándole un demoledor zarpazo.

—¡Papá! —grito, poniéndome en pie.

Observo la sangre, las heridas abiertas en su carne. Y, aun así, papá se mantiene firme. El congelador en alto y las palabras manando incansables de su boca.

Mamá también chilla y carga con rabia contra el demonio. Los tres lo hacemos. Pero su fuerza nos impide alcanzar su centro. Tan solo logramos arañar su estela al tiempo que intentamos avanzar contra ella.

Papá comienza a tambalearse. Está perdiendo mucha sangre.

Redoblamos nuestro esfuerzo, pero resulta inútil. Las ráfagas de viento provistas de afiladas esquirlas nos repelen y no ofrecen nada sólido que atacar. Las balas de mamá no sirven. Mis filos tampoco. Me doy cuenta de que estoy llorando. Las lágrimas de un hijo que no está listo para enterrar a su padre por más que toda mi vida me haya preparado para mi propio entierro.

Necesito llegar al núcleo del anzû *ya*, ese que se ha concentrado frente a papá y que el congelador no va a tener fuerza de atrapar por más afinidad que...

Afinidad.

Eso es.

Mi padre cae al suelo. El demonio se yergue sobre él, dispuesto a saborear su victoria, ignorándonos al resto de livianas moscas que espanta con sus coletazos de viento.

Situado a su espalda, avanzo todo lo que puedo. Cuando me resulta imposible continuar, planto los pies con firmeza, inclinado hacia delante para protegerme el rostro, y preparo mi haladie.

Suelto el aire. De golpe y con toda la intensidad de los sentimientos que he estado guardando bajo llave estos días, dejándolos crecer en la sombra listos para encontrar su momento de lanzarse sobre mí, pienso en Colette. En su sonrisa con la mirada regada de estrellas y su expresión alegre y juguetona entre pasos de bachata y, después, en su gesto altivo, serio, inquebrantable cuando le dije que no quería volver a verla. Sus puños apretados, la mínima fracción de segundo que tardó en asentir y aceptar que nuestras vidas no se volverían a encontrar. Sin más. Con un simple pestañeo. El frío de mi piel desde que no arde con la suya.

Un sueño de plata y negro deshilachado en cenizas.

Su recuerdo amargo en la lengua.

La frialdad de los espectros de los recuerdos compartidos.

Los cristales de nieve se arremolinan y me obligan a cerrar los ojos. Cuando los abro, el demonio está frente a mí. Sediento de «el dolor de los corazones quebrados».

Ahí lo llevas, hermanito, yo también sé empollarme las cosas. O... al menos acordarme de casualidad de lo que él se empolló.

Y mi haladie se hunde en su centro helado.



Ritual

Bueno, o lo intenta.

Porque el demonio no es tan imbécil. Se ha materializado frente a mí, con una cruel sonrisa de carámbanos y su pecho pegado a mi arma, tal y como yo calculaba. Pero su brazo helado aferra el mío, reteniéndolo.

Hago fuerza, pero su agarre gélido me corta la circulación y amenaza con cercenarme el miembro. Aprieto los dientes, concentrando toda mi energía en empujar mi hoja. Una pulgada tan solo. Es como luchar contra una mole de hielo.

A través de su cuerpo translúcido percibo por una milésima de segundo un brillo plateado. Acto seguido, se arquea hacia atrás, su empuje cede y mi haladie, ahora sí, se hunde en su pecho hasta el fondo.

Y el anzû explota.

Después, todo ocurre muy rápido.

Papá está recitando un conjuro cauterizador con sus últimas fuerzas para detener la hemorragia. Gracias a eso, llegamos a tiempo para quemarle las heridas con nitrato de plata y frenar la pérdida de sangre con la eficacia y la cabeza fría de quien nace luchando por sobrevivir una noche tras otra. Después, como soy el más rápido al volante, conduzco hasta el hospital y allí terminan de estabilizarlo.

Cuando le confirman que su marido está fuera de peligro, mamá me mira rebosante de orgullo y me alaba por haber acabado con el anzû. Dome también lo hace, abrazándome con fuerza. Otro al que le centellea el orgullo en la mirada. Llevo tantos años siendo yo el que lo admira a él, deseando parecerme un poco más, que la emoción me abruma.

Y ahora luzco una nueva espina en el brazo. Mayor que las demás. Mamá ha jugado con las líneas para dotarla de un brillo especial. De hielo. Un carámbano más que una espina, para que jamás olvide este triunfo que logra durante una semana que mamá hinche el pecho con un «Ese es mi hijo» dibujado en la sonrisa. Se lo ha contado a toda la Alianza y me han llegado felicitaciones formales. También por el vampiro con el que acabé en solitario. Que ya puestos a presumir, no se ha dejado nada en el tintero.

No obstante, cuando yo me miro la espina no puedo sonreír. Sé por qué está ahí. Por quién. No es el recordatorio de una victoria, sino el de una pérdida. Es la confirmación de que dejé una ventana abierta y me ha entrado frío en el corazón.

Debí haberlo abrigado mejor. Quizás nunca pensé que se me pudiese constipar.

Por otro lado, al observar mi tatuaje, recuerdo ese otro resplandor plateado que alcanzó al anzû antes que mi hoja. El impacto que realmente lo desarmó. No se veía nada entre la ventisca. Pensé que había sido Dome, pero no. Porque no lo ha mencionado. Papá estaba en el suelo y mamá con él. Alguien nos salvó. Me salvó. Y los méritos me los he llevado yo.

Me siento un impostor.

Me doy cuenta de que papá me observa cada vez que estoy más callado de lo habitual y menos activo. Sus ojos claros saben leer los secretos que sus labios no comparten y a mí me están poniendo de los nervios.

Nos tomamos unos días de calma para descansar y recuperarnos física y anímicamente. Papá, a quien le hemos recetado obligado reposo, los dedica a perderse en sus cientos de códigos antiguos. Parece que nunca se dé por satisfecho en lo que a desentrañar sus misterios se refiere.

Unas noches después, lo acompaño en su primera salida de reconocimiento rutinario para estirar las piernas y respirar ese aire nocturno que de alguna forma nos alimenta. Porque un buscador necesita luz de luna sobre su piel y el contacto de sus armas en la mano.

Terminamos en el cementerio. Supongo que porque esto también lo

necesitamos. El olor a granito y ciprés. El susurro de la muerte.

Hasta que avanza hacia la diablo y comprendo que quizás no ha sido tan casual el recorrido de nuestros pasos. Permanezco en un segundo plano, apartado, y trazo círculos en el suelo con la punta del pie, centrando ahí mi mirada, avergonzado, temeroso, fingiéndome distante aunque tengo los oídos bien atentos a su conversación.

—He encontrado un ritual para liberarla —anuncia mi padre.

Ambos se giran hacia la niña ghoul. Tras tanto tiempo sin verse, Postre la ha recibido con un ladrido alegre, meneándole la cola antes de olfatearle y lamerle la cara. Ella emite algo similar a una risa y ambas se alejan a buscar pequeños roedores que cazar.

Colette aprieta los labios y traga saliva.

—¿Sufrirá?

—No debería. Es un ritual benigno. Una llamada a la paz y el reposo eterno.

La observa unos instantes antes de asentir.

—¿Cuándo?

—Con la siguiente luna nueva.

—En dos noches, pues.

—Sí.

Aunque no le hace falta, Colette toma aire con fuerza y vuelve a asentir.

—De acuerdo.

Papá inclina la cabeza en su dirección y se retira. Intento resistirlo, pero termino alzando la cara para echarle un vistazo y una descarga me recorre cuando nuestros ojos se topan.

Su mirada es negra e insondable y está llena de pena. Me doy cuenta de que quizás esté a punto de perder lo más parecido a una amiga que tiene.

Cuando sigo a mi padre de regreso y le silbo a Postre para que se nos una, su soledad y su dolor se me han quedado grabados en el pecho.



Dos noches después, según lo prometido, aquí estamos: papá, Postre y yo. De nuevo en el cementerio. Entre incienso, runas y trazos en la tierra. No me preguntéis, yo no entiendo, pero he seguido con obediencia las indicaciones de mi padre mientras lo ayudaba a prepararlo todo durante el atardecer.

Estoy acuclillado, colocando una vela encendida sobre el último vértice del polígono que hemos dibujado en el suelo, cuando siento esa contracción en el estómago de estar a punto de caer por una montaña rusa y el agradable cosquilleo en la espalda de mi vello erizándose. Alzo la mirada. Pum. No me hace falta ni siquiera dirigirla. Va sola. Como un imán. Como un disparo. Ahí está. Colette, la diabla entre las tumbas. Y soy consciente de que aun sordo y ciego sabría encontrarla, porque la siento dentro de mí. La brújula que orienta mis sentidos.

Sus ojos se topan con los míos, directos como una flecha. Supongo que ella también siente esa conexión imposible de eludir. Todo es por culpa de ser las dos caras de una misma moneda que gira y gira. Cazador y presa. Persiguiéndose sin saberse cuál es cuál.

Sí, ese debe de ser el hechizo que nos mantiene cautivos.

Eso me digo. Que ni yo soy tan tonto ni ella tan bonita cuando se aproxima entre las lápidas con los últimos rayos de sol heridos de muerte a su espalda. Se ha soltado el pelo, adornado con una corona de flores blancas, y le cae ondulado sobre las líneas desnudas y tentadoras de sus clavículas, al descubierto con un sencillo vestido también blanco que la brisa nocturna hace bailar entre sus piernas.

En nuestra cultura, es el color del luto. Nos pasamos la vida vestidos de negro. Su opuesto nos acompaña en las despedidas. Luminoso para llevarse el sufrimiento. Luminoso para guiar esas almas que se han consagrado a la lucha en las tinieblas. Luminoso para distinguirnos de ellos, los *no-mu*, que son nuestros enemigos y verdugos.

Ella no debería ir de blanco. Porque nunca estaremos en el mismo bando.

Aprieto mis puños y aparto la mirada.

Está preciosa, pero es culpa del hechizo.

La echo de menos, pero es culpa del hechizo.

La odio, pero eso es solo culpa mía.

Porque es un odio diferente al que siente mamá, el de un buscador hacia un vampiro. Es un odio que muerde y araña. Un dolor abrasador en el pecho; ganas de gritar en la garganta. Porque me quiero acercar, pero si lo hago me quemo y me olvido de quién y qué soy.

Según se aproxima, me alejo para regresar junto a mi padre. Se ha sentado en el suelo con las piernas cruzadas y uno de sus libros abierto frente a él. Intercambia una mirada con la diabla y asiente. Todo preparado.

Esperamos hasta que la tierra se abre y Ronie emerge. Descompuesta, putrefacta, un cadáver al que la muerte esquiva.

Con infinito cariño, Colette le adorna con flores el poco pelo que le queda y le pone un bonito vestido nuevo, ocre y con volantes, sobre sus harapos raídos. Ella se mira entusiasmada y gira y gira entre risas para ver volar las faldas. Después corre a recuperar su cadavérica mano izquierda, que ha salido disparada, y vuelve a encajársela en la muñeca.

Aprovecho para ir junto a ella. Yo también le he traído un regalo. Es un peluche de perrito. Se parece a Postre. Se lo ofrezco y la miro a su único ojo con una sonrisa. Hemos jugado demasiadas noches como para no haberle tomado cariño.

Postre, la de verdad, describe un par de vueltas a su alrededor meneando el rabo y la saluda con un lametón. O la despide. Porque ambos damos un paso atrás y miramos a papá. Vuelve a asentir. Es el momento.

—Debemos conseguir que se quede en el centro —le avisa a la diabla.

Emito un chasquido con la boca. No va a ser tarea fácil. Nuestra pequeña *no-mu* es un culillo inquieto. Pero Colette asiente.

—Yo la sostendré.

La guía de la mano con cariño.

—Ven, voy a contarte un cuento. —Y tira de ella hacia el centro del dibujo. Se sienta y acoge a la niña entre sus piernas cruzadas.

—No sabemos qué efecto puede tener sobre ti —advierte papá.

—¿Un hechizo para hallar el descanso y la paz?

Él asiente.

—Quizás...

Colette lo interrumpe con una sonrisa ladeada.

—Sea.

Papá vuelve a inclinar la cabeza, de acuerdo, y yo siento un tirón en el estómago, que no es agradable ni trae una descarga de adrenalina. Se parece más a un retortijón. Feo, apremiante, cargado de miedo —y si no has leído la «r» también me vale—.

¿Y si Colette se va? ¿Y si ella también...?

«Habríamos terminado nuestro trabajo», me recuerda una voz. La que debería escuchar.

La que mi pie ignora cuando da un paso al frente, como si lo intentara evitar.

Consigo detener el otro pie y me quedo ahí, quieto, en el borde del polígono, observándola, aunque ella no me devuelve la mirada en ningún momento. Está concentrada en Ronie. La tiene atrapada con la historia que le susurra con una voz plagada de magia y misterio al tiempo que papá comienza a recitar sus salmodias e invoca los elementos.

De vez en cuando, Colette eleva los ojos al firmamento, capturando sus constelaciones y, como no alcanzo a oírla, me imagino que le está hablando de una niña que soñaba con las estrellas, una niña de negro y plata que volaba al bailar bajo la luna, que creyó que su destino estaba allí arriba, llamándola. Hasta que se cayó.

Se levanta un viento de ultratumba que me agita el pelo y me escupe suciedad en los ojos. La hojarasca rueda sobre la tierra, entre polvo y arena. Las copas de los árboles se inclinan. Los pájaros echan a volar. Postre gimotea y Colette aprieta a Ronie contra sí.

Cuando la brisa se calma, el silencio se impone. Papá calla. Ha terminado. Contengo la respiración y parpadeo para limpiarme las últimas

partículas arrastradas por el aire que me impiden ver.

Las figuras en el centro del círculo se han quedado inmóviles. El corazón se me acelera. Un latido, dos, que golpean con fuerza contra mis costillas, exigiendo salir, avanzar, correr hacia ellas.

Doy ese segundo paso que había contenido, cruzando la línea.

Colette se mueve y yo me detengo. Respiro y solo entonces soy consciente de haber estado ahogándome.

Baja la mirada hasta Ronie. Se ha quedado inerte entre sus brazos, la cabeza caída contra su pecho y su párpado cerrado. Tranquila, en paz, dormida con su corona de flores y su vestido de oro.

Colette agacha la frente y una solitaria lágrima de sangre se escurre por su mejilla.

—Ve a encontrarte con tu mamá, Ronie. Al fin.

Después se quita la lágrima y la observa sobre su índice. Escarlata. Se toca los colmillos, cierra los ojos y bajo sus párpados manan dos lágrimas más.

Se recompone con rapidez. Se seca el llanto y se pone en pie, con el cuerpo de Ronie abrazado. Se dirige a su lápida y yo agarro una de las palas que hemos traído y voy en su ayuda. No intercambiamos palabra alguna. Tampoco cuando papá se une y ambos, junto con Postre y sus fuertes patas, apartamos la tierra removida por la que la ghoul escapaba cada noche mientras ella la sostiene.

Una vez hay hueco suficiente, la deposita con cuidado. La niña se ha quedado en posición fetal.

Sonríe abrazada a su peluche. Se parece a Postre.



El bien y el mal bailan juntos

—Papá. —Llamo su atención mientras le ayudo a recoger los útiles del ritual.

—¿Mmm?

—Los guardianes no tenéis muy buena prensa entre la Alianza, ¿cierto? Quiero decir, os llaman cuando hacéis falta, pero...

—¿No nos quieren?

Asiento mientras enrolló la soga que hemos usado de compás rudimentario.

—Verás, hay muchas historias.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo en general. La memoria del ser humano es vaga y su imaginación rica. Con ella rellenamos los huecos del pasado. —Cierra el baúl con sus velas—. Pero me refería al origen de los guardianes. Los buscadores necesitábamos igualar fuerzas con las de nuestros rivales.

—Así que los dioses os mostraron algunos de sus conocimientos —repito lo que me contó tía Rosita durante una de nuestras partidas—. Hechizos de luz alejados de la magia oscura de los *no-mu*.

—Usamos runas, huesos, velas y círculos de invocación en cementerios. ¿De verdad están tan alejados?

Guardo silencio, sin saber qué responder. La sonrisa que me dedica me recuerda a la que ponía cuando era niño y él me mostraba el mundo con paciencia. Debería preguntarle más. Todavía me queda demasiado por comprender.

—Esa es la versión oficial —retoma la palabra al fin—. Los dioses nos

eligieron, a la casta de los guardianes. Buscadores distinguidos.

—Pero ¿hay más versiones?

—Siempre las hay.

—¿Y qué dicen? —Termino con la cuerda y lo miro con ganas de saciar mi curiosidad, arrancándole otra sonrisa.

—Que les robamos la magia. A los *no-mu*. Guardianes desesperados al verse incapaces de contener a sus presas se infiltraron entre ellos para apropiarse de sus secretos.

—¿E infiltrarse significa...?

—Trabar relaciones. Amistad, intimidad...

—¿Intimidad es...?

Papá eleva sus cejas color zanahoria con diversión. Y sus ojos me dicen «Sí, eso que estás pensando. Por una vez que lo piensas cuando toca...».

Y yo *no* miro en dirección a la diabla, que continúa arrodillada frente a la tumba de Ronie. No miro, no miro, no miro. Solo que sí lo hago. Un vistacillo de nada. Veloz. Inocente. Se me han puesto las orejas coloradas y rezo por que papá no lo haya notado cuando continúa:

—Y aquí entra la última versión.

—¿Cuál?

—La sangre mestiza. Cazadores humanos dotados de ciertas habilidades solo al alcance de los *no-mu*. Tiene sentido.

Por si me ha visto mirar y ponerme rojo, exagero una mueca de repulsa e incredulidad:

—Pero eso sería asqueroso, ¿no? Quiero decir, ¿quién...?

Y risita nerviosa.

Joder, creo que tengo las orejas coloradas otra vez.

Un actor de puta madre, vaya.

Si al mentiroso se le pilla porque tiene las patas muy cortas, a mí me pillan por tropezarme con mi propia polla. Es lo que pasa por tenerla tan larga.

—Asqueroso —me reafirmo, por si acaso.

Menudo Judas de mierda estoy hecho. Primero traiciono a mi familia y ahora reniego de Colette.

—No todos los *no-mu* tienen los miembros podridos. Algunos son muy humanos en su apariencia. Brujas, hechiceros, súcubos, demonios menores, genios...

La palabra «vampiros» se queda flotando entre ambos sin llegar a ser pronunciada.

«No la mires, Hudson».

Pero lo hago. Observo a la diabla inclinada por el dolor bajo un firmamento de estrellas. Con su vestido blanco y su pelo suelto. Humana. Como cuando baila y ríe. ¿Humana? Como se preguntan mis ojos cada vez que se topan con los suyos.

Papá carraspea y yo parpadeo muy rápido, al tiempo que devuelvo a él mi atención. Las orejas me arden.

—De una u otra forma, para muchos dentro de la Alianza estamos manchados con la sombra de los *no-mu*. Nos asemejamos a ellos demasiado.

—¿Os desprecian?

—En ocasiones. —Se echa al hombro la mochila con las cosas—. ¿Por qué te crees que no cazamos con la familia de tu madre?

—¿No les gustas? —Ambos caminamos hacia su coche.

—Nunca aceptaron mi relación con Isabel. Son buscadores tradicionales y aguerridos. No ven con buenos ojos los encantamientos; prefieren las armas y lo que pueden controlar.

—Pero... Cuando usaste los hechizos para sanar tus heridas y no desangrarte... O esta noche, cuando has ayudado a Ron... a la ghoull a encontrar la paz... Si lo que haces con él es bueno, ¿qué importa el origen de tu poder? ¿O si hay en ti sangre *no-mu*? ¿No deberían tenerse en cuenta otras cosas?

Papá abre el maletero y deja con pesadez la mochila.

—¿Hablas de la vampiresa?

—¿Qué? No. No, claro que no. —Doy un paso atrás, alzando las manos con mi risita esa de buen actor para nada patética. Después vuelvo a acercarme y mi voz baja en tono confidencial—. ¿Por qué? ¿Tú crees que...?

Papá resopla y se frota la mandíbula antes de echar un vistazo a nuestra espalda, hacia donde se ha quedado Colette junto a la tumba de una niña que murió hace siglos.

—Creo que ha tenido muchas oportunidades de matarnos y muy pocas de beneficiarnos, pero no ha aprovechado ninguna de las primeras y sí todas las segundas.

Me muestra algo que llevaba escondido. Una daga. Brilla bajo la luz del coche al tener la puerta abierta.

—Plata de la mejor calidad —alaba. Su hoja está cubierta de runas—. Muy bien hechizada contra las fuerzas oscuras. Destila un gran poder.

La reconozco, es la daga que vi caer a mis pies cuando el anzû estalló. El arma que logró alcanzarlo y me permitió acabar con él. Corrí por encima de ella para auxiliar a mi padre. Cuando se me ocurrió volver a buscarla dos noches después, ya no estaba. Creí haberla imaginado. Hasta ahora.

—Tú también la viste —comprendo.

Papá asiente.

—Y viniste a buscarla.

Vuelve a asentir. Por eso yo no la encontré. Y por eso mamá casi se vuelve loca cuando supo que su marido había ido a dar una vuelta después de estar al borde de la muerte. En fin, casarse con un descendiente de *highlanders* es lo que tiene: mucho honorable sacrificio y muy poco instinto de autoconservación.

—Alguien nos salvó del anzû —sentencia.

Yo desvío la mirada de nuevo hacia Colette.

—Piensas que ella...

Papá se encoge de hombros.

—Si tenemos un ángel de la guarda, no se ha dejado ver.

—¿Así que quizás sea una *diabla*? —sugiero con diversión. No tenemos muchos más candidatos.

—Quizás.

No añade más porque no es amigo de las conjeturas. Pero su sentido de la justicia es exquisito y comprendo que por eso estamos aquí: ayuda por ayuda. Sospecha que Colette pudo salvar a su familia, así que él ha venido a ofrecerle la paz a Ronie. Por eso andaba tan enfrascado en sus libros.

—Me protegió de una hiporagne —confieso de golpe—. Junto al río.

Me levanto la camiseta para mostrarle la cicatriz que me dejó su aguijón venenoso. Papá asiente.

—Lo creo. —Y le lanza un último vistazo a Colette.

Me quedo mirándolo y sonrío al comprenderlo.

—Te cae bien.

La risa de papá es grave.

—No se lo digas a tu madre. —Sacude la cabeza.

Por una vez, el sospechoso no soy yo.

—Entonces, ¿no consideras que sea... mala?

—Soy un guardián, Hudson. Hay quien afirma que la magia negra corre por mis venas. Lo único que yo sé es que podría parar un corazón humano recitando tan solo unas palabras.

—Pero no lo has hecho. —La rotunda confianza en mi afirmación se ve rota cuando él se queda callado, muy serio.

Sus ojos enfrentan los míos. Parecen lejanos, sumidos en los recuerdos, y me doy cuenta de que hay muchas cosas que no sé sobre mi padre, que tuvo toda una vida antes de la mía y que, como yo, fue educado en los pasillos oscuros y fríos de un instituto de la Alianza. A diferencia de mí, en Puerto Rico y viviendo con mis padres y la familia de mamá, él en los Estados Unidos, huérfano, interno y lejos de cualquier conocido. Un guardián solitario, despreciado y temido por sus compañeros. Listo para ejecutar y matar.

Mi corazón late con fuerza durante los segundos que sus labios tardan en

despegarse:

—Estuve a punto. Una vez.

Suelto el aire aliviado. Un poco, al menos.

—¿Por tener más poder para hacer el mal que otros soy malo? ¿O soy todavía más bueno por renunciar a hacerlo? ¿Lo soy a ratos? —Abre los brazos, sin respuesta—. Considero que en ocasiones las líneas son difusas —concluye—. El bien y el mal bailan demasiado juntos. Pasos entrelazados en un delicado equilibrio. Podría ser fácil tropezar en uno u otro sentido.

Asimilo en silencio sus palabras. Los ojos se me escapan hacia ella una última vez.

—¿Y finalmente...? —Trago saliva—. ¿Finalmente tendremos que matarla?

Se pone serio y toma aire.

—No lo sé. Depende de muchos factores. —Se rasca la nuca y cierra el maletero con un golpe seco—. Como que logre averiguar la manera de hacerlo.

Estoy subiéndome al asiento del copiloto cuando me lo pienso mejor:

—Vuelvo dando un paseo —anuncio—. Así estiro las piernas.

Papá asiente, como si ya lo supiera. Sus ojos se cruzan con los míos a través del retrovisor.

—Lleva cuidado, Hudson.

Se gira y me tiende la daga. Me pregunto por qué una vampiresa tendría una hoja de plata hechizada contra el mal y por qué me la da a mí. Aprieto la mandíbula antes de aceptarla y me apresuro a agitar la cabeza en modo afirmativo.

Le abro la puerta a Postre para que se baje y venga conmigo.

—Por cierto, papá. —Vuelvo a llamar su atención asomado desde la fila de atrás—. Lo de no cazar con otros buscadores... Le está afectando a Dome más de lo que se permite quejarse. Se merece no sentirse solo.

Es su turno de asentir con aire meditabundo.



Corazones quebrados

La gravilla cruje bajo mis pies al deshacer mis pasos. Colette continúa arrodillada, mirando al vacío. Un rastro de sangre sobre sus mejillas allí donde sus lágrimas ya se han secado.

No me dedica ni un vistazo cuando me siento a su lado, aunque sí acaricia la cabeza de Postre, que se restriega contra ella para saludarla. Siempre ganándose más afectos que yo.

—¿Cómo estás? —pregunto con voz queda.

—¿Importa?

Y ahí sí me echa una miradita despectiva que termina de matizar sus palabras:

«¿Te importa?».

«Joder, Colette, me importa muchísimo. Más de lo que debería».

En lugar de eso, me encojo de hombros y finjo indiferencia.

—Os habéis hecho compañía durante mucho tiempo.

—Sí. Y también soy un monstruo, ¿recuerdas, cazador? Malvada, insensible, despreciable...

—No lo eres. —Mi voz suena absolutamente convencida.

—¿Qué sabrás tú?

Me fijo en sus manos recogidas en el regazo. Lleva dibujada una runa con tinta negra en cada dorso. Las reconozco; la Alianza las usa en sus entierros oficiales. Son invocaciones de paz y reposo eterno.

De repente lo comprendo: su aceptación decidida y serena cuando papá le ha advertido que también ella podría ser llamada a la muerte. Su ropa de funeral, pero también de difunta. Tocarse los colmillos nada más terminar.

Estaba comprobando que seguían ahí y la derrota ha cruzado su rostro. Después ha cerrado los ojos y han manado las lágrimas de sangre que lloran los vampiros cuando su dolor es genuino y profundo.

La recuerdo en mi casa, la noche que resucitó y yo la dejé escapar. Quiso beber agua para aplacar su sed: «A veces... todavía me despierto y... por un instante... lo olvido. Como si solo hubiese sido una pesadilla».

Está llorando sangre por Ronie, pero también por ella. Porque no ha funcionado. Igual que no lo hizo ese vaso de agua. Porque la niña que soñó con su destino en las estrellas descendió al infierno y aún no lo ha abandonado.

Colette quiere morir.

Entenderlo me golpea. Un regusto ácido que me seca la garganta.

El *Ab imo pectore* tatuado en el dorso de mi mano cubre la suya cuando la cobijo con la mía. «Desde lo más profundo de mi corazón» en latín. Tuve un profesor de armas que solía decir que en cada tiro y cada cuchillada debía poner todo el corazón, disparar desde el centro de mi ser. Una extensión más de mi pecho que se ramificaba por mis venas hasta llegar a esa mano letal y precisa. Soy zurdo, por eso lo llevo en la izquierda.

Viendo ahora el mimo con el que las letras abrazan sus dedos, me pregunto si ese «Desde lo más profundo de mi corazón» puede tener otro significado. Si esta mano puede ser algo más que la de un guerrero.

—No lo eres —repito. Un monstruo, un ser despreciable. Y entiendo que estar convencida de lo contrario es la única razón por la que me ha permitido tratarla como lo he hecho. Aceptamos el amor que creemos merecer. Eso fue lo que me dijo mi hermano, ¿no? Y ella no tiene una pizca para sí misma.

Sus ojos enfrentan los míos.

—Ojalá lo fuera —sentencia. «Insensible». Se levanta y se sacude la tierra con dos manotazos—. Así te sería más cómodo odiarme.

Echa a andar y yo me incorporo con rapidez para ir tras ella. La agarro del brazo.

—Colette, yo no...

—¿Qué? —Me enfrenta con rabia, soltándose de un tirón—. ¿Tú no qué, cazador?

Tiene la mirada rota y yo dudo al perderme en ella.

—¿Tú no me odias? —sugiere con sorna, elevando su famosa ceja.

No respondo porque es complicado. Porque sí, pero no. Porque por ella me dejé morder. Porque no se puede repetir. Porque en su cercanía todo es confuso y todo lo que creía saber sobre mí mismo se desdibuja.

Ante mi silencio, vuelve a girarse.

—Espera.

Cuando la retengo de nuevo por el brazo, me muestra sus colmillos desplegados con un gruñido de advertencia. Muy cerca de mi cara.

Aunque aterrorizaría a cualquiera, me mantengo impasible. Lanza otro gruñido replegando los labios, amenazándome. Permanezco sereno.

—No me das miedo.

Porque no es Colette quien me da miedo; soy yo cuando estoy con ella.

Su expresión se resquebraja, su cuerpo se desinfla.

—Pues debería —susurra y, habiéndola abandonado toda fuerza, rompe a llorar. Lágrimas escarlata que ruedan por sus mejillas.

La abrazo contra mi pecho.

—Debería —gimotea, intentando resistirse sin demasiadas ganas.

La sujeto mientras tiembla. Aguardo hasta que pase la tormenta, ofreciéndome como humilde refugio ante la tempestad, para que sepa que no tiene por qué desgarrarse en solitario, guardarse todo su dolor para sí.

No lo pretendía, pero aspiro su olor. Hay entretejidos en él demasiados recuerdos. Trago saliva y cierro los ojos. Porque quizás yo también necesitaba este abrazo. Porque sentir su cuerpo cobijado contra el mío afloja todos los nudos de un alma que no sabía tener enredada.

Joder, estoy muy mal de lo mío.

Por eso, cuando se aparta limpiándose los ojos y me mira de frente, contengo mis labios y tan solo les permito depositar un largo beso sobre su

cabeza en lugar de buscar su boca.

Me obligo a dar un paso atrás. Aparto la mirada.

—Bien —concluyo con los puños tensos, esquivo. Si ya la he ayudado en todo lo que podía...

No lo resisto y la miro una última vez. Sin autorización y sin pasar por la computadora central, mi mano se apoya en su mejilla. Mi pulgar le acaricia el pómulos. *Ab imo pectore*. «Desde lo más profundo de mi corazón» contra su piel pálida.

—Vendré mañana, ¿vale? —le prometo—. A la hora de siempre, para que no te enfrentes sola a la ausencia de Ronie, ¿de acuerdo? Podemos charlar.

Asiente y me dedica una tímida sonrisa agradecida. Se la devuelvo y así nos despedimos.

Quizás... podamos ser amigos.

En cuanto me quedo solo, le escribo a Mariam. Le digo que quiero verla, que la echo de menos.

Me responde con una carita colorada y un besito con corazón.

Un pinchazo de culpabilidad.

Me digo que no miento. No del todo. Mis sentimientos son reales. Sin duda, hay alguien a quien echo de menos. Aunque me obligue a buscar donde no voy a encontrarla.



De postre... tú

Cumplo mi palabra y a la noche siguiente me siento con Postre junto a Colette frente a la tumba de Ronie. Mantenemos la mirada hacia delante, en silencio, arropados por los grillos y la brisa que serpentea entre los árboles. Ningún movimiento de tierra ocurre. Nada.

—¿Cómo la conociste? —curioso. Lo de estar mucho rato calladito y quieto hemos comprobado que no se me da bien. Le tiro un palo a Postre para que lo recoja.

Sin mirarme, Colette sonríe de medio lado.

—Intent  matarla.

Cabeceo.

—S , suele ser el comienzo de las mejores relaciones.

—¿Tú crees, cazador? —Ahora sí se gira para enfrentar mi mirada con sorna.

Me río.

—Culpable.

Y la siguiente mirada que compartimos es más cálida, cómplice, cercana. Sonrío. Colette también. Antes de apartar la mirada y suspirar.

—Supe que había un ghoul y vine a exterminarlo. Al encontrarla, comprendí que solo necesitaba algo de cariño. Poco a poco fui reconstruyendo su historia.

Se pierde en sus recuerdos y yo me pierdo observándola.

—Hudson —digo de repente.

—¿Cómo? —Parpadea confusa.

—Hudson —repito—. Me llamo Hudson.

Ups, el Armando se me olvida. Qué despiste tan tonto e inesperado.

Ella me sonríe y asiente con la cabeza, agradeciéndome la confianza. Una barrera que cae.

Para restarle hierro al asunto, señalo a mi nena con el mentón.

—Y ella es «Postre».

Asiente y repite la palabra, que suena extraña en su boca.

—Significa «postre» en español —se lo aclaro, dado que ella habla inglés—. Es de sangre latina, como yo.

—Ya, pues yo diría que es una pastora belga. Pero tú a lo tuyo, *papito* —finge un acento mexicano que me hace reír.

—Se te da fatal.

—Lo sé.

En fin, ya era hora de que no hiciese bien algo.

—¿Y por qué «postre»? —Sabiendo que hablamos de ella, se ha acercado y Colette le rasca entre las orejas.

—Oh, porque es uno de los mayores placeres de la vida.

Me mira divertida. Mi entusiasmo ha sido genuino y lo sigue siendo cuando lanzo mi alegato:

—Verás, la comida es necesaria. Puedes disfrutarla más o menos, pero no deja de ser, pues eso, una necesidad. Para sobrevivir. Pero el postre... ¡Ah, el postre! —Pongo cara de puro deleite y gesticulo con amplitud—. El postre es un capricho que te das. Un mejorarlo todo simplemente porque te apetece. Ponerle la guinda al pastel. Como esa última corrida cuando ya no te quedan ni fuerzas ni material. Solo por vicio.

—Ajá, entiendo. O sea, que cuando una criatura de la noche os devore, podrá decir «Comerme al cazador era necesidad, mera supervivencia, pero el perro... ¡Ah, el perro! Eso ha sido un delicioso capricho. Como una última corrida en toda la cara». —Hace un aspaviento—. «Ha sido... el postre».

—Yo no he dicho... —La miro contrariado. Todo deleite borrado de mi rostro. Hundido. De repente ya no me parece una genialidad de nombre—.

Vale, acabas de jodérmelo.

Y la cabrona se ríe. Maldita diablo.

—No vuelvo a ser amable contigo —sentencio y me pongo en pie—. Venga, arriba. Vamos a correr. Que tú estarás tan muerta e insensible como tu corazón despiadado, pero a mí se me están congelando las pelotas.

—Y ya sabemos el importante acompañamiento que le hacen a tu órgano favorito.

—Exacto.

Y comienzo a trotar. Postre lanza un ladrido alegre y me sigue. Colette vuelve a vestir un conjunto negro de deporte como suele hacer en sus visitas al cementerio y no tarda en situarse a mi lado. Aprieta un poquito más el ritmo y me sonrío con suficiencia.

Cuando quiero darme cuenta, estamos corriendo en serio, picándonos el uno al otro, obligándonos a ir cada vez más rápido.

Es una cabrona competitiva... y yo lo soy más.

Así que terminamos sin resuello en lo alto de la colina que vigila el cementerio. Bien machacado pero contento, compartimos una mirada divertida y nos reímos.

—¿Tú también te cansas? —curioseó con un jadeo.

—¿De ti? Por supuesto. Pero disimulo bien. Por decoro, ya sabes. —Y me guiña un ojo.

Ya os lo he dicho: cabrona hasta rabiar.

Y supongo que es una de las cosas que me encantan de ella. Porque, con la adrenalina a flor de piel y la dopamina disparada, cuando quiero darme cuenta, la estoy encarando con actitud desafiante.

—Pero ¿qué dices? ¡Anda!

Saco pecho y, cuando va a empujarme para defender el espacio personal que le he invadido, la agarro y la beso.

La beso porque despeinada y feliz es como más me gusta. Porque me muero de ganas. Porque no tengo autocontrol ni deseo tenerlo.

Se queda quieta, sorprendida. Después, su boca reacciona a la mía y,

durante unos instantes, mientras nuestros labios se dan la bienvenida y nuestras lenguas se enredan, todo es perfecto. Una descarga de placer recorre mi cuerpo y activa todos y cada uno de mis receptores nerviosos. Sí, también mi mononeurona, que se encabrita, deseando saludar.

Virgen de la Divina Providencia, estos besos son la antesala del infierno.

—Joder, Colette —gimo en sus labios, atrayéndola por la cintura más fuerte, sintiéndola contra mi erección.

Porque este es el postre que quiero saborear. El dulce capricho. La última corrida.

Entonces ella se aparta y yo sonrío de medio lado, pensando que está jugando hasta que me fijo en su expresión seria y su mirada opaca. Mi gesto también cambia y sabe que voy a suplicarle antes incluso de que diga nada. Me hace callar, endureciendo sus facciones, y da otro paso atrás.

—Comienzo a estar harta de tus idas y venidas, cazador. Aclárate.

—Yo... —Vale, no hay justificación ni nada que decir en mi favor. Acepto mi derrota y dejo caer los brazos—. Tienes razón. Lo siento. Soy un gilipollas.

La diabla sonrío con cierta incredulidad, lo que ablanda su expresión.

—La situación me supera y me confunde —reconozco.

Asiente.

—Lo comprendo.

—Gracias.

Le dedico una sonrisa sincera y ella pone los ojos en blanco, resistiéndose, pero sus comisuras terminan curvándose. Un poquito.

Doy un paso al frente, acortando de nuevo la distancia.

—Entonces... ¿eso significa...?

Elevo las cejas, travieso.

Se ríe y me da un capirotazo contra el pecho, atinándome con precisión en la tetilla.

—No.

—Auch —me quejo.

Agarro su mano cuando se aleja y le hago pucheros. Aunque se ríe, vuelve a soltarse, impasible.

—Por cierto, Hudson.

—¿Sí? —La miro esperanzado.

—Eres consciente de que tu nombre aparecía en los informes que me trajisteis, ¿verdad?

Me quedo congelado.

—¿Lo sabías desde el principio?

Sonríe como la diablo que es.

—No sé de qué me hablas, Hudson... Armando.

Y se ríe. Mucho. Mientras se aleja.

Jamás he renegado de mi madre, pero... alguien debería haberla detenido ante la pila de bautismo. Todos sabemos que en ocasiones no medita las cosas lo suficiente.

—¡Oye, *diablo!* —le grito. Colette se gira—. ¿Mañana a la misma hora?

No contesta antes de darme la espalda, pero sonríe.



Era un sí

Sabía que esa sonrisa era un sí.

De acuerdo, no las tenía todas conmigo y por eso he venido hecho un manojo de nervios, preguntándome si estaría haciendo el estúpido, con Postre lanzándome miraditas de «¿Por qué andas inquieto, *bro*, si no detecto ningún peligro?» al tiempo que me daba cabezaditas contra el muslo para tranquilizarme y recordarme su apoyo incondicional.

Pero cuando, tras completar un par de círculos inquietos porque he llegado antes de la cuenta, ella aparece, sonrío. El corazón se me alegra y sé que ha merecido la pena. Las dudas. Estar aquí. Buscarla. O... dejarme encontrar.

Sin parar de sonreír, voy a su encuentro. Mis dedos se enredan con los suyos. Sin querer, sin pretenderlo. Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar.

—Has venido.

Ella también está sonriendo. Se encoge de hombros, fingiendo inocencia. Y yo la miro y... joder. Sería recomendable preguntarme desde cuándo al observarla he pasado del «Quiero empotrarla hasta que se me caiga la polla a cachos» a sentir un ramalazo de ternura que me barre de arriba abajo y me hace desear abrazarla con fuerza y hundirle los dedos en el pelo mientras aspiro su olor y le beso la cabeza... y después empotrarla, obvio. Porque ese cuerpecito cerca del mío solo puede acabar de una forma. Pero abrazándola primero, asegurándome de que nunca deja de sonreír. Con cariño, con...

Le suelto la mano de golpe y carraspeo, apartando la mirada.

Me tengo que centrar, me tengo que centrar, me tengo que centrar.

No se da cuenta porque justo se agachaba para saludar a Postre, rascándole la cabeza. Aunque me he quedado serio, al mirarlas vuelvo a sonreír.

«Mis chicas», pienso con afecto.

Y me vuelvo a quedar serio, intentando recular mentalmente. No lo son. No son *mis* chicas. No en plural. La diabla, no...

Levanta la cabeza, todavía acucillada junto a Postre, y me sonríe. Con los ojos llenos de estrellas. Y a mí se me cae el universo encima.

Vuelvo a apartar los ojos con cobardía. Trago saliva. Debería huir, pero no quiero.

—¿Corremos? —sugiero todavía sin atreverme a mirarla.

Asiente y comenzamos a trotar. Voy distraído, con la mirada en el suelo, y ella aprovecha para empujarme fuera del camino justo cuando nos internamos en el bosque que circunda el cementerio. Parpadeo desubicado, intentando volver a centrarme. Se ríe y me saca la lengua.

—A esa velocidad te van a comer los vermis —se burla y sigue adelante, con Postre a su lado, porque es una chula orgullosa a la que le gusta ir siempre en cabeza.

Me arranca una carcajada y voy a por ella. No piensa ponérmelo fácil y, según me acerco, acelera un poquito. Esprinto y la paso de largo.

Y después ella a mí.

Y ya estamos como ayer: adelantándonos entre piques, frenando después un poco para medir al rival, intentar que baje la guardia y apretar de nuevo.

Llegamos hasta un claro del bosque, junto a un remanso del río en el que se ensancha hasta ocupar todo el horizonte con sus aguas oscuras vestidas de neblina bajo la luna. Vuelvo a estar sin respiración, pero con la adrenalina, la dopamina, la testosterona y todas esas jodidas hormonas capaces de provocarte un buen subidón por las nubes. Y tiro de Colette hacia mí porque ese sentimiento de ternura que he mencionado antes sigue ahí..., pero empotrar gana.

Gana hasta el infinito.

Porque ver ese culito corriendo delante de mí ha sido un atentado contra mis testículos. Y su risa y su cuerpo enfundado en la ropa de deporte y la forma de sus tetas pidiendo ser estrujadas. Y su olor y su cercanía.

Me abalanzo sobre sus labios y me detengo a un escaso milímetro de ellos. Tengo que controlarme, tengo que...

Ella me pidió que me dejase de juegos.

Yo me he pedido no fallarle a mi familia.

Nuestras pupilas se enfrentan.

Nos miramos los labios.

Ninguno se mueve mientras el aire se condensa a nuestro alrededor.

Contemplo su rostro. Joder, se merece más. Se merece un tío que le riegue la cama de rosas y la lleve de la mano orgulloso.

Luego intento recordar lo que es. Los colmillos. La sangre escurriendo por su mentón. Cada vez está todo más difuso. Cada vez entiendo menos nada.

«El bien y el mal bailan demasiado juntos».

El amor y el odio también.

Pero no quiero pensar en amor. No con ella. No puedo permitírmelo.

La suelto. Doy un paso atrás con la mandíbula apretada.

—¡Joder! —Me paso la mano por el pelo, exasperado—. Esto es un arroz con culo.

—¿Qué?

—Que eres mi pizza o patatas, Colette.

—¿Qué? —repite con cara de estar más perdida a cada segundo que pasa.

—Sí, mi pizza o patatas, con esa decisión me matas.

Arquea una ceja, atónita.

—Es de un grupo español —explico—. Un vídeo casero de unos colgados en un garaje que encontré en Youtube; aunque creo que ahora se han renovado y van a ir a Eurovisión. La canción es un diálogo con una madre que les pregunta qué quieren comer: pizza o patatas. Y como las dos cosas

están jodidamente deliciosas, ¡pues no puedes elegir! —Como siempre que hablo de comida, gesticulo con ganas, sintiéndome más identificado que nunca con esos pobres cantantes ante una de las decisiones más importantes de su vida—. Y con esa dicotomía los está matando. Como tú me matas, Colette. —Me revuelvo el pelo antes de exclamar exasperado—. ¡Porque yo lo que quiero es comerte a ti!

Nos miramos.

—Así termina la canción —aclaro.

—Entonces... —Arruga el gesto—. ¿A quien quieren comerse es a la madre?

—¿Qué? ¡No! —La miro como si se le hubiese ido la pinza.

—Pero has dicho que estaban dialogando con ella.

—Joder, Colette, céntrate. ¡A ti! ¡Quiero comerte a ti! Porque eres mi pizza o patatas. —Al fin entiendo el verdadero trasfondo de una canción con la que me eché unas buenas risas junto a Dome sin comprender la profundidad del sentimiento que plasmaba—. Tú eres las dos juntas.

—La pizza... y las patatas. —Su gesto me dice que está poniendo todo su esfuerzo en entenderme.

—Exacto. Juntas. Imposible resistirse. Y me matas, joder, me matas. Sabes que yo jamás bromeo con la comida, ¿verdad? —Soy un tauro orgulloso de mi pasión por ella.

—Vaya, que era el mejor piropo que podías dedicarme.

Doy una palmada.

—¡Ahí lo llevas!

—Claro, porque hay hombres que te traen flores y otros que te comparan con... pizza.

—¿Quieres flores? —Doy un paso hacia delante, cargado de decisión, y agarro su mano—. Puedo traerte flores.

—No, yo...

—Todas las que me pidas —insisto porque, al parecer, de repente me está faltando culo para correr a buscárselas. La revelación contenida en esa

canción me ha golpeado fuerte. Ladeo la cabeza, pensativo—. Nunca le he llevado flores a nadie. —Y ahora, ¡quiero hacerlo!—. A no ser que se estuviese muriendo. —Recuerdo a la tía Rosita en el hospital—. Y luego la cabrona no se murió. —Porque ahí sigue, dando guerra y sacándole los cuartos con su baraja a muchachitos desprevenidos.

Colette se suelta y se tapa la cara con las manos, riéndose.

—Hudson...

—Estaca bendita, me encanta cómo suena mi nombre en tus labios.

¿Veis? Por esto soy gilipollas. Porque debí habérselo dicho mucho antes.

Sus ojos se clavan en los míos. Tiene los labios entreabiertos, pidiendo a gritos un mordisquito. Si me quedaba algún reparo, se ha evaporado.

—Vale, pasamos de las flores. —Me arrodillo a sus pies—. Por todos los juramentos sagrados de la Alianza, Colette, estoy loco por ti. Por tenerte. Ahora mismo. Aquí. No quieres flores y ya he aprendido que traerte comida tampoco funciona, pero... —Le sonrío con picardía y froto la nariz entre sus piernas—. Puedo comerte a ti. —Alzo las cejas—. ¿Eh? ¿Qué me dices, mi pizza o patatas? —Vuelvo a hundirle la nariz y gimo contra ella—. Sé que te encanta. —Le sonrío con mi mejor carita de inocencia fingida—. ¿Una comidita de reconciliación?

Paseo la lengua por mis labios y Colette me mira tan atónita que no puede aguantarse la risa. Eso es bueno. En mi experiencia, la risa siempre es bien. Significa «Sigue así, machote, que se me van aflojando las bragas».

—Eres increíble.

—Lo sé —acepto el cumplido y le sonrío—. Y mi boquita lo es todavía más.

—Aunque no tanto como tu arte con las metáforas para la seducción, ¿no?

No se ha alejado, así que le paso el dorso de la mano entre las piernas con firmeza y la estimuló con el pulgar. Sé que estoy ganando cuando cierra ligeramente los ojos y jadea echando la cabeza hacia atrás.

Vuelvo a sonreír al anotarme un minipunto... y porque me encanta verla

disfrutar. Sigo tocándola y adopto mi voz más sugerente:

—Bueno, entonces... ¿qué? Así sin más. No hace falta que después hagamos nada. Para ti. Un primer paso para que sigas pensando que soy gilipollas, pero tu gilipollas favorito.

Me aparto un poco, a la espera de su respuesta. Joder, me tiene excitadísimo. Como me diga que no, voy a descamarme al *compay* a pajas pensando en esto.

—Un favorcillo entre amigos —resumo. Porque, ey, os dije que quería ser su amigo, ¿no? Como veis, me estoy esforzando.

La observo con el interrogante en los ojos. Ella me mira a mí.

—¿Amigos? —Alza una ceja.

—Los mejores —aseguro.

Se muerde el labio, dubitativa. Luego, muy despacio y con timidez, asiente.

—¡Sí! —exclamo triunfal y la empujo hasta tenerla contra el tronco del árbol más cercano—. ¡Voy a hacer maravillas contigo, *diabla*!

Se ríe ante mi entusiasmo y la premura con la que le quito los pantalones y la ropa interior, dejándole las zapatillas para que no tenga que pisar el suelo descalza. La tanteo con el dorso de mi mano de nuevo y... mmmm. Un estremecimiento de placer al notarla completamente húmeda. Me muerdo los labios y rezo a cuantos dioses quieran escucharme.

—No sé cómo lo haces, *diabla*, pero me encanta.

Y ya me dejo de tonterías porque tengo algo más importante con lo que ocupar la boquita. Y en esta ocasión no es *pa' cagar*.

La lamo de arriba abajo, pidiéndole a sus labios que se abran para mí, y me entrego al placer de devorarla con ganas. Ella tiembla y gime y se aferra al tronco contra el que está apoyada. ¿Veis? Soy un amigo de puta madre.

Me aparto lo mínimo para poder verbalizar lo mucho que yo también lo estoy disfrutando:

—Joder, eres mi manjar preferido.

—Sí, bueno, ahora estoy un poco confusa con eso. —Deja escapar entre

dientes, apretados porque he regresado a mis labores—. ¿No debería ser un postre? —Un jadeo—. Dijiste que era mejor que la comida.

—Vale, sí, pues eres el postre —sentencio rápido para poder seguir a lo mío.

—Pero ¿el postre es mejor que la pizza y las patatas juntas? —Exhala con placer y sus uñas arañan la corteza—. Ahora no quiero bajar de categoría.

—Pues un helado de pizza y patatas.

Sus piernas comienzan a temblar y hunde los dedos en mi pelo, pidiéndome que no me detenga.

—De acuerdo —jadea—. Helado de pizza y patatas.

Y os juro que es lo más raro que me ha dicho una chica antes de correrse en mi boca.

Todavía estoy pegado a su coño, empapado de ella, cuando rompo a reír. La miro y ella también lo hace. Se ríe de verdad, con ese tipo de carcajada que te sacude de arriba abajo y te impide cualquier elegancia. Nuestros ojos se enredan mientras nos tronchamos, cómplices. Porque a pesar de ser la conversación más surrealista que haya podido darse en esta situación, a la vez tiene todo el sentido del mundo y es solo nuestro.

Me incorporo y me paso la mano por la boca para limpiarme antes de agarrarla del pelo y besarla por el simple placer de hacerlo. Porque me apetece perderme en sus labios mientras la aprieto entre el árbol y mi cuerpo.

Me separo para tomar aliento y recorro su rostro con mis pupilas y mis dedos, peinándole los mechones que se le han soltado de la coleta. Creo que podría no cansarme nunca de mirarla. Cada vez descubro un nuevo detalle que añadir a su belleza. Un rasgo que ya conocía, pero que de repente reclama toda mi atención. Contemplarlo en profundidad, estudiarlo, aprenderlo y volver a integrarlo en el mapa de sus líneas, mis favoritas para trazar todas mis sendas.

—¿Dónde naciste? —se me ocurre preguntarle. Porque sí.

Tarda un poco en contestar, como si dudase, como si le costase regresar al

pasado. Quizás queda demasiado distante en el tiempo. Por eso, suena a regalo cuando al fin lo confiesa en voz baja:

—En Ottawa.

Tiene sentido, no está tan lejos.

—¿Eres canadiense?

Ella asiente y yo me estremezco. Le beso el cuello, haciendo que se retuerza entre cosquillas, y me pego más contra su cuerpo para apresarla.

—Oh, nena, no sabes cómo me pone eso —gimo contra su piel.

Suelta una risita con la que pretende hacerse la inocente niña buena.

—¿Y hablas francés? —Le muerdo el lóbulo de la oreja sin despegarme un centímetro de ella.

Es su turno de lamerme el cuello, provocándome un escalofrío, antes de ronronear en mi oído:

—*Oui*⁴².

Le como la boca y mis manos le aprietan el trasero.

—Es que cada cosa que descubro de ti me pone más, joder —mascullo desquiciado.

Como que sepa apreciar mis metáforas culinarias y que el sexo pueda ser divertido sin dejar de ser jodidamente brutal. Creo que lo llaman «complicidad». Cuando sabes que el otro te seguirá el juego por más dementes que le podáis parecer a los demás. Cuando se construye ese espacio en el que puedes ser tú mismo sin juicios ni reproches.

—Hudson.

—¿Mmm?

—Creo que es físicamente imposible que te ponga más de lo que ya te pongo.

Y le diría que se lo tiene muy creído si no fuese porque tengo mi erección clavada contra su estómago suplicando por reventar dentro de ella.

—No sería bueno para tu salud —añade, describiendo un meneo de cadera con el que se frota contra mi *compay* a punto del colapso.

Como siempre, supongo que tiene razón, porque posiblemente uno de mis

testículos esté a punto de explotar. Si no los dos.

Es que no se lo voy ni a discutir.

—Pues cúrame —le suplico, regando de besos la línea de su mandíbula.

Se queda quieta, como si lo estuviese pensando. Me aparto y me revuelvo el pelo, intentando calmarme.

—Vale, vale. He dicho que después no teníamos que hacer nada. — Retrocedo con las manos en alto, intentando no mirarla, porque como lo haga...—. Soy un hombre de palabra.

Por eso nunca prometo amor ni que vaya a querer repetir.

—Anda, ven aquí.

Ahora son sus brazos y su boca los que me reclaman a mí.

—Eres consciente de que eso de que siempre tengas tantas ganas de sexo como yo significa que seguramente estás enferma, ¿no? —comento contra sus labios—. Muy enferma.

Sé que va a enarcar su ceja un segundo antes de que lo haga.

—¿Y qué hay de ti, entonces?

—Yo lo tengo asumido. —Me encojo de hombros y la ciño contra mí para volver a besarnos—. Pero, tranquila, que yo te acepto tal y como eres. Ansias enfermizas de sexo incluidas. Por más que me cueste sobrellevarlo, ¿eh?

Diagnóstico realizado y sin cura a la vista, no nos queda más remedio que entregarnos a nuestra dolencia. Nos besamos, nos tocamos, la ropa nos sobra y, cuando quiero darme cuenta, me estoy abriendo paso en su interior, alzándola por el trasero para que enrosque las piernas en mis caderas, apoyada contra nuestro fiel sostén: el árbol, a quien no le hemos preguntado si quería ser partícipe de esto, la verdad.

Gimo de puro placer al sentir sus paredes cálidas y húmedas acogiéndome. Aprieto los dientes con la frente apoyada contra la suya.

—Dios bendiga Canadá —gruño—. Voy a tatuarme su bandera.

—No sé si te queda hueco.

—Lo buscamos.

Sin duda, se lo ha ganado.

[42.](#) Sí.



Los no-mu no pueden morir

No me he tatuado la bandera. Aún. Pero no me ha hecho falta para tenerla muy presente en mi cabeza durante todo el día. Me estoy rayando. Porque ya hemos recorrido antes este camino y sé dónde termina. Conmigo demasiado confundido, con ambos arriesgándonos de más, con mi madre asesinándonos a los dos.

No puede ocurrir de nuevo. No debe ocurrir de nuevo.

Diarrea de latmur. Me froto la cara más de lo necesario tras lavármela después del entrenamiento. Me observo en el espejo y soy capaz de leer en mis ojos lo confuso y asustado que estoy. Los cierro y resoplo. Lo que yo decía: un arroz con culo.

Un culo precioso y sexi que me vuelve completamente loco. Porque tiene la mirada cuajada de estrellas, la sonrisa dulce y enarca la ceja como nadie más en este universo. Vaya, que es ese movimiento de ceja quien le marca el ritmo a las constelaciones, capaz de amedrentar a los titanes del cielo.

Sí, empiezo a desvariar. Por eso, y para tener claro que es solo un culo, como todos los demás, quedo con Mariam antes de que caiga la noche. Me esmero con ella para recordarme que no le pertenezco a nadie. Soy lo que siempre he sido: un capullo que anda suelto buscando su propio placer y alimentar su ego dejando alto el listón.

«Este soy yo», me insisto mientras le arranco gemidos con la maestría de un músico que lleva años dedicado a perfeccionar el dominio de su instrumento.

Sin embargo, la música no llega a mis oídos porque los besos de Mariam no saben ni a pizza ni a patatas. Tampoco a helado. Y, aunque es agradable,

simpática y sin complicaciones, y sé que también se reiría, no me apetece explicarle el porqué de mis metáforas culinarias. No me nace.

Por eso me despido con una sonrisa tensa y un beso breve en los labios cuando me pregunta si quiero quedarme a cenar.

A nuestra hora de siempre, estoy en el cementerio.



Colette sonrío al verme llegar. Después parpadea algo confusa al fijarse en lo que llevo en la mano.

—Como te prometí. —Le ofrezco el ramo de crisantemos que he recogido. Humildes y pequeñas, son de las pocas flores que brotan en estos meses fríos, antesala del invierno. Estas en concreto tienen un suave tono rosado acompañando la palidez del blanco. Me parecen bonitas y delicadas. Como Colette cuando sonrío y habla de su pasado, cuando olvido los colmillos y la oscuridad que la envuelve.

Por eso no debería haberle traído flores.

Supongo que ya es tarde, porque las acepta con la misma timidez cauta con la que yo se las entrego.

—Gracias —susurra al tiempo que me escudriña sin saber qué expresión mostrar, como si necesitase desentrañarme primero, descubrir la pieza que falta entre nosotros en este rompecabezas que no somos capaces de armar.

Carraspeo, porque la intensidad de su mirada me está poniendo nervioso... o porque me siento algo estúpido por haberle traído flores o porque yo tampoco sé cuál es la pieza que nos falta. Preferiblemente una que no nos haga explotar por los aires. Si es que eso resulta posible cuando juntos somos como fuego y gasolina. Condenados a consumirnos.

Me giro hacia Postre para romper la tensión que nos asfixia.

—Mira, ella también te ha traído un regalo. —Y vuelvo a carraspear.

He conseguido que mi chica sostenga en equilibrio sobre el morro una tarjeta que me ha saltado a la vista desde el escaparate de una librería cuando volvía a casa esta tarde. La culpable de haberme dado la idea de las

flores. Tiene globitos y un gran «¡Felicidades!» cuyo motivo yo debía completar en la línea en blanco destinada para ello. Colette se agacha para recogerla a cambio de unas generosas caricias entre las orejas. Después la lee y alza no una, sino sus dos cejas hacia mí.

—¿«¡Felicidades! No te estás muriendo»?—

Mi pie derecho se pasea inquieto sobre la tierra mientras sostengo mi peso en el izquierdo.

—Sí, por las flores. Porque te las he traído..., pero no te estás muriendo.

—Levanto los pulgares hacia ella—. Eso es importante.

Una de sus cejas descansa mientras la otra sigue curvada.

—Hudson..., no sé si esto es peor o mejor que cuando me trajiste comida.

Claro. Porque es una *no-mu*, que no puede morir dado que..., bueno, técnicamente ya lo está. Atrapada en tierra de nadie.

—De acuerdo. Vamos a pasar de la tarjeta.

Se la arrebato y hago una bola con ella que me guardo en el bolsillo trasero de los pantalones. Debería haberla rellenado Postre en mi lugar; le habría quedado mejor.

Colette se ríe y me mira con compasión.

—No me extraña que no hagas esto muy a menudo.

—Ya. —Cabeceo abochornado.

Entonces siento su mano acariciándome la cara. Como estaba mirando al suelo, no la he visto acercarse. Levanto los ojos hacia ella y me topo con su sonrisa antes de que se ponga de puntillas para darme un besito en la mejilla.

—Me gustan las flores. Gracias.

Quizás sea por la noche que nos rodea y el silencio al que los grillos le declaran la guerra, pero su cercanía, su besito y sus palabras tienen un regusto a intimidad, a complicidad..., a que en este mismo segundo daría mi vida por ella. Y eso, joder, no puede ser bueno.

Apoyo mi mano sobre la suya, para que no la retire de mi rostro porque me gusta sentirla contra mi piel. *Ab imo pectore*. Le beso la palma y mis

párpados se cierran para aspirar su olor a cereza negra. Cuando los abro me topo con sus ojos y el corazón, ese cuya guarida tengo señalizada con las constelaciones de mi familia, se me estremece. Lo noto como una sacudida que me contrae hasta el estómago.

Su mirada me rompe y me reconstruye al momento, pero quedándose dentro. Muy hondo.

Y resuenan las palabras de mi hermano: «Tan solo has tardado veintiocho años en encontrarte el corazón».

«No es tan grave», añadió.

Y una mierda que no lo es.

Porque Colette no se está muriendo, pero yo un poquito sí.

Por eso la atraigo hacia mí, tomando su cara con ambas manos.

—Joder, Colette —gimo antes de aferrarme a sus labios para no naufragar en este oleaje que me está zarandeando de arriba abajo.

—¿Te encuentras bien? —Me retira el pelo para estudiarme, preocupada por la desesperación que mi boca ha volcado en la suya.

—No. —Niego con la cabeza, mordiéndome el labio. Una lágrima me traiciona—. No estoy bien.

La voz se me rompe y ella me seca más lágrimas.

Por supuesto que no estoy bien. Estoy acojonado. Porque lo comprendo. Porque lo tengo claro. Porque quizás hace tiempo que lo sé, pero tan solo ahora me permito aceptarlo o, más bien, es que ya no me queda a dónde huir ni más excusas que ponerme a mí mismo.

—Colette —susurro mirándola a los ojos—, eres mi F...

Un golpe de brisa mueve los árboles que nos rodean, arremolina las hojas y ambos lo olemos a la vez. La huella de Mariam en mi pelo y mi piel; el regusto de su acondicionador de plátano y su crema de vainilla para las manos.

Lo percibo con claridad y sé que ella también lo ha hecho cuando da un paso atrás y su mirada se opaca. Aspira y su desarrollada nariz de depredador capta todo lo demás. Las caricias y los besos.

Aparta la mirada y tensa la mandíbula. Cierra los puños.

—Colette. —Avanzo hacia ella, abriendo la boca para soltar la primera disculpa que se me ocurra.

No me da la oportunidad. Sus ojos me enfrentan con dureza.

—¿Corremos?

Deja las flores sobre la tumba más próxima y, sin esperarme, se lanza a la carrera.

Voy tras ella.

No me lo pone fácil. Hoy no jugamos ni hay sonrisas ni miradas de cómplice rivalidad. Hoy me hace sudar hasta los higadillos sin tregua, con la mirada al frente y el gesto concentrado nada más que en seguir avanzando.

Resollando como un cerdo y con los músculos de las piernas ardiendo, aún consigue sacarme un par de metros antes de detenerse en nuestra meta habitual. Cuando llego, intento sonreírle entre violentas bocanadas de aire. Virgencita de la Divina Providencia, creo que voy a vomitar. Me empuja lejos de sí.

—Si te hubiese querido cazar, estarías muerto, buscador.

—Por suerte, me suele gustar cuando me cazas —intento bromear con el mejor gesto pícaro que estar a punto de fenecer me permite.

El suyo se contrae todavía más. Y, por fin, estalla como debería haber ocurrido hace tiempo:

—Que te den por culo, Hudson.

—Oh, eso también puedes hacerlo, si te mola. No lo hemos probado.

Mi comentario sonriente recibe otro empujón por su parte, como si necesitase sacarme de su vista. Suelta una exabrupto de pura exasperación.

—¡Eres...! ¡Eres...!

Gruñe y me da la espalda, dispuesta a marcharse.

—¿Soy qué, Colette? —le exijo, persiguiéndola porque estoy harto de que se calle y huya en lugar de gritarme a la cara lo que merezco—. ¡Vamos, dímelo! —Me golpeo el pecho yo mismo para indicarle que estoy

aquí, dispuesto a recibirlo—. ¡Por las barbas de Merlín, el primer guardián, enfádate conmigo de una vez!

Supongo que yo también lo estoy. Enfadado. Conmigo mismo. Con ella. Con la situación. Con quererla y no querer hacerlo y con cagarla ahora que lo acepto.

—¡Dime de una puta vez lo que me merezco en lugar de dejar que te trate como una basura!

Porque de verdad que mil tías muy por debajo de ella me han cantado las cuarenta por menos y su falta de amor propio me enoja. Debería saber que vale muchísimo más que un mierda como yo. Debería quererse tanto como yo...

Tiro de su brazo y, de repente, estoy en el suelo, tragando tierra. Acaba de hacerme una llave perfecta.

La miro desde abajo, dolorido. Y al verla ahí, recortada bajo la luna con su ropa oscura de entrenamiento y el pelo en una coleta, lo entiendo. Un carrusel de imágenes como fogonazos me lo muestran:

Luchando contra la hiporagne con mi lanza.

Aceptando la muerte con un rotundo *Sein-zum-Tode*.

Dos hombres lobo ajusticiados por sus crímenes.

Su forma de pelear, esquivar y manejar las armas. Su astucia, sus patadas, sus reflejos bien entrenados y su postura erguida.

Pax tecum sobre la tumba de Ronie.

Las runas de muerte y despedida en sus manos.

La daga de plata contra el demonio.

—Eres una cazadora.

Por un instante, hasta el viento se detiene tras mi afirmación.

—Perteneceste a la Alianza —insisto. De repente es tan obvio...—. Fuiste una de los nuestros.

Se queda rígida, apenas ofreciéndome su perfil. Después, se gira muy despacio, su mirada confundida con la noche.

—No. —Un silencio—. Fui la mejor.

Me incorporo, sacudiéndome la suciedad. Ella hunde cada palabra como una daga en la noche:

—La mejor arma de la Alianza, Hudson. Su mayor promesa. Su orgullo. El más brillante de los futuros.

Ahora sí hay rabia. Vibra en su tono, en sus puños apretados. Se planta a un palmo de mí. Está temblando.

—Barrer de la faz de la tierra a las criaturas de las tinieblas era todo el sentido de mi vida. Iba a casarme con otro cazador casi tan bueno como yo. Engendraríamos y entrenaríamos nuevos guerreros, fuertes, inteligentes y valientes para nuestra noble misión. Honrar mi estirpe, a mi gente y a mi familia. —Lágrimas de sangre comienzan a surcar su rostro. Su voz desciende—. Vengar la muerte de mi madre exterminando una por una a esas alimañas que siempre odié. Hasta acabar con todas.

—¿Y qué pasó?

Se ríe con amargura.

—¿Que qué pasó? ¡Mírame!

Aprieta los puños, cierra los párpados y se frota la cara con rabia, con desesperación, como si quisiera borrar los recuerdos. Después retoma la palabra:

—Que fallé. Que Jacquie fue mejor que yo. Me venció. —Parece arrancarse cada afirmación del pecho, como una estaca clavada en él—. Pero no me mató. Dijo que era demasiado bonita para morir. —Se ríe sin ganas—. Me transformó. Me hizo suya. —Expulsa el aire—. Fue su venganza. La jugada maestra. Estábamos hostigando a su aquelarre de siervos. En París. Una cacería en toda regla. Una guerra. Nos internamos en el corazón de su hogar. Me llevé por delante a muchos de los suyos. Vampiros antiguos, poderosos, a sus órdenes. Y Jacquie me llevó a mí. La mejor arma de la Alianza convertida en su peor enemigo. —Patea una piedra con rabia—. La mancha en mi linaje. La deshonra de mi estirpe. La vergüenza para todos ellos, porque no pudieron cazarme.

Me mira y trago saliva. No le hacen falta los colmillos para que su gesto

resulte terrible.

—Yo los maté, Hudson. A los míos. Esa fue la venganza de Jacquie. —
Desvía la mirada al horizonte—. Y mi castigo eterno.

—Por eso quieres morir —se me escapa en un susurro. Tengo la garganta
cerrada.

Su sonrisa se torna cruel.

—Y ni para eso has servido, cazador.

—Pero sí te he servido de penitencia, ¿no?

—¿Cómo? —Parpadea.

—El catalizador de todo ese desprecio que sientes hacia ti misma. —Hay
cierto reproche en mi voz.

Parece no saber qué responder, así que se lo explico:

—Mi hermano me dijo que aceptamos el amor que creemos merecer, que
dejamos que nos traten como creemos que debemos ser tratados. Que si yo
te he gustado de alguna forma tan solo ha sido porque creías que desprecio
era todo lo que merecías recibir. Por eso me has dejado volver una y otra
vez. Por eso has aceptado nuestra especie de trato. Porque...

—¿Porque nadie podrá amarme jamás? —completa cuando me callo. Su
sonrisa es arrogante. Su ceja elevada con altivez—. Tranquilo, hace años
que lo acepté. No vienes a descubrirme nada nuevo, cazador.

—No, Colette. —Intento agarrarle las manos, pero las aparta—. No digas
eso. No es cierto.

Me pregunto por qué, si estamos hablando de ella, es mi alma la que se
rompe. Por qué la frialdad con la que se refiere a sí misma me parte en dos.
Por qué darme cuenta de todo lo que sufre y ha sufrido me remueve las
entrañas con rabia.

—No vayas de bueno, Hudson. No te pega. Sabes muy bien lo que soy y
lo que me corresponde. Esa sí es la razón por la que te elegí.

—No. —Me planto frente a ella porque se está intentando escabullir otra
vez—. Es a ti a quien no te pega todo esto. Dime que no es cierto.

—¿El qué?

Preferiría que estuviese furiosa, que gritara, que cada palabra pudiese achacarse al calentón del momento. Porque la acritud helada con la que habla me quema, ese muro de controlado sosiego que impone entre ambos.

—Que no piensas así. —Joder, los ojos me escuecen y quiero golpear algo—. Que no he sido eso para ti, un saco de mierda en el que rebozarte.

—No, Hudson. —Me sonrío sin dulzura ni alegría—. Has sido sexo fácil. Sin tener que ocultarme por una vez. Controlar los colmillos, inventarme una vida y un personaje... Igual que lo fue William.

Nuestros ojos se encuentran. En esta ocasión, parecen situarse a un páramo desértico y congelado de distancia. No hay constelaciones para recibirme, tan solo el insondable vacío. La mención a su examante vampiro tampoco es que me ponga de especial buen humor. Mucho menos si es para compararme con él. Con el asqueroso chupasangre que tanto se alegró de ver convertido en cenizas.

—¿De verdad, Colette? Venga ya, no me jodas. —Porque espero haber sido mucho más. No puedo ser tan poco cuando ella es tanto para mí; tanto como para traicionar a mi familia y todo aquello que soy.

Vuelve a hablar para arañar la herida que acaba de abrir:

—¿Acaso no era lo mismo para ti? No tener que mentir, no tener que fingir un amor que nunca serás capaz de sentir...

No respondo. Se da la vuelta y me mira por encima del hombro:

—¿Recuerdas lo que me dijiste? «No vuelvas a acercarte a mí». Pues lo mismo digo. A ver si por una vez puedes ser un hombre de palabra y cumplirlo.

Y en esta ocasión se va de verdad.

¿Veis? Supongo que por esto nunca regalo flores. No son una buena inversión.



La herencia que te corresponde

Esta noche duermo entre cero y nada. Sin embargo, me levanto con una decisión clara. Me planto en la biblioteca de mi padre, frente a la mesa en la que anda cotejando la información de varios códigos.

—Tengo mi veredicto.

Se quita con su manaza tamaño XL las gafitas XS que usa para leer —sí, siempre os lo he dicho: ridículas—, bizquea y me dedica toda su atención tras parpadear un par de veces.

—Respecto a la línea que separa el bien del mal. A si es lo que somos o lo que hacemos con ello lo que nos define. —Doy un paso para acercarme más y cuadro los hombros—. Quiero ser un friki empollón.

Pum. Lo suelto lleno de aplomo.

Cuando el silencio se alarga sin que reaccione como yo esperaba, comprendo que quizás necesito explicarme:

—Quiero poder ayudar. Como haces tú. Como hiciste con Ronie. Como se podría hacer con más... Tal vez... —Abro los brazos para imprimir mayor fuerza a mi discurso—. Quiero poder proteger a los míos como tú nos proteges. Como cuando salvaste lo que es esta familia con esos hechizos que impidieron que te desangraras. Quiero ver entre el blanco y el negro. Caminar en el gris. Porque solo ahí está la esencia de lo humano.

Dejo ir el aire con el que he hinchado mis pulmones y lo miro a los ojos.

—Quiero que me formes para ser guardián. —Por si lo de «friki empollón» no había quedado claro.

Papá se pone en pie. Es la única persona que me obliga a levantar la barbilla para mirarlo. Al hacerlo, me topo con una sonrisa satisfecha bajo la

barba pelirroja. Me aprieta el hombro y me siento un poco abrumado por el orgullo que desprenden su gesto y sus ojos; no estoy acostumbrado.

Me encojo, sintiéndome de nuevo un crío pequeño. A su lado siempre me pasa. Verme más niño que hombre.

—Si estoy capacitado —musito agachando la cabeza. Sé que no es algo al alcance de cualquiera. De repente temo haberme pasado de frenada. Cagar por encima del culo, que diría mi madre.

Al fin y al cabo, no soy más que un *añoñao* que solo sabe pensar con su mononeurona. ¿Qué hago pidiéndole esto? Puede que hasta lo haya ofendido. Él, que es serio, meticuloso y lleva toda una vida estudiando... ¿Cómo puedo siquiera intentar compararme?

—Hudson. —Me arranca de mis pensamientos con otro apretón de hombro.

Vuelvo a alzar la mirada, temeroso de encontrarme con su enfado. En su expresión tan solo hallo una cálida bienvenida.

—Lo estás.

—¿Por ser tu hijo? —dudo—. Porque, si es así, seguro que fue Dome quien se llevó esa parte de la herencia genética. Está mucho más dotado. Es paciente e inteligente, al contrario que yo. Y responsable. Y...

Mi padre corta mi verborrea:

—Porque invocaste al anzû.

«Atraído por el dolor de los corazones quebrados», recuerdo las palabras de mi hermano.

—¿Qué? —me atraganto con mi propia saliva y rompo a toser. En primer lugar, por el hecho de que mi padre pueda saber que mi corazón andaba quebrado y, lo más preocupante, por quién. Y, en segundo, porque estemos suponiendo que fui yo la causa de que esa ventisca de hielo con dientes y mala hostia viniese para acá y estuviese a punto de hacernos granizado.

Pero papá está sonriendo.

—Sé que lo llamaste. Me salvaste la vida.

—¡Ah! —Asiento aliviado.

Sí que lo hice, durante la batalla. Me centré en todo mi dolor y... eso fue invocar, ¿no? El mismo dolor que pudo traerlo hasta aquí, no obstante. Sobre todo si no solo era yo, ¿cierto? Si se le hubiese sumado el de una vampiresa llena de poder...

No.

No quiero pensar en Colette. Ni en si le duele o no. En si nuestro dolor unido es tan fuerte como para invocar un demonio del hielo que bien pudo arrasar a mi familia y el pueblo entero.

Papá da un paso hacia mí y me planta ambas manos sobre los hombros.

—Y porque sientes las fuerzas de la oscuridad.

Parpadeo.

—¿Eso no lo hacemos todos los cazadores?

Me sonrío de medio lado, misterioso.

—Te atrae. Te hechiza.

Y sí: pienso de nuevo en Colette. En que...

—Palpita en ti.

Aparto la mirada y carraspeo.

Se me han puesto las orejas rojas mientras rezo por que papá esté hablando en general y que no tenga en mente a cierta diablo. Su presencia es tan clara en mi cabeza que me creería que pudiera leerse desde fuera, que resuene en cada uno de mis silencios.

Pero él no parece darse cuenta. Se gira para trastear en sus estanterías y regresar con cuatro pesados volúmenes que deja caer sobre la mesa.

—¿Empezamos?

Está entusiasmado como un niño... Un niño de dos metros de altura y fuertes brazacos cubiertos de vello pelirrojo y pecas. Me arranca una sonrisa.

—Esto te hace feliz, ¿eh?

Los ojos de papá se clavan en los míos.

—Me hace feliz que tú lo seas, Hudson. Que mis hijos lo sean. Sin importar lo que implique.

Supongo que en eso consiste ser padre.



Después de tirarme con él más horas entre libros de las que lo he estado nunca —vamos, que esto debe de valerme ya algún máster de empolloncismo o algo así—, quedo con Mariam para lo que yo nunca quedo con una mujer: hablar.

Y por hablar me refiero a lo que yo nunca hago: decirle que no quiero seguir viéndonos en plan «Vamos a vernos sin ropa». Porque no está bien, porque tengo el corazón y la piel pensando en otra.

Y aquí la tercera cosa que nunca hago, que es dar explicaciones. Mi estilo suele ser dejar que la afortunada de turno decida que ya no quiere saber más o simplemente pasar.

Mariam lo entiende. Todavía más cuando le digo que esa otra chica de todas formas tampoco va a estar conmigo, así que nos quedamos los dos igual.

—Esto... Hudson, no es tu prima, ¿verdad? —pregunta y al instante se corrige—: Quiero decir, que es obvio que es ella. Pero ella no es tu prima, ¿no? No de verdad.

Ha puesto una mueca de asco muy graciosa y yo me río.

—No, Mariam, no es mi prima.

—Menos mal.

Suspira aliviada y un poquito en el orgullo sí me duele. Que estoy cortando lo que sea que tengamos y lo único que le preocupa es mi posible consanguinidad con el motivo de que no vaya a seguir disfrutando de este cuerpazo. En fin, nunca entenderé a las mujeres.

Pero, ahora en serio, me alegro de que se lo tome bien. Es una chica maja y ha sido agradable lo que hemos compartido.

Luego me ofrece un abrazo de consuelo y yo lo agradezco, la verdad.

Aunque eso no evita que el regreso a casa sea frío y solitario. En serio, ¿cómo va la gente por ahí sin follar? ¿Son masocas o qué?

Cuando llego, Dome está remerendando por tercera vez en la cocina. Sí, su cuerpo-toro de falso adicto a los anabolizantes requiere de más de una merienda, a ser posible con mucha crema de cacahuete de por medio.

Me unto yo también en una rebanada de pan una generosa cantidad del bote que ha dejado abierto y tomo asiento a su lado. Resoplo.

—Menuda mierda.

—¿La crema de cacahuete?

Me mira tan alarmado como ofendido y juro que temo por mi integridad física. Debe de haber terminado de entrenar hace poco porque anda con su torso de negraco de la NBA al descubierto, con los músculos bien congestionados.

Que yo celos cero, de verdad. Que no es que durante años haya envidiado ser un armario empotrado de caoba como mi hermano en lugar de una paliducha estantería.

—No, la crema no. La crema está como siempre.

—Ah. —Suspira aliviado y vuelve a relajarse. Sí, a pesar de la diferencia de piel... somos hermanos. La comida siempre por delante. Se regala un generoso mordisco a su bocata—. ¿Entonces qué?

Resoplo de nuevo.

—Eso del amor.

Dome se atraganta cuando le sobreviene una carcajada.

Pues mira, bien empleado le está, porque reírte así de las penas de tu pobre hermano pequeño...

Cuando se le pasa, me sonrío como un tiburón con los dientes muy blancos y muy maliciosos manchados de crema de cacahuete.

—Así que al final sí...

—Y no ha servido para nada. Enamorarse es una grandísima mierda —me ratifico—. No tiene ningún puto sentido.

Vuelve a reírse y me palmea la espalda.

—Bienvenido al mundo de los mortales, hermanito.

Le saco el dedo que mamá amenazó con cortarnos y echárselo de comer a

los zombis —literalmente— si volvíamos a utilizarlo para demostrarnos nuestro fraternal afecto. Se ríe más fuerte.

—¿Por eso andas *enredao* con papá? ¿A ver si se puede revertir el hechizo?

—En serio, ¿quién en su sano juicio quiere sentir esto?

Dome niega con la cabeza y sonríe para sí.

—¿Quién lo puede elegir?

Bufo con desgana y ataco la crema directamente con una cuchara. Dome debe de verme muy mal porque ni siquiera me regaña por meterla de nuevo chupada en *su* bote.

—¿Y a ti por qué se te ve tan contento?

Su sonrisa se ensancha.

—Voy a formar parte de una expedición en Europa con otros jóvenes buscadores de todo el mundo, para intercambiar conocimientos mientras reventamos criaturas. Me lo ha buscado papá.

Porque «Me hace feliz que mis hijos lo sean, sin importar lo que implique», como separarse de uno de ellos por un tiempo. Sonríe. Se le ve realmente entusiasmado con la idea. Me hace ser todavía más consciente de cuánto necesitaba dejar de sentirse solo, integrarse en un grupo más grande y conocer caras nuevas, aunque jamás se haya quejado.

Ahora soy yo quien le palmea la espalda, a riesgo de dislocarme una falange.

—Me alegro, *compay*.

Y de habérselo comentado a papá.

Luego recapacito:

—Aunque eso signifique que tocamos a menos entre los que repartir la furia de mamá cuando se enfade.

El tiburón con dientes de crema de cacahuete vuelve a sonreír.

—Buena suerte con ello, *bro*.



Problemas con olor a muerto

Sí, lo habéis adivinado: papá está feliz, Dome está feliz y yo por fin empiezo a madurar —o la mierda que sea esta de ir por ahí haciendo lo correcto sin enchufar el cable a recargar en puerto ajeno—, así que ahora es cuando aparecen los problemas. Porque alguien ahí arriba tiene complejo de balanza.

Problemas con olor a muerto.

Con esos ojos que todo lo ven a través de las pantallas y la conexión a internet, Dome lleva un par de días siguiendo una posible amenaza de *no-mu* en unos pueblos cercanos. Ha caído la tarde y sigue poniéndose como sapo de letrina⁴³, aunque ahora ya no es la sexta remerienda, sino la cena cuando deja a un lado la mazorca asada que se estaba comiendo mientras ojeaba su *tablet* para dar la voz de alarma:

—¡Zombis, zombis! —Se limpia la boca y las manos y amplía lo que sea que está viendo en la pantalla—. En Mount Joy. —Un rápido tecleo para comprobarlo—: A diez minutos en coche de aquí. Un imbécil lo está retransmitiendo en directo con su móvil. Qué poco instinto de supervivencia, *charro*⁴⁴.

No hace falta más; nos ponemos en marcha.

Se supone que no debería alegrarme, pero... ¡cómo me gusta la acción!

En menos de lo que dura un aullido de hombre lobo, estamos completamente equipados y subidos en los coches. Ellos tres van en el de papá, Postre y yo los seguimos en mi Jeepito; un segundo vehículo viene bien para intervenciones sorpresa. No es que los zombis brillen por su inteligencia, pero su aparición puede estar dirigida por otra criatura más

astuta y poderosa que quizás aceche entre las sombras; así que mi chica y yo entraremos después, según se vaya desarrollando la situación. Papá anda montando sus cachivaches de detección de energías oscuras mientras mamá conduce.

Y yo..., bueno, cedo a un impulso y le escribo a Colette:

Salimos a por unos zombis

Mount Joy

No sé por qué lo hago. Postre también parece preguntárselo cuando me mira después de que lance mi teléfono al asiento del copiloto en el que ella va sentada. Nos observa alternativamente.

—¿Y a mí qué me cuentas? —le contesto—. Es una buscadora, ¿no?

O quizás es que yo tengo demasiadas ganas de encontrar cualquier excusa para volver a saber de ella sin ir tras ella ni tras su culito ni su sonrisa, a veces tan dulce que se te mete dentro y otras tan cruel que quema y destruye.

—En fin, posiblemente me haya bloqueado —zanjo la cuestión.

Y Postre, que es muy discreta ella, no insiste.

—Por cierto, tenemos que negociar seriamente tú y yo eso de cambiarte el nombre. Cuando tengas un rato.

Que ya sé que lo de dormir dieciocho horas al día y pensar en comida las otras seis le deja poco tiempo libre para encargarse de este tipo de decisiones vitales.

Al lado de un cruce de carreteras está la pequeña iglesia de Cross Road —porque los gringos no es que se curren mucho los nombres—, cercada por un cementerio entre árboles que dan paso a tierras de cultivo.

Mamá planta el todoterreno en pleno aparcamiento y se bajan a por el trío de zombis que está rebuscando su cena entre las tumbas. Postre y yo desviamos a Jeepito hacia la linde con los campos de cultivo, en la parte de atrás. Según papá, es posible que haya alguno más en la zona, pero no se

detecta ninguna otra criatura especialmente poderosa.

Las últimas farolas quedan lejanas, así que me coloco un frontal en la cabeza y enciendo su luz cuando nos bajamos. Hay un ronroneo en el aire, una vibración constante. Creo que es un motor. Nos asomamos entre los árboles para divisar un tractor encendido abandonado en mitad de la cosecha.

Mierda, me va a tocar salir a campo abierto. Preparo una pistola. Con ella lista y el oído bien agudizado, me dirijo hacia el tractor con Postre guardándome la retaguardia. Caminamos aprisa y en silencio, aprovechando la protección de los árboles hasta que no me queda más remedio que dejarlos atrás.

A cambio, el tractor me regala una bonita panorámica de vísceras, sangre y un móvil en el suelo que todavía está emitiendo en directo. ¿Su dueño? El lumbreras que ha estado grabando la llegada de los zombis en lugar de huir.

Sigo el rastro hasta dar con su cuerpo unos metros más allá, oculto tras un montón de tierra, y el zombi que se está regalando un festín con él. Antes de que pueda acercarme, una bala de plata le atraviesa la cabeza. Para asegurarme, enfundo mi pistola y despliego mi haladie, cercenándole el cuello de un tajo directo.

Después me vuelvo hacia Dome.

—Me has salpicado —le reprocho mientras observo los tropezones de seso de zombi en mis zapatos al tiempo que guardo mi arma.

Se encoge de hombros.

—Demasiado lento. Siempre te acercas mucho porque te gusta más cortar que disparar.

Se ríe mientras le da unos toquecitos con la punta del pie al *no-mu* liquidado para comprobar que está bien muerto y no hace amago de moverse. Ahora tendremos que quemarlo.

Yo miro al granjero. Nada que hacer por él. A quemarlo también; no sea que decida despertarse convertido en lo mismo que se lo comió.

Dome saca la petaca de gasolina de emergencia del cinturón y rocía

ambos cuerpos.

—Estás chapado a la antigu...

Dos zombis saltan sobre nosotros desde el montículo. Dome está más cerca y de espaldas, así que van directos a por él y gruñe cuando uno le clava los dientes en el brazo. Yo le disparo al otro con la pistola —para que luego mi hermano diga que soy lento de gatillo— y debo darme la vuelta de inmediato para esquivar a un tercero que ha salido de entre los árboles. Le pateo las lumbares cuando pasa a mi lado y le vuelo la nuca.

Oigo que Dome sigue forcejeando, pero antes de que pueda acercarme a él, han aparecido otros dos y Postre se lanza a por el primero con los dientes y las uñas por delante.

—¡Emboscada zombi donde comienzan los campos de cultivo! —aviso por el pinganillo a mis padres al tiempo que vuelvo a disparar—. Dome y yo.

Si mi hermano ha venido hacia aquí para reforzarme, entiendo que ellos ya han acabado con los que había por la zona delantera y se han quedado tan solo rastreando la posibilidad de que hubiese alguno más.

—Joder —mascullo al divisar por el rabillo del ojo otros tres que intentan cercarme por la espalda.

Me giro mientras confío en que Postre se encargue del suyo. Están demasiado cerca ya y vuelvo a cambiar la pistola por la haladie porque Dome tiene razón: cortar se me da mejor que apuntar. Y a esta distancia es más rápido y efectivo.

Repelo ataques y corto cabezas envuelto en la melodía de Postre y mi hermano haciendo lo propio.

Mamá es la primera en aparecer a la carrera. Lleva la ametralladora colgada, pero no puede disparar con nosotros tan cerca, así que ya está sacando su juego de cuchillos largos.

—¡Detrás de ti, Hudson! —me grita.

El zombi con el que estoy enzarzado no me deja girarme a pesar de ver por el rabillo del ojo cómo su colega me salta por la espalda, de nuevo

desde el montículo de tierra, dispuesto a engancharme el cuello o los hombros con sus dientes raídos.

Una lanza con punta de plata se le clava en el entrecejo antes de que pueda tocarme. Las manos que la sujetan pertenecen a Colette, vestida como una cazadora más, como una de nosotros, con su cinturón de armas y el pelo recogido. La extrae y se la clava pasando por encima de mi hombro, peligrosamente cerca de la yugular, al que se aferraba a mí. Reconozco que se me han encogido los testículos.

—Demasiado lento —me reprende en un gruñido y ya van dos hoy.

Le sonrío.

A ella, no a ningún zombi. Una sonrisa breve y fugaz que no me devuelve antes de que nos situemos espalda con espalda para enfrentar al resto.

Y ya no necesito volver a mirar atrás. Porque sé que ella está ahí. Percibo sus movimientos. Nos acompasamos a la perfección para cubrir al otro y darle refuerzo, plantando cara como si fuésemos solo uno. Como si llevásemos haciendo esto toda la vida.

Lo dicho: no necesito verla; late dentro de mí.

Las dos caras de una misma moneda. ¿Es a esto a lo que se refería papá con eso de mi conexión con la oscuridad? ¿Es ese el motivo de esta atracción que nos une? ¿Por eso vuelvo irremediabilmente a ella? ¿O acaso soy yo quien la invoca? Igual que con el demonio.

Lo único que sé es que hoy, sin duda, ha venido por mí. Y me alegro de que lo haya hecho. Porque eran demasiados. Y porque luchar con ella me hace esmerarme como nunca antes. Y disfrutar como si se tratase de la primera vez.

Siento en mis venas que he nacido para esto. Los dos lo hemos hecho. Juntos.

Papá aparece detrás de su mujer y entre todos acabamos con el batallón de zombis —inusualmente multitudinario— jadeantes, cubiertos de vísceras y victoriosos.

O... no tanto cuando Dome se cae al suelo con pinta de encontrarse

bastante mal. Se mira la herida del brazo y levanta la cara de golpe. Sus ojos buscan los míos, preñados de miedo. Tiene la expresión descompuesta.

[43.](#) Atiborrándose.

[44.](#) Estúpido.



Elegir

—¡*Compay!* —Me tiro a su lado y compruebo aquello que le horroriza.

La carne en torno a la mordedura del tríceps se le está pudriendo, transformándose en tejido muerto. Transformándolo.

No todos los zombis transmiten el virus para convertirte, pero que entre estos hubiese uno capaz de contagiar explicaría por qué han surgido tantos de la nada.

—Cortadlo —suplica Dome, ofreciéndonos su brazo—. Ya.

Antes de que se le contamine el resto del cuerpo, antes de que viaje por su torrente sanguíneo... si es que no es demasiado tarde.

Mamá se acerca con su cuchillo en ristre. Las lágrimas surcan el rostro de mi hermano mientras tiembla. Quiere mostrar entereza, pero no logra controlar sus labios, que se arrugan en un gemido.

A mí me rebota el pulso en las sienes.

Su brazo. Su brazo derecho. El que sostiene las armas y apunta. El brazo de un cazador que no volverá a ser lo mismo sin él. Un cazador que hace una hora estaba feliz de poder unirse a otros jóvenes en una aventura por Europa. Un bravo guerrero lleno de sueños y futuro que va a quedar convertido en un tullido.

Colette se sitúa a mi lado, también de rodillas sobre el suelo, y me espabila chascándose los dedos en la cara.

—Corta el flujo. Que la sangre contaminada no suba —me ordena.

Mientras extraigo el torniquete de emergencia que todos llevamos en nuestro equipamiento de combate y se lo coloco a mi hermano, veo cómo ella despliega los colmillos y se los hunde en la jugosa vena del codo.

Mamá grita como si le hubiese mordido a ella. El desgarrador alarido de una madre viendo cómo hacen daño a su hijo.

Saca el amuleto que le robamos al otro vampiro y al que se ha aferrado con obsesivo fetichismo y se lo planta delante.

—¡¡Aléjate de mi hijo, *diabla*!!

Colette le dedica un vistazo sin inmutarse lo más mínimo y sigue sorbiendo. Después se aparta y escupe con una arcada sangre negra, densa y maloliente antes de volver a hincarle los colmillos.

—¡¡Atrás!! —brama mi madre con las lágrimas corriéndole por el rostro y acercándole más el amuleto, pero no surte efecto.

Alza entonces su cuchillo de plata. Papá la sujeta por el codo.

—Isabel, creo que está ayudando.

Se detiene y los tres observamos a Colette escupir más asquerosa sangre corrupta.

Las arcadas la sacuden y se postra a cuatro patas para vomitar. Con el gesto indispuerto pero la mirada decidida, se limpia las comisuras y muerde de nuevo a Dome.

Estudio su herida. Los contornos siguen podridos, pero ya no se está extendiendo. Ha logrado detener su avance.

Colette me planta su muñeca delante de las narices y se aparta lo mínimo para escupir y darme una orden:

—La sangre vampírica le ayudará a regenerar.

Clava los colmillos otra vez y yo intercambio una mirada con ella antes de extraer una daga. Gruñe cuando le rajo las venas con su hoja de plata. Una sangre de un tono mucho más pálido que la nuestra y con menor consistencia mana y yo la hago caer sobre la mordedura de mi hermano. Debe escocerle, porque gime y se retuerce medio inconsciente.

Pero supongo que yo he decidido confiar.

Por esouerzo la muñeca de Colette hacia atrás, para obligarla a seguir escurriendo sobre la herida de Dome.

Ella parece medio desmayada cuando se quita una vez más para vomitar.

La mayoría sale rojo.

—Creo que ya no queda infección —jadea. Está temblando, estremecida por las arcadas.

No mentía: piel y carne se están renovando.

—Voy a comprobar que no le ha llegado al torrente principal.

Con movimientos débiles, gatea y mamá se tensa y papá la sujeta más fuerte cuando le muerde entre el cuello y el hombro.

—Limpio —concluye tras sorber unos segundos.

Y se deja caer sentada en el suelo. Tiembla y la sacude otra arcada. Aun así me ofrece de nuevo su muñeca, en esta ocasión cerca del rostro de Dome.

—Hazle beber —me pide sin fuerzas—. Mi sangre terminará de sanarlo y luchará contra cualquier rastro de infección.

Intento obedecer, pero mi hermano cierra los labios con fuerza y gira el rostro.

—¡No vas a transformarme! —le espeta con una mirada rabiosa.

—No lo harás si no tienes planeado morirte en breve —gruñe ella de vuelta.

Mantienen un pulso visual. Dome termina por abrir la boca y yo le sujeto la cabeza y le ayudo a beber.

Cuando termina, Colette se incorpora y se aleja hasta sostenerse contra un árbol con gesto mareado.

Solo cuando ella ya no está, mamá se echa de rodillas junto a Dome y lo examina con ojo crítico. Él le da un apretón en la mano para hacerle saber que se encuentra bien.

Como todavía lo mantengo sobre mis rodillas, es papá quien corre hasta mi coche, que queda más cerca, a por el botiquín de emergencia. Siempre dejamos los vehículos abiertos cuando estamos de cacería para poder acceder a lo que necesitamos más rápido.

Al regresar, limpia la herida de Dome, que luce ahora muchísimo mejor aspecto, y la venda.

Mamá se levanta y va hasta la diablo con una mezcla de emociones intensas y confusas difíciles de discernir. Aguanto la respiración.

—¿Has salvado a mi hijo? —duda, entre incrédula y desconfiada.

Colette se limita a abrir los ojos, cuyos párpados había dejado caer con la frente arrugada, y tan solo la mira. No dice nada; mamá gruñe.

—Toma. —Arroja a sus pies el amuleto—. De todas formas, no funciona.

Con ese gesto por todo agradecimiento, le da la espalda para regresar con nosotros, que estamos ayudando a Dome a ponerse en pie. Caminamos hacia el coche de papá sujetándolo con sus brazos sobre nuestros hombros mientras avanza con lentitud.

Colette le dedica un vistazo desde el árbol contra el que se apoya, me temo que fingiendo más entereza de la que siente porque, si no, ya habría desaparecido de nuestra vista. No es amiga de mostrar debilidad.

—Mi sangre te ayudará a curar, pero intenta no morirme antes de que tu cuerpo la depure si no quieres que nos encontremos a este lado de la novida. —Le sonrío sin un ápice de alegría—. Es normal si tienes síntomas febriles durante un par de días. Quizás sufras alguna alucinación. Tal vez desees sangre y tal vez te notes vinculado a mí, pero no te estás transformando y no tardará en pasarse.

Dome asiente y traga saliva.

—No estiras la pata en un par de días. Anotado. Intentaré resistir la tentación. —Después, un músculo se tensa en su mandíbula. Le dedica un inclinación de cabeza y admite muy bajito—: Gracias.

Colette nos lanza el medallón.

—Sí funciona. —Su cuerpo se estremece con un ligero temblor. Una arcada que consigue reprimir la obliga a hacer una pausa—. Me habría detenido si hubiese intentado atacaros. Está embrujado con la sangre del vampiro que me creó y me impide dañar a su portador. Quedáoslo.

Papá se agacha para recogerlo y ella asiente.

—Por si un día tenéis que protegeros de mí.

Dicho todo lo que tenía que decir, se deja escurrir contra el tronco, hasta

quedar sentada en el suelo con la espalda apoyada en él. Se abraza las piernas y esconde la cabeza entre las rodillas, como una niña perdida en la oscuridad. Mi familia se ha puesto en marcha, pero yo me detengo, observándola.

—Sigue caminando, Hudson —gruñe mi madre tras de mí, propinándome un ligero empujón—. Vamos.

Continúo quieto, indeciso. Colette alza apenas la frente para observarme. Su gesto autoritario me dice que me largue con los míos.

Creo que no ha entendido hasta qué punto ella lo es.

—Hudson —insiste mi madre.

Se han parado a esperarme.

Me miran. Yo los miro. Y luego a ella. Y de nuevo a ellos. A la manera en la que mi madre hincha las aletas de la nariz al borde del enfado y la decepción absoluta.

Doy un paso hacia mi familia.

El gemido de Postre me hace girarme. Ha ido hasta Colette y le toca la cara con el hocico y las orejas gachas, preguntándole si está bien. Ella le dedica una sonrisa cansada y le acaricia la cabeza.

Aprieto los puños y miro a mi familia. Les pido perdón en silencio.

—Os veo en casa.

Y les doy la espalda para regresar junto a Colette.

Sin mirar atrás, la cargo en brazos y la llevo a mi coche. Que me lo permita me demuestra lo débil que está.

—¿Qué haces? —me reprende, desvanecida contra mi pecho—. Ve con tu familia; déjame.

La ignoro. Este niño alelado ha madurado y ya no necesita que mamá le diga lo que tiene que hacer.

La acomodo en el asiento del copiloto y, antes de cerrar la puerta, le aparto el pelo de la cara, la observo para asegurarme de que está bien y, sin poder resistirme, le doy un beso lento y sentido en la frente.

—Gracias por salvar a mi hermano —susurro contra su piel, aspirando su

olor. Se me escapa una lágrima que expresa el miedo que me he obligado a contener y la alegría de poder dejarlo marchar—. Gracias.

—No lo he hecho por ti.

Sonrío y la vuelvo a besar.

—Lo sé. —Y se lo digo sin medias tintas y a bocajarro, porque no creo que haya un momento mejor que aquel en el que simplemente lo sientes—: Por eso te quiero.



Vaya, un vampiro con casa

—¿A dónde te llevo? —Me siento al volante tras abrirle a Postre para que se coloque en la fila de atrás.

No sé si Colette lo necesita, pero, por si acaso, le doy al aire caliente y le echo por encima la manta que guardo en el maletero, a ver si la ayuda a dejar de temblar.

No contesta y yo empiezo a maniobrar para incorporarme a la carretera.

—A mi casa —dice al fin de mala gana.

Casi me descorcho el cuello yo solo de lo repentino que me giro para mirarla.

—¿Tienes casa?

Colette entorna los párpados para convertir el vistazo que me dedica en dos rendijas llenas de fuego.

—¿Y tú? Porque cerebro está claro que no.

—Perdona, es que...

—¿De verdad te creías que guardo toda la ropa que me has visto, los zapatos, el ordenador... en un ataúd en mitad del cementerio? ¿Que me tiro las horas que no estoy magreando contigo metida en una caja de madera unipersonal?

Bufa, dando por sentada mi estupidez, y decide que mirar por la ventanilla le reporta más beneficios que mirarme a mí. Yo opto por mantener la boquita cerrada. *Pa'* no cagar.

Cuando nos internamos en Maytown, me dirige hasta llegar a un coqueto barrio de pequeños chalets con paredes blancas y tejado negro a dos aguas, rodeados de césped.

—Ahí.

Aparco junto al número 24.

Dejo bajar a Postre y ambos la acompañamos cuando cruza la portezuela de la cerca de madera que rodea el jardín. La seguimos por el caminito de piedra y luego al subir los tres escalones del porche. Cuando abre la puerta principal, contengo el aliento, a punto de asomarme al mundo de Colette, un territorio íntimo y privado que no sabía que me moría por conocer.

Afortunado de mí, no hace amago de echarme y, aunque tampoco me invita a pasar, mi chica y yo nos colamos sin ningún reparo lo más rápido posible, pegados a su culo. Antes de que se arrepienta.

Tras un pequeño vestíbulo, pasamos directamente al salón comedor. Las paredes están recubiertas de madera gris perla, con el mobiliario justo y gruesas cortinas oscuras que tapan las ventanas. Todo aquí parece suave y de colores lisos. Identifico también un baño, la cocina y unas escaleras que comunican con la planta de arriba, donde imagino el dormitorio y quizás un despacho. La casa no es muy grande, pero sí acogedora, y elegante.

Colette se acurruca en el sofá. Tiembla un poco y yo agarro la manta que tiene doblada sobre un puf y se la echo por encima, momento que Postre aprovecha para subirse también al sofá con un ladrido feliz y encogerse contra ella. Colette sonríe con los párpados caídos y le pasa el brazo por encima.

—¿Te traigo algo? —dudo.

—En el frigorífico.

Voy hasta él y al abrirlo... pues no hay ni cervezas ni fajitas ni chocolate. Tan solo un suministro bien ordenado de bolsas de sangre como las de los hospitales, con su etiqueta y todo.

En fin, ¿qué esperaba? ¿Buñuelos y tarta?

Al menos no hay un cadáver. Que es lo que pasaría si mi ligue fuese una zombi. Puestos a elegir, me he quedado con la opción menos mala.

Aunque quizás una mujer lobo tendría un buen cochinillo crudo que podríamos compartir después de pasarlo por las brasas.

De acuerdo. Vale. Puedo hacerlo. Suelto el aire y agarro muy rápido tres bolsas. Para cerrar, las sujeto contra mi pecho sin mirarlas mucho e intento convencerme de que son paquetes de queso para fundir.

—Veo que alguien ha dejado al servicio de urgencias sin reservas — bromeo para aflojar mi propia incomodidad de regreso al salón.

—Soy la fiscal del condado. Tengo mis contactos. —Se encoge de hombros—. ¿Puedes calentarlas unos segundos en el microondas, por favor?

Aprieto los ojos y vuelvo a respirar. Claro, tiene sentido. Hago lo que me pide y después me quedo de pie frente a ella a toda la distancia que el largo de mi brazo me permite cuando le acerco una de las bolsas y observo cómo le clava los colmillos y succiona.

A Postre se la refanfinfla de lo que se esté alimentando su almohada mientras sigue con la cabeza cómodamente en su regazo; intento mostrar su misma indiferencia. Porque quiero elegir esto. Quiero elegirla a ella. Y tengo que estar a la altura.

—Entonces... ¿no muerdes humanos? —Me observo la punta de los pies al tiempo que me balanceo sobre ellas.

—De vez en cuando.

—Ah. —Nuevo balanceo.

—En contextos sexuales o si eres un hijo de puta que me está tocando demasiado las narices. Pero no mato. —Se limpia la comisura de los labios y aparta la bolsa casi terminada para mirarme—. Lo hice durante un tiempo. Ir a por los malos. Violadores, ladrones, asesinos... Si cazaba criaturas oscuras, ¿por qué no iba a cazarlos a ellos? Los humanos pueden llegar a hacer tanto o más daño.

—Entiendo.

—Luego comprendí que no soy quién para dictar sentencia y decidí perseguirlos desde la ley. Por eso elegí este trabajo.

—Quizás nosotros tampoco somos quién para dictar sentencia. —Pienso en Ronie y en la propia Colette; en lo que dijo mi padre de la cercanía entre

el mal y el bien.

—Por desgracia, para los *no-mu* no hay ni juicio ni jurado, ¿verdad? — Sus ojos se tornan punzantes—. Por eso también empecé a diferenciar entre los que yo cazaba y los que no.

—De ahí la pregunta que le hiciste al hombre lobo.

Asiente y da otro trago antes de hablar.

—Si me hubiese dicho que fue sin querer, que acababa de ser transformado y todavía no sabía controlarse, que estaba arrepentido...

—¿Lo habrías perdonado?

—Y lo habría ayudado a adaptarse. A ser dueño de sí mismo si lo hubiese necesitado. —Da un sorbo antes de que sus ojos regresen a los míos—. Yo también maté inocentes, Hudson. Yo también creí que estaba condenada a ser una asesina. Y lo fui.

Aprieto los párpados y me masajeo el entrecejo, asimilándolo. Aunque ahora mismo sienta el estómago contraído, me alegra que me lo cuente. Necesito saberlo todo. Ser consciente de que esa parte de ella también existe. Y le agradezco que me la esté ofreciendo, que me dé la oportunidad de valorar y decidir. Sin mentiras ni omisiones.

—Quizás en alguna ocasión yo también me haya equivocado —digo al fin—. Quizás he matado a alguien que no lo merecía. —Ahora lo sé, porque —: Te habría matado a ti.

Me arrodillo para quedar a su altura. Le retiro el pelo de la cara y dejo mi mano ahí, acunándola. Ha recuperado el color y tiene un aspecto más saludable. Le sonrío.

—Me alegro de que eso no ocurriera, Colette. Me alegro de haber tenido la oportunidad de descubrir quién eres.

—Soy un monstruo, Hudson.

—No. Eres una persona. He visto tu humanidad. Una y otra vez. Y eres compleja e imperfecta, como todos lo somos. Con un pasado, con fallos y con unas circunstancias que no te lo pusieron fácil. Y quizás en el pasado hubiese hecho bien en darte caza. Pero me quedo con quién eres ahora. Con

lo que has construido con las cartas que se te han repartido.

Colette niega. Aparta la mirada y una lágrima roja se le escurre. Se la seco con cariño.

—¿Te dieron la espalda? —Mi pregunta trae de vuelta su atención—. Las personas a las que querías, las personas en las que confiabas. Tu familia, tus compañeros. —Recuerdo el tío con el que mencionó que iba a casarse y lo dejo flotando porque no me apetece ni nombrarlo—. Cuando te transformaste.

Pienso en Dome hará menos de una hora, en su miedo a verse convertido en lo que nosotros más odiaríamos, con su brazo extendido pidiendo salvarse.

—Claro que me dieron la espalda, Hudson. —Hay rabia en su respuesta, pero me temo que no contra ellos—. ¿Qué otra cosa iban a hacer? Yo habría actuado igual en su lugar. Soy lo que soy, Hudson.

Más lágrimas de sangre brotan de sus ojos y yo se las limpio con mis manos, tiñéndome la piel con ellas.

—Fueron a por ti —comprendo. ¿Cómo no va a creer que no merece ningún amor si se lo negaron de golpe?

—Era su misión.

Siento vibrar el teléfono en mi bolsillo. Mi madre me está llamando. Lo silencio y al instante me llega un mensaje suyo preguntándome dónde estoy.

Lo ignoro porque Colette busca mis ojos como si necesitara que nuestras pupilas se abrazaran, pidiéndome refugio y consuelo. La abrazo contra mi pecho. Le acaricio el pelo y le beso la cabeza mientras llora.

Mi móvil suena de nuevo y, por segunda vez, hago algo que me puede costar la pérdida de mis testículos por castración sin anestesia: silenciar a mi madre.

Su respuesta no se hace esperar:

Ven a casa YA

O iré yo a buscarte

Resoplo.

Colette se aparta y se enjuga ella misma las lágrimas.

—Tienes que irte.

Retengo una de sus manos entre las mías.

—Voy a ver qué tal está mi hermano, a tranquilizar a mi familia y vuelvo, ¿vale? —Como no dice nada, insisto—. ¿De acuerdo? No voy a abandonarte.

No después de verla así de indefensa.

—Mira, Postre se queda contigo. —Se me ocurre. Le acaricio la cabeza a mi chica y me dirijo a ella—: Tú la cuidas, ¿verdad que sí?

Colette sonríe y no se niega. Imagino que es buena señal y piensa abrirme la puerta de vuelta. Sabe que la echaré abajo si Postre está dentro y no me permite entrar. Igual que espero que sepa la confianza por mi parte que significa dejarla aquí.

—Dame otra, por favor. —Señala las bolsas de sangre—. La de A negativo. —Sonríe con avidez, como una niña frente a un paquete de chuches—. Es mi favorita.

—Yo soy A negativo.

El aire travieso de su sonrisa aumenta cuando me da un repaso de arriba abajo y se pasa la lengua por los dientes, juguetona.

—Lo sé.

Vale, no debería, pero eso me ha puesto cachondo. En fin, mi reciente proceso madurativo, del que tan orgulloso estoy, va por fases. Poco a poco.

Niego con la cabeza, resoplo y le sonrío de vuelta tras mirarla yo también de arriba abajo.

—No se nos da muy bien eso de no volver a vernos, ¿eh?

Porque le haría el amor ahora mismo.

Pero no quiero que mi madre me pille en plena faena cuando venga a quemar esta casa hasta los cimientos si no aparezco en la mía en menos de

tres segundos. Así que, con todo el dolor de mi corazón —y de mi entrepierna—, me despido de ella con un beso en la frente.

—Voy a regresar —le prometo antes de cerrar la puerta—. No voy a darte la espalda.



¿Y este tío quién cojones es?

Al llegar, voy directo a buscar a mi hermano. Está en el baño, lavándose los dientes. Le han vendado el brazo y parece que ha cenado algo, porque tiene bastante mejor aspecto.

—¿Cómo te encuentras, *compay*?

Dome se echa agua en el rostro, se pasa la toalla y suspira aliviado.

—Bien. La verdad es que bien.

Me mira y puedo leer la huella del miedo en sus ojos. Se le humedecen y los dos nos lanzamos a la vez para darnos un abrazo de esos de macho. Al no habernos coordinado, chocamos como dos obuses intentando derribarse, pero nos da igual. Nos aferramos el uno al otro y siento las lágrimas de mi hermano en mi hombro.

—Estoy bien —repite en un susurro de puro alivio.

Nos separamos y volvemos a observarnos.

—¿La avisaste tú? —me pregunta.

Supongo que no sería tan obvio si no nos hubiesen visto luchar como lo hemos hecho, con una compenetración absoluta.

Asiento. Él también lo hace. Desvía la mirada, pensativo, y después la devuelve a mí.

—Gracias.

—¡Hudson Armando!

Mamá me hace dar un respingo. No se la ve muy feliz que digamos. Y por «no muy feliz» me refiero a que sus pupilas escupen fuego y tiene las manos en las caderas para no estrangularme con ellas.

—Voy a acostarme. Estoy reventado. —Dome me da una palmada en la

espalda—. Buena suerte —me susurra y se larga a su cuarto, el muy cobarde traidor. Menos cien puntos como hermano mayor. ¿Qué es esto de dejarme en peligro de muerte inminente tan pancho?

Mamá espera a que nos quedemos solos en mitad del pasillo para explotar:

—¿Se puede saber cuánto tiempo hace falta para tirar una alimaña a su fosa?! —Me golpea el pecho.

Le sujeto la mano y le hablo con calma:

—Mamá, sé que ha sido una noche intensa para todos y que estás preocupada, pero estamos bien, ¿de acuerdo? Estamos bien. La familia al completo. Y es gracias a esa alimaña que ha salvado a tu hijo.

Se suelta y aprieta dientes y puños.

—¡No cambia nada! —sisea—. Esa maldita *diabla*...

—¿Lo habrías matado? —la interrumpo—. A Dome. Si se llega a transformar.

Mamá abre mucho los ojos. Yo pienso en la familia de Colette. Yendo tras ella, intentando cazarla. ¿Habríamos sido nosotros?

—Hudson, un zombi es una criatura sin voluntad ni raciocinio. —Las lágrimas se le acumulan, pero se mantiene firme—. Habría sido nuestro deber con tu hermano, con su memoria y su honor, eliminar ese... —frunce los labios para reprimir un sollozo— resto corrupto y maldito de él. —Se sorbe la nariz y aprieta los puños—. Ya no sería mi hijo.

—¿Y si fuese un vampiro?

Mamá guarda silencio y yo la presiono:

—Si esta noche o mañana Dome muriera con la sangre vampírica todavía dentro de él y regresase convertido en uno, ¿lo cazaríamos?

Aparta la mirada. Por la forma en la que se le marcan, se está mordiendo los carrillos por dentro. Tanto, que apostaría que se está haciendo sangre.

—¿Lo matarías? —insisto.

Se obliga a enfrentar mi mirada, llena de rabia, y dicta su sentencia:

—Ya no sería mi hijo —repite.

Doy un paso atrás, como si me hubiese abofeteado.

—Hudson. —Intenta acunar mi rostro con sus manos, pero yo reculo, apartándome—. No sería tu hermano. Tan solo una criatura sin alma, esclava de su sed. Domenico no querría eso.

Niego con la cabeza. Es mi turno de sentir las lágrimas agolparse.

—¿Y si hubiese humanidad en él, mamá? ¿Si siguiese siendo él, pero con colmillos?

—¡Eso es imposible, Hudson! —Expresa su rabiosa frustración con un zapatazo contra el suelo—. Un vampiro es un ser podrido. Un vasallo de la muerte que solo existe para asesinar y torturar. No hay dentro de ellos más que pura maldad.

—Colette no...

—¡¿Colette?! —Los ojos de mamá se abren llenos de sorpresa y enfado. Da dos pasos hacia mí cargados de mala leche y la promesa de una muerte lenta en su expresión. Supongo que está de acuerdo conmigo en que ese es un dato demasiado íntimo como para compartirse a la ligera con la persona que se supone que te ha de matar—. ¿Desde cuándo tiene nombre?

Me cierro en banda y ahora soy yo quien aprieta la mandíbula al tiempo que me cruzo de brazos.

—Pues llámame visionario, pero imagino que desde que nació. —Me encojo de hombros—. En fin, manías raras que se gasta la gente.

Mamá me amenaza con el dedo y su mejor gesto de presidiaria por homicidio en el patio de la cárcel cuando no miran los vigilantes.

—A mí no me vacilas, Hudson Armando. Te juro por la Virgen de la Divina Providencia que...

El carraspeo de papá nos interrumpe.

—Tenemos visita.

Se hace a un lado para mostrarnos a un anciano. Lleva dos anillos con el sello de la Alianza, traje diplomático, un reloj caro y los zapatos le brillan recién encerados.

La postura recta y el gesto adusto evidencian un cuerpo entrenado y un

espíritu fuerte, sobre todo por la intensidad con la que sus pupilas me examinan, como si pretendiesen arrancarme todos mis secretos.

Aunque por su aspecto le pegan unos setenta y pocos, me atrevo a afirmar que rondará los noventa. Los cazadores envejecemos bien. Más aquellos que se mantienen en activo; algo que adivino por la sed de venganza que brilla en sus ojos. Como por inercia después de tantos años, sus dedos se contraen cada poco cerca de su cinturón, buscando un arma.

—Este es el señor...

—Peter está bien —corta a mi padre dando un paso hacia delante para ofrecerme su mano—. Tú debes de ser el muchachito que mató al anzû. Corren muchas voces sobre ti. Parece una proeza desmedida para alguien tan... —sus ojos vuelven a analizarme tras el cristal de sus gafas de fina pasta dorada. Siento que me juzga y que no le gusta un ápice lo que ve— joven.

Por no llamarme «macarruzo tatuado» a la cara.

Le dedico mi sonrisa más tensa y poco amigable.

—Gracias.

Se gira hacia la maleta negra y estrecha que ha traído consigo.

—Seguro que puedes prestarme un poco de esa fuerza tuya para ayudar a este anciano a llegar a su habitación.

Suena a orden, por más que intente endulzarla.

Intercambio una mirada con papá y él asiente. Así que me trago un bufido y vuelvo a sonreír como si me estuviesen mordiendo los testículos.

—Claro.

Me hago cargo de su maleta y lo guío hasta la habitación de invitados. Nuestra casa pertenece a la Alianza y lo que es de la Alianza es de todos los buscadores. Entre nosotros jamás nos negamos asilo ni ayuda. Además, tiene pinta de jefazo.

Si estáis pensando que podría ser un *no-mu* infiltrado... Las protecciones que rodean la propiedad lo habrían calcinado. Ninguna criatura oscura puede entrar por su propio pie.

Así que solo es lo que parece: un viejo cazador tocapelotas que la Alianza ha enviado a darme una palmadita en la espalda. Solo que en lugar de con un aguerrido guerrero, recto, curtido y disciplinado, se ha topado conmigo. Pues mire, lo siento mucho.

Aunque en algo tiene razón: yo no maté al anzû solo. No habría podido.

—Un demonio del hielo... Menuda presa, ¿eh? —insiste, viniendo tras de mí—. Y no solo eso... He oído que mataste también a un vampiro. Uno de los gordos. Antiguo y poderoso.

Dejo su equipaje en la habitación y me giro para decirle que, si eso es todo, puede meterse la cabeza en el culo en nuestra cómoda *suite* reservada a nuestros más apreciados huéspedes.

Se acerca a mí y me vuelve a clavar sus ojillos de rapaz, intentando arañar unas respuestas cuyas preguntas no ha formulado. Todavía.

—Es raro que un vampiro así ande solo. ¿No estaría... acompañado?

Cuadro los hombros.

—Si hubiese tenido compañía, estaría también muerta, señor.

—Claro. Claro. —Recorre con la mirada las espinas de mi brazo. No hace falta que diga nada para saber que le parecen pocas—. Eres un muchachito aplicado.

Midiendo dos veces lo que él, lo de «muchachito» es para tocarme las pelotas. A dos manos.

Se retira para darme una tregua y un poco de aire.

—A juzgar por los informes, habéis estado muy ocupados desde vuestra llegada.

—Un cazador jamás se queja de exceso de trabajo —dejo caer por si se da por ofendido.

—Desde luego. Pero un cazador inteligente —sus ojos me enfrentan, espetándome que duda mucho que yo lo sea— se plantea interrogantes. Y, para haber estado sin cubrir tanto tiempo y a juzgar por la urgente necesidad de vuestros servicios nada más instalaros, este pueblo ha estado demasiado tranquilo. O demasiado callado. Silenciado.

—Ya. Que pase buena noche, señor... Peter. —Yo también sé usar ese tonito desconfiado.

Me cierra el paso antes de que alcance la puerta.

—No seas insolente, muchachito. —Sus pupilas vuelven a aferrarse a las mías, como una hiporagne clavándome su aguijón venenoso—. ¿Estás seguro de que andaba solo?

—¿Quién?

—William.

Contengo el aliento. Los dos nos observamos... porque los dos lo sabemos. El nombre del vampiro que maté; un detalle por el que no solemos tener mucho tiempo para interesarnos mientras los cazamos.

La pregunta es si los dos sabemos a quién venía a buscar. El otro nombre que flota en el aire. Esa es la cuestión que nuestros ojos se demandan, enredados.

Rompo el contacto y lo rodeo.

—Buenas noches.



—¿Y este tío quién cojones es? —le exijo a mi padre al asomarme a su biblioteca, a donde he ido directo tras alojar a nuestro inquilino.

—Lo ha mandado la Alianza.

—No me cae bien.

Me encanta poder ser directo con mi padre. No tener necesidad de endulzar las cosas ni andarme por las ramas.

Me observa sosegado y lo medita antes de reconocer:

—A mí tampoco.

Su apoyo me reconforta. Papá nunca se equivoca, aunque su discreción le aconseje siempre prudencia antes de pronunciarse o actuar.

—No me da buena espina —insisto.

Papá me sonrío.

—Y el instinto de un guardián no falla.

Guau. Acaba de llamarme «guardián». Ahora compartimos eso. Y también le ha dado un completo voto de confianza a mis sensaciones, aunque sean contrarias a lo que dicta la Alianza. Hincho el pecho, orgulloso y agradecido de ser hijo de mi padre.

—Dome va a ponerse bien, ¿verdad?

—Sí. Lo he examinado. —De hecho, lo he pillado recogiendo algunos de sus enseres—. Ha sido una actuación efectiva y justo a tiempo. Hemos tenido mucha suerte. —Cierra los ojos y suspira—. Aunque me temo que llamarlo «suerte» es faltar a la verdad y restarle mérito a la ayuda recibida.

Desvía la mirada hacia el amuleto que descansa sobre la mesa. Yo también lo observo, intrigado. Recuerdo sus palabras: «Quedáoslo. Por si un día tenéis que protegeros de mí».

—No tiene sentido —pienso en voz alta—. ¿Quién nos daría un medallón para protegernos de sí mismo? ¿No bastaría con no atacarnos si no es lo que quiere? ¿O no ofrecernos una protección si sí es lo que quiere?

Sé que papá le ha estado dando vueltas porque tiene su respuesta preparada:

—Alguien que no es dueño de su propia voluntad.

Frunzo el ceño. ¿Qué agujeros negros y peludos del culo significa eso?

No tengo tiempo para preguntarle porque la mirada se le ilumina.

—Eso me da una pista...

Se vuelve hacia sus estanterías, empieza a trastear con los libros mientras musita para sí y sé que lo he perdido. Cuando una idea lo secuestra, es mejor no interrumpirlo.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Buenas noches, papá —le digo desde la puerta.

—Mmm. —Es todo cuanto recibo en respuesta. Pero, por alguna razón, ver tan ensimismado en su mundo de palabras a semejante gigante de dos metros me hace sonreírle enternecido.

—Te quiero, papá.



El tercero en discordia

Me doy una ducha rápida y me cambio de ropa como procede después de andar por ahí matando zombis. Mi habitación está fría y solitaria sin Postre. Y sin Colette. Porque tengo claro dónde quiero estar ahora mismo.

Aguzo el oído. No hay señales de más movimiento que mi padre leyendo en su biblioteca. Lleno con rapidez una bolsa de deporte con lo básico en el más absoluto silencio y salgo de mi casa con más cuidado que si estuviese pisando cristales. Corro hasta mi Jeepito y meto la marcha sin perder un segundo. Antes de que mi madre me inmovilice con una técnica de estrangulación. Sé que luego tendré que aclarar las cosas con ella, pero ahora tan solo me siento agotado y necesito algo de paz.

La paz que siente mi corazón cuando llamo a su puerta y Colette me abre.

—¿Cómo están mis chicas favoritas?

Postre viene tras ella y yo le dedico unas caricias antes de centrarme en Colette, todavía apoyada contra la puerta entornada. Se ha puesto un pijamita de color claro con una bata de satén rosa por encima, con adornos de encaje, y huele a que acaba de ducharse. A champú, sábanas limpias y ese toque suyo a cereza negra y piel suave.

Mi corazón se salta un latido cuando me topo con sus ojos negros. Sin poder evitarlo, me pego a ella y acuno su rostro en mi palma, acariciándole la mejilla y el cuello. Sé que hay cosas que debemos hablar y otras que le debo contar. Pero ahora mismo solo puedo mirarla. A ella y a esos labios tiernos y dulces que parece que haga una eternidad que no pruebo.

Mi cuerpo entero se derrite por Colette, por su olor, por su sabor, por su cercanía.

Me inclino sobre su boca y la rozo apenas antes de apoyar mi frente contra la suya y abrazarla.

—Dime que quieres que me quede —le suplico en un susurro, porque en este instante no parece haber más mundo que nosotros.

—Quédate —me pide en mi mismo tono. Anhelante, íntimo.

Y todos mis átomos explotan para fundirse con los suyos cuando la beso con mis dedos enredados en su pelo, húmedo y fresco como las noches de invierno. Las noches que habitamos los cazadores.

La empujo hacia el interior de la casa y cierro la puerta a mi espalda con el pie. Sin soltarla, sin perderme un segundo de ella.

En el salón, se pone de puntillas al tiempo que me echa los brazos alrededor del cuello, perdida en mi boca. Yo le aprieto ese culito que me encanta mientras nuestras lenguas libran una danza de fuego.

Paso las manos por debajo de su pantalón de pijama y gimo al descubrir su piel desnuda. ¡Estaca bendita! La aprieto más fuerte y mi erección se aplasta contra su estómago y noto sus pechos duros contra mí. Gruño, clavándole los dedos en el trasero antes de recorrer con ellos su cuerpo en camino ascendente hasta llegar a sus tetas. Le muerdo los labios al apresarlas y vuelvo a gruñir cuando le acaricio los pezones con mis pulgares, notándolos enhiestos y sensibles a mi tacto.

—Joder, Colette, me vuelves loco.

Tira de mí con premura para seguir besándome y su cuerpo se aprieta contra el mío, buscándome. Así que diría que yo a ella la vuelvo loca un poquito también. Sonrío para mí y mi mano izquierda desciende para colarse de nuevo bajo su pantalón y acariciarla en círculos lentos y juguetones.

Suspira echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Aprovecho para lamerle el cuello, la garganta y el contorno de la oreja, mientras ella gime aferrada a mí, humedeciendo cada vez más mis dedos.

—Si subo por ahí, ¿voy a encontrar una cama? —Señalo con la barbilla las escaleras que van al piso de arriba—. Porque, como haya un ataúd, se

nos va a quedar un poco estrecho para todo lo que quiero hacerte.

Colette se ríe y se encoge de hombros con coquetería.

—Descúbrela tú mismo, cazador.

La alzo por el trasero para que se abraza a mí y subo con ella los peldaños hasta dar con un dormitorio y..., ¡sí!, tiene cama. Grande, sin llegar a ser de matrimonio, cubierta por un edredón rosa palo y un par de peluches, que me sorprenden bastante.

—No me digas que ahora eres una niña buena, Colette —me burlo antes de arrodillarme sobre el colchón para depositarla con suavidad bajo mi cuerpo. He cerrado la puerta para que Postre no nos siga; tenemos nuestro código entre colegas.

Hundo el dorso de mi mano en su abertura, moviéndolo de arriba abajo muuuy lento, hasta que le arranco un gemido de frustración a la vez que sus puños arrugan el edredón.

Sonríó y saco la mano. Me mira enfadada y yo me lamo con deleite el rastro húmedo con el que ha empapado mi piel.

—Me parece a mí que no lo eres, no.

Le quito el pantalón y desciendo hasta acomodar la cara entre sus piernas. Le paso la nariz por el vello.

—Mmm, tú también hueles muy bien, *diabla*.

Si va a replicar, toda palabra muere en su boca cuando ataco con la mía, bebiéndomela enterita. Si sus ganas de chuparme la sangre son la mitad del ansia con la que yo la devoro... hay que reconocerle una contención titánica.

Se retuerce, jadea, me pide que no pare y yo continúo hostigándola con mi lengua, absorbiendo cada gota de placer. Exhala y saboreo su orgasmo.

Me yergo sonriente y, tras limpiarme con la mano, dejo un rastro de besos sobre su cuerpo según asciendo hasta regresar a sus labios. Los rozo con mimo, acompañándola de vuelta mientras deja de temblar.

—Hola —la saludo cuando abre los ojos.

—Hola. —Me sonrío.

Nos besamos con suavidad y le quito la bata y la camiseta para poder acariciarla a mi gusto con manos y labios. Después va mi ropa.

Si se había relajado un poco, mi *compay* vuelve a ponerse firme en cuanto lo acerco a ella. A punto de explotar y sin poder resistirme más, entro de una, ayudado de lo húmedo que está todo y ella gime abriéndose para mí, acoguéndome entre sus piernas. Jadeo enfermo de placer. Está suave y cálida y...

—Joder, creo que ya me estoy corriendo.

Colette se ríe y mueve las caderas para disfrutarme.

—Ven aquí.

La cubro con mi cuerpo, totalmente atrapada bajo mi peso, totalmente mía, y le hago el amor muy despacio, con movimientos lentos en los que se me van escapando gotas dentro de ella, rociando cada rincón mientras siento que yo mismo me derrito en su interior, en cada roce que me arranca mil descargas de puro deleite.

Con los rostros pegados, no dejamos de mirarnos a los ojos con nuestros alientos enredados, sintiendo cada centímetro de nuestros cuerpos en contacto. Entrelazo mis dedos con los suyos. Le beso la sonrisa y vuelvo a naufragar en sus pupilas.

—Te quiero, Colette.

Total, ya se lo he dicho antes.

—Hudson...

Aparta la mirada y después niega con la cabeza. Tras un silencio, se decide por bromear:

—Sabes que si estás follando no cuenta, ¿verdad?

—Bueno, tú y yo nunca hemos jugado limpio, *diabla*.

Le muerdo la boca y aumento el ritmo y la intensidad, entregándome a lo que las ganas me piden. Ella me araña la espalda y nos corremos juntos.

Colette me abraza contra sí, acariciándome los hombros y el pelo, en un agradable silencio compartido en el que descansamos el uno en el otro. Y este momento bien puede durar minutos u horas.

Hasta que sus caricias se vuelven más juguetonas. No he salido de ella y le basta con mover un poco las caderas y contraer los músculos, llamando a mi *compay* a filas para que él responda. Sonríe triunfal cuando vuelvo a retirarme y entrar muy despacio. Nos obliga a girar y se coloca sobre mí, con las manos en mi pecho, el pelo salvaje y esa expresión decidida y maliciosa que me encanta. A partir de este momento, goza conmigo como quiere.

Me monta, se toca y se disfruta, luciéndose para mí mientras se alborota el pelo o se aprieta las tetas sin dejar de retarme con la mirada, poniéndome cada vez más duro mientras ella se corre en un par de ocasiones.

Hasta que yo resucito del todo y me arranca un orgasmo brutal en el que se viene conmigo.

Gimo cuando se quita y se acurruca contra mí. Me agarro el rabo inerte y agotado. Creo que hasta ha encogido unos centímetros.

—Joder, me has matado al señor Ignacio.

Colette alza las cejas.

—¿El señor Ignacio?

—¿No lo había mencionado? Diría que las presentaciones son ya innecesarias entre vosotros dos, pero...

—Hudson. —Me mira muy seria—. ¿Tu pene se llama Ignacio?

—No, no, perdona. —Alzo un dedo pidiendo respeto—. Señor Ignacio.

Colette apoya el codo en la cama para sostenerse la cabeza y me mira de arriba abajo. Y luego una segunda vez, valorando si bromeo.

—Así se llamaba mi instructor de combate en el instituto de la Alianza. Es en su honor. Un gran hombre.

—¿En serio? —Parpadea ojiplática con las cejas a punto de camuflarse con el nacimiento de su pelo.

—Sí. A ver... Era calvo y bajito. Pero muy fuerte y fibroso. Siempre bien estirado para que pareciese que medía un poco más... ¿Me sigues? Y solo tenía un ojo porque una bruja lo había dejado tuerto de joven... —Me señalo la polla—. En fin, las similitudes son obvias.

Como parece que no la he convencido, insisto:

—Hablabas de acertar siempre en la diana. De avanzar con firmeza hacia delante sin desviarse del objetivo. Y luego se murió.

—Sin que le llevases flores.

—Exacto. Y yo lo quería y lo respetaba muchísimo, así que...

—¿Le pusiste su nombre a tu órgano preferido?

—Bingo para la señorita.

—Ya . Y... ¿tú crees que él estaría muy contento con tu... esto... homenaje?

—A ver... No me puedes negar que es un guerrero esforzado —alabo con orgullo.

—Y también tuerto y calvo, sí.

—¿Ves? Empiezas a entenderlo.

Asiente y hace sonar los labios, procesándolo. Termina riéndose.

—Nunca dejarás de sorprenderme, Hudson Armando.

—Oh, eso espero. —La ataco con cosquillas como castigo por ir a donde duele usando el «Armando».

—Dime por favor que él también tiene segundo nombre —pide retorciéndose entre risas.

—No —respondo muy serio—. Solo «señor Ignacio». Ya tiene bastante rotundidad por sí solo.

—Tienes razón: es un poco canijo para merecer dos nombres.

—Osarás...

La hostigo con más ganas. Yo también sé ir a por el punto débil. Se retuerce y chilla apresada entre mi cuerpo y el colchón.

—Creo que mi maestro estaría muy orgulloso de cómo uso al señor Ignacio para empalar una y otra vez a una *diabla* como tú, ¿no te parece? Dedicó a ello toda su vida. Y ahora puede seguir haciéndolo gracias a mí.

He atrapado sus muñecas contra la almohada para inmovilizarla. Nos miramos muy cerca el uno del otro y..., bueno, no podemos resistirnos a comernos la boca y he dicho «empalar», así que, en fiel memoria de mi tan

ilustre profesor, el señor Ignacio vuelve a mostrarse dispuesto a librar esta batalla una vez más. Colette lo nota y abre mucho los ojos, sorprendida.

La giro para ponerla de espaldas a mí, atrapada entre mi cuerpo y la cama, y le separo las piernas introduciendo mi mano antes de dejarle sentir su punta dura contra su abertura.

—¿Ves? No deberías reírte de él, *diabla*.

Me mira y se muerde el labio, adoptando una expresión inocente y desvalida, siguiéndome el juego.

—No me atrevería yo. —Y sube las nalgas para que las note bien apretadas contra mi cuerpo.

—Tarde —ronroneo en su oído y la penetro de una.



Una cama para tres

Vale, ahora sí que hemos matado al señor Ignacio. Otra vez. Y sin llevarle flores.

Abrazo a Colette, agotado, y cierro los ojos.

—Yo creo que ya, ¿no? —Jadeo—. Vas a dejarme seco sin necesidad de chuparme la sangre.

Se ríe y la coloco contra mí en modo cucharita, apartándole el pelo con cuidado.

—Te advierto que no tengo práctica en esto —confieso con vergüenza.

Porque soy un puto dios en la cama, pero en lo que respecta a los arrumacos de después ando virgen.

—¿En dormir? —se burla de mí.

—En estar enamorado.

Hala, ya puestos a ser kamikazes, pues vamos con todo.

No contesta y aguanta esa respiración que creo que no le hace falta.

Pero no tengo tiempo para pensarlo porque lo de dormir acompañado me ha recordado...

—Espera.

Me levanto con rapidez y abro la puerta.

—Ya hemos terminado, nena —aviso hacia el pasillo, por si Postre quiere entrar—. No le gusta dormir sola —le explico a Colette cuando regreso a su lado y volvemos a acomodarnos—. No te importa si viene, ¿verdad?

Y sé que es la elegida cuando sonrío.

—Conociéndote, no esperaría que te conformases con una chica en la cama cuando puedes tener a dos.

Me río y luego me pongo serio.

—Por cierto, he dejado a... Quiero decir: que solo estás tú.

Colette asiente y se pega más a mí.

—Quiero que solo estés tú —remarco.

Se gira para darme un besito en los labios. Se recoloca y cierro los ojos, satisfecho y molido, pero...

—Esto, oye, ¿tú duermes?

Su risa me reverbera en el pecho.

—Si me dejaran en lugar de soplarme en la nuca... lo intentaría. — Después de soltarme la pullita me explica—: Muy poco. Unas cuatro horas para recargarme, aunque puedo pasar sin ellas si hace falta uno o dos días. Pero suelo hacerlo a primeras horas de la tarde, no por la noche. Es cuando más activa estoy.

—Sí, no hace falta que lo jures. El señor Ignacio, en paz descansa, puede dar fe de ello.

—Me noto fatigada a mediodía, cuando más luce el sol. No suelo salir cuando está brillante.

—Claro, es mucho mejor encerrarse en una oficina.

No la veo, pero sé que ha puesto los ojos en blanco para indicar lo gracioso que le parezco.

—¿Por eso elegiste este lugar? —pregunto—. Al norte. No creo que aquí haya muchos días soleados.

—Entre otras razones.

Que por su silencio entiendo que no va a compartir conmigo.

—Así que *siesteas*... —regreso a lo que ha dicho sobre sus horarios de sueño—. Eres una pura chica latina, *diabla*.

Le arranco una carcajada.

—Me parece un buen plan —continúo—: follar toda la noche y *siestear* abrazados a mediodía.

—Vas a tener que subirle los honorarios al señor Ignacio.

—Sin duda.



Despertarme abrazado a Colette, que a su vez abraza a Postre, es una puta maravilla. Y no lo digo porque, después de unos besitos tiernos, vayamos a la ducha y Colette diga que va a «presentarle sus respetos oficialmente al señor Ignacio» y me haga una mamada de la hostia mientras el agua caliente corre por nuestros cuerpos. Que eso también ayuda, claro.

Me mira desde abajo con una sonrisita pícara y triunfal y yo me apoyo contra la pared de la ducha con un resoplido:

—¿Por qué hemos tardado tanto en hacer esto?

Colette me dedica un vistazo perdonavidas.

—Te recuerdo que al principio no querías ni besarme. Como para acercarle los colmillos a tu bien máspreciado.

—Tienes razón: soy imbécil. —Y la alzo por las axilas para que vuelva a quedar a mi misma altura.

La miro y creo que voy a pedirle matrimonio.

A lo que ella contestaría que después de chuparme la polla no cuenta, claro.

Pero mi estómago gruñe con fuerza, adelantándoseme.

—No solo de sexo viven los mortales, ¿eh? —se burla Colette y me saca de la mano a desayunar. Después de vestarnos, no penséis. Que menudo panorama si no. No es cuestión de ir por ahí acoleccionando a la humanidad.

Por suerte, hoy es domingo y no tiene que ir a trabajar.

¿Sabéis otra cosa que me parece jodidamente maravillosa? Mis dedos entrelazados con los suyos. Por la calle. Andar agarrados, mirarla y darme cuenta de que llevo conmigo lo más bonito del mundo, porque su sonrisa brilla más que nunca. Y que toda la gente pueda verlo. Que soy suyo y que ella es mía. Hincho el pecho, orgulloso y pleno.

Me conduce hasta un *diner*⁴⁵, pero en la puerta se detiene y me mira muy preocupada.

—¡Hudson!

—¿Qué? —Me asusto.

Me aprieta la cara, pegando sus ojos muy abiertos a los míos, como una demente.

—¿Has decidido ya qué vas a tomar?... —Se lleva una mano al pecho con un lastimero gemido sobreactuado de diva de telenovela—. ¿Pizza o patatas? ¡Oh, no! ¡Con esta decisión me matas!

Le brama al cielo y yo tiro de ella para que deje de montar el espectáculo aunque no pueda parar de reírme. La apreto contra mí y le beso la nariz.

—Mejor te como a ti. Que ya hemos decidido que superas a ambas juntas.

—¿Helado de pizza y patatas? —Alza las cejas dos veces con chulería.

—Exacto. —La beso y luego me saboreo los labios—. Umm. El mejor helado del mundo. —Y después tomo aire y lo digo—: Siempre que no pueda elegirse uno de A positivo, claro.

Colette se queda en silencio y yo aguanto la respiración.

Poco a poco. Muy despacio. Sonríe.

Hasta que suelta una carcajada y me mira agradecida. Por lograr bromear con ello. Por, de alguna forma, normalizar quién es. Por demostrarle que puedo aceptarlo.

Me da un piquito y tira de mi mano hacia el interior del local mientras comenta:

—¿Ves? Yo eso de elegir qué quiero tomar lo tengo más fácil.



Y camino todavía más pletórico cuando regresamos después de haber llenado el buche.

—Es que estaba para chuparse los dedos —insisto según entramos en su casa—. Te lo prometo.

Colette pone los ojos en blanco, quitándose el abrigo.

—Que sí, que ya lo has dicho como cien veces. —Deja su bufanda también en el perchero—. En serio, ¿cómo puede gustarte tanto la comida?

—Soy tauro, *mamita*. —Le dedico un guiño orgulloso cuando la adelanto

de camino a la cocina, donde aparto su dieta rica en hierro para guardar en el frigorífico la ración que he pedido para llevar por si me da por quedarme más tiempo.

Porque, claro, resulta que mi novia —¿novia?— no tiene comida en la nevera. Y si no lo habéis leído con soniquete molesto y dolido, lo habéis hecho mal.

—¿Y eso qué tendrá que ver?

—Pues que soy un signo de tierra, apegado a los placeres carnales. Veneramos la comida y hacemos del sexo un arte. El signo que mejor folla. —Le guiño un ojo—. Siéntete afortunada.

Me dedica un gesto incrédulo, muy chulita ella.

—Sabes que no puedes inventarte el horóscopo a tu conveniencia, ¿verdad?

—Que no. En serio. Búscalos.

Me reta con la mirada al tiempo que saca su móvil.

—El mejor signo del zodiaco en la cama —anuncia en voz alta según lo teclea.

Clica en un enlace y sus pupilas se mueven con rapidez según lee.

Yo sonrío, confiado en mí mismo.

Colette alza el rostro para mirarme con un veredicto que yo ya estoy celebrando...

—Escorpio.

—¿Qué? —El gesto triunfal se me chafa.

—Escorpio. —Me muestra su pantalla.

—No. Eso está mal. Mira otro.

Vuelve a poner los ojos en blanco y obedece.

—Escorpio —sentencia de nuevo.

—¿Qué? No me jodas.

Saco mi propio teléfono y me siento en el sofá, dispuesto a llegar al fondo del asunto.

—¿En serio, Hudson?

—Sí; esto es personal —respondo sin levantar la mirada del teclado, ocupado en luchar por mi dignidad.

Colette resopla y se sienta a mi lado, resignada a esperar.

Gruño según leo un artículo tras otro.

—Tu wifi está mal —concluyo.

Chasca la lengua.

—Claro. O tú eres del signo perdedor.

Bufo y me hundo contra el respaldo con los brazos cruzados y gesto contrariado.

—Malditos escorpio.

Colette sonrío.

—No, en serio —insisto—. No puede ser. —Y vuelvo a enarbolar el móvil, negándome a ser derrotado—. ¿Quién es mejor en la cama: tauro o escorpio? —le aviso de mi nueva búsqueda—. Oh, mira: «Escorpio es el mejor amante de todo el zodiaco y tauro le sigue en un merecido segundo puesto. Ambos son pasionales, entregados e insaciables. Dado que sus respectivas constelaciones se encuentran en las antípodas de la bóveda celeste, el choque entre ambos resulta brutal y magnético. El mejor *match* en la cama sin duda. Saltarán chispas... siempre y cuando consigan superar su odio innato».

Me froto la mandíbula, reflexivo.

—Así que tendría que haberlo probado con una escorpio... ¡Joder! Toda mi vida con unas y otras y me entero ahora, que ya es demasiado tarde porque solo quiero estar contigo y...

Colette se está aguantando la risa a mi lado.

—¿Qué? —le increpo—. Ahora no podré...

La miradita sobrada que me dedica, paseándose la lengua por los dientes, me obliga a callarme.

No puede ser.

La observo suspicaz.

—¿Eres...? —Su sonrisita no me deja lugar a dudas. La acuso con el

dedo—. ¡Lo eres!

—¿Escorpio? —Se estudia las uñas antes de realizar una coqueta subida de pestañas y clavarme la mirada—. Obviamente. Hemos quedado en que es el mejor signo, ¿no?

—Vale. —Me pongo en pie y suelta un gritito cuando me la echo al hombro—. Vamos a follar. Esto hay que comprobarlo científicamente. No se puede ir por ahí afirmando las cosas así como así.

—¿Tú te crees en serio que a ti y a mí nos faltan más comprobaciones?

—Sí. —Ya estoy subiendo las escaleras con ella cargada a la espalda—. Porque antes no sabía que eras un traidor alacrán, aunque sin duda veneno no te falta. Ahora vamos a comprobar eso del *match* cósmico con rigor científico. Todas las veces anteriores ha sido follar por follar. Ahora tenemos una misión. La credibilidad de «Tu horóscopo punto com» depende de nosotros.

Cuando la dejo en la cama se está riendo. Toma mi rostro y me besa. Después me mira a los ojos.

—Eres imbécil.

—Oh, vaya, gracias.

—Pero tenías razón: eres mi imbécil favorito.

—Lo sabía.

Y volvemos a besarnos.

Caigo sobre ella en el colchón. Sí, el señor Ignacio ha acudido a su llamada. Miro a Colette, pidiéndole permiso porque..., en fin, van unos cuantos seguidos en las últimas horas.

—Bueno, entonces ya hemos asumido que estamos los dos enfermos, ¿no?

—Sí. —Asiento muy rápido, cien por cien convencido.

—Pues no se hable más. —Me saca la camiseta de un tirón—. Al enfermo hay que darle su medicación.

[45.](#) Cafetería típica de los Estados Unidos en la que tan pronto te puedes pedir unas tortitas con sirope como una hamburguesa chorreante de grasa.



Y de repente... son multitud

—¿A dónde vas? —me quejo cuando se libera de mi abrazo para abandonar la cama.

El sexo ha sido brutal. En fin, había que esmerarse para dejar bien a «Tu horóscopo punto com». Mucho más salvaje y desenfrenado que anoche.

Colette regresa con un rotulador en alto.

—Voy a ponerle su medalla al señor Ignacio. —Lo destapa y comienza a dibujar sobre mi pene—. Que se la ha ganado.

—Ah, por fin alguien lo reconoce como se merece.

—De segundo clasificado.

Y la cabrona me dibuja un dos bien grande en el centro del círculo que ha trazado.

—¡Eh! —me quejo.

—Lo siento. —Me sonrío con inocencia—. El primer puesto es solo para los escorpio. Pero, oye, bien jugado. Participar es lo que cuenta, ¿no? También tiene que haber perdedores.

Resoplo.

—Contigo a mi lado jamás voy a volver a ganar en nada, ¿verdad?

—Obvio.

Vuelvo a resoplar, aceptando la derrota, y tiro de ella para hacerla caer sobre mi pecho y abrazarla con fuerza.

—De acuerdo. Pero solo porque tú y yo juntos sí que somos los mejores.

Me besa y su atención se desvía hacia mi cuello. Me acaricia los dos puntos rojos. Allí donde me ha mordido. Allí donde yo le he ofrecido e insistido, prometiéndole que en esta ocasión sería distinto. Porque quería

verla disfrutar. Porque lo quiero todo de ella.

—¿Estás bien? —Se preocupa con una sombra de culpabilidad nublándole la mirada.

Atrapo sus dedos y los beso.

—Mejor que nunca.

Tres besos después he logrado convencerla.

—Pues... en ese caso, deberíamos ir pensando en vestarnos de una vez y comenzar a fingir ser personas no obsesionadas con el vicio y el fornicio, ¿te parece?

—¿Vicio y fornicio? ¿De qué siglo eres?

Y mi pregunta es literal.

—Te sorprenderías —me ofrece por toda respuesta antes de lanzarme mi ropa—. Vamos. Tengo unos informes que revisar.

En el salón, se pone sus gafas antes de sentarse al portátil.

—¿Los vampiros tenéis dioptrías? —curioso.

—No son lentes graduadas, sino con filtro para la luz. Me molesta su intensidad —explica concentrada ya en teclear.

Asiento; tiene sentido. Me fijo en el enorme cuadro que preside la estancia. Sobre un fondo blanco y protegidos tras un cristal, se secan cientos de pétalos de rosa formando espirales. Unos parecen muy antiguos, apergaminados y marrones, otros recientes con su color todavía vivo y, entre medias, toda una variedad de estados.

Lo comprendo de golpe:

—Son tus espinas.

—¿Eh? —Despega los ojos de la pantalla.

Yo señalo el cuadro y después el tatuaje de mi brazo, curiosamente, una rosa también.

—Son tus espinas. Tu número de cazas. Has seguido contándolas.

Porque es una buscadora y nunca ha dejado de serlo.

Agacha la cabeza.

—Las más importantes no están.

Las personas a las que amaba y mató.

De repente, la tristeza parece tirar de ella, alejándola de mí. Tomo su mano para intentar traerla de vuelta y en sus ojos me topo con un vacío oscuro e insondable.

Se me ocurre otra cuestión:

—¿Estabas enamorada de él? —Sé que no debería sentirme celoso de un tío que posiblemente la palmó hace siglos, pero...—. ¿Del hombre con el que ibas a casarte?

Y menos mal que le he hecho caso en eso de vestírnos porque, antes de que pueda responderme, Postre ladra con fuerza, alguien revienta la cerradura y la puerta de la casa se abre de una patada.

—¡¡Hudson!!

Mamá entra con su mejor cara de mala hostia, su metralleta en ristre y el ansia asesina oscureciéndole la mirada.

Se detiene en seco al verme. Mi mano todavía sostiene la de Colette y la cercanía resulta evidente. Por la posición relajada de nuestros cuerpos, por el ambiente cotidiano e íntimo de la escena.

Que, a ver, no es como si le estuviese metiendo al señor Ignacio hasta el fondo y, obviamente, lo prefiero, pero la pillada es clara.

Mamá baja su arma y la decepción golpea cada centímetro de su expresión.

—Dime que no es verdad —me suplica. La mirada clavada en nuestras manos unidas.

Colette se suelta y aparta el rostro.

—¡*Compay!* —Dome aparece a la carrera, con sus armas también listas. Su rostro se ilumina de alivio al verme—. ¡*Compay!*

Después mira a Colette y la confusión hace mella en él. Papá es el último en asomarse.

—Tuve una visión —se explica Dome—. Vi... Te vi... —La señala con la barbilla—. Sentí su ansia y tú estabas tumbado y ella se abalanzaba sobre ti...

—Hostia puta. —Me paso las manos por el pelo y me giro hacia Colette—. ¡¿Mi hermano estaba mirando?!

¿Mientras nosotros poníamos a prueba científicamente a «Tu Horóscopo punto com»?

—Bebió mi sangre... —Se encoge de hombros—. La conexión mental era una posibilidad.

Me tapo la cara y por mis retinas pasa una selección de los mejores momentos. Desenfrenados.

—¿Que estabas... como dentro de su cabeza? —le pregunto a Dome.

Él duda.

—Sí, algo así. —Se acerca a mí—. Creí que estabas en peligro. La vi... Os vi...

Colette no habla, pero su mueca al tiempo que aparta la cara y chasca los labios es bastante elocuente y yo estoy rojo hasta la punta del pelo.

Mi hermano hace un gesto de asco.

—¡Oh, joder! —Retrocede al tiempo que sacude la cabeza, intentando sacarse ciertas imágenes de la mente—. ¡Joder! —Se aprieta los párpados—. Echadme lejía en los ojos, por favor. Y en el cerebro. ¡Una lobotomía, os lo suplico!

Percibiendo la tensión en el ambiente, Postre se tira del sofá para ir junto a él y menearle el rabo feliz al tiempo que le echa las patas para saludarlo como diciéndole «*Compay*, no pasa nada, todo bien por aquí. Estos dos tan solo se han pasado la noche y la mañana follando, pero, ¡eh!, Hud me ha traído una hamburguesa con patatas aunque sin pizza toda entera para mí».

Mamá mueve su arma hacia mí.

—Empieza a explicarte, Hudson.

Uf, ni siquiera ha dicho el «Armando». Esto está chungo.

—A ver... A ver... —Hago un gesto de calma y le echo un vistacillo a Colette.

Craso error. Porque le ofrezco una panorámica perfecta del cuello a mi madre.

—¡Te ha mordido! —Levanta su metralleta y le apunta.

—¡No! A ver... Sí. —Empiezo a hacerme un lío con mis manos, que ya no saben para dónde moverse—. Pero ha sido voluntario. Le he dado permiso. ¿Vale, mamá? Se lo he pedido yo.

El cañón pasa a apuntarme a mí y los huevos se me ponen de corbata.

—¿Estás embrujado? —Da un paso con el dedo *en el puto gatillo*—. ¡Dime que estás embrujado!

—¡No, joder, mamá, baja eso! ¡Que me vas a matar!

—¡Tal vez lo haga!

Colette se pone en pie. Por si mi madre me dispara, imagino.

Mamá desvía por un segundo su arma.

—Tú quietecita. —La metralleta regresa a mí y encima le da un meneíto, señalándome. Claro que sí, señora—. ¿Has bebido de ella?

—No, mamá. No voy a transformarme, ¿de acuerdo? Ha sido solo un mordisquito. —Levanto los brazos en son de paz—. ¿Puedes bajar eso de una jodida vez, por favor?

Papá avanza y le pone una mano en el hombro que os juro que ella mira por el rabillo del ojo como si quisiera arrancársela de un mordisco.

—Isabel... —le ruega—. Vamos a calmarnos todos un poco.

Mamá gruñe, pero termina bajando la ametralladora a regañadientes. En este preciso instante le besaría las pelotas a mi padre. Porque las tiene bien puestas y por salvar las mías.

—Vale, a ver... —Supongo que es mi turno—. Ya que estáis todos aquí... —Miro a mi familia, después a mi novia vampiro. Que todavía no lo hemos hablado, pero, vaya, después de esto tendremos que casarnos porque, si no, no me va a merecer la pena quedarme sin pelo y que mi voz haya subido una octava ya para el resto de mi vida. Doy una palmada—. Bueno, pues, os presento a...

—Colette.

El señor Peter hace su entrada triunfal, adelantándoseme. Lo miro y resoplo.

—Joder, el que faltaba —rezongo por lo bajini.

Venga, bienvenido a la reunión familiar. Claro que sí, guapi.

Tiene los ojos clavados en Colette. Y ella en él. Parpadea, completamente paralizada. Después se tapa la boca abierta con las manos. Da un paso al frente.

—Colette. —El señor Peter vuelve a nombrarla y saca una pistola para apuntarle. Pues sí que estamos todos muy alteraditos esta mañana.

Ella se detiene de golpe. Se sostienen la mirada. Colette baja los brazos y los abre a ambos lados de su cuerpo.

—No voy a pelear contigo.

De acuerdo, aquí está pasando algo de lo que los demás no nos estamos enterando. Un poquito de contexto, por favor.

Pero ni contexto ni pollas. El señor Peter aprieta el gatillo y una bala de plata le atraviesa el pecho a Colette. Su cuerpo se sacude por la fuerza del impacto. Se tambalea hacia atrás y se cubre la herida con la mano. La sangre empieza a manar, manchando su jersey de canalé.

Transcurridos unos segundos en los que nadie respira, levanta la cabeza y lo mira, dolida, cansada, viva.

—Sabes que no funcionará.

—Pues entonces lo seguiré intentando hasta que lo haga. —Y le apunta a la cabeza.

—¡Eh! ¡Ya vale! —Le hago soltar el arma con un golpe seco a la muñeca y la alejo de él con el pie cuando cae al suelo.

—¡Muchacho insolente!

Intenta pegarme y yo lo empujo. Choca contra la pared y un cuadro se desprende, golpeándole la cabeza. El cristal se rompe y los añicos llueven sobre él.

—¡Papá!

Colette corre hacia el señor Peter con la preocupación en el rostro.

—¿Papá? —repite Dome.

—¿Papá? —repito yo.

—¡Papá! —insiste ella, ignorándonos, porque esta es la conversación más inteligente y menos repetitiva de la historia.

«Excelente, Hudson. Acabas de agredir a tu suegro. Entre eso y mamá decidida a volarte en cachitos, tu primera relación formal empieza de puta madre. Estaba claro que esto se te iba a dar bien, máquina».

Colette intenta ayudarlo, pero él se aparta y se sacude de encima los cristales.

—¡No me toques, criatura! ¡Te juro que lograré arrastrarte al infierno aunque sea lo último que haga! ¡Tú me lo arrebataste todo!

Ella retrocede con un gesto que intenta ser tranquilizador. Tiene la mirada rota de dolor.

—Papá...

—¡¡Tú no eres mi hija!! —brama—. Tan solo habitas su cuerpo. —Se saca un cuchillo de plata y le apunta con él—. Y no descansaré hasta ofrecerle el reposo que merece. —Una lágrima se escurre entre los pliegues de sus profundas arrugas—. Mi pobre niña...

—¡Soy yo! —estalla Colette—. ¡Estoy aquí! —Se golpea el pecho y da un paso al frente—. ¡Mírame! ¡Mírame!

Se sostienen la mirada en silencio. Peter agarra con tanta fuerza el cuchillo que tiembla.

Colette suspira e intenta tranquilizarse.

—Si no soy tu hija, ¿por qué he elegido el pueblo donde mamá nació? ¿Por qué le llevo flores todos los días a su tumba?

Lo recuerdo de golpe. Las flores frescas sobre una lápida: Angela Miller.

«Que tu luz nos guíe contra las sombras», rezaba el epitafio.

La familia de una cazadora pidiéndole su protección desde el más allá.

—A mi mujer la mató una arpía —escupe Peter con rabia—. Una criatura como tú.

—Sí. Cuando yo tenía siete años. Y la noche que cumplía dieciséis me escapé y no regresé hasta lograr traerte su cabeza dos semanas después —reivindica Colette—. ¡Vengué a mamá y puse a su asesina a tus pies!

Estabas tan orgulloso... Y aun así me castigaste por desobedecerte, por actuar por mi cuenta. Me azotaste delante de toda la academia que dirigías. En Ottawa. En casa. El único hogar que he conocido. Y yo lo acepté con honor. No derramé ni una lágrima ni solté un gemido. Y luego lloré sola en mi cuarto mientras me limpiaba las heridas. Pero no me importó. Las lucí con orgullo, porque eran una demostración de lo que había logrado.

Pues ole con el señor Peter. Así se educa a una hija. Con azotainas públicas. A su lado, mi madre y su metralleta comienzan a parecerme unas benditas.

Lágrimas de sangre, las únicas que un vampiro puede derramar, acuden a los ojos de Colette y se apresura a limpiárselas. Pero él las ve. Las ve y sostiene su cuchillo con más decisión.

—Estás maldita.

Pero Colette no ha terminado:

—¡Entrené más duro que nadie! ¡Me esforcé más que nadie! Para llenar ese vacío que se te quedó desde la muerte de mamá. Para limpiar tu dolor. Para que por fin me mirases y dejases de verla a ella. Para que en tus ojos solo luciese el orgullo y no la pena cada vez que se tropezaban conmigo. ¡Fui la mejor! Tu mejor discípula, tu mejor soldado. Tu única hija aunque fueses más general que padre.

Da un paso al frente y se seca más lágrimas.

—Me prometí con el hombre que elegiste para mí, dispuesta a entregarte mi futuro, mi vida, mi cuerpo, toda una generación de los mejores guerreros. Te cacé todos los monstruos que me pediste y más. —Señala su cuadro con los pétalos de rosa—. ¡Sigo haciéndolo! Por más que reniegues de mí, he seguido siendo la cazadora que me enseñaste a ser. He mantenido este pueblo y sus alrededores seguros durante años. Por mamá. Allí donde voy rastreo, persigo y cazo. ¡Sigo haciéndolo por ti! Porque es la única forma que sé de vivir. ¡Todo por ti!

—Pues hay algo más que podrías hacer por mí. —Peter avanza con el cuchillo en ristre y sin un ápice de compasión en su voz—. Morirte. Liberar

el alma de mi hija para que pueda descansar en paz.

Vale, creo que no soy el único en esta sala que ahora mismo quiere incrustarle la nariz en el cerebro de un puñetazo, a ver si así espabila. Pero, claro, desear su bendición para beneficiarme a su hija sin freno ni medida me sitúa en una posición complicada.

Colette cierra los párpados. Cuando vuelve a hablar, sus palabras caen rotas y cansadas.

—Lo intenté. Te juro que lo intenté. —Abre los ojos para clavarlos en él—. Yo misma me hundí una estaca en el pecho. Una, dos... diez veces. Me prendí fuego. Me corté la cabeza y mi cuerpo la volvió a reclamar. Cada vez que lo intentaba, Jackie ideaba un peor castigo para mí. Me recogía, esperaba a que sanase y después me torturaba por desobedecer. Por romper su juguete favorito. Y lo soporté. Y lo volví a probar. Me arrojé al Sena y pasé treinta y siete días con sus treinta y siete noches encadenada bajo sus aguas. Sola y a la espera. Y pensaba en ti. En que pudieses descansar tranquilo. En que quizás encontrases mi cuerpo mientras seguías intentando cazarme y lo abrazases orgulloso antes de enterrarlo. —Se permite una pausa y suspira—. Tampoco funcionó. Nada lo hizo. —Se toca la herida del pecho que ya ha dejado de sangrar—. Siento no haber podido morir por ti, papá. Porque sabes que siempre estuve dispuesta. Entregarte mi muerte igual que te entregué mi vida. Siento que Jackie no me matase esa noche en la que tantos de los nuestros murieron. Siento ser tu mayor decepción.

Se gira y le ofrece la espalda. Contempla el cuadro con los pétalos.

—Da igual vampiro o no, ¿verdad? —Le dedica un vistazo por encima del hombro. El alma deshilachada en la mirada y la voz estrangulada—. Nunca será suficiente para ti. Nunca *seré* suficiente para ti.

Peter no contesta. Lleva un rato que tan solo tiembla de pies a cabeza con el gesto contraído. Demasiadas emociones pasando por sus ojos, fagocitándose unas a otras. Se le está poniendo la cara roja con las venas hinchadas de la tensión. El pobre hombre necesita sentarse un poco. Y un batallón de tilas también. Para asimilarlo todo.

Colette lo observa con lástima.

—Mírate, papá. Llevas demasiados años con esto. Te has hecho mayor. Debería estar cuidándote. Sostener tu mano cada mañana y pasear juntos al caer la tarde. No preguntarme cada día si ya habrás muerto mientras jugamos al gato y al ratón.

Resopla y se decide a andar hacia él.

—Papá...

El señor Peter entra en fallo técnico. Intenta retroceder y atacar y apartarse y hablar al mismo tiempo y lo único que consigue es colapsar y farfullar algo sin sentido con un movimiento raro desacompasado. Al final el cuchillo se le cae y se lleva la mano al corazón con una mueca de dolor. Se aprieta el pecho con los ojos pidiendo auxilio y busca algo donde apoyarse cuando se derrumba.

—¡Papá! —Colette lo agarra antes de que toque el suelo y lo tumba con la cabeza en sus rodillas—. ¡Un infarto! ¡Está sufriendo un infarto!

Comienza a realizarle una reanimación cardiopulmonar para obligar a su corazón a seguir latiendo y me mira.

—¡Una ambulancia!

—¡Sí, claro!

Saco mi teléfono mientras ella continúa con la maniobra.

—Papá, papá... Por favor —le suplica antes de romper a llorar.

Se detiene un segundo para pegar la oreja a su pecho. Y así, tumbada sobre él, cierra los ojos y solloza.

—Si no soy tu hija... ¿por qué te sigo queriendo?



Nunca podré quererte

Tras pedirme mi sudadera para cubrir su jersey manchado de sangre antes de que lleguen los sanitarios, Colette se sube en la ambulancia con su padre y desaparecen camino del hospital.

Miro a mi familia y doy una palmada.

—Pues... parece que las presentaciones quedan aplazadas.

Que no es que yo me alegre por ello, ¿eh?

Una puerta rota, un disparo al pecho y una ambulancia... Podría decirse que nuestro «Ven y conoce a mi familia» no ha ido del todo mal.

Cuando, un par de horas después, nos dejan pasar, el señor Peter está monitorizado en la cama, con una mascarilla de oxígeno. Colette se mantiene a una distancia prudencial con la mirada perdida.

Papá nos anuncia con un toque de nudillos contra el marco de la puerta y es el primero en entrar en la habitación. Los demás lo hacemos detrás. Porque los Murray-Velásquez siempre vamos en *pack*. Aunque falta Postre, que la hemos tenido que dejar en el coche.

—¿Cómo está? —se interesa nuestro patriarca.

—Bien, gracias. Los médicos dicen que se recuperará sin problemas. Tan solo ha sido un susto. —Los ojos de Colette recorren cada arruga del rostro de su padre. Suspira y habla para sí misma—: Está tan mayor...

Después recuerda nuestra presencia y se gira hacia nosotros.

—¿Y tú? —se interesa por mi hermano.

Dome levanta los pulgares.

—Todo guay.

Exceptuando, claro está, que tuvo una visión sexual protagonizada por su

hermanito pequeño que jamás de los jamases volveremos a mencionar. Nunca.

Mamá se queda remoloneando en la puerta, tamborileando con los dedos sobre su muslo con nerviosismo, así que yo me adelanto. Se hace el silencio al tiempo que todos los ojos se clavan en nosotros. Trago saliva y voy hasta Colette, algo cohibido.

—¿Flores? —Mira el ramo que traigo, con una sonrisa divertida.

—Ya sabes: para que no se muera. Mis flores son infalibles.

Colette se ríe y yo termino de cubrir la distancia que nos separa para resguardarla contra mi pecho. Oigo a mi madre contener el aliento. Pero cuando me devuelve el abrazo, apoyo la barbilla sobre su cabeza, cierro los ojos y todo lo que queda más allá de nosotros deja de existir.

Le beso el pelo intentando transmitirle mi apoyo y mi cariño.

—No sabía que tu padre estuviese vivo.

—Yo tampoco lo tenía claro. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi. Creí que era obvio: es el pueblo de mamá. Supongo que, aunque me estaba escondiendo, en realidad esperaba que me volviera a encontrar. Que no lo hiciese...

—Pensaba que eras mucho más vieja, la verdad. Unos cuantos siglos. Tienes que cambiar de crema antiarrugas; no te está funcionando.

Consigo hacerla reír.

—Sí, esto... —interviene Dome aclarándose la garganta y ambos nos separamos—. ¿Cuándo naciste?

—En el 63. 1963.

Dome suelta un silbido y mira a nuestros padres. No son mucho más jóvenes.

—Me transformaron con 26 años.

—Joder, eso fue en el 89. Tan solo dos años antes de que yo naciese. — Dome echa cálculos con rapidez al tiempo que está tecleando en su ordenador, sentado sobre el reposabrazos del sofá para visitas... porque es el tipo de persona que se trae el ordenador al hospital y tiene las narices de

ponerse con él—. Así que cazadora, ¿eh?... ¡Ajá! ¡Aquí estás! Colette Miller.

Le muestra la pantalla y ella se acerca, intrigada.

—Oh, no puede ser. —Se ríe.

Me asomo. Es un vídeo de esos antiguos con mucho grano y líneas negras.

—¡Esa soy yo! —Se señala con entusiasmo.

Lleva puesto un kimono y se luce sobre un tatami, enfrentándose a un compañero.

Dome asiente con orgullo.

—Repositorio de documentos de la Alianza, sede de Ottawa.

—¡Oh, Dios, y esta es...! —Posa los dedos con cariño sobre otra estudiante. Vuelve a reírse—. ¡Y aquí Rox y Nico!

—Auch, eso ha tenido que doler —alaba mi hermano su última patada—. Eras muy buena, ¿eh?

—Soy muy buena.

Finge un gesto altanero y Dome se lo concede levantando las manos en son de paz antes de mostrarle otro vídeo y después una orla.

—Oh, guau. ¿Te graduaste a los 19?

Colette saca pecho. Lo normal para los buscadores es hacerlo entre los 21 y los 23.

No dejo de mirarlos: a ella y a mi hermano, sentados juntos con total naturalidad y confianza mientras rebuscan en el pasado. Me gusta. Verlos ahí tan tranquilos, en una estampa cotidiana, y pensar que esto es posible, que puede ser mi futuro. Colette y mi familia.

—Oye... ¿y ese peinado cardado y las hombreras? —la pico.

Me da un empujoncito.

—Tú cállate, *millennial*. Que no tenéis ni idea de moda.

—Normal que tu generación se diese a las drogas; duro de superar esto que estoy viendo.

—¿Colette? —La voz desvalida de su padre, buscándola con una mirada

que no termina de enfocar, nos interrumpe.

Se pone en pie, pero no se mueve, indecisa.

—¿Colette? —vuelve a llamarla, alzando la mano en la que lleva enganchado un medidor de pulso.

—Estoy... estoy aquí —responde con cautela.

Sus pupilas consiguen centrarse en ella y... sonrío, aliviado.

—Mi niña bonita. —Le hace un gesto para que se acerque. Obedece, todavía dubitativa. Creo que todos contenemos la respiración, a la espera.

—Estoy aquí, papá. —Recoge con cariño la mano que él le tiende y se la lleva al pecho.

Él cierra los párpados.

—He tenido una pesadilla... —Los abre despacio y mira a los lados—. ¿Y tu madre? ¿Angela? ¿Angela?

Colette le sostiene el rostro para que se concentre en ella y deje de intentar incorporarse para ver más allá de la puerta.

—Ha ido a pasear con la abuela. Ahora regresa.

El señor Peter se relaja y le da unas palmaditas en la mano.

—Bien, bien. —Suspira y parece que va a dormirse de nuevo, pero vuelve a abrir los ojos y le dedica una mirada llena de cariño—. Mi niña... Mira qué grande estás. —Alza unos dedos temblorosos y ella se agacha para que pueda acariciarle la cara, conteniendo las lágrimas—. Tan bonita como tu madre. Siempre has tenido su luz. Y toda mi fiereza. —Apuesto que sus labios se sienten muy raros y desentrenados cuando se contraen en una sonrisa. Sí que debe de ser buena la droga que le están chutando—. Estoy tan orgulloso de ti, mi pequeña daga de plata.

Colette solloza, se seca las lágrimas antes de derramarlas y aprieta la mano de su padre contra su rostro tras besarle la palma.

—Lo siento mucho, papá.

—¿El qué?

Guarda silencio y él vuelve a sonreírle. Le acaricia el pelo con torpeza.

—Mi niña... Tú siempre has sido mi mayor alegría.

Bosteza, parpadea y su mano deja de acariciarla cuando cierra los ojos y la cabeza le cae hacia un lado, completamente dormido.

Colette se aparta con una especie de gemido-sollozo-alarido y se tapa la cara. Nos da la espalda para llorar. Cuando se repone, se limpia la cara y besa la frente de su padre sin prisa y con sentimiento.

Luego se aparta y endurece sus rasgos. Guerrera lista para la batalla. Camina hasta la puerta y nos dedica un vistazo desde ella.

—Cuidad de mi padre, por favor. Y convencedle de que ya está mayor para esto.

—¡Ey, espera! ¿A dónde vas tú? —Salto como un resorte.

Sus ojos me miran con lástima.

—A desaparecer. Como siempre.

—¿Qué? ¡No!

—Hudson. —Su voz intenta detenerme cuando ya estoy yendo hacia ella. Niega con la cabeza y su mirada señala a los míos—. Esta es tu familia. Y no hay lugar para mí en ella. —Su atención se desvía hacia su padre y susurra—: Ni siquiera lo hay en la mía.

—¡Eso no es cierto! —Le tomo la mano y me giro hacia ellos, suplicando su apoyo—. Decídselo.

Dome observa a nuestros padres. No se pronuncian y él pone cara de tener algo jodiéndole el estómago y no saber si cagar o vomitar. Ni dónde.

—Hudson... —Colette intenta soltarse. Me resisto y sus ojos me imploran que la deje ir—. Tan solo os pondría en peligro.

—¡Y una mierda! Estás en el bando bueno, Colette. ¡Si no haces más que salvarnos el culo!

—Lo que no borra que he hecho cosas horribles. —Intento interrumpirla y me detiene con un gesto—. Y volveré a hacerlas. Volveré a hacerlas si Jacquie me lo pide. Y vosotros seríais los primeros.

Jacquie. Otra vez ese nombre flotando entre nosotros.

—¿Qué cojones significa eso? —Porque ya no es que esté celoso, es que no sé cómo puede afirmar que podría dejar de lado quién es y quiénes

somos juntos por el tío ese—. O sea, ¿en serio? —Que me estoy yo aquí jugando la cara con mi madre para que me salga con estas vainas—. Venga ya, no me jodas, Colette.

Termina de soltarse con actitud derrotada y mira a mi padre, suplicante.

—Explícaselo —le pide.

Los miro alternativamente.

—¿Explicarme el qué?

—Lo sabes, ¿no? —Quiere asegurarse ella y papá asiente.

—¿El qué sabe? —A mí me están volviendo majareta.

Colette aprieta los labios.

—Que no soy libre. —Me mira y sonrío con pena—. Toda mi vida me entrenaron para ser un arma y en ello me he convertido. —Da un pasito hacia mí y me retira el flequillo de la cara. Se pierde dos segundos en mis ojos. Después cierra los suyos—. Por eso nunca podré quererte.

Me besa en los labios.

Cuando quiero reaccionar, ha desaparecido. Frente a mí, tan solo queda su vacío.

«Nunca podré quererte».

Duele más que un balazo.



Sin salida

—La pista me la dio el asunto del amuleto —explica mi padre, sentado junto a mi madre en el sofá, con Dome sobre el reposabrazos en el otro extremo y conmigo en mitad de la habitación del hospital con cara de andar perdido—. Colette es un vampiro *victorius*.

—El otro vampiro la llamó «Victoria» —recuerdo.

Papá asiente.

—Y también dijo que era una esclava.

—¿Y qué es un *victorius*? —se impacienta mamá y me pregunto si su interés por la explicación está motivado todavía por saber cómo matarla.

—Hay una leyenda.

—Siempre hay una leyenda —se burla Dome.

—Sí, y cometemos el error de infravalorarlas creyendo que no son más que eso.

—Venga, pues dale con esa historieta —pide mi hermano, solidarizado con mi necesidad de respuestas.

—Los vampiros son criaturas inteligentes y ambiciosas, y no les gusta que les demos caza.

—Vaya, qué tiquismiquis. —Lo de no haberse convertido en zombi tiene de buen humor a Dome.

—¿Y cuál es su mayor punto débil?

—¿La plata? —sugiero.

—Las estacas —responde el empollón.

—El sol —corrige mi madre sin dudarlo—. Quedarse vegetales durante las horas de luz, completamente vulnerables.

Cualquiera puede llegar hasta su ataúd y atravesarles el corazón.

—Por eso los más poderosos suelen tener ejércitos de zombis protegiéndolos —completa Dome.

—Que ni son muy inteligentes ni andan muy espabilados tampoco cuando hay luz —lo retoma papá—. Así que idearon otro tipo de guardián, uno con las ventajas de los vampiros y las de los humanos. Un ser a medio camino. Uno que pudiese campar a sus anchas durante el día y reflejarse en los espejos.

—Porque narcisistas también son un rato —opina Dome—. ¿Y esa criatura híbrida...? ¿Se lo montaron con humanos? —Me lanza una miradita pícara—. Al final no resulta tan descabellado, ¿eh, *compay*?

Mamá gruñe y yo la secundo. Mi hermano levanta los brazos en señal de inocencia.

—¿Demasiado pronto para bromear sobre ello? —Se ríe solo y después me vuelve a mirar y sacude la cabeza—. No, si estaba claro que con el ritmo que llevabais no podía ser humana.

Lo fulmino con la mirada. Fíjate cómo ha esperado a que la vampiresa potencialmente mortal no estuviese para lanzar sus pullitas.

—Hibridación con humanos es la explicación que ha pretendido darse para su origen. O brujería, sí —redirige papá la conversación—. Pero no es lo que yo creo.

Todos guardamos silencio, intrigados.

—Parece demasiado fácil. Si cualquier vampiro pudiese crear su *victorius*, ya estaríamos acostumbrados a su existencia, porque habría muchos más. No obstante, los libros apenas recogen un par de casos, unidos siempre a vampiros de gran poder y antigüedad.

—¿Entonces? —pregunto.

Papá sonríe.

—Creo que no los crearon voluntariamente, que no es que encontrasen su arma perfecta, sino que surgieron de un error.

—¿Un error? —se extraña Dome.

—Una transformación a medias. El resultado de intentar transformar a una voluntad demasiado fuerte. Un guerrero dueño de sí mismo. Uno de los nuestros. Alguien ya dotado de ese cierto control sobre las sombras. Un alma más resistente a su dominio que la del resto de mortales. Se resiste a la transformación y se queda a medio camino entre los dos mundos.

—Eso tendría sentido con... ella —razona mi hermano. Porque bromear sobre su sexualidad sí, pero llamarla por su nombre todavía le parece precipitado.

Mi padre asiente.

—Una cazadora dura de someter. Una lucha de titanes. De ahí que solo los vampiros dotados de gran poder logren este fenómeno. Quizás un intento de transformación de alguien tan fuerte por un vampiro medio tan solo fracase y el humano muera sin más.

—Por no mencionar que no cualquier vampiro caza a uno de los nuestros —se jacta Dome.

—Los llaman *victorius* porque suponen el triunfo de los vampiros sobre sus limitaciones. Sobre el sol y los cazadores. Su arma definitiva.

—Una criatura así suena casi a un dios. —De nuevo mi hermano.

—Un diablo —bufa mamá.

—Sí. Y al universo le gusta el equilibrio —continúa papá, recordándome a tía Rosita—. Ninguna luz sin su sombra. Un ser de un gran poder limitado por una gran debilidad: su voluntad. Esa que se ha rebelado al cauce normal de los acontecimientos y ha creado algo que no debería existir. Queda ligada a la de su creador. Un *victorius* está obligado por naturaleza a obedecerle siempre. Y sigue vivo mientras él lo haga, porque la única forma de matarlos es matar a su creador. Esto sí lo han logrado documentar.

—Aquel que se negó a dejarse dominar convertido en el esclavo perfecto... La justicia poética universal —señala Dome.

—Espera, espera. Entonces... —Intento unir todas las piezas del puzle en mi cabeza—. ¿Colette tiene que obedecer a ese tío sí o sí?

—Aunque vaya contra sí misma.

—Pero si lo matamos... ¿ella muere?

Mi padre asiente. Por la expresión compasiva que me dedica, sé que comprende lo que ahora mismo estoy sintiendo.

Me paso una mano por el pelo, desordenándolo, nervioso.

—Joder. No es... No es... —Describo círculos errantes. Luego mis ojos lo buscan, implorándole una solución—. Es un juego imposible de ganar. No hay salida.

Mi padre niega y suspira.

—Colette nunca será libre. No sin desvanecerse en cenizas.

—Y por eso hace bien en mantenerse lejos de nosotros —sentencia mamá con su mirada clavada en mí, asegurándose de que lo comprenda—. Malvada o no, no es dueña de sí misma.

Me siento traicionado cuando papá asiente, dándole la razón.

—Sus acciones pueden dejar de pertenecerle de un momento a otro de una forma que no podemos prever ni controlar.

Los observo. A los tres. Dome baja la mirada al suelo. Y los entiendo, de verdad que lo hago. Incluso Colette está de su parte.

Es muy simple: un vampiro psicópata puede ordenarle qué hacer cuando le dé la gana y no podemos matarlo sin que ella también muera.

Así que es sencillo: Colette se marcha y yo no debo impedirselo. Por el bien de todos.

Pero una fuerza en mi interior se niega a renunciar a lo único que he estado buscando toda mi vida sin saberlo.

—¡Y una mierda!



Pues ya estamos todos

—¡Colette!

Cuando irrumpo en su casa, comienza a anochecer y el salón está bañado por el resplandor anaranjado de las farolas de la calle y el añil mortecino de un cielo que bosteza. Se gira hacia mí con una bolsa de viaje a medio llenar. Rastros de sangre reseca cruzan sus mejillas y rodean sus ojos, restregones de tristeza por todo su rostro. Todavía lleva mi sudadera puesta.

—Hudson... —La mirada se le rompe. De dolor, de miedo, de dudas. Los labios le tiemblan—. Estúpido cabezota.

Pero corre a mis brazos y yo la cobijo contra mi pecho.

—Colette. —Le acaricio el pelo con cariño mientras solloza.

—¡Hudson!

Claro, mi familia ha venido detrás. Ya os he dicho que los Murray-Velásquez lo hacen todo juntos y, por supuesto, la declaración más importante de mi vida no iba a ser menos.

Los ignoro para centrarme en ella.

—Colette —le susurro—, eres mi Frank.

Eleva la cara para mirarme. La acuno entre mis manos y le seco las lágrimas con los pulgares.

—Por favor, quédate conmigo. Encontraremos la forma.

Porque sí, mucho discursito de «Nunca podré quererte», pero una mujer tan inteligente y capaz como ella no aguanta a un gilipollas como yo sin estar un poquito enamorada.

—Mira, te he traído... —Le muestro su daga de plata. La de las runas encantadas que usó contra el anzû y yo tenía pendiente devolverle—. Para

que recuerdes quién eres. Porque esta eres tú, Colette. Una cazadora de los pies a la cabeza. Y no eres perfecta, como ninguno de nosotros lo es, pero el mundo es un lugar mejor donde tú estás. Y ahí, justo ahí, es donde yo también quiero estar.

Vale, quizás en mi cabeza sonaba mejor, porque Colette se tensa, retrocede un paso y me dedica una mirada de puro terror.

Oigo el ladrido de Postre —mis padres la han debido de dejar otra vez en el coche después de seguir hasta aquí el taxi que me he pillado a la carrera—. Profundo, sostenido en el tiempo. Un aviso que me pone los pelos de punta.

Las farolas parpadean. Se oye un chispazo y los fusibles saltan.

La mirada que Colette nos dedica es de pánico absoluto, pálida y encogida sobre sí misma.

—Está aquí —gime sin voz—. Tenéis que iros. —Revive de golpe—: ¡Ya!

Dome se adelanta para agarrarme del brazo y tirar de mí hacia la salida.

No nos da tiempo.

Apenas hemos retrocedido unos pasos cuando un tono agudo y pretendidamente dulce, casi risueño, llena hasta el último rincón de la casa, como si reptara desde los cimientos y acaparase todo el aire respirable.

—Coleeeette. —Como miel, densa y pegajosa, escurriéndose por las paredes, envolviéndonos—. Coleeeette.

Las farolas vuelven a parpadear. Un viento frío y húmedo crea corriente.

Una risa. Infantil y afilada. Antinatural.

Todas las puertas se cierran de golpe.

Me giro para mirar a Colette, pero ella tiene toda su atención volcada en el umbral de la cocina.

—Jacqueline.

¿Os acordáis de cuando Colette me puso un puntito en la boca después de que yo asumiera que ella era la secretaria y preguntase por su jefe? Pues ya me pongo yo otro solito por haber creído todo este tiempo que el famoso

jefazo de los vampiros era un Jack.

Porque cuando la nombra casi con reverencia, una niña de unos doce años, con la piel pálida y quebradiza como una hoja de pergamino antigua, da un paso al frente y le sonríe. Una sonrisa que para tener solo dos colmillos parece estar llena de filos.

—Mi Colettita.

No mide más de un metro cincuenta. Tiene el pelo anaranjado, despeinado y revuelto. Va descalza, con un pomposo vestido descosido y agujereado, como si se lo hubiese ido enganchando sin importarle lo más mínimo. Parece tan consumido y fuera de lugar como ella misma. El escote palabra de honor está manchado de sangre, un rastro que se escurre desde la comisura de sus labios y no se ha molestado en limpiar. Abraza contra su pecho un maltrecho oso de peluche, sucio y tuerto.

—Colettita... —Se ríe y avanza hasta ella dando saltitos. Bailotea a su alrededor, haciendo volar las faldas de su vestido, buscando sus halagos—. ¿Te alegras de verme? Ha pasado mucho tiempo. —Le toma la mano y se frota contra ella. Después hace un puchero—. Nunca me visitas. —Sus rasgos se enfurecen de golpe y le retuerce la muñeca—. ¡Dijiste que volverías! —Le clava las uñas a lo largo del brazo, haciéndole sangrar—. Que William te atosigaba, que necesitabas soledad... Estabas tan triste... —Vuelve a hacer un puchero y lame las heridas que le ha provocado—. Yo quiero que seas feliz. Quiero que estés contenta. —De golpe sonríe, entusiasmada por una idea—. Te mandé mi ejército de zombis para que supieses que venía. ¿Los recibiste? —Da una palmadita y hace bailar en el aire su peluche—. Los zombis son muy divertidos, ¿verdad?

—Sí, Jacquie. Lo son.

La niña saca la lengua con asco.

—«Sí, Jacquie» —la imita—. Siempre me dices lo mismo: «sí, Jacquie», «no, Jacquie».

Da un pisotón y su rabia hace que su agarre en torno al pescuezo del osito se cierre, amenazando con separarle la cabeza.

—¡No soy una niña! He vivido muchísimo más que tú. ¡Mírame! —
Mueve hacia los lados las faldas de su vestido, coqueta. Me fijo en que va maquillada, mucho. Como alguien que le roba las pinturas a mamá por primera vez, alguien que no puede verse en un espejo, a juzgar por cómo el pintalabios le rebosa—. Me he puesto guapa para nuestro encuentro. ¿Ves cuánto me parezco a ti? ¿Tú me quieres, Colette? —suena a súplica.

Ella le retira el pelo con cariño.

—Claro que te quiero, Jacquie.

La niña la aparta de un manotazo.

—¡¡No es verdad!! —Da otro pisotón y las farolas de la calle explotan. La alarma de un coche comienza a sonar—. ¡No has vuelto! ¡Te dejé marchar para que me echases de menos, para que quisieras volver! —Rompe a gimotear—. William me lo advirtió. Que a él también lo engañaste. Que le hiciste creer que lo querías, pero no era verdad.

Colette abre la boca.

—¡Cállate! —le ordena y enmudece de golpe. Jacquie sonríe, maliciosa—. ¡De rodillas!

Y Colette obedece.

La niña la observa, negando con la cabeza. Chasca la lengua.

—Colettita, Colettita. —Le acaricia la cara y después se la araña de arriba abajo—. ¡Yo te lo di todo! —Sonríe y se pasa la lengua por los colmillos—. Sabías tan bien... —Vuelve a lamerle y besarle las heridas—. Estabas tan bonita mientras morías... Te tuve que salvar. Demasiado bella para entregarte a la muerte. Como una princesa de cuento. De esos que una vez me contaron. Las princesas siempre son buenas y dulces. Es bonito estar con ellas. Y tú... tú hiciste algo prodigioso. Juntas lo hicimos. —Toma sus manos y se las lleva al pecho, junto al peluche que estrangula en el hueco de su codo—. Una *victorius*. Mi criatura más perfecta. Mi sierva. Para que nunca más volviese a estar sola. Tenías que ser mi mejor amiga, Colette. Mi confidente y mi guardiana. Siempre ligada a mí. Para que las sombras se marcharan. Para contarme esos cuentos que me hicieran reír. Para ahuyentar

los monstruos que hablan, hablan y hablan. —Se tapa los oídos, apretando los párpados con fuerza. Después, su expresión pasa a la ira—. ¿Y William? ¿Dónde está? Le ordené informarme de si me echabas de menos. ¿Se ha quedado contigo? ¿Lo prefieres a mí? —Gira en redondo, rabiosa—. ¡¿William?! ¡Ven aquí!

Al darse la vuelta, se fija en nosotros. Ha debido de saber de nuestra presencia en todo momento, porque los vampiros oyen nuestro pulso y huelen nuestra sangre, pero por primera vez desde su aparición no se la sudamos tanto como para ignorarnos por completo.

Sus ojos desquiciados nos estudian.

Colette se adelanta.

—Son nuestros siervos humanos. Los he traído para ti.

Jacque se vuelve hacia ella, complacida.

—¿Para mí? —Sonríe y hace girar su vestido.

La excusa cuela porque, para nuestra desgracia, venimos directos del hospital, donde llevábamos flores y no armas, intentando aparentar ser normales por una vez.

Los cuatro nos quedamos muy quietos, conteniendo casi la respiración cuando camina hacia nosotros y bailotea, observándonos. Dome se mete en el papel y le inclina la cabeza. No puedo ver a mis padres, pero decido imitarlo. Mostrarme servicial para no enfadarla, como hace Colette.

Mira a mi hermano y aplaude.

—¡Qué exótico! —Felicita a Colette su elección con una sonrisa. Se acerca para pasearle los dedos por la piel oscura y se ríe—. Esclavo sucio. —Le reprende con un pellizco.

Después, sus ojos se abren codiciosos y yo me giro lo mínimo para descubrir que está estudiando a mi madre.

—¿Sabe peinar el cabello sin dar tirones? —Con una risita va a su lado entre saltitos.

Muy mala idea.

Todos nos tensamos. Por el rabillo del ojo lo veo. El brillo de plata. El

cuchillo que mamá saca de su chaqueta directo al pecho de la cría. Busca su corazón, clavárselo en el centro, convertirla en cenizas.

Y lo habría conseguido...

Si no llega a ser porque yo me pongo en medio. Porque me muevo veloz y agarro su muñeca.

—¡No!

Y detengo el cuchillo a un centímetro de su objetivo.

Porque matarla a ella implica matar a Colette. Y no puedo. No puedo.

Mi madre me mira, traicionada y sin comprender. Mis ojos le suplican perdón.

—Lo siento. —Y niego con la cabeza—. Lo siento.

Pero no puedo.

El arma cae al suelo y su hoja de plata repiquetea contra la tarima, rompiendo el silencio, acuchillándolo, haciéndolo sangrar.

Jacque abre mucho los ojos.

—¡Cazadores! —El desprecio y la rabia cruzan sus facciones, las vuelven terroríficas. Se aleja y nos señala—. Mátales.

No alza la voz. No le da un tono amenazador. Tan solo lo dice, con la confianza de que será obedecida, con la seguridad de a quien todo se le da.

Yo nos he vendido. A toda mi familia.

Colette se queda rígida, Jacquie la mira.

—Mátales a todos. Uno por uno. —Sonríe—. Como hiciste con tus amigos. Tus compañeros. Que venían contigo y después... a por ti. —Su sonrisa se amplía y se vuelve más afilada—. Recuerdo a aquel chico..., no fue capaz de enfrentarte. Te imploró de rodillas que recordaras quién eras... Pero a él tampoco lo quisiste nunca, ¿verdad, Colette? Solo querías ser la hija de tu padre y yo te lo arrebaté. Creo que una vez yo también tuve un padre. Pero ya no me acuerdo.

Se ríe y patalea contra el suelo.

—¡Mátales! ¡Mátales!

Dome saca una pistola, le apunta y la bala le atraviesa la frente. La cabeza

de Jacquie cae hacia atrás, el cuello en un ángulo antinatural. Se la agarra con las manos y la vuelve a traer al frente. Del agujero negro en su centro no mana sangre ni vida. Tan solo hay muerte en su interior.

Sisea, los colmillos y las garras fuera. Su rostro, una máscara infernal que por primera vez refleja lo vieja que es, el monstruo que habita ese pequeño cuerpo.

Pero no necesita luchar.

—¡No dejes que me dañen, victoria! —exige—. ¡Protégeme!

Dome vuelve a apuntar y Colette aparece frente a él, sirviendo con su cuerpo de escudo. Mi hermano aprieta los dientes y menea la cabeza, con dudas.

—Apártate —le pide.

—No puedo. —En la tirantez de su frente y la rigidez de su mandíbula se percibe su lucha interna.

Dome carga su arma, Colette asiente y mi hermano le contesta con el mismo gesto, de acuerdo. Porque él también imploró tendido en el suelo que le amputaran el brazo antes de convertirse en el monstruo que odiaría ser. Porque entiende la petición silenciosa de Colette:

Matar a la niña. Neutralizándola a ella primero. Despedirnos de ambas. No permitirle convertirse en el monstruo que odiaría ser.

Hace amago de volver a disparar y Colette se estira para servir de escudo, entonces él se agacha, gira y la barre de una patada a los pies. Aprovecha que cae para intentar dispararle a Jacqueline. Pero la niña desaparece y se materializa medio metro más allá. La bala se pierde. Su sonido reverbera.

—¡Victoria! —ruge—. ¡Hazlo mejor!

Antes de que pueda volver a apuntar, Colette lo agarra y lo tira al suelo. Forcejean y mis padres acuden con las pocas armas de emergencia con las que cuentan.

—Destruýelos, destrúyelos. —Jacquie ríe ufana y rabiosa a la vez. Descuartiza a su osito con sus garras, disfrutando al extraerle el relleno—. Que no quede nada de ellos.

Mientras Dome y mamá se encargan de Colette en un enfrentamiento que no tiene nada de amistoso, papá intenta inmovilizar a la niña invocando líneas telúricas al tiempo que despliega un hacha, directa a seccionar su cuello.

Y, quizás, el monstruo sea yo, porque es un precio que no estoy dispuesto a pagar.

Mi haladie choca contra el arma de mi padre. El chirrido resulta desgarrador. Metal contra metal. Padre contra hijo. La traición más absoluta.

Lo miro a los ojos con gesto desolado, pidiéndole perdón.

No tengo tiempo para más. Le he dado la espalda y Jacquie me clava las garras. Grito y la encaro justo cuando salta a por mí. La repelo con el mango de mi haladie interpuesto entre ambos para que no logre alcanzarme con sus colmillos. La alejo de una patada en el estómago.

Como si la hubiese recibido multiplicada por cien, Colette brama de dolor. La orden era clara: no permitir que le hicieran daño a Jacquie. Y cuando parpadeo es a ella a quien tengo contra mí.

Se aferra al mango que nos separa. Hay tanta tensión en sus manos que no tengo claro si busca apartarlo, quebrarlo, quedárselo... Quizás ella tampoco lo sepa mientras su cerebro lucha contra su cuerpo.

—¡Huele a ti! —exclama Jacquie—. ¡El cazador huele a ti! —Las bombillas estallan y los cristales caen sobre nosotros—. ¿Lo quieres más que a mí?!

Jacqueline suelta un chillido, obligándonos a todos a taparnos los oídos. Se araña el pecho a sí misma, desgarrándose la carne y el vestido.

—¡Mátalo! ¡Mátalo a él el primero! —Un nuevo pisotón acompañado de un grito—. ¡Ya!

Colette abre la boca casi como si sus colmillos tirasen de ella hacia mí. Profiere un alarido y llora sangre. Consigue arrebatarme la haladie. La tira a un lado y sus manos buscan mi cuello. Tiembla mientras sus manos me cercan la garganta y comienzan a apretar. Grita como si se hubiese vuelto

loca.

Con un bramido salvaje, mi madre le ensarta el pecho con la haladie caída y carga con ella hasta dejarla clavada en la pared. Quizás no la mate, pero sin duda la detiene. La deja ahí, se saca una estaca y va a por Jacquie, que, como la mayoría de vampiros, es rápida en ataque pero torpe en defensa.

—¡Muere, *diabla*! —maldice en español antes de hundírsela con toda su rabia en el corazón.

Solo que hoy no es su día.

Porque una bala acierta de pleno en la estaca de madera, destrozándola antes de alcanzar su objetivo.

Todos nos giramos.

El señor Miller ha aparecido en la entrada del salón. Sujeta una pistola y se sostiene contra la pared, jadeante.

Él también le pide perdón a mi madre con la mirada.

—Necesito más tiempo con mi hija. —Y entonces es a ella a quien sus ojos le piden perdón con una veneración absoluta al tiempo que se le nublan por las lágrimas—. Necesito disculparme. —Cae de rodillas—. Por todos mis errores.

—¡Papá!

Colette se arranca la haladie para dirigirse hacia él. Antes de que pueda alcanzarlo, un borrón de color rosa lo derriba. En el suelo, Jacquie se alza sobre él y le raja la cara con las uñas.

—¡Papá!

—¡Quieta! —Jacquie lo ordena y Colette se queda inmóvil. Satisfecha con ese resultado, se centra en el hombre—. ¡No es tu hija! ¡Es mía, mía, mía! ¡Y te lo voy a demostrar! —Se vuelve de nuevo hacia Colette—. ¡Mátalos ya! ¡Y empieza por él! —Me señala antes de centrarse en Peter—. Tú no morirás. Tú lo verás todo. Igual que me viste arrebátártela. Y luego sufrirás todos los años que te queden. —Baja la voz—. Y ella contigo.

Colette ha vuelto a girarse hacia mí, avanza y retrocede, gruñe, muestra los colmillos. Brama al tiempo que se sostiene la cabeza, tirándose del pelo.

Se araña el pecho, llora sangre.

—¡Hudson!

Mi madre me lanza el medallón protector. Justo cuando Colette se manifiesta frente a mí con el gesto descompuesto en una mueca de horror mudo. Lo sostengo delante de su cara al tiempo que sus zarpas intentan atacarme y cae de rodillas con otro alarido. Orden contra orden.

Solloza mientras la sangre no deja de manar de sus ojos. Se araña, se aprieta las sienes, grita.

—¡Mátalo, te lo ordeno!

Me pongo también de rodillas para quedar a su altura y le aparto las manos del rostro. Las cobijo con fuerza entre las mías. *Ab imo pectore*. Porque el señor Ignacio, el de verdad, siempre me dijo que estas manos estaban hechas para cazar, apuntar y matar. Pero quizás estén hechas para algo más: sostener y cuidar. Para arropar, para amar. Desde el fondo de mi corazón.

—Colette. —Busco sus ojos, extraviados, torturados, para que me miren solo a mí, aislándose de todo lo demás. Me observa implorante. Sus uñas, esas a las que les han ordenador matarme, se me clavan, luchando por hacerme daño. Aguanto—. Colette, eres mi Frank. Y te quiero. Creía que no sabía hacerlo, que no era para mí. Y lo único que ocurría es que te estaba esperando. O quizás fuiste tú la que tuvo que esperarme. A través de los años, hasta ofrecerme el margen suficiente para nacer y después lograr madurar un mínimo aceptable. Siento haber tardado tanto. Y por eso agradezco lo que eres, porque nos ha permitido encontrarnos en un tiempo en el que podemos existir juntos. Por eso amo tus colmillos y tu dieta rica en hierro y tu ligera alergia a la plata.

Consigo que se ría, aunque siga desgarrándose por dentro y el cuerpo le tiemble, atascado entre atacarme y no hacerlo.

Jacqueline vuelve a gritar y todos se echan al suelo, tapándose los oídos cuando las ventanas estallan.

Yo continúo centrado tan solo en ella.

—Sé que soy egoísta, pero todas las circunstancias por las que has tenido que pasar te han traído hasta aquí, hasta mí. Y me alegro por ello. No quiero que te odies nunca más. Acepta que te has enamorado de un idiota y acéptate a ti. —Aprieta los dientes y suelta otro alarido. Atraigo su cara contra mi pecho y le sigo susurrando—: Y espero que entonces, por una vez en tu vida, puedas pertenecerte solo a ti misma.

—Hudson —gime, exhausta.

Su mano se apoya en mi cadera y toca la daga que llevo en el cinturón. Su daga.

—Eres la mejor cazadora que he conocido, Colette. Pero eres todavía mejor persona. Porque tienes la fortaleza suficiente para serlo.

Su piel se quema en contacto con las filigranas que lo adornan cuando tira del mango para extraer el arma.

—¡Mátalo! —sigue exigiendo Jacquie.

Colette alza la daga, frente a mí. Su brazo tiembla, resistiéndose, pero la trayectoria es clara.

La miro a los ojos y sonrío. Porque será así, mirándola y con una de sus manos todavía entre las mías, como todo acabe. Por alguna razón, no parece tan mal final. Porque al menos tuve la oportunidad de descubrir que no estaba roto, que yo también supe amar.

Colette toma aire, lo suelta y se rinde. La tensión en su cuerpo desaparece. La mirada se le calma.

—Hudson... —susurra y su mano se mueve.

Rápida. Certera. Letal.

Pero en el último segundo se desvanece y vuelve a aparecer frente a Jacquie. Y la daga encantada de plata antigua se hunde en su corazón.

Ella gime, sorprendida. Colette grita, un alarido desgarrador, como si la hubiesen atravesado de lado a lado.

Jacquie se tambalea hacia atrás y agarra el mango, incrédula. La carne chisporrotea. Un agujero negro comienza a extenderse por su pecho. Se produce un soplo de aire espeso, rancio, como una tumba al abrirse después

de siglos, y desaparece convertida en cenizas.

—¡¡No!! —Soy yo ahora quien grita.

Colette camina con torpeza cuando sus pies le fallan. Se toca el pecho, donde una mancha carmesí ha comenzado a brotar.

—Soy libre.

Y sonríe antes de caer.



Morir

La sostengo para evitar que se golpee contra el suelo. Me siento y la abrazo.

—Colette...

Rompo a llorar como un niño.

Ella me sonrío débilmente y me roza la cara. Una mueca dolorida cruza su rostro y se toca el pecho.

—Colette, ¿qué has hecho? —Nos balanceo, acunándola contra mí.

Me falta el aire mientras me aferro a su cuerpo. Tan solo hay vacío bajo mí. Y caigo, caigo, caigo.

—Hudson.

Le dejo algo de espacio para poder mirarla.

—¿Sí?

—Estoy confusa. ¿No era tu «pizza o patatas»?... ¿Por qué ahora soy tu padre?

Me sorbo la nariz y tomo aliento para conseguir hablar:

—No, mi padre no. Eres mi Frank.

—¿Y Frank no es tu padre?

—Nooo. Sí. A ver. Frank es mi padre. Él es mi padre. Pero Frank eres tú por lo que significa.

Arquea una ceja. Que no me ha seguido una mierda, vaya.

—Mira, yo siempre he sido más parecido a mi madre —explico—. Ella era una tipa dura, solitaria, que decía que jamás querría a nadie. Hasta que apareció él. Y se enamoraron y fue justo lo que ella necesitaba. El hueco en el que encajaba su zapato o como se diga. Aunque fuese un zapato raro y desaparejado.

—¿Así que yo soy tu agujero del zapato?

Asiento con fuerza.

—Sí.

—¿Raro y desaparejado?

—Exacto. —Vuelvo a llorar descontrolado—. Hasta que juntos tenemos sentido.

Las manos de Colette me acarician con torpeza para secarme las lágrimas.

—Sé que lo de encajar en agujeros te gusta, pero si hay que basarse en quién es más tipo duro... entonces yo diría que tu madre soy yo y tú eres mi Frank.

—Vale. —Le doy la razón con tal de que se quede conmigo. Beso sus labios y lloro contra ellos—. Vale. Como tú digas.

Nos sonreímos con las pupilas enredadas. Durante un minuto. Dos...

—Oye, ¿por qué no te mueres?

Sí, lo suelto tal y como suena.

—Vaya, no te pongas tan romántico, por favor.

—No, en serio.

Colette también abre los ojos, sorprendida, dándose cuenta de golpe de que estoy en lo cierto.

Nuestras manos avanzan unidas hasta su pecho, donde la mancha carmesí se ha secado.

Nos giramos a la vez hacia mi padre.

—¿Por qué no se muere?

Él se frota la frente, pensativo.

—Porque ha roto su maldición —interviene mamá. Observa a Colette y juraría que hay un rastro de admiración en su voz y su mirada—. Un *victorius* no puede volverse contra su creador. No puede dañarlo. Ella ha roto su servidumbre, el lazo que las unía, justo al hundirle ese cuchillo, justo *antes* de matarla y que la arrastrara consigo.

Ahora es papá quien mira con orgullo a su mujer, fascinado por su conclusión. Se acerca para abrazarla por los hombros y besarla en la cabeza.

Después nos contempla:

—La lucha de titanes por fin tiene un vencedor. La voluntad más fuerte.
—Asiente pensativo—. Un *victorius* con todas sus ventajas, pero libre. Un *victorius* capaz de crear más como él sin un dueño al que servir.

Parpadeo, asimilándolo. Ella se acurruca en mi regazo y cierra los ojos, todavía cansada y aferrándose a esas palabras, saboreándolas: libre. La veo sonreír abrazada a sí misma.

—Hudson —murmura aún con los ojos cerrados.

—¿Sí?

—Las metáforas en general y las románticas en especial se te dan de puta pena.



Epílogo

Una familia peculiar

Es un buen cabrón. El sérpide devorador de críos por el que clavo mi Jeepito en el paso de peatones, justo a un milímetro de atropellarlo.

Son las tres de la mañana y las calles se encuentran desiertas. Él se aparta, con un siseo de su lengua viperina escapando entre sus labios. Bajo la ventanilla y mi música latina, reguetón puertorriqueño del bueno, inunda la noche.

—Oye, colega. —Lo llamo—. Tengo dos amiguitas que quieren conocerte.

Señalo hacia la parte de atrás de mi coche y bajo el cristal tintado de la segunda fila.

Les he enseñado a moverse siguiendo el ritmo. Así que mis dos chicas lo miran echando el cuello adelante y atrás al son de la música con sus respectivas gafas de sol. Muy serias. Una pastora belga malinois y una diabla preciosa, que la lleva sentada en su regazo.

—Pero ¿qué...?

Sus sesos nos rocían.

—¡Mamá! —Me quejo a la mujer que acaba de dispararle por la espalda y sacudo la mano para quitarme los restos que la han salpicado—. Me has manchado la tapicería.

Ella no se inmuta.

—Demasiado lento en disparar.

—¡Hacia la avenida principal!

La voz del señor Miller resuena en nuestros pinganillos. Dome lo ha puesto al día en materia de aparatejos y ahora nos comanda rodeado de pantallas y un visor nocturno desde su cómodo asiento en la parte trasera del todoterreno de mi padre.

Yo respiro el aire de la noche y mis sentidos de guardián se agudizan. Sonríe. Sí, presiento una buena cacería.

Me toco el medallón de palosanto que me he tallado para catalizar mejor mis encantamientos e invocaciones. Descansa sobre mi corazón, donde las constelaciones de Leo por mamá, Virgo por Dome y Capricornio por papá rodean una constelación nueva, una nunca vista: la unión de Tauro y Escorpio, enganchadas la una a la otra, formando un círculo inmortal. Justo ahí donde, cuando estemos todos preparados, desaparecerá mi pulso. Comenzará entonces una aventura diferente; no voy a dejar a mi diabla favorita sola.

No por nada, sino porque dice que las metáforas románticas se me dan de puta pena y así, juntos por una eternidad, no necesitare emplearlas para conquistar a nadie más.

Por ahora, le sonrío a mi madre.

—Veamos quién es el lento ahora. —Y piso el acelerador.

Avistamos el objetivo: más serpientes humanoides en busca de presas.

Antes de que frene, Colette escapa por la ventana. Aterrizza sobre el asfalto con una voltereta y se yergue, lista para luchar.

Postre y yo somos los siguientes, ladridos y haladie desplegados. Después llegan todos los demás. Mamá con su ametralladora, papá con una ballesta y Dome con unas nuevas armas robotizadas en periodo de prueba. Peter maneja los drones que sobrevuelan la zona para evitar sorpresas imprevistas.

¿Que de dónde ha salido el chino que blande sus cuchillos a una velocidad de infarto?

A mí no me miréis. Se lo trajo mi hermano de su aventura por Europa y me insiste en que es filipino.

¿Qué queréis que os diga? Habla poco, lucha bien y a Dome se le ve feliz.

Nos miramos entre todos nosotros y nos sonreímos, orgullosos de nuestro equipo. Aferramos nuestras armas y, con un grito, nos lanzamos a la fiesta mientras mi mejor selección de música boricua sigue sonando, alta y clara, desde mi Jeepito, cuyas ventanas he dejado bajadas.

Filos, disparos y vísceras al ritmo de mi patria. Ah, dulces tradiciones familiares.

Porque hay familias que juegan al Monopoly, otras insultan juntas al equipo rival frente a la pantalla y algunas hacen barbacoas los domingos. Los Murray-Velásquez-Miller-como diantres se apellide el chino cazamos monstruos.

Y el nuestro ya no parece un trabajo solitario.

No cuando, en el frenesí de la lucha, mi espalda se encuentra con la de mi compañera de baile. Peleamos hombro con hombro, cubriéndonos, compenetrándonos.

Rebano un pescuezo de un solo tajo y me giro hacia ella.

—Oye, *diabla*.

Me lanza una mirada furibunda mientras acaba con otro ser reptiliano. Se toma muy a pecho lo de ir aumentando su tatuaje recién estrenado y no le gustan las distracciones.

—¿Qué?

Le dedico mi mirada más seductora.

—¿Estás libre esta noche? No sé si me apetece cenar pizza o patatas... o una mezcla de las dos.

Me dedica un bufido y su ceja se arquea para llamarme «estúpido» antes de ensartar con su mejor gesto de mala leche a la criatura siseante que venía a por mí.

Sonríó. La tengo en el bote. De verdad.

En fin, ya lo sabéis: es mi Frank.



Agradecimientos

Si me habéis leído anteriormente, sabréis que esta novela es muy diferente a lo que os he ofrecido hasta la fecha. La empecé el 22 de julio de 2022 y la terminé el 12 de marzo de 2023. Entre medias, un periodo de mi vida raro, confuso y complicado, durante el que me apetecía escribir algo fresco y divertido. El tipo de libro que se convierte en ese refugio entre cuyas páginas desconectar y pasar un buen rato. Sin más. Creo que no somos conscientes del valor que tienen estas historias, de la magia que se esconde en sacarnos una sonrisa.

Eso fue lo que busqué ofrecer y ofrecerme al teclear estas palabras. Además de lanzarme a mí misma el reto de crear un protagonista masculino en primera persona que sonase realmente a chico. Sin edulcorantes.

Espero haberlo logrado: que Hudson haya sonado a Hudson y, sobre todo, que tú te hayas reído. Si ha sido así, esta novela ha cumplido su objetivo.

Conmigo logró arrancarme carcajadas al teclado. Así que, aunque sea poco usual, mi primer gracias va para esta misma historia. Para nuestro idiota favorito y su mononeurona colgandera.

Gracias por regalarme el cobijo donde desconectar y por las risas.

Lo que me lleva a mi segundo gran GRACIAS: a mi hermana. Por los paseos comentando esta novela entre carcajadas y por regalarme el mejor puntazo de la historia de los puntazos. Por eso se la dedico.

«Que ya era hora», dice ella.

Pero los que me leéis desde hace un tiempo ya lo sabéis: siempre le he

dedicado cada una de mis palabras. Por ser mi otra mitad en esto de la vida.

El grupo de música que se menciona —el de la canción de la pizza o las patatas de la que Hudson extrae tanta genialidad metafórica— pertenece a una de sus novelas, todavía sin publicar. Cuando veáis un libro suyo con un grupo que va a Eurovisión... ese es.



Y, antes de terminar, un poco de cotilleo.

Algo que siempre le genera muchísima curiosidad a los lectores es saber si algún personaje se basa en la propia escritora o sus conocidos. No suele ser mi caso, pero os confesaré que siento que tanto Hudson como *la diabla* son los protagonistas más parecidos a mí a los que he dado nunca vida. Sí, los dos a la vez. Él por su parte tauro y esa búsqueda no reconocida que lo acompaña. Ella por ese rígido afán de perfeccionismo, por la competición interminable consigo misma que le lleva a ese «Nunca seré suficiente», a creer que no merece ser amada si no es mediante el sacrificio.

Estamos trabajando en ello.



Dicho esto, ahora sí, vamos con el mayor GRACIAS de todos. El vuestro.

Porque esta novela, ya lo he dicho, es muy diferente a lo que he traído hasta la fecha y, si hoy está aquí, es porque os habéis encargado de hacerme saber cuánto la queríais, porque no habéis dejado de pedirla hasta que ha sido una realidad.

Gracias por acompañarme en cada aventura sin dudarlo y a Esther, mi editora, por amar esta historia tanto como vosotros y decidirse a apostar por ella y publicarla.

Espero de corazón haber estado a la altura.

Siempre os digo lo mismo, pero sois quien da sentido a mi pasión y a mi esfuerzo.

Por muchas más palabras compartidas, gracias infinitas.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

escribenos y
cuéntanos tu opinión en



/Sellotitania



/@Titania_ed



/titania.ed



#SíSoyRomántica